

La Ventana de la **Vida**

Leonor Sánchez



En
REYNOLDES SADES

*La ventana
de la vida*

Leonor Sánchez

EDICIONES HADES

“Romántica”

© Leonor Sánchez Cochón
© Ediciones Hades
12004 Castellón de la Plana
info@edicioneshades.com
www.edicioneshades.com

ISBN – 978-84-948506-4-6
Depósito Legal – CS 496-2018

Montaje Portada – Javier Blázquez Murillo
© Imagen Portada – Ivan Galashchuk

*La ventana
de la vida*

*Para mi marido.
Gracias por tu apoyo
y por estar siempre a mi lado.*

1
Las chicas

Siempre me han gustado las tardes de primavera y esta es una tarde de sábado en un mes de mayo luminoso y cálido. El olor a jazmín lo inunda todo. Es un sábado perfecto... Desde la ventana contemplo la playa, la arena blanca, el mar azul contrastando con el verde del bosque que rodea la playa como si los dos lucharan por ver quién le quita terreno al otro; tan unidos y tan diferentes. Las familias pasean a la luz del sol de la tarde. Cuando los colores se vuelven de un tono anaranjado, las parejas se cogen de la mano y pasean por la orilla compartiendo sueños, besos y abrazos. Veo cómo salen las pandillas de chicas y chicos, oigo sus bromas y risas. Todo está rodeado por una burbuja. ¿O soy yo quien flota dentro de una?

Cómo puede cambiar la vida tan solo en un abrir y cerrar de ojos, levantarte por la mañana y no tener nada, solo sueños, y por la noche cuando te vas acostar, ver que tus sueños se pueden hacer realidad.

Imposible olvidar un sábado como este cuando empezó todo, el día en que comencé a vivir, el día que saboreaba un café en el silencio de mi casa. Mi madre no había llegado de trabajar, y mi padre se había ido después de unos cuantos improperios porque mi madre no había regresado. No me dijo a dónde iba pero no hacía falta: al bar de costumbre. Como siempre vendría tarde... Estos momentos de paz son los que me dejaban pensar en mí, en lo sola que estaba, en mi futuro en solitario, en la tristeza que me rodeaba.

Vivíamos en un barrio obrero de la ciudad, en un piso modesto: el salón comedor donde mi padre había instalado un televisor enorme para ver bien el fútbol acomodado en su sillón, siempre con una cerveza en la mano, una cocina amplia donde había una mesa en la que mi madre y yo solíamos sentarnos a charlar, dos baños completos y tres habitaciones. Los muebles eran los que compraron mis padres cuando se casaron hacía más de veinte años, por lo que estaban pasados de moda y algo estropeados. En el comedor estaban colgadas mis fotos del colegio, fotos de mis primas, de fiestas familiares... El hogar sencillo en el que crecí.

Mi vida transcurría entre telas, agujas e hilos, en mi taller de costura, un sueño que pude hacer realidad gracias al tío Luis. Él tenía un local vacío bien situado en el centro de la ciudad. Cuando le conté mi idea, sin decirme nada, lo puso a mi nombre y me entregó las llaves. Lo dividí en dos partes: en la

parte del fondo, bajo la ventana, la máquina de coser y la remalladora. Al lado la zona de planchado. En el centro una mesa grande para hacer los patrones y cortar las telas. En un rincón varios maniqués. De las paredes colgaban patrones, bocetos, estantes con telas y muestrarios. La otra parte la acondicioné para las clientas (separando las dos partes por una pared), un rincón con unos sillones rodeando una pequeña mesa con las revistas de moda; en otro rincón un probador con un gran espejo circular y un mostrador con el expositor de accesorios de moda detrás. Elegante y sencillo al mismo tiempo.

—¿Hija, Gabi? ¿No me oyes? —me sobresalté al oír la voz de mi madre.

—¿Mamá? Perdona, estaba distraída, no te he oído llegar; has terminado tarde —su llegada me había sacado de mis pensamientos.

—Sí, estoy agotada, me duele la espalda y los pies me están matando. Hoy ha venido toda la familia de la señora a comer, los quince, y claro, hay que poner la mesa en plan fino; la pobre Paquita estaba que echaba humo en la cocina.

—Ven, siéntate conmigo un rato. ¿Te preparo un café?

—Sí, gracias, un café me vendrá bien.

Mientras se tomaba el café, la pude observar descubriendo cómo se había ido haciendo mayor en poco tiempo. Su pelo negro empezaba a blanquear, sus manos deformadas de tanto limpiar; los ojos marrones estaban rodeados por unas sombras oscuras. Profundas arrugas surcaban su cara alargada, más por las preocupaciones que por la edad. Empezó a trabajar en casa de doña Julia sustituyendo a una amiga; llevaba tantos años que me parecían una eternidad. Apenas quedaba rastro de la mujer joven y llena de vida que había visto en las fotos antiguas.

—Y tú, ¿cómo has pasado el día?

—Bien... he terminado el vestido de doña Julia. ¿Se lo puedes llevar el lunes?

—Sí, no te preocupes, total tengo que ir a trabajar allí —sonreía pero la sonrisa no le llegaba a los ojos. En el perchero de mi habitación colgaba el vestido negro de cóctel—. Te ha quedado precioso. Tienes unas manos divinas —suspira y una arruga de preocupación surca su frente—. Y ¿tu padre?

—Ha salido un rato, no vendrá a cenar —dije con precaución.

—Ya, como siempre... Tú eres la que debería salir. La juventud se te escapa entre estas cuatro paredes —dijo regañándome. Ya volvíamos al tema de siempre.

—No sé... Sabes que me gusta estar en casa —mentí, lo que no me gustaba era salir y dejarla sola, además del pánico que me daba conocer gente, ser la nueva, el centro de atención.

—¡Vamos Gabi! Tienes veintiún años, tienes que salir, divertirte y conocer gente —insistió

—Bueno, me ha llamado Alice. Quería que me fuera con ella y Rose a cenar, pero no me apetece —negué con tristeza.

—¿Que no te apetece? Me da igual, te vas a arreglar y vas a salir. Llámala y queda con ellas ahora mismo.

—Pero también van las chicas que estudian con Alice y no las conozco. ¿Qué pinto yo con unas estudiantes? —me sentía insignificante.

—Hablas como si tuvieras cuarenta años. Hija, que sean estudiantes no es motivo para que no salgas con ellas. No eres ninguna inculta, sabes hablar con educación, sabes comportarte, además tú también estudias ¿no?

—Las clases de inglés no cuentan como una carrera —¿cómo podía comparar una carrera universitaria con unos cursos de inglés en una academia?

—Me da igual, vas a llamar a Alice y te vas con ellas y sus amigas estudiantes. Escucha, no tienes amigos, vas siempre de casa al taller y del taller a casa, no tienes vida social. No quiero que te conviertas en una solterona amargada, además, ¡soy tu madre y te lo ordeno! —ya salió la madre autoritaria, me lo dijo con una sonrisa en los labios... pero tenía razón.

—Vale, tú ganas mamá, ahora la llamo.

Salir, ¡uuff! Me daba horror, no sabía qué ponerme, ni cómo actuar, de qué podía hablar... Alice siempre fue mi mejor amiga desde el colegio. Antes nos veíamos más, pero desde que empezó a estudiar enfermería las cosas habían cambiado. Ella había conocido a otra gente, tenía nuevas amigas. Me había hablado tanto de ellas que era como si ya las conociera.

Rose era su prima; sus madres eran hermanas. Hace unos años Rose junto con su madre se vinieron del pueblo a vivir a nuestra ciudad. Su madre abrió una cafetería y Rose comenzó a estudiar diseño de moda. Pasaba muchas tardes conmigo en el taller, quería aprender todo sobre mi oficio. Muchas veces le encargaba algún diseño, y los mejores bocetos los colgábamos a la vista de mis clientas.

Algunas veces salíamos las tres juntas, lo pasábamos bien, pero conocer gente y salir de fiesta me aterraba. No perdía nada por intentar divertirme un poco. Pero dejar sola a mi madre... No sabía qué podía pasar cuando mi padre volviera a casa, no me iba tranquila. Pero mamá tenía razón, por mucho miedo

que me diera tenía que salir y empezar a vivir. Debía intentarlo...

Quedé con Alice en su casa. Cuando la llamé se sorprendió de mi cambio de idea, pero enseguida comenzó a hablar de lo bien que lo íbamos a pasar y de lo geniales que eran las chicas. Estaba eufórica, pero yo estaba aterrada... Me vestí informal con unos vaqueros, mi camisa favorita de seda roja y unos buenos tacones. Me miré en el espejo del baño y no me gustó la imagen que me devolvía: una chica alta, delgada con pelo largo ondulado, negro como la noche, unos ojos almendrados marrón chocolate, rodeados de unas pestañas largas y rizadas, la cara alargada y unos labios rojos demasiado perfilados. Me maquillé un poco pero no podía hacer milagros. Alice me dijo que no me arreglara mucho, pero viniendo de ella no me fiaba, siempre estaba perfecta con cualquier trapito. Tenía un cuerpo perfecto, una preciosa melena corta, castaña, con reflejos de caoba. Unos ojos como el café, que reflejaban la sonrisa sincera y leal, siempre preparada para iluminar el día más nublado. Mi amiga, mi hermana, mi hombro en el que llorar.

Ir con Alice en el coche era como si fuera a salir volando en cualquier momento. Ella y Rose iban hablándome de los planes de esa noche con su habitual entusiasmo, pero no las escuchaba, estaba demasiado aterrada, controlando a los demás coches, semáforos y cruces. Cuando salimos del coche me temblaba todo el cuerpo. No me habían dejado coger mi coche con la excusa de que así no podría desaparecer sin decir nada. Me conocían muy bien, pero no habían pensado en que podía coger un taxi en cualquier momento de la noche y desaparecer, volver a casa, que es donde debía estar.

—Ya llegamos... Las chicas ya están en la puerta de la pizzería esperando. ¡Vamos! ¡Hola, chicas! Mirar a quién traemos, es Gabi —¡qué vergüenza! Noté como mi cara enrojecía.

Dos chicas se giraron para mirar hacia nosotras cuando Alice les habló. Me miraron con sorpresa. Las dos iban muy arregladas, cada una con su estilo pero perfectas. Pensé que debía de haberme arreglado más. Estaba como un flan y el corazón se me salía por la boca. Esto iba a ser un desastre, pero me sorprendió cómo me sonreían.

—¡Hola Gabi! —me saludaron las dos. Alice también les había hablado de mí. Fueron muy efusivas, parecía que nos conociéramos desde hacía años.

—Os presento: Sara y Laura. Chicas, ella es Gabi —unas presentaciones rápidas, pensé. ¡Bien!

—Yo soy Sara. Teníamos muchas ganas de conocerte, Alice y Rose hablan mucho de ti —me saludó con dos besos, muy cordial, mientras nos

dirigíamos a la puerta del local.

—Bueno... espero que bien. Ellas también me han hablado de vosotras —me cogía a mi pequeño bolso como a un salvavidas. No sabía qué hacer con las manos, estaba muy nerviosa.

—Venga, vamos a cenar que tengo hambre. Dentro cotorreamos más. ¡Aligerando el paso! —dijo Rose metiéndonos prisa.

—Rose y sus hambres. Come como una lima y mira qué tipo tiene. Yo siempre cuidando lo que como y parezco un saco. Tengo un tipo cuadrado, y mis brazos y piernas son palillos —decía Sara mientras me señalaba su figura.

—Sara, yo te veo bien. Además tienes muy buen gusto para vestir, sabes escoger lo que te queda bien —no lo dije por caer bien. Era cierto que iba bien conjuntada y además la ropa era de buena calidad.

—Gracias, eres muy amable y viniendo de ti es un cumplido que me levanta el ánimo, porque nos han contado que eres modista —Sara sonrió un poco coquetona. La graciosa rebeldía de su pelo negro, cada punta en una dirección, hacía resaltar sus ojos verde esmeralda. Pensé que era una mujer atractiva, y que le gustaba hablar mucho.

—Sí, bueno... Tengo un pequeño taller de costura —notaba como me ruborizaba. Las manos me sudaban. Tenía que relajarme, respiré hondo unas cuantas veces mientras entrábamos.

—Tú ya estás trabajando por tu cuenta, con tu propio negocio. Es guay. Mira nosotras: todavía estamos estudiando, dependiendo de nuestras familias. Me gustaría encontrar un trabajo y poder independizarme —dijo Rose con un tono de admiración mientras nos sentábamos.

—Rose, siempre soñando. Si te independizaras tu casa parecería una comuna, todo el mundo iría a parar allí —recriminó Laura con risas.

—Laura, tú te quedarías toda la vida en casa de tus padres; vives como una reina —sonrió Rose con picardía mientras le hacía una pequeña reverencia.

—¿Quién es tan tonta de renunciar a que siempre te lo tengan todo preparado? Nadie —dijo Laura risueña mientras cogía una rosquilla de la cesta que había sobre la mesa y se la metía en la boca.

Todas bromeaban con Laura y su situación. La charla pasaba de un tema a otro rápidamente. Me sentía perdida y fuera de lugar; no sabía cómo entrar en la conversación. En un segundo de silencio en toda aquella cháchara me atreví a preguntar:

—Y... ¿cómo os conocisteis vosotras dos?

—Bueno, Sara y yo nos conocimos... ¿Cómo nos conocimos? —preguntó Laura como una niña perdida.

—¡Laura, tienes memoria de pez! Nos conocimos en una tienda de ropa; estaban en rebajas. Había visto unos vaqueros divinos, los cogí, y para mi sorpresa, Laura tenía agarrada la otra pierna. Le dije que lo soltara. ¡Era mi pantalón! ¡Lo había visto antes! Ella se puso chula, yo me puse chula; ella se tiró encima de mí y empezamos a rodar por el suelo como dos gatas, gritando y tirándonos de los pelos. Llamaron a la policía, nos llevaron a comisaría y nos ficharon —contó Sara con desenfado.

—¿Cómo? —No podía ser. Estaba atónita, me quedé sin palabras.

—¡Te lo has tragado! —gritó Sara. Todas rieron como locas, incluida yo.

—La verdad es que hace unos cuatro años, en una fiesta que daba la hermana de Sara, que es unos años mayor que nosotras. Mis padres estaban de viaje, y mi hermano quería ir a la fiesta a tirarle los tejos a su hermana. Como no podía dejarme sola, me llevó con él. Me encontré a Sara escondida en un rincón, me senté con ella y hasta hoy —contó Laura, secándose las lágrimas de la risa.

—¡Sí! No hay forma de perderte de vista, pesada —dijo riendo Sara.

Charlaban despreocupadas, sin pensar quién pudiera escuchar, o quién pudiera escandalizarse con sus bromas, cotilleos y aventuras. Las miraba y había algo... como si estuvieran unidas por un hilo invisible. ¿Podría encajar con ellas? Son tan distintas a mí... Proceden de mundos tan diferentes al mío...

2

Los chicos

—Venga, ¿a dónde vamos ahora? Ya hemos cenado y ahora... ¡fiesta! — Rose se movía como si bailara, sacudiendo su melena castaña oscura que le caía en cascada a mitad de la espalda. Tenía unos ojos marrón chocolate muy expresivos. Era una chica alegre, despreocupada, un poco hippy.

—¿A dónde te apetece ir? —preguntó Alice con un tono de precaución, temiendo la respuesta.

—Me da igual, ya he cenado. Lo demás es secundario —dijo sonriente Rose.

Había pensado en retirarme después de la cena con cualquier disculpa, pero lo cierto es que me lo estaba pasando bien. Creo que el vino nos estaba haciendo efecto, sobre todo a mí que no estaba acostumbrada a tomar alcohol. Me había ido relajando durante la cena. Ellas hacían que todo fuera más fácil, pero tenía reservas sobre cómo iba a transcurrir la noche. Pensé con dudas que les seguiría la corriente hasta ver a dónde nos llevaba la noche. Siempre habría tiempo de desaparecer.

—En la universidad de Medicina hay una fiesta en la que las chicas entran gratis —Sara se frotaba las manos y daba saltitos de emoción con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Vamos, Sara! Estará llena de chicas. Buscamos chicos, chicos guapos, futuros médicos macizorros —protestó Laura.

—¡Para, amiga! Querida Sara: tú quieres ir a esa fiesta para ver si cierto futuro médico está por allí, y pedirle que te tome la tensión —Alice la acusaba con firmeza entre las risas de las demás.

—Uuumm... No sé de qué me hablas —fingió Sara con cierta indiferencia.

—Puede estar bien... Estamos a un paso. Nos acercamos, vemos el panorama, y si no nos gusta, nos vamos —dijo Rose intentando llegar a un acuerdo.

—Por mí bien, ¿tú qué dices Gabi? —me preguntó Alice.

—Lo que digáis estará bien —respondí con sonrisa boba.

—No creas que te vas a despistar que te conozco —Rose me miraba muy seria.

—¿¡Cómo!? ¿¡Qué quieres decir!?! —exclamaron Sara y Laura.

—Sí, sí. Aquí mi amiga tiene la mala costumbre de desaparecer cuando no le interesa seguir la fiesta —¡Alice! ¿Cómo podía hacerme eso?

Laura, muy estirada, pavoneándose con su melena lacia castaña, mirándome muy seria con sus grandes ojos azules rodeados de unas pestañas muy pobladas y rizadas, se acercó a mí, apuntándome con el dedo índice como si me acusara de un crimen. El corazón se me iba a salir.

—Tú, querida, no vas a ir a ningún sitio hasta que ¡YO! diga que ya está bien de fiesta. Y ahora señoritas, a divertirse —sentenció Laura.

Todas rieron, no sé si por la cara de pánico que puse o por la actuación de Laura. Parecía que no me iba a poder escapar tan fácilmente.

—Vamos, la vais a asustar. Va a pensar que sois una mala influencia para mí —dijo Alice.

—¡Toma, Alice! ¡Y lo somos! —dijo Laura. Todas rieron.

—¿Por qué no vamos primero a tomar algo y luego pasamos por la fiesta? —dijo Rose. Siempre era la persona mediadora en los conflictos.

—Buena idea Rose, vamos al Bakio —dijo Alice feliz de zanjar el tema.

—¡¡Sííí!! —todas gritaron como locas, pero yo simplemente sonreí como tonta.

Cuando llegamos al Bakio, Laura abrió la puerta para que entrásemos. Pude escuchar una música conocida, ¿pero el intérprete...? ¡Ohh NO! ¡Era un KARAOKE! Quise salir de allí pitando. Pero Alice y Laura estaban detrás de mí. No podía darme la vuelta y echar a correr. Tenía la boca seca, no podía tragar; esto era demasiado para una noche.

El local parecía que no estaba muy lleno. En la entrada había una barra con tres camareros, que nos saludaron al entrar. El escenario estaba al fondo del local, donde una pareja destrozaba una bonita balada. Nos dirigimos hacia un lado donde había una mesa libre. Cuando nos sentamos se acercó uno de los camareros.

—¿Qué vais a tomar chicas? —todas pedimos algo y mientras tomaba nota nos preguntó—. ¿Vais a cantar? —palidecí. ¿Cantar...? ¡Nooo! Me moría de vergüenza. ¡Esto era una encerrona!

—¡Claro! Para eso hemos venido —contestó Sara feliz.

—Vaya, pensaba que veníais a verme a mí —dijo el camarero con una bonita sonrisa.

—Pues me parece que no, ricura. Hoy no —dijo Laura mientras reía y coqueteaba con el camarero. Él le guiñó un ojo mientras se daba la vuelta y

volvía a la barra.

Las chicas hablaban de lo que querían cantar. ¿Harían parejas o tríos? Quise desaparecer cuando Sara me preguntó si no iba a cantar... En ese momento se acercó un chico a la mesa dirigiéndose a mí. Todas se callaron y se quedaron mirándome desconcertadas.

—Perdona... ¿tú eres Gabi? —notaba como cuatro pares de ojos estaban clavados en mí. ¿Quién era este chico? Con el pelo negro rizado, y unos ojos negros grandes y chispeantes, vestía un polo azul y unos vaqueros que le sentaban de maravilla.

—Sí... ¿Nos conocemos? —dije con un hilo de voz. Noté que me ponía roja como un tomate.

—Sí, me llamo Víctor. Hace unos años fui a pasar unos días a casa de mi tía Claudia. Vive cerca de la tuya y solíamos quedar.

—¡Víctor! Sí, si que me acuerdo. ¿Cómo estás? —dije con sorpresa y alegría.

—Bien... Veo que tú también... —me miraba con una sonrisa de medio lado. Pensé que era muy descarado.

—¡Hola! Yo soy Laura ¿Por qué no te sientas con nosotras un rato? —puso su mejor sonrisa.

—Estoy con un amigo... —dijo Víctor dudando.

—Dile que venga —dijo Laura. Pensé que era un poco lanzada.

—¿No os importa? —la cara de Víctor se iluminó.

—No, no... será divertido... —dijeron todas las chicas casi al unísono.

Víctor se dio la vuelta, y mientras se acercaba a hablar con su amigo, Alice se giró hacia mí, hablando muy deprisa:

—Vamos, desembucha. ¿De qué le conoces? Te conozco de toda la vida y nunca me has hablado de él —me acerqué a Alice y todas se acercaron más para enterarse bien, intrigadas por lo que pudiera contarles.

—¿Te acuerdas del verano que te fuiste a Londres de vacaciones? —Alice asintió con la cabeza—. Pues ese verano nos conocimos en la piscina del barrio. Él no conocía a nadie y bueno, hicimos amistad —recuerdo que hablaba muy deprisa; quería terminar con aquella situación. Me ponía enferma ser el centro de atención.

—¿Y ya está? —me preguntó desilusionada Laura.

—Sí. ¿Qué más quieres? —le pregunté sorprendida.

—No sé... más salsa, más vida, algún beso... —dijo Laura con descaro.

—Teníamos doce años, ¡éramos unos críos...! —nos callamos porque

los chicos se acercaban.

Víctor nos presentó a su amigo Carlos. Llamaba la atención su pelo del color de la ceniza, tan corto que parecía un cepillo y unos ojos marrón verdoso penetrantes. Víctor era alto y delgado; en cambio Carlos no era muy alto, pero tenía un buen cuerpo. Vestía informal con vaqueros y una camiseta ajustada... todas nos quedamos mirándolo como tontas. Víctor se sentó entre Laura y yo. Las chicas enseguida entablaron conversación con Carlos. Este les proponía cantar en grupo una canción de los años setenta. Todos se fueron subiendo al escenario, cantando a voz en grito, sin complejos. Era divertido; lo estaba pasando bien. Por primera vez en mi vida me divertía de verdad con gente de mi edad. No pensaba en los problemas del día a día, en el qué dirán, en querer caer bien. Siendo yo misma me habían aceptado, sin juzgarme, sin criticarme, sin desaires... Por fin parecía que encajaba. Me hacían sentir una más, como si nos conociéramos de toda la vida...

Víctor me sacó de mis pensamientos. Había estado cantando con Sara una balada. Le noté un brillo en los ojos... pensé que sería lo que había bebido.

—Vamos Gabi, ánimo, canta algo. Es divertido —dijo Víctor sonriente.

—¡Ni hablar! No subo ni loca. Lo estoy pasando bien desde aquí —reímos al tiempo que llegaron los que estaban cantando. Alguien dijo que nos faltaba algo.

—¡Sí, venga, unos tequilas para todos! —gritó Carlos—. Yo invito.

—Yo paso —dije, pensé que eso debía estar muy fuerte.

—Ni hablar. No has cantado y te hemos dejado, pero ahora vas a tomar... ¡¡tequila!! —sentenció Carlos.

—¡Bien dicho Carlos! —dijo Laura dando palmas. Pidieron tequila y bebimos todos a la vez. ¡¡Dios!! Todavía recuerdo lo fuerte que estaba.

—¡Vamos, otra ronda! Ahora invito yo —dijo Laura. Todos la aplaudieron y vitorearon.

En la tercera ronda de tequilas me planté. No podía más. Empezaba a notar los efectos del alcohol, y no quería montar un numerito, la noche iba demasiado bien. Los demás también se plantaron, pero se subieron al escenario a cantar todos juntos. Los seis cantaban a voz en grito, y yo cantaba por lo bajito desde mi sitio. En unos segundos Víctor y Carlos bajaron del escenario, me cogieron en volandas y me subieron. Intenté soltarme, bajarme del escenario, pero fue imposible; me cerraban el paso. No podía hacer más el

ridículo. Envalentonada por los efectos del tequila y la euforia de mis amigos, me uní a los cantantes. Todo el bar se unió a nosotros, aquello fue una explosión de risas y aplausos. No podía pedir más a la noche... ¿O tal vez sí?

—¿Nos vamos a la fiesta de la Universidad de Medicina? ¡Venga, Porfa...! —dijo Sara con los ojos brillantes y juntando las manos, como si fuera una niña buena.

—Pero lo estamos pasando bien aquí. ¿Por qué cambiar? —dijo Rose.

—Rose, todavía no te enteras... no lo pillas —dijo Laura.

—¡¡Paul, Paul, Paul!! —cantaron Alice y Laura. Víctor frunció el ceño. Me pareció una descortesía irnos así y dar plantón a Víctor y Carlos. Eran unos chicos muy simpáticos, y con ellos lo estábamos pasando bien.

—Pero vosotros también os venís... todavía queda mucha noche —dijo Laura. Todas estuvimos de acuerdo, queríamos seguir todos juntos la fiesta aunque fuera en otro sitio.

La fiesta estaba cerca de donde estábamos, por lo que dejaron los coches donde estaban y fuimos dando un paseo. Nos sentó muy bien andar, pudimos despejarnos un poco y hablar con más calma, sin tener que gritar para oírnos.

—Víctor, después de tanto tiempo, ¿cómo me has reconocido esta noche? —pregunté curiosa.

— Hemos crecido, pero no has cambiado tanto. Tengo buenos recuerdos de ese verano y los buenos amigos no se olvidan por muchos años que pasen... Además, tengo las fotos que nos hicimos en el parque —dijo riendo. Tenía una bonita sonrisa. Se le hacían unos hoyuelos a los lados de la boca que le convertían en irresistible. Cualquiera chica se fundiría con esa sonrisa.

—¡Vamos, eres un tramposo! Yo también me acordaría de tu cara si tuviera fotos de ti —qué fácil era hablar con él. No estaba acostumbrada a hablar con chicos de mi edad, pero Víctor hacía que todo fuera más fácil... Era divertido, además de guapo, y parecía tener los pies en el suelo; inspiraba confianza. Me contó que estudiaba derecho con Carlos y seguía viviendo con sus padres. Se interesó por mí: si estudiaba o trabajaba, dónde tenía el taller, si me iba bien... Desde luego, palique no le faltaba.

Sin darme cuenta llegamos a la universidad. La entrada al campus era un antiguo arco de piedra tallada. A los lados se levantaba una verja, a la que se abrazaban las trepadoras buganvillas de color púrpura. Caminábamos por un sendero de piedra roja, desde donde podía ver iluminados los setos de figuras geométricas a modo de bordura, con macizos de rosales, petunias y

pensamientos. En el aire había un aroma floral embriagador. En los bancos de piedra se sentaban grupos de chicos y chicas que hablaban animadamente y bailaban al son de la música que se oía de lejos, otros bebían, había parejas entre los setos demostrándose su amor... Llegamos a un edificio de ladrillo rojo. Desde fuera ya podíamos oír la música machacona. La entrada del edificio era una gran sala de la que salían cuatro pasillos, dos a la izquierda y dos a la derecha. Al fondo una escalera de mármol blanco que se dividía en dos. La gente entraba y salía de una sala que estaba a la derecha. Habían abierto unas grandes puertas de madera color caoba muy labradas; debía de ser el salón de actos de la universidad. Por encima de cientos de cabezas podía ver un escenario y un DJ con unos enormes auriculares, rodeado de mesas de mezclas, amplificadores y muchos más aparatos. Mientras cambiaba de una canción a otra daba saltos animando al público a seguirle.

Entramos como pudimos; estaba lleno hasta la bandera. Empezaron todos a bailar al ritmo de aquella música. Pronto hicieron un corro donde nos podíamos mover sin mucho agobio. Sara, Laura y Carlos fueron a pedir algo a la barra que habían situado en un lateral. Intentaba seguir la música con torpeza, cohibida entre tanta gente. Solo había bailado en casa cuando estaba sola. Pensé que me tenía que haber escabullido hacía rato. ¿Cómo había llegado a este lugar lleno de gente y con esta música? Tenía que pensar cómo salir de allí. Me decidí a levantar la vista y mirar a mi alrededor. Estaba lleno de gente. Cada uno bailaba a su aire, sin importarles como lo hacía la persona que tenían al lado. Había gente rodeando la pista. Charlaban y bebían animadamente, gente que buscaba a otra, otros que se reencontraban. Mientras tanto, iba grabando en mi memoria todo lo que pasaba a mi alrededor, para poder guardarlo dentro de una caja en mi corazón como la mejor noche de mi vida.

Mis ojos se cruzaron con unos ojos pardos penetrantes que me miraban fijamente, ojos almendrados con unas largas y pobladas pestañas. Allí estaba él apoyado en una columna, con una sonrisa que quitaba la respiración; desvié la mirada muerta de vergüenza y con disimulo fui dándole la espalda. No podía respirar, me ahogaba, no sentía las piernas, el corazón me latía desbocado, se me había revuelto el estómago... ¿Cómo un desconocido podía hacerme sentir así? Tenía que salir un rato a tomar el aire.

—Salgo un momento a tomar el aire —le grité a Alice.

—¿Te encuentras bien? Te acompaño —dijo Alice preocupada.

—¡No! no te preocupes. Solo quiero tomar el aire, esto está muy

cargado —necesitaba estar sola unos minutos. Tenía que calmarme.

—Pero no te vayas, no te lo perdonaría —me suplicó con una gran sonrisa. Cómo la iba a defraudar si me lo pedía así... Descarté la idea de irme a casa.

—No te preocupes, no me voy a escabullir —dije mientras intentaba controlar el temblor de mi voz.

Salí como pude de aquella marabunta de gente. Cuando llegué a la puerta, una brisa suave me dio en la cara. Aspiré hondo y mis temblores se fueron calmando. Todo estaba iluminado por antorchas. Decidí dar un paseo por los jardines; buscaba un banco donde sentarme. Al volver en un recodo del jardín encontré un rincón con una fuente redonda llena de nenúfares. La rodeaban unos bancos apoyados en arcos a los que se enredaban los jazmines. El olor era penetrante, embriagador, lo envolvía todo. Me senté al borde de la fuente. Ya más tranquila pensaba en la reacción ante aquel chico. Nunca me había pasado algo así, era extraño. Me hubiera gustado haber tenido valor y acercarme a él, pero no lo tenía. Además, un chico así nunca se iba a fijar en una chica como yo... Demasiado delgada, demasiado alta, desgarbada, con unos dedos largos llenos de pinchazos. Quién se iba a fijar en mí... Pero esos ojos...

—Hola. ¿Estás bien?

Me sobresalté, no había oído llegar a nadie. Cuando logré mantener el equilibrio y no caerme en la fuente, miré a quien me había despertado de mis pensamientos. No podía creerlo, eran esos ojos penetrantes otra vez que me miraban con curiosidad.

—¿Estás bien? —me volvió a preguntar. Tenía la voz profunda como sus ojos.

—Sí... Sí, estoy bien gracias. Me he sobresaltado un poco. No te había oído llegar —dije casi en un susurro.

—Siento haberte asustado, no era mi intención. ¿Puedo sentarme?

—Sí, claro, esto es un lugar público —mi corazón latía tan deprisa que pensé que se me iba a salir.

—No quisiera molestarte, parecías muy pensativa —dijo mientras sacaba las manos de los bolsillos y se sentaba junto a mí al borde de la fuente.

—Solo estaba tomando un poco el aire —mis piernas volvían a temblar.

—Sí, dentro está muy cargado... Me llamo Dani —dijo con una sonrisa que iluminaba su rostro.

—Yo Gabriela, Gabi —contesté con timidez.

—Es bonito, te pega —sonreía mirándome a los ojos.

—¿Perdona? no te entiendo —el estómago se me había vuelto del revés.

—Si te fijas hay gente a la que su nombre no le va nada, pero a ti sí. Es un nombre bonito para una chica bonita.

No supe que contestar. Me quedé callada, aturdida. Aquel chico estaba a mi lado con un cuerpo escultural, mandíbula cuadrada, pelo castaño muy corto y con reflejos dorados. Parecía más alto que yo. Vestía un polo y unos pantalones que le quedaban de muerte. Podía oler su aroma a fresco, limpio, sobrepasaba al olor del jazmín.

—¿Estudias aquí? Nunca te he visto —preguntó con curiosidad

—No. He venido con unos amigos —mi voz temblaba. Aspiré hondo para intentar relajarme—. ¿Tú estudias aquí?

—Sí. Estoy terminando medicina. ¿Estás estudiando algo?

—Trabajo —no le conocía. No debía darle muchos datos de mi vida. Como había dicho Laura, un futuro médico macizorro estaba hablando conmigo... ¿Dónde estaba la trampa?

—Siempre me ha gustado este rincón, es tranquilo. No sé por qué pero no suele venir nadie por aquí. Está bien para pensar. —recorrió con la mirada los jardines que nos rodeaban. Yo le miraba, no podía dejar de hacerlo.

—Es muy bonito, como si tuviera magia, como sacado de un cuento —cuando me volvió a mirar desvié la mirada. Me había pillado mirándole atentamente.

—Realmente sí. Además hace una noche preciosa y la compañía también es preciosa —me miraba con esa sonrisa que volvería loca a cualquier chica. No sabía cómo reaccionar. Seguro que había tenido a muchas chicas suspirando por él y se había aprovechado de ello. A mí me tenía calada, me quería liar y luego si te he visto no me acuerdo. Tenía que tener cuidado.

—Y tú. ¿Con quién has venido? —me atreví a preguntar.

—Con unos amigos, pero los he perdido. Tenía calor dentro y salí a tomar un poco el aire.

Hubo un pequeño e incómodo silencio.

—Entonces, ¿estás a punto de ser médico? —intentaba parecer tranquila pero estaba como un flan.

—Bueno sí, voy a obtener el grado medio. Podré ejercer la medicina, pero quiero hacer un postgrado, coger una especialidad. —parecía incómodo, no paraba de moverse, como si no encontrara la postura idónea.

—¿Y tienes pensado que vas a escoger? —mejor preguntarle a él sobre

su vida.

—Sí, lo tengo muy claro, cirugía pediátrica —se puso de pie enfrente a mí con las manos en los bolsillos.

—¡Vaya! Tiene que ser bonito trabajar con niños. Ayudarles cuando más vulnerables son, ser un héroe para ellos.

—No quiero ser un héroe, pero quisiera poder aliviarles el dolor. Un niño nunca debería pasar por situaciones dolorosas o traumáticas. Cómo puede ser entrar a un quirófano con unos desconocidos, lleno de luces y de máquinas, eso es aterrador. En los últimos años las cosas han cambiado, pero yo quiero aportar mi grano de arena. Quiero ayudar a que cuando un niño tenga que entrar al quirófano sea como una fiesta en su honor.

—Eso es muy bonito —estaba embelesada escuchándole.

—Bueno, y tú... ¿En que trabajas? —no iba a tener más remedio que hablar de mí.

—No es tan interesante —después de oírle me daba vergüenza contarle que era una simple modista.

—No será tan malo ¿no? —con esa sonrisa podía obtener toda la información que quisiera.

—Tengo un taller de costura —dije rápidamente. Deseaba que no me hubiera oído.

—¿Tienes tu propio negocio? ¿Cuántos años tienes? Eres muy joven para tener tu negocio.

—Tengo veintiuno. He trabajado mucho para conseguirlo —parecía sentirme más segura hablándole de mis logros.

—Eres luchadora —dijo como si me conociera de toda la vida. Estaba abrumada. Nunca nadie me había dicho tantos halagos en un momento y menos un desconocido.

—Bueno, tengo que volver con mis amigos —no quería irme, pero tuve muchas dudas sobre ese chico. Podía tener a cualquier chica guapa de la fiesta y estaba hablando conmigo. Seguro que él quería volver con sus amigos, quitarse de encima a la boba de turno, pero quería ser educado. Sí, mejor me iba, pensé.

—Te acompaño, si no te importa —me tendió la mano para ayudarme a levantarme del borde de la fuente. Alcé mi mano lenta y temblorosa, la puse sobre la suya. Pensé que en cualquier momento la apartaría, pero la cogió con suavidad. Una corriente me recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies. Nos quedamos los dos mirándonos de pie sin decir nada, solo mirándonos a los

ojos.

3

Los amores

Sara no prestaba atención a la conversación. Le daba igual lo que los demás hablaran. Solo quería verle, quería hablar con él, ver esa risa que le conquistó, su pelo dorado, cayendo en unas ondas graciosas sobre los hombros, ese cuerpo atlético bronceado que hacía resaltar sus ojos azules como el cielo de un día sin nubes.

Había mucha gente; como no empezase a dar vueltas no le vería. ¿Y si no hubiera venido? No, no lo creía, nunca se perdía una fiesta.

—¡Sara! ¿Me estás escuchando? —le gritó Laura.

—¿Qué?! —contestó Sara un poco irritada.

—Te estoy diciendo que Carlos y yo salimos a tomar el aire. ¿Vienes? —Laura también parecía irritada.

—No. Me voy con las chicas —dijo algo molesta. Cómo iba a salir, tenía que encontrarlo.

Cuando llegó junto a ellas no vio a Gabi, pensó que ya se había escapado.

—¿Dónde está Gabi? —preguntó a Alice, pero con la mirada atenta a todo el que pasaba.

—Ha salido a tomar el aire, estaba un poco mareada. ¿Y Laura? —contestó Alice.

—Ha salido con Carlos... —no podía ser, lo acababa de ver pasar por detrás del grupo que estaba a su lado. Se fue detrás de él, tenía que verle.

—Sara, ¿a dónde vas? —Rose estaba asombrada por la reacción de su amiga. Parecía que fuera en persecución de alguien—. ¿A dónde va? —sorpresa del plantón que le acababa de dar.

—Rose, ¿no lo pillas? Ha visto a Paul, está de caza —dijo Alice. Las dos rieron despreocupadas.

Siguiendo con la mirada a Sara estaba Víctor. No dijo nada pero entendía de qué iba la situación.

—¡Paul! ¡Paul! ¡Paul! —Sara gritaba como una loca.

—¡Eeehh! ¿Cómo está mi chica favorita? —Paul siempre igual, tan desenfadado, con su melena bien cuidada, siempre con la ropa adecuada, y su

olor. No sabía que colonia usaba pero era embriagador.

—¡Bien! Me alegro de verte. ¿Cómo te va? —sonrió coqueta.

—Ya sabes, todo sobre ruedas. Estás preciosa, ¿lo sabes? —mientras la miraba de arriba abajo.

—Gracias, tú tampoco estás mal —los dos rieron como tontos. Sara estaba nerviosa, no quería que se le escapara. Estaba loca por él y lo quería para ella.

—Vamos, te invito a tomar algo —¡vaya! Él tampoco quería dejarla ir, pensó Sara. Él la cogió de la mano. Solo con ese gesto Sara iba flotando. Cuando tuvieron sus bebidas, salieron fuera huyendo de la gente y de la ensordecedora música. Se sentaron en las escaleras de la entrada al edificio. No tenían mucha intimidad, que es lo que Sara hubiera querido, pero estaba con él. Lo demás no importaba.

—¿Cómo te van los estudios? —dijo Sara queriendo saber más de él. Se habían visto otras veces pero nunca se habían contado secretos, planes de futuro e ilusiones, como suelen hacer los amigos que se atraen; siempre eran charlas desenfadadas. Paul era un chico divertido, tenía amigos por todas partes. Cuando llegaba a un lugar enseguida se hacía notar. Le gustaba ser el centro de atención y le acompañaba ser atractivo, por lo que siempre estaba rodeado de chicas.

—Bien, terminando medicina. Sabes, haríamos buena pareja, podrías ser mi enfermera —Sara notó que tenía mariposas en el estómago. Sabía ver la segunda intención en lo que le acababa de decir.

—Me encantaría ser tu enfermera —tenía que lanzarse, pensó Sara.

—Eres un bombón, ¿lo sabes! —dijo Paul ladeando la cabeza con una leve sonrisa en los labios.

—Quería oírtelo decir —ella se acercó un poco más.

—Llevamos mucho tiempo el uno detrás del otro y ya es hora de parar, ¿no crees? —mientras Paul hablaba casi en un susurro, acercaba sus labios a los de Sara.

—Demasiado tiempo —susurró Sara—. Sus labios se unieron en un profundo y largo beso. La vampiresa que llevaba dentro aplaudía como una loca. Por fin esos labios que tanto había deseado eran suyos.

—¡Uaaau! No esperaba esto —dijo Paul sin separar mucho sus labios de los de ella.

—Yo tampoco, ¿quieres más? —volvieron a unir sus labios, quería saborear el dulzor de su boca una vez más.

Iban dando un paseo. Él con las manos en los bolsillos y en cambio ella gesticulando mucho. Le daba más énfasis a la conversación que Carlos quería tener con Laura. Intentaba entender a esa chica tan alocada, divertida y desenfadada. Le gustaba, no sabía por qué. Él era más tímido, centrado, necesitaba tener cierto orden en su vida. Pero ella era como un huracán, cuando pasaba lo dejaba todo patas arriba. No le iba a demostrar sus sentimientos, le gustaba esta chica alocada... De momento, mejor ser amigos, hacer que poco a poco ella fuera conociéndole.

—¡Hola! ¡Adiós! ¡Nos vemos! —Laura iba saludando a casi toda la gente con la que se cruzaban.

—¡Vaya! Conoces a mucha gente —dijo Carlos mientras estaba intentando hablar con Laura.

—Bueno. Me gusta tener muchos amigos, digamos que soy muy sociable.

—Ya lo veo... Yo soy más tranquilo. Me gusta estar con mis amigos en lugares tranquilos, escuchar música suave mientras charlamos. Estas fiestas con tanta gente no me van mucho —dijo Carlos.

—¡¡Madre mía!! ¡Esos que están ahí acurrucados son Sara y Paul! — Laura daba saltos mientras cogía el brazo de Carlos—. Por fin. ¡Sí,sí,sí!

Alice empezaba a preocuparse. No sabía dónde estaban sus amigas, tardaban en regresar, sobre todo Gabi...

—¡Creo que sería mejor salir a buscar a las chicas! —gritaba a Rose y Carlos para que le pudieran oír por encima de la música. Asintieron y salieron los tres.

¿Pero qué ha pasado? pensó Alice cuando llegaron a la entrada del edificio y vio a Sara muy encariñada con Paul. Mientras se acercaban Laura y Carlos entre risitas vio salir de un recodo de los jardines a... ¡Gabi acompañada de Dani! Aquello no le gustaba. Tenía que proteger a su amiga.

—No me lo puedo creer. Las dejamos un rato solas y ¡hala, venga al lío! —reía Rose.

—¿Conoces al que va con Gabi? —preguntó Víctor con el ceño fruncido a Rose.

—Sí, es Dani, amigo del que se está comiendo a Sara —Rose veía la situación divertida. Víctor había oído hablar de Dani y Paul, pero hasta ese

momento no los conocía.

Alice no lo veía tan divertido. Sabía de las andanzas de Paul, sabía lo coladita que estaba su amiga por él. No quería que le hicieran daño a Sara. Pero Gabi... le preocupaba más.

Cuando Sara oyó a sus amigas se separó un poco de Paul. Los dos se sonrieron con una mirada de complicidad y se unieron al grupo.

—¡Vayaaa, felicidadsss Sara y Paul! —dijo Rose con risitas. Sara le sonrió al tiempo que veía a Gabi acercándose a ellos muy bien acompañada.

—Bueno ya estamos todas, ¿nos vamos? Es tarde —Alice estaba irritada.

—Sí, todavía tenemos que ir a por los coches, hay que andar un rato y tengo los pies molidos —dijo Rose, dejándose caer sobre el hombro de Víctor.

—Carlos, ¿nos vamos con ellas? —Víctor quería seguir con las chicas.

—Sí, tenemos el coche cerca del Bakio. Vamos con vosotras —Carlos también quería seguir con ellas.

—¡Vale genial! Así podemos seguir discutiendo —Laura le guiñó un ojo a Carlos. Se cogió de su brazo y empezaron a andar.

—Yo también os acompaño —dijo Paul mientras cogía a Sara por la cintura—. No te voy a dejar sola tan pronto —ella tenía una sonrisa de felicidad dibujada en la cara. Por fin lo había conseguido y ella tampoco le iba a dejar escapar tan pronto.

—¿Te importa que os acompañe? —me preguntó Dani.

—No —negué con la cabeza algo incómoda por lo que pudieran pensar los demás. Pude notar la mirada penetrante de Alice.

Todos anduvimos por el mismo camino por el que habíamos entrado. Sara y Paul iban a la suya en su mundo, los demás iban hablando alegremente, comentando la noche. Dani y yo íbamos más atrás. Me estaba poniendo más nerviosa a cada minuto. No sabía de qué podíamos hablar. Dani fue el primero en romper el hielo.

—Lo mejor de la noche ha sido encontrarte. Tengo que confesarte algo... —le miré expectante, no sabía con qué me podía salir—. Verás, te vi en la pista bailando —sí, ya me di cuenta, pensé— y cuando saliste al jardín te seguí.

—¿Me seguiste?! ¿Por qué? —contesté un poco irritada pero también sorprendida.

—¡No te enfades! —negué con la cabeza—. Cuando te vi bailando

pensé... ¿cómo una chica tan bonita puede estar tan triste? Es como si llevaras una capa de tristeza —tenía la boca seca, no podía tragar. Esto no me podía pasar a mí. Pero a él qué le importaba. No sabía cómo decírselo sin ser grosera.

—Todo el mundo tiene secretos.

—Me he propuesto averiguarlos y pronto me los contarás. Sé cómo hacer que te sincerés conmigo —pensé que era un petulante.

—¡Pues ya te puedes ir sentando! —dije riendo.

—Me lo contarás sí o sí. Me abrirás tu corazón. Te lo prometo. Me tienes intrigado y eso es algo que no me suele pasar.

—No lo creo, no me conoces, no sabes nada sobre mí.

—Puedes darme tu teléfono, hablamos, podemos quedar para tomar un café, cenar... nos vamos conociendo.

—No sé... no le doy mi teléfono a cualquiera... —pero ¿por qué yo? Quería conocerle y que me conociera. Pero no tenía sentido, nada tenía sentido.

—Te propongo algo. Si te encuentro sin que tú me des ningún dato sobre ti, ¿Me concederás una cita? —mis pensamientos iban a mil. ¡Una cita! ¿Pero por qué?... Se mordía el labio inferior con una expresión de niño malo.

—¿Por qué quieres una cita conmigo? No soy nada, no soy nadie...

—Porque para mí eres un precioso enigma —dijo parándose y mirándome a los ojos—. Veo que estás muy equivocada.

—¿En qué? —me perturbaba su mirada, era como si viera dentro de mí.

—En lo que eres. Pero pondremos remedio...

No me di cuenta de cuándo llegamos a donde estaban aparcados los coches. Estaba en una nube, necesitaba llegar a casa para poder pensar. Había sido una noche intensa. Tenía que analizarlo todo. Mi cabeza parecía una montaña rusa. Los sentimientos subían y bajaban. Todos empezaron a despedirse. Alice le dio su teléfono a Víctor. Pensé que podía surgir algo entre ellos, hacían buena pareja. Sara se despedía de Paul con un beso apasionado que me hizo sentir incómoda. Rose, sentada ya en el coche, se despedía de todos y Laura seguía bromeando con Carlos.

—Bueno, recuerda que me debes una cita —dijo Dani.

—Antes me tienes que encontrar —no me encontrará, pensé. Me cogió una mano. Un escalofrío recorrió nuevamente todo mi cuerpo. ¡Qué iba a hacer! Acercó mi mano a sus labios, le dio un beso suave, demorándose lo suficiente para aspirar mi olor. Se me aceleró el corazón, no podía moverme,

ni pensar; esto solo pasaba en las películas.

—¡Gabi! ¡Vamos que es tarde! —gritó Alice desde dentro del coche. Me di cuenta de que todos nos miraban.

—¡Adiós a todos! —grité no sé muy bien cómo y me metí en el coche a toda prisa. No quería mirar hacia atrás. Después de un largo silencio, Alice empezó el interrogatorio:

—¿Te has divertido? —Alice parecía enfadada.

—Sí, las chicas son geniales —pero sabía a qué se refería.

—¿Me vas a contar qué ha pasado? Te dejo sola un minuto y apareces con Dani, uno de los chicos más guapos del campus —recriminó Alice.

—¿Lo conoces? —quería averiguar todo sobre él.

—Sí, bueno, no mucho. Como ya has visto Sara está coladita por Paul, su amigo, por lo que nos hemos visto alguna vez, hemos tomado algo todos juntos. Le he visto salir con chicas, no le duran mucho... —Alice me dio más información de la que quería. Pero no tenía de qué preocuparme. Estaba convencida de que no le volvería a ver y si lo hacía él iría con alguna chica guapa y pensaría “vaya, aquí está la tonta que se quedó esperando”.

—¿A ti te gusta, Gabi? —me preguntó Rose. Contesté que no—. Nunca te ha interesado ningún chico, pero con él te he visto diferente.

—No, son imaginaciones vuestras —pero Alice me miraba de reojo, era una de las pocas personas que me conocían bien.

Tumbada en mi cama no podía dormir. Estaba amaneciendo y no había pegado ojo, cuando los cerraba solo veía aquellos ojos tan hermosos que tenían mi alma cautiva. Me había enamorado de ellos y pensé que jamás podría escapar de esa prisión.

4

Los reproches

Cuando me desperté era casi mediodía del domingo. Me desperté con calma y de golpe todo lo vivido la noche anterior volvió a mi cabeza; no había sido un bonito sueño, había sido real, muy real... ¿Y ahora qué? ¿Tenía que esperar? No me iba a encontrar... A no ser que llamara a Alice o a Rose... Pero no, no podía seguir dándole más vueltas o me iba a volver loca. Tenía que olvidarme de aquel chico, de sus ojos y de su sonrisa perfecta.

Cuando salí de mi cuarto mamá estaba en la cocina sola, preparando la comida. Olía de maravilla. Mi madre siempre había cocinado muy bien, todo el mundo dirá eso de su madre, pero en este caso era cierto. Se movía por la cocina con gracia, se notaba que estaba a gusto.

—Buenos días mamá.

—¡Más bien buenas tardes! —me dio un beso rápido—. Cariño, ¿cómo lo pasaste anoche?

—Bien mamá, lo pasamos muy bien. No pensé que las chicas me acogieran como una más —tenía la boca pastosa y ardor de estómago. Debía de ser por todo lo que había bebido.

—¡Ves! Te lo dije, sabía que te lo ibas a pasar bien —mi madre estaba feliz por mí.

—¿Qué estás haciendo para comer? Huele muy bien —quería desviar el tema de la conversación. No estaba preparada para contestar a muchas preguntas. No sabría explicar todo lo ocurrido la noche anterior, los sentimientos que nacieron en mí; nunca pensé que pudiera sentirme así. Los dos nos sobresaltamos al oír la puerta de la calle. Mi padre acababa de entrar.

—Antes de que tu padre empiece... pon la mesa. Corre que vamos a comer —mi madre nerviosa me metía prisa.

Hice lo que mi madre me dijo. Cuando entré en el comedor saludé a mi padre; no me contestó. Enseguida llegó mamá con la comida.

—Vamos Manuel, a comer —Papá se levantó, se sentó a la mesa y empezó a comer sin decir nada. Cuando estaba terminando empezó a maldecir la comida.

—Pero si ya te lo has terminado. ¿Cómo que no está bueno? —dijo mamá con paciencia.

—¡Esto es una bazofia! Es asqueroso. Cada día cocinas peor, tienes la casa como una cuadra. ¡Vivimos como los animales, hostias!

—No empieces, vamos a tener el domingo en paz —Mamá seguía controlándose.

—En paz, en paz, ¡en paz me quedaré yo cuando te mueras bruja! Me quieres envenenar. Pero no te vas a deshacer de mí tan fácilmente ¡¡Te enteras!! ¡Y tú, pendón! ¡Te crees que no sé lo que hiciste anoche! —su tono de voz iba subiendo por momentos.

—No hice nada malo. Solo salir un rato —no iba a ser un domingo tranquilo, estaba claro.

—Sí, con la guarra esa de tu amiga Alice. A esa la tengo bien calada, tú sigue con ella y verás como acabas. ¡Aquí no vengas con bombo porque de una patada te tiro a la puta calle! ¡Te enteras! —me gritaba, se estaba poniendo morado.

—Sí, me lo has dicho muchas veces... —a mí sí se me agotó la paciencia.

—Mira tus primas. Esas no se mueven de casa y lo que dicen sus padres va a misa. ¡Ellas no salen un rato! —intentaba imitar mi tono de voz y eso me hizo explotar.

—¿¡Pero qué te crees, que son unas santas!? ¡Tú no estás con ellas! ¡Tú solo ves lo que quieres! —grité levantándome de la mesa.

—¡Cállate que te doy dos hostias que te vuelvo la cara del revés! ¡Golfá, que te viene de casta! —con un movimiento brusco se puso de pie y me levantó la mano, como si fuera a darme una bofetada.

—¡¡Basta ya!! —gritó mi madre, dando un golpe en la mesa. Mi padre nos miró a las dos. Pensé que nos iba a pegar, pero se dio la vuelta y salió de casa dando un portazo. Las dos nos quedamos calladas unos minutos. La tensión cortaba el aire.

—Mamá, lo siento. No he podido aguantarme, es tan injusto —dije arrepentida.

—Lo sé hija, lo sé. No te preocupes. Vamos, come un poco más —la pena que mi madre tenía en la cara me rompía el corazón.

—No puedo, tengo un nudo en el estómago. Me voy a hacer una infusión —me temblaba todo el cuerpo. Nunca le había contestado así a mi padre, habíamos tenido nuestros roces pero nunca así.

—Prepárame una a mí también, por favor hija —mi madre tenía en su voz un tono de tristeza que me encogió el alma y me llenó de amor hacía ella.

Siempre aguantando todo lo que mi padre le decía o le hacía...

Después de recoger, nos sentamos en el comedor. Tomamos nuestras infusiones en silencio, cada una metida en sus pensamientos. Quería borrar todo lo sucedido antes, pero una y otra vez venían a mi cabeza las imágenes anteriores. Me invadió un sentimiento de culpabilidad. Pero no había hecho nada malo. ¿Por qué me tenía que sentir así? Cuando recordaba la noche anterior me parecía que hubieran pasado años... No podía dejar que me amargase la vida. No había hecho nada de lo que tuviera que avergonzarme. Se había acabado el estar siempre con miedo, sentirme culpable por los reproches, se había acabado no plantarle cara...

En mi pequeña tienda me encontraba segura, era mi refugio. Mi trabajo me permitía tener la mente ocupada. Desde el incidente no había visto a mi padre, no sabía a qué hora regresó, si es que lo hizo... Cerca del mediodía llamaron al timbre. Por unos segundos pensé qué tal vez... No, era imposible, no podía ser... Para mi sorpresa cuando fui a abrir era el tío Luis. Me gustaba que viniera a visitarme al taller, nos tomábamos un café y charlábamos un rato. Pero esta vez no quería que fuera él quien llamara a mi puerta, en el fondo de mi corazón sabía que nunca me iba a buscar.

—¡Hola! Buenos días. ¿Cómo está mi sobrina preferida? —me decía, mientras me daba un beso.

—¡Buenos días, tío! Bien, gracias, ¿y tú, cómo vas?

—Como siempre Princesa. ¿Cómo has pasado el fin de semana? —tan atento como siempre. Le gustaba que le contase cómo iba mi vida social, por muy escasa que fuera, y a mí me gustaban sus visitas. Con él sentía que podía hablar de todo. Soñaba lo diferente que hubiera sido mi vida si mi madre no hubiera escogido al hermano equivocado. Teníamos una complicidad. El tío Luis nunca se había casado, nunca oí que hubiera tenido novia. Sabía que estuvo unos años trabajando en Alemania, y cuando regresó montó una tienda de comestibles. En poco tiempo montó otra y en unos años era dueño de una cadena de tiendas. Con los años se las vendió a una cadena de hipermercados, y se convirtió en el tío adinerado al que toda la familia le iba llorando. Pero él sabía cómo tenía que hacer las cosas. Ahora tenía una vida tranquila, se cuidaba, tenía un aspecto de galán con su pelo negro ondulado que empezaba a blanquear, y sus ojos color chocolate con mirada de lince. Era callado con todo el mundo, siempre me decía: “¿Sabes qué dijo Abraham Lincoln?:

Escucha, serás sabio, el comienzo de la sabiduría es el silencio”. Lo adoraba y él a mí.

—¿Qué tal el negocio? —siempre se preocupaba, quería saber si me iba bien. Mi padre nunca me había preguntado por él.

—La verdad es que muy bien. Estoy pensando en coger a una chica que me ayude. Tengo muchos encargos y voy bastante ahogada. Sabes que no me gusta retrasarme, por lo que me tengo que llevar trabajo a casa y mamá me ayuda un poco. Pero ella ya tiene bastante con su trabajo como para llevarle más.

—No sé por qué no quiere que os eche una mano. Podríais vivir mejor —dijo dando un suspiro—. El día que yo no esté será todo para vosotras.

—Vamos tío, no digas eso. Si estás mejor que nunca. Además ya sabes como es mi padre: antes dejarnos morir de hambre en la calle que aceptar ayuda de nadie, y menos de ti —dije con rabia.

—¿Qué ha pasado esta vez? —cómo me conocía, sabía que algo pasaba, pero negué con la cabeza—. Vamos Gabi, te conozco y sé que algo pasa.

—Ayer mientras comíamos mi padre se puso impertinente. Pero esta vez no me callé.

—¿¡Cómo!? ¿Le contestaste? —mi tío me miraba con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Sí, no podía callarme más.

—Para que tú saltaras debió de pasar algo gordo. ¿Os hizo daño? —una arruga de preocupación cruzó su frente.

—No, no. Pero empezó como siempre a poner pegos a todo y luego a meterse conmigo comparándome con mis primas. Estaba muy enfadada y que me comparase con ellas me irritaba cada vez más.

—Si él supiera cómo son en realidad tus primas se escandalizaría, menudas piezas —dijo con una sonrisa de malicia.

—Eso le dije yo. Pero me dijo cosas tan ofensivas, me dolió tanto. Fue tan injusto que se metiera con Alice —pensé que esto no tenía que habérselo dicho.

—No lo entiendo. ¿Por qué se metió con Alice? Es una chica fantástica.

—El sábado salí con ella, Rose y sus amigas de clase. Volví un poco tarde. Pero a él le molestó que saliera —dije quitándole importancia al hecho de haber salido de fiesta.

—¡Aleluya! —dijo levantando los brazos al cielo sonriendo—. Por fin saliste. Me alegro por ti muchísimo. Eres muy joven para vivir como una

monja. ¡Cuéntame!

—No fue gran cosa —mentí, no le iba a contar todo. Había cosas que iba a guardar bajo llave en el fondo de mi corazón—. Salí con Alice y sus amigas, fuimos a cenar, después a un Karaoke, luego a una fiesta en la Universidad de Medicina y a casa.

Me miraba estupefacto. No dijo nada en unos minutos, pero me observaba. Sabía que estaba sacando sus conclusiones. Mi tío no era de los que te agobiaban con preguntas.

—Vamos, que te lo pasaste bomba. Sabes, no te imagino en el karaoke —me miraba con una sonrisa vivaracha.

—Pues para tu sorpresa también canté —dije estirándome mucho, como una gallina pavoneándose.

—¡No! ¡No me lo puedo creer! Me alegro por ti, sabes que me alegro muchísimo —tenía una gran sonrisa. Sabía que se alegraba de verdad.

—Gracias tío —adoraba a aquel hombre, siempre tan sincero, tan atento. Era como un padre para mí.

Pasamos el resto de la mañana charlando animadamente, mientras yo seguía trabajando. No me preguntó nada más sobre la noche del sábado, aunque se había dado cuenta de que esa noche pasaron muchas más cosas. Sabía que no me volvería a preguntar.

Cuando llegué a casa no había nadie. Mi madre estaba trabajando, pero esperaba encontrarme a mi padre. No vino a comer, así que pude estar tranquila un rato en casa. Como tenía trabajo volví pronto al taller. Abrí a la hora de siempre. Vinieron las clientas que tenían programada la prueba de sus trajes. Hice algunas llamadas a clientas y proveedores; una tarde tranquila...

Media hora antes de cerrar llamaron a la puerta. Cuando fui a abrir solo veía un ramo de rosas rojas enorme. El corazón me dejó de latir. Por un momento me quedé petrificada, empezaron a sudarme las manos, las piernas parecían de goma. Volvieron a llamar; entonces reaccioné y me dirigí a la puerta, y abrí...

El chico que traía el ramo era más o menos de mi edad, con el pelo dorado, ojos verdes, alto, delgado... Se había equivocado.

—¡Buenas tardes! —me saludó muy risueño, como si le hiciera gracia estar allí con aquel ramo.

—¡Buenas tardes! Creo que te han dado mal la dirección —dije con desánimo.

—No, creo que no. ¿Eres Gabriela Gutiérrez?

—Sí... soy yo —ahora sí que me iba a dar un infarto.

—Pues esto es para ti —dijo entregándome el ramo—. Buenas tardes — se fue dejándome en la puerta con aquel maravilloso ramo. Lo puse en la mesa y me quedé mirándolo. Fue entonces cuando vi la tarjeta escrita con una bonita letra alargada:

“Te encontré, me debes una cita”

Daniel Cifuentes

—¡Hecho! Hermanito, tienes buen gusto —dijo Hugo con una gran sonrisa—, no me extraña que te tenga tan pillado.

—¿Qué te ha dicho? —Dani preguntó nervioso.

—Las ha tirado —dijo Hugo tranquilamente.

—¿¡Qué!?! —los ojos se le abrieron como platos.

—Decía que era un error y las ha tirado —no podía más, Hugo empezó a reír como un loco.

—¡Te voy a dar! ¡Para de reír! Cuéntame qué te ha dicho, Hugo por favor —Dani estaba empezando a cabrearse con las bromas de su hermano. Tal vez no tenía que haberlo metido en esto, pero quería que alguien le contara cómo había reaccionado Gabi. Estaba ansioso por verla, ninguna chica había despertado en él lo que había hecho ella.

—Vale, vale, la pobre chica lo primero que me ha dicho es que me había equivocado, pero cuando le he dicho su nombre y le he dado el ramo estaba pálida, pensé que se iba a desmayar.

—Bien, eso es bueno ¿no? —Hugo se encogió de hombros—. Vale, ahora me toca a mí, voy a verla —estaba muy nervioso; no le había costado encontrarla, pero no sabía cómo iba a reaccionar.

—Suerte hermano y recuerda que me debes una. Lástima que no tenga hermanas —Hugo se divertía con la situación, ver a su hermano tan colado por una chica no era normal.

—Hermanas no, pero sí una amiga que te gustaría —dijo Dani sonriendo.

—Si consigues presentármela y me gusta estamos en paz. ¿Ok?

—Ok hermanito, nos vemos luego —se veía la complicidad de los hermanos. No había rivalidad, ni envidias; solo el cariño sincero de dos

hermanos.

—Suerte... —los dos hermanos se despidieron. Dani se dirigió al taller de costura antes de que cerrara y su plan se fuera al traste.

Seguía mirando el enorme ramo de rosas rojas con tallo largo; no podía ser. ¿Cómo me había encontrado? Y ahora qué... El timbre me sacó de mis pensamientos. Cuando me giré, allí estaba la respuesta. ¿Cómo un chico tan guapo podía prestarme la más mínima atención?... Pero allí estaba, y era guapísimo.

—Hola, pasa —dije cuando le abrí la puerta. Apenas tenía un hilo de voz, el corazón se me iba a salir.

—Hola. ¿Cómo estás? —dijo muy educado, con esa sonrisa que quitaba la respiración. Parecía tranquilo pero estaba tan nervioso como yo.

—Bien, sorprendida —carraspeé intentando aclararme la voz. Tenía la boca seca y un nudo en el estómago.

—Esa era mi intención. ¿Te gustan? —cómo no me iban a gustar.

—Son preciosas, gracias —intenté poner mi mejor sonrisa.

—No más que tú. ¿Qué te parece si antes de nuestra cita nos tomamos algo?

—Pero... ¿Cómo? ¿Ya? —pensé que necesitaba tiempo—. Si vamos a tener una cita, podría ser otro día. Verás, me...

—Sí, sí, la cita la podemos dejar para el sábado si quieres, pero ahora podemos ir a donde tú quieras, sentarnos, tomar algo y charlar —lo tenía todo planeado, parecía seguro de sí mismo.

—¿Y eso no es una cita? —no sabía cuál era la diferencia, bueno, no sabía nada de citas.

—No, eso es quedar con un amigo que te quiere conocer. ¿Nos vamos?

—Sí, espera un segundo, voy a recoger dentro —necesitaba ir al baño, ver que todo estaba en el sitio, que no tenía ninguna mancha en la cara, ni hilos colgando en la ropa. Necesitaba estar unos segundos sola para respirar hondo e intentar tranquilizarme.

—Lista, ¿nos vamos? —quería parecer más segura, pero seguía temblando como una hoja.

—Vamos, princesa —me quedé mirándolo con una sonrisa tonta en la cara. Salimos, me pidió las llaves y cerró las persianas. Cuando me las devolvió nuestras manos se tocaron. Los dos nos quedamos mirando el uno en

los ojos del otro. No sé el tiempo que estuvimos así, fue como si todo se hubiera parado a nuestro alrededor. Sin soltarme de la mano me dijo algo que cambio nuestras vidas:

“Tienes una mirada que hipnotiza, no puedo evitar perderme en tus ojos. No sé cómo ni cuándo, pero me he enamorado de ti”.

Me quedé mirándolo en silencio, no tenía palabras. ¿Me estaba diciendo que me quería? No tenía sentido, aquello era un sueño y en cualquier momento iba a despertar.

—Pero apenas nos conocemos, solo hemos hablado un rato. ¿Cómo te puedes enamorar así de mí? No lo entiendo —no lo podía entender pero yo también me había enamorado de él.

—Ven vamos al café de aquí al lado y hablamos, porque si seguimos aquí parados puedo hacer algo que no tengo planeado hacer hoy —no entendía nada.

Nos sentamos en la mesa más apartada. No había mucha gente y podíamos hablar sin necesidad de tener que elevar el tono de voz. Cuando el camarero nos trajo unos aperitivos y refrescos Dani rompió el silencio.

—Mira, he salido con muchas chicas, no te voy a mentir, más de las que te puedas imaginar. Pero contigo es diferente, quiero hacer las cosas bien, quiero que empecemos una relación sin secretos, quiero ser sincero contigo. No sé cómo pero desde que te vi en la pista bailando mi corazón se ha perdido en la oscuridad. Apenas he podido dormir unas horas desde el sábado y cuando cierro los ojos solo te veo a ti —no podía creer lo que me decía, estaba soñando. Si me estaba diciendo la verdad yo también tendría que decírsela pero era muy pronto, no nos conocíamos. Él había hablado con confianza, seguro que le había costado sincerarse así con una persona a la que apenas conocía. Iba a tener que hablar con franqueza.

—Si vas a ser sincero yo también lo seré... No estoy acostumbrada a hablar de mis sentimientos con nadie, por lo que te pido paciencia. Nunca ha habido... alguien especial. En realidad nunca ha habido nadie... —qué iba a pensar de mí, pero ya lo había dicho, se iba a reír.

—¿Quieres decir que nunca has salido con un chico? —no se reía. Puso cara de sorpresa.

—No nunca, tengo casi veintidós años y nunca he salido con un chico —confesé con vergüenza, bajando la mirada.

—Pero no lo entiendo. Eres preciosa, los chicos se vuelven a mirarte cuando pasas, ¿no te has dado cuenta?

—No, no lo soy.

—Sí que lo eres, tienes que empezar a cambiar de idea. El chico que te ha llevado las flores es mi hermano Hugo. Me ha dicho que era una lástima que no te hubiera encontrado él antes.

—¿El chico de las flores era tu hermano? —entonces me di cuenta del parecido: los ojos y la maravillosa sonrisa eran los mismos.

—Sí, quería que me contara tu reacción al recibir las rosas. —tenía una servilleta de papel en sus manos y la retorció una y otra vez, parecía nervioso pero no apartaba su mirada de mí.

—Bien pensado —los dos estábamos muy tensos, tenía que intentar que nos relajáramos—, también es guapo —dije intentando que sonara como una indirecta.

—¡Uuumm! Entonces te gusto... —su sonrisa amplia iluminaba su cara. Tenía la dentadura perfecta, bien cuidada, le daba más luz a su sonrisa.

—Algo más que eso... —mi voz era un murmullo, estaba ruborizada. Bajé la mirada a mis manos; no podía mirarle a la cara pero me tomó de la barbilla con suavidad y me obligó a mirarle a los ojos.

—Eso es maravilloso, no tienes que avergonzarte. Siempre he sido muy lanzado con las chicas, pero ninguna me había impactado como tú. Contigo quiero ir con calma, saborear cada momento, sin prisas. Ahora lo tengo más claro; no te voy a presionar. Vamos a ir al ritmo que tú marques, ¿te parece bien? —asentí perdida en su mirada.

Nos fuimos relajando. La conversación fue fluyendo, los dos estábamos a gusto, pero tenía que volver a casa. Fuimos andando hasta mi coche. Me sentía protegida a su lado, estaba feliz, en mi cara seguía la sonrisa tonta.

—Este es mi coche —suspiré, no quería alejarme de él.

—Buen coche, ideal para una chica... quería decir que es muy manejable, fácil. Creo que lo estoy empeorando —reímos nerviosos—. ¿Te parece bien que venga mañana a verte?

—Será un placer verte. ¿Pero no tienes clase?

—Tengo prácticas por la mañana —dijo manteniéndome la mirada. Me cogió la mano y la besó como lo había hecho la noche del sábado. La sostuvo entre sus manos unos segundos. Cuando la soltó sentí como si me cayera por un precipicio. ¿Cómo iba a aguantar hasta el día siguiente?

—Te voy a echar de menos —me dijo casi en un susurro.

—Yo también. Hasta mañana —me despedí de él anhelando que llegara el día siguiente.

—Hasta mañana, Princesa.

Afrontar los miedos

Entré en casa. Mi madre estaba en la cocina preparando la cena. Cuando miré hacia el salón vi a mi padre sentado viendo la tele, me ignoró, y yo también lo hice. Saludé a mi madre y me fui a cambiar para ayudarla con la cena. Mi madre me hablaba de su día. Hubo un momento en que se calló, pero no me di ni cuenta, solo oía la voz melodiosa de Dani.

—¡Gabi!, que me acerques los huevos, ¿no me oyes?

—Sí, toma —cuando se los di mi madre me cogió de la mano. No esperaba ese gesto y la miré a los ojos, ella sonrió.

—Ya entiendo por qué no me oyes. Tienes un brillo en la cara que solo lo consigue el amor.

Cómo podía mi madre saberlo. No lo entendía, me sentía como cuando era pequeña y me pillaban haciendo una trastada. Bajé la mirada avergonzada.

—Ni se te ocurra avergonzarte por estar enamorada.

—¡Mamá!

—Lo llevas escrito en la cara, hay que estar ciega para no verlo. Solo te pido que tengas cuidado —me había levantado la cara cogiéndome de la barbilla y me miraba con dulzura.

—¡¡Mamá!! ¿¡Cómo se te ocurre!?! —estaba abochornada, quería que la tierra me tragara.

—Solo quiero que no te engañen —ahora mi madre tenía un tono de tristeza—. Bueno, me cuentas algo o quieres que te someta a un tercer grado.

—Lo conocí el sábado, está estudiando medicina...

—¡Un médico! —exclamó mi madre.

—Sí, ¿me dejas que siga? —hizo un gesto como si se cerrara la boca con una cremallera. No esperaba que me sintiera también contándoselo, no me gustaba tener secretos con ella—. Charlamos, no quise darle mi teléfono, pero esta tarde a última hora se ha presentado en el taller con un enorme ramo de rosas.

Mi madre tenía los ojos como platos. Comenzó a reír como si estuviera histérica, me lo contagió y las dos reímos hasta que nos saltaron las lágrimas. Nos dolía el estómago de reír. Fue una terapia maravillosa, hacía mucho tiempo que no reíamos las dos así.

Mi padre se acercó a la cocina, me imaginé que furioso por nuestras risas. Distante y frío exigió la cena y aquí se terminó nuestro relax.

Después de cenar llamé a Alice. Quería contárselo a mi amiga, quería contárselo al mundo entero, estaba feliz. Alice empezó a gritar cuando le conté lo de la tarde. Estaba feliz por mí pero me pidió que fuera con calma, recordándome lo que ya sabía de él y las chicas; mi hermana y sus consejos. Las dos nos despedimos entre lágrimas de alegría. Alice siempre tenía la palabra justa en el momento adecuado. Cuánto deseaba que Alice también encontrara el amor

La mañana parecía no terminar nunca, fue eterna, veía pasar cada minuto, cada segundo. Las clientas del taller me preguntaban si me encontraba bien porque no me podía centrar en lo que hacía. Apenas probé bocado en todo el día, y la tarde fue peor, la pasé dando vueltas por la tienda intentando arreglarla un poco, pero estaba más que arreglada. Media hora antes de cerrar llamaron al timbre. Fui casi corriendo a abrir. El corazón me iba a mil... Y allí estaba él, con su sonrisa perfecta, vestido con vaqueros, camisa de marca y una cazadora de piel, con ese olor que me hacía perder los sentidos.

—Hola —me saludó mientras se acercaba y me besaba en la mejilla como lo hacen dos amigos que se encuentran. Me quedé sin aire—. ¿Llego pronto?

—Hola, llegas bien. Voy a recoger dentro, ¿quieres que te enseñe el taller? —dije mientras abría la puerta.

—Sí, me encantaría ver dónde trabajas —pareció ilusionado de que le invitara a conocer una parte de mí.

—No es gran cosa pero es mío. Esta es la mesa donde hago los patrones y corto las telas, la máquina de coser y bueno, poco más. Donde recibo a las clientas y tengo el probador es en la entrada, bueno ya lo has visto.

—Eres muy ordenada, tienes todo a mano, en su sitio —miraba curioso los patrones colgados en las paredes.

—Me gusta el orden, no sé trabajar con caos. Las cosas están en su sitio y así son fáciles de encontrar —mis manos temblaban, tuve que cruzarme de brazos para disimular el temblor.

—¿Necesitas el orden en tu vida para ser una persona equilibrada? —me sorprendió esa pregunta.

—Sí, no lo había pensado pero sí, necesito tenerlo todo claro para

mantener el equilibrio, si no me pongo muy nerviosa. Necesito tener las cosas controladas, los cabos atados —cambié mi postura poniendo las manos en la espalda, tenía que calmarme.

—Bueno, ¿nos vamos? —parecía que a Dani le había entrado prisa.

—Sí, cojo el bolso y lista —me apresuré a decir. Me hubiera gustado retocarme un poco.

—¿No tienes chaqueta? —la pregunta me sorprendió.

—Sí, la tengo en el perchero de fuera.

Me ayudó a ponérmela, como un caballero. Cuando me di la vuelta sonreía como un niño travieso. Eso me perturbó un poco, no sabía por qué tenía esa expresión de saber algo que yo no sabía y estar disfrutando de ello. Cerramos y empezamos a andar.

—¿Te parece que demos una vuelta por la zona del puerto y nos tomemos algo?

—Sí, tengo aquí el coche —me acababa de dar cuenta que no sabía si él tenía coche o no. Sabía muy poco de Dani, tenía que espabilar un poco, atreverme a preguntarle más sobre su vida.

—No te preocupes, luego venimos a por él —me cogió de la mano y tiró de mí andando rápido.

—Por suerte llevas un traje pantalón precioso —¿qué tiene eso que ver? Estaba perdida—, porque te va a hacer falta —nos paramos y me señaló el vehículo donde íbamos a ir.

—¿¡Una moto!? ¿Vamos a montar en moto? —palidecí, me daban mucho miedo.

—Estoy seguro de que nunca has montado en una. Ven, te ayudo con el casco, primero la protección —sacó unos cascos de no sé dónde y empezó a ponerme el mío con su sonrisa encantadora.

—Pero me dan pánico, nunca he montado —estaba desenchajada.

—Bueno, pues hoy es el día en que vas a montar —era una moto de gran cilindrada como me explicó después. Se sentó y me tendió la mano invitándome a subir. Notaba como mi cara se sonrojaba cuando mi cuerpo quedó pegado al suyo. Me dijo que me sujetara a él. No podía moverme, pero él buscó mis manos frías y las colocó alrededor de su cintura, por dentro de su cazadora de piel. Sentía el calor de su cuerpo, su respiración acelerada y cómo su cuerpo se tensaba con mi contacto. Me pareció un momento íntimo; nunca había tocado a un chico y ahora estaba abrazando a uno... Pude ver sus ojos por el espejo retrovisor, se encontraron con los míos.

—Tranquila, todo va a salir bien. ¿Confías en mí?

—Confío en ti —mi voz sonó fuerte y segura. Era cierto, confiaba en él.

Arrancó muy suave. Fue circulando por el tráfico con precaución para no hacer ninguna maniobra brusca que me pudiera asustar. Cuando llegamos al paseo marítimo paró. Tenía que bajarme de la moto pero no podía soltarme, estaba agarrotada de la tensión, me tuvo que ayudar a bajar. No quería dejar de abrazarle.

—¿Te ha gustado? —me miraba con curiosidad a los ojos queriendo ver mi reacción.

—Sí, ha estado bien mi primera vez en moto —dije con una sonrisa. Lo cierto es que sí me había gustado el paseo. Me quedé mirándola, era una moto roja preciosa. Me di cuenta de que detrás y a los lados tenía como unas cajas; después me enteré que se llamaban baúles. Guardó los cascos en la parte de atrás—. ¿Hace mucho que la tienes?

—Un par de años. A mi hermano y a mí nos gustan las motos, la velocidad, la libertad que se siente al conducirla. Es algo que no se puede explicar —los ojos de Dani brillaban de emoción.

—Creo que lo voy entendiendo —libertad, eso quería experimentar, pensé.

—Vamos, aquí al lado tienen un restaurante unos amigos. Se come bien y variado.

Me cogió de la mano y empezamos a andar. No quería que me soltara, todo mi cuerpo vibraba con su contacto. Llegamos enseguida; sí que estaba cerca. Dani me abrió la puerta. Cuando entré me fascinó lo que vi; era precioso. Estaba decorado como si estuviéramos dentro de un barco. Las mesas tenían un mantel azul marino y encima otro blanco. En todas había un centro de flores naturales. De las paredes colgaban nudos marineros hechos con cabos gruesos, y ruedas de timón. Encima de una mesa había una brújula rodeada de cartas náuticas. Junto a la entrada habían colocado un ancla. Las ventanas, que daban todas al puerto, eran gigantescos ojos de buey. Los camareros iban vestidos con uniformes de marinero. Todos iban de un lado para otro atendiendo las mesas, el local estaba casi lleno. Un hombre alto y robusto se acercó a nosotros.

—¡Dani! Cómo me alegro de verte. ¿Cómo estás? —tenía una voz grave, con tono de autoridad y seguridad. Debía de ser el dueño, seguro.

—¡Hola! Marco. Bien, todo bien, a ti te veo genial. Y esto como siempre a toda vela —se saludaban como viejos conocidos, se les veía a gusto.

—Bueno, no me puedo quejar. ¿No me presentas a tu preciosa acompañante?

—Te presento a Gabi. Gabi, él es Marco, el dueño y amigo de la familia —¡de la familia!

—Encantada de conocerle —dije con una sonrisa tendiéndole la mano.

—¡Oh! Tutéame preciosa y bienvenida a mi casa —me cogió la mano pero tiró de mí y me dio dos besos. Estaba desconcertada con tanta efusividad.

—Gracias —fue lo único que pude decir. Notaba como mi cara ardía.

—Vamos, os acompaño a vuestra mesa.

—Gracias, Marco. ¿Cómo está la familia? —se interesó Dani.

—Bien, Patricia está en la cocina, luego saldrá a saludaros y los demás atendiendo las mesas. Esto es un negocio familiar y todos tenemos que arrimar el hombro.

Cuando llegamos a nuestra mesa me di cuenta de que era un pequeño reservado. La mesa estaba en un rincón, rodeada de un sofá de piel azul marino. Marco nos invitó a sentarnos. A cada lado de la mesa estaban dispuestos los cubiertos y copas, en el centro un pequeño pero bonito centro de flores y a los lados unas velas encendidas. Era como en una película, aquello no podía estar pasándome a mí, todo era perfecto.

—Ven, siéntate —me indicó Dani, Marco nos entregó la carta y con sigilo se marchó—. ¿Te gusta?

—Es precioso. Me encanta como está decorado y este rincón no tengo palabras para describirlo —sonrió satisfecho. Su plan para sorprenderme había funcionado.

—¿Qué te apetece cenar? —me preguntó mientras miraba la carta, como si conociera mi respuesta.

—Sigue sorprendiéndome, tú ya lo conoces, pide por los dos —dije con una leve sonrisa mordiéndome el labio inferior.

—Vale, veo que sigues confiando en mí —dijo con su fantástica sonrisa.

—Claro, si no confiara no estaría aquí contigo —me sorprendía mi confianza.

Marco tomó nota de lo que Dani le iba pidiendo. No entendía nada, pensé que había sido un error dejarle elegir a él, ¿y si luego no me gustaba?... Me equivoqué, la cena estuvo deliciosa y todo acompañado con un vino suave. Me fui relajando poco a poco. Dani se interesó por cómo había pasado el día. Yo quise saber también qué había hecho desde que me dejó la noche anterior, quería saberlo todo de él.

—Dime, tengo curiosidad. ¿Por qué medicina?

—Es fácil, mi madre es oncóloga y mi padre neurólogo. Los dos trabajan en el Hospital Universitario, además de la consulta privada. Me he criado escuchando términos médicos, era lógico que estudiara medicina añadiendo que me gusta. Y tú, ¿por qué la costura? —no me esperaba esa pregunta. Cómo podía decirle que no tuve otra opción, cómo contarle que mi padre era un parado borrachín y mi madre una criada.

—Bueno, no vengo de una familia con la posición de la tuya —dije bajando la cabeza y fijando la mirada en mis manos.

—¡¡Para, para!! Mira, no me importa como sea tu familia, ni importa como sea la mía. Aquí lo que importa somos nosotros —me sorprendió su reacción, parecía que estuviera molesto por mi comentario.

—Está bien... mi padre lleva años sin trabajar, los trabajos siempre le han durado muy poco. Pasa el tiempo en el bar bebiendo y cuando llega a casa descarga su frustración con mi madre, que trabaja todo el día como servicio doméstico en casa de una de las familias mejor situadas de la ciudad. Para mi padre soy una inútil, siempre me compara con mis primas. Según él son las hijas perfectas, pero lo que no sabe es que son unos pendones, manipuladoras, vagas... Cuando aún iba al colegio me obligó a ir, podría decir que como actividad extraescolar, a una academia de corte y confección. No es que me gustara mucho pero mi padre insistía en que tenía que aprender a coser, que mis primas ya sabían y yo tenía que ponerme las pilas, porque no iba a servir para nada, solo para limpiar como mi madre. Cuando terminé el instituto ya sabía coser. Mi madre habló con la modista de su jefa y así empecé a coser con ella. Cuando se jubiló me quedé con la clientela. Con diecinueve años me tiré a la piscina y monté mi pequeño taller de costura —había hablado sin levantar la vista de la mesa. Mis manos jugueteaban con una copa, no podía mirarle a los ojos; pensé que ahora era seguro que no volvería a verle, pero tenía que ser sincera con él.

Con suavidad me cogió la mano.

—Gabi, por favor mírame —no podía. Noté como mis ojos se llenaban de lágrimas. Tenía un nudo en la garganta, no podía mirarle, no podía dejar que me viera así—. Mírame, Gabi —dio la vuelta y se sentó a mi lado, pero mis lágrimas ya se habían desbordado, no podía parar. Era como si toda mi vida las hubiera estado reteniendo como en un embalse y ahora ese embalse se hubiera roto. Me abrazó, me dejó llorar entre sus brazos, acunándome como si fuera una niña desprotegida. Poco a poco me fui calmando. Me ofreció un

poco de agua.

—Gracias, lo siento. No sé qué me ha pasado, no estoy acostumbrada a beber...

—Tampoco estás acostumbrada a abrir tu corazón a nadie —empezaba a sentirme avergonzada—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto —dije mientras me secaba las lágrimas.

—Tú padre, ¿os maltrata? ¿Te ha pegado alguna vez? —tenía el ceño fruncido, en sus ojos pude ver preocupación.

—A mí nunca, pero a mi madre sí que le ha dado alguna bofetada. Nada de lo que hacemos le parece bien, se cree que conspiramos contra él. Cuando estoy hablando con mi madre se acerca a escondidas para escuchar lo que hablamos. Si mi madre tiene que comprar unas sartenes, por ejemplo, se lo tiene que consultar. No puede mover un dedo sin que él lo sepa, no sé si alguna vez ha querido a mi madre pero sé que a mí no me quiere. Si desapareciera de su vida sería feliz. Es como si mi presencia le molestara. Nunca ha tenido un gesto cariñoso, no recuerdo que jugara conmigo de pequeña o me llevara de paseo... —Dani no se había separado de mí. Tenía una mano rodeando mi cintura, sentía una seguridad a su lado que jamás imaginé que fuera posible, mis palabras salían sin pensar. Por primera vez me estaba desahogando de verdad con alguien y sentía que me escuchaba—. Y esa es mi historia —levanté la vista y le miré a los ojos. Él ladeó la cabeza, estábamos muy cerca, se fue acercando... Me dio un beso en la frente...

—¿Estás mejor? —dijo con dulzura.

—Sí, gracias por aguantar mi rollo —dije en voz baja.

—Vamos no seas tonta, quiero conocerte, quiero saber todo de ti... —y yo quería que me besara, pensé, pero no lo hacía. No tenía experiencia pero estaba segura que había llegado el momento—. Deseo con todas mis fuerzas besarte, pero después de una confesión así y de tu estado, quiero esperar. Quiero ser yo quien te dé tu primer beso, quiero que lo puedas recordar toda tu vida con cariño, no como el consuelo de una noche. Me tienes embrujado y no puedo dejar de pensar en ti, pero quiero hacer las cosas bien, con calma y saboreando el momento —¿cómo podía saber lo que pensaba solo con mirarme a los ojos? ¿Tan evidente era lo que quería?

—¡¡Dani!! Amor. ¿Cómo estás? —¿¡qué!?. Y apareció ella, una mujer con una preciosa melena rizada pelirroja, con unos ojos verdes de tigresa, esbelta y alta. Se abalanzó sobre Dani y le dio dos besos que resonaron en mi cabeza como dos puñetazos.

—¡Hola Patricia! Me alegro de verte, preciosa como siempre —¡cómo!
¿Qué estaba pasando?, me había perdido.

—Siempre tan caballeroso, eres divino —contestó ella coqueteando descaradamente.

—Deja que te presente a mi novia Gabi —¡novia!—. Gabi, ella es Patricia, la hija de Marco. Nos conocemos desde niños.

—Hola, encantada de conocerte —dije con mucha cortesía, mientras me miraba como si fuera una cucaracha.

—Hola, no sabía que Dani tuviera novia, me alegro por los dos —sus palabras no me sonaron muy convincentes, pensé que había algo más—. ¿Qué tal la cena?

—Estupenda, todo ha estado buenísimo, gracias. ¿Tú estás en la cocina?
—pregunté fingiendo que estaba interesada.

—Sí, superviso que todo salga en orden. Me alegro de que todo haya sido de vuestro agrado. ¿Queréis una copa?

—No gracias, nos tenemos que ir ya, se hace tarde —noté en Dani un tono esquivo, como si quisiera salir corriendo de allí.

Nos trajeron la cuenta. Pensé que la pagaríamos a medias pero Dani no quiso ni hablar del tema, pagó él. Salimos despidiéndonos de todos y dando las gracias por la atención. Patricia nos acompañó hasta la puerta, le volvimos a agradecer la deliciosa cena y empezamos a andar. Notaba sus ojos clavados en mi espalda. No sé si Dani notó mi desasosiego pero me cogió por la cintura acercándose a él y acompasando nuestro ritmo al andar. Me hizo sentir especial, segura de mí misma.

Fuimos en silencio hasta la moto.

—¿Lista para otro paseo? —¡lista!—. Esta vez te voy a dar un tour en moto, quiero que sientas la libertad. ¿Sigues confiando en mí? —asentí—. Pues vamos.

Arrancó la moto dándole gas, salió chillando ruedas. No cogió dirección a la ciudad. Tomó la autovía que iba hacia el sur y empezó a correr. Me agarraba tan fuerte a él que podía haberle cortado la respiración, la moto empezó a volar sobre la carretera. No había tráfico por lo que aceleró más, me atreví a levantar la cabeza y mirar la carretera, el paisaje. Todo pasaba tan deprisa que no me daba tiempo a pensar qué era lo que estaba viendo. Empecé a notar una sensación de alegría, me sentía ligera, con fuerzas para afrontarlo todo. Me erguí, tenía la sensación de volar. Estábamos llegando a una rotonda y Dani aminoró la velocidad. Cuando volvió a acelerar estiré los brazos como

si fuera un pájaro que echara a volar. Dani me miraba por el espejo retrovisor.

—¡¡Vamos nena tu puedes, eres libre!! —gritó.

Sí, soy libre. Fue una sensación maravillosa, eso era libertad, por fin...

—¡¡SOY LIBRE!!! —grité con todas mis fuerzas, fue algo mágico. De golpe me di cuenta de que podía comerme el mundo y no iba a dejar que el mundo me comiera. Iba a empezar a vivir mi vida sin pensar en nada más que en mí.

6

Las amigas

Mientras se retocaba dentro del coche, no quería llegar antes que él, no quería parecer desesperada por verle, pero lo estaba. Desde el sábado no se habían visto y estaba nerviosa. Paul tenía que estudiar y ella también. Se sobresaltó cuando oyó un toque en su cristal. Aquella sonrisa picarona la volvía loca. Salió del coche, no le dio tiempo a decirle nada. Él se abalanzó sobre ella, la cogió entre sus brazos y se unieron en un beso desesperado, profundo, apasionado.

—Te he echado de menos —susurró Paul casi sin aliento.

—Yo también, la semana ha sido eterna —Sara no quería separarse de él.

—Estás preciosa, este vestido te sienta muy bien. Vamos, quiero presumir de chica —dijo él con orgullo cogiéndola de la mano y haciéndola girar como una bailarina. Llevaba un vestido corto con un estampado de pequeñas flores cogido a la cadera con un cinturón. Sara estaba encantada con los halagos.

—Tú también estás fantástico y hueles muy bien —no podía dejar de mirarle; llevaba vaqueros y una camiseta ajustada que marcaba sus músculos. Se acercó a su cuello y aspiró su aroma.

Entraron en un local muy concurrido. Era conocido por sus tablas de queso y su bodega de vinos.

—Me encanta este sitio —Sara estaba orgullosa de que la vieran con su chico.

—Por eso te he traído. ¿Qué te apetece? —dijo Paul sonriendo.

—Lo mismo que tú... sorpréndeme.

—Vale —Paul se dirigió a la barra. Mientras Sara lo contemplaba de espaldas se dio cuenta que un grupo de chicas le seguían con la mirada, murmuraban y soltaban risitas tontas. Una de ellas miró hacia donde estaba Sara. Esta las fulminó con la mirada. ¡Es mío! Gritaba en su mente.

En la seguridad de mi taller podía pensar. Pensar en todo lo ocurrido la noche anterior, en las palabras, gestos, en el paseo en moto, la sensación de libertad

cuando llegamos a mi coche y me acorraló con sus brazos contra el coche. No me tocaba pero le sentía tan cerca... Un escalofrío recorrió mi cuerpo, nuestras respiraciones eran agitadas; cuando fue siguiendo mi mandíbula y mi labio con el pulgar... Nunca había sentido algo parecido, era maravilloso. Cuando llegué a casa mi madre estaba levantada. Le bastó un segundo para darse cuenta de mi felicidad. Me abrazó como cuando era pequeña.

—No hace falta preguntar, estás radiante.

—Sí, soy muy feliz mamá. Es un caballero, me trata como a una princesa —pero mi madre se dio cuenta que había algo más.

—¿Qué ocurre? ¿Hay un pero? —me miraba a los ojos como si pudiera ver en ellos lo que me preocupaba.

—Me ha contado que sus padres son los dos médicos. Yo le he contado como es nuestra familia...

—¿Y? —preguntó mi madre con ansiedad.

—No le importa, me dijo que solo importábamos nosotros. Pero somos de mundos muy diferentes, ¿qué pasará si algún día me presenta a sus padres? —estaba angustiada.

—Mira hija, si a él solo le importas tú, no tienes que preocuparte por lo demás. Gabi, cuando el amor llame a tu puerta, ábrele, déjalo entrar porque no sabes cuándo volverá a llamar. Saborea cada segundo como si fuera el último y nunca pienses si está bien o mal. Tienes que hacer lo que tu corazón te dicte, lucha por tu felicidad, si crees en él lucha con uñas y dientes. Lucha con todas tus fuerzas y no dejes que nadie se interponga en tu camino. Construye un amor fuerte y sólido como una muralla que nadie pueda destruir y cuídalo, aliméntalo como se alimenta el fuego, ese fuego que no debes dejar que se apague.

Qué palabras más sabías me había dicho mi madre. Pensaba seguir el consejo y no dejar escapar el amor con prejuicios. Me sobresalté al oír el timbre, ¿quién sería? Era pronto para que Dani viniera a buscarme. Cuando me asomé vi a mi adorado tío Luis.

—¡Hola! Mi Princesa —saludó con un beso como siempre y entonces caí en la cuenta de que los dos hombres más importantes en mi vida me llamaban Princesa. Me provocó una sonrisa.

—Veo que estás muy risueña, ¿alguna novedad?

—Todo igual, como siempre —contesté sonriendo. Me miró arqueando una ceja.

—¿Seguro? —no podía engañarle.

—Bueno... hay un chico —no dijo nada, solo me miraba—. Es muy especial para mí y parece que para él también.

—Se te ve en la cara, estás radiante. Solo quiero que seas feliz, no quisiera que te hicieran daño. Los rotos en el corazón no se curan, son cicatrices que te acompañan toda la vida y de vez en cuando duelen.

Le miré y pude ver en él algo que nunca antes había visto: una enorme tristeza en los ojos. Pensé en mi tío cuando era un joven apuesto enamorado con el corazón roto. La tarde se me pasó más rápida con mi tío allí. No me di cuenta de la hora hasta que llamaron al timbre. Miré a mi tío como si me hubiera pillado cometiendo un delito. Si era Dani no iba a tener más remedio que presentárselo.

—¡Hola! —dije casi en un susurro al abrir la puerta.

—¡Hola Princesa! —se acercó a mí cogiéndome por la cintura. El sonido de unos pasos le hicieron mirar al fondo de la tienda de donde salía mi tío.

—Ven, te voy a presentar a mi tío Luis —el corazón me iba a mil. Para mí era importante que el tío Luis lo conociera pero esperaba que fuera más adelante.

—Dani, te presento a mi tío Luis. Tío, él es Dani mi... novio. —lo había dicho y aunque me sonaba raro me gustaba decirlo.

—Daniel Cifuentes. Encantado de conocerle señor —se dieron un fuerte apretón de manos. Dani parecía seguro de sí mismo.

—Es un placer conocerte. Me vas a perdonar pero hasta hace unos minutos no sabía de tu existencia en la vida de Gabi, te ruego perdones mi sorpresa —Dani le sonrió muy educado.

—No se preocupe señor, es normal, nos conocemos desde hace unos días pero quiero decirle que desde el primer momento que vi a Gabi me enamoré de ella y cuanto más la conozco más la quiero. Perdona mi sinceridad, no quiero que crea que soy el típico tío listillo caradura. Ella es una persona maravillosa y quiero cuidar de ella como a una princesa —Dani le habló con tanta sinceridad que mi tío pareció estar asombrado.

—Sabes, agradezco tu sinceridad y salta a la vista que la adoras. Tengo ojo para clasificar a la gente, y tú eres buena gente, sé que vas a cuidar muy bien de nuestra Princesa —dijo mi tío con tono paternal. Hablaban como si yo no estuviera delante, era como ver una película antigua, ¿estaba Dani pidiéndole permiso a mi tío? Qué situación tan extraña. Ahora con el tiempo la veo cómica.

—Bueno me voy, además es la hora de cerrar —dijo mi tío.

—Sí, voy a recoger y nos vamos —estaba atontada, no sabía cómo reaccionar ante aquella inesperada situación.

—Me alegro de conocerte, Dani —le tendió la mano y Dani se la estrechó con cordialidad.

—Yo también señor —Dani le sonreía con mi adorada sonrisa.

—Cuidámela —Dani se había ganado a mi tío Luis.

—Lo haré señor.

—Deja el señor, con Luis vale. Divertiros —nos sonrió a los dos.

—Adiós tío —me dio un abrazo y cuando me soltó me guiñó un ojo—.

Adiós Princesa.

Cuando mi tío se fue, cerramos. Ya en la calle me quedé mirando a Dani porque no había dicho nada desde que nos quedamos solos.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

—No, me ha gustado conocer a tu tío, se nota que te quiere como si fuera un padre —habló con cariño.

—Sí, en parte hace el papel de padre. Es adorable, él me ayudó a tener lo que hoy es mi taller, le debo mucho. Viene todas las semanas un par de veces a verme, por eso hoy estaba aquí. No quiero que pienses que estaba preparado el encuentro —no quería que pareciera que había provocado la reunión.

—Vamos, no pienses eso, además me ha gustado que me presentaras como tu novio —sus ojos brillaban de emoción.

—Ayer lo hiciste tú —estaba feliz, pletórica—. ¿A dónde vamos?

—Hoy vamos al centro de la ciudad, al casco antiguo. ¿Qué te parece?

—Me parece buena idea, donde tú digas —mientras hablábamos habíamos ido andando. No me di cuenta hasta que nos paramos delante de un deportivo gris metalizado brillante, muy nuevo. Cuando me abrió la puerta para que entrara estaba con la boca abierta.

—¿También es tuyo? —por dentro era espacioso, los asientos de piel negros, el salpicadero parecía un avión con tantas luces.

—¿Te gusta?, lo comparto con mi hermano, pero él prefiere la moto, así que lo llevo casi siempre yo.

Puso música suave. Parecía que nos deslizáramos, no se oía ningún ruido del exterior.

—¿Qué música te gusta? —preguntó con interés.

—Toda en general, no hay ninguna en especial. Me puedo emocionar con

“El padre Augusto”, de la opera “Turandot” o te puedo canturrear el número uno en las listas de ventas.

—¿Te gusta la ópera? —se estaba riendo de mí.

—Sí, me alegro de que te haga tanta gracia —estaba un poco molesta.

—¡No! No me río porque te guste la opera, me río porque a mí también me gusta, y el final de “Turandot” me pone los pelos de punta. Es algo que no se puede describir —dijo entusiasmado.

—¿Te gusta la ópera? No me lo puedo creer ¿Qué me dices de “La Traviata”? —fue maravilloso que a los dos nos gustara la misma música. Yo estaba feliz. Éramos de mundos tan diferentes y esto nos unía.

—Me gusta como a todos la parte del brindis. Pero para mí la mejor es cuando aparece el Padre de Alfredo y le pide que le abandone.

—No, al revés. La mejor es cuando vuelve el padre y pide perdón a Flora —podía darle mi opinión sin la indecisión o el miedo al rechazo.

—Es una historia preciosa, pero muy triste —se le notaba que estaba relajado—. ¿Y qué me dices del Ballet?

—Solo he podido ver “El cascanueces”. Fue como ver flotar en el aire a los bailarines. Fui con mi tío.

—¿Cuál te gustaría ver? —preguntó interesado.

—Me encantaría ver “El lago de los cisnes”. Es el más conocido, pero sería un sueño poder verlo —dije con una sonrisa soñadora. Cuando llegamos al local ya habíamos comparado gustos en libros, películas, colores, ropa... Estaba lleno, no cabía un alfiler, no había ninguna mesa libre. Al fondo alguien nos hacía señas. Eran Paul y Sara.

—¡Hey! ¿Qué hacéis por aquí? —nos saludó Paul muy sonriente.

—¡Hola Gabi! Te veo bien —Sara me saludó con un tono que dejaba ver una segunda intención.

—Yo también te veo bien —contesté con el mismo tono y las dos reímos como tontas.

Nos invitaron a sentarnos con ellos y accedimos encantados. Dani y Paul fueron a la barra a pedir una ronda, mientras Sara me contó muy rápido como iba su relación.

—Todavía no me creo que esté saliendo con Paul. Llevo una eternidad enamorada de él. No me negarás que mi chico es guapo, además de simpático. Cuéntame ¿y tú? —hablaba muy deprisa, estaba acelerada. Tenía las mejillas sonrosadas, sonreía sin parar, el brillo de felicidad en sus ojos lo decía todo. Estaba feliz y muy enamorada.

—Bien. Nos estamos conociendo. Vamos con calma —muy curiosa, pensé. No quería dar muchas explicaciones.

—¿Dani con calma? No me lo puedo creer. Mira, Dani es de los que pone el pie en el acelerador, corre y luego frena en seco, para y te dice ha llegado a su parada, señorita —no podía estar hablando de la misma persona. Fue él quien dijo que quería ir despacio—. Si contigo no es así... lo tienes en el bote, bonita. Sonreí tímidamente, quería cambiar de tema.

—¿Qué tal la semana? —fue lo primero que se me ocurrió.

—Bien, estudiando. No hemos podido quedar hasta hoy. Paul también tenía que estudiar igual que Dani, supongo —no, pensé. No tenía que estudiar o eso me dijo...

Los chicos llegaron y cambiamos de tema. Fue divertido poder estar con otra pareja. Paul era muy simpático. Tenía un ligero acento al hablar que lo hacía más interesante. Más tarde Dani me contó que nació en Londres. Su padre era de allí y aunque llevaba muchos años en España no había perdido el acento. Sara miraba a Paul con admiración. Fueron muchas las demostraciones de cariño que se hicieron. Me hacían sentir incómoda. Dani me había cogido la mano, jugaba con ella, la comparaba con la suya, entrelazábamos los dedos. Me dio algún beso en la mano. Aquello era hacer manitas, pensé. En un momento de la noche puso su brazo en el respaldo de mi silla y me acarició la espalda. Me puse tensa, todo el vello se me erizó. Miré a Dani, se había dado cuenta de mi reacción y sonreía divertido con la situación.

—¿Quieres que nos marchemos? —me preguntó Dani al oído. Asentí, estaba a gusto pero empezaba a estar cansada.

—Pareja, nosotros nos vamos —anunció Dani.

—¡No! Vamos, es pronto y lo estamos pasando bien ¿no? —protestó Paul.

—Sí, estamos muy a gusto, pero mañana trabajo y tengo que estar despejada o me coseré los dedos —dije con naturalidad y todos rieron.

—¿Qué os parece si el viernes quedamos todos, aquí por ejemplo? Seguro que todavía no conoces a Hugo, su hermano —me preguntó Paul. No quería contarle que me entregó un ramo de rosas precioso, en verdad no le conocía.

—No sé, ¿qué dices tú? —Dani me preguntó con cautela, pero pude ver un pequeño destello en sus ojos, parecía que le gustaba la idea.

—Bien. Me apetece conocer a Hugo. Y darle las gracias —le dije con un guiño.

Nos despedimos quedando en vernos el viernes allí. Cuando salimos a la calle había refrescado bastante. Me dio un escalofrío, llevaba solo un traje chaqueta de primavera.

—¿Tienes frío? —preguntó Dani siempre tan pendiente de mí.

—No es nada, parece que ha refrescado. No te preocupes —dije mientras cruzaba los brazos.

—Mira, he prometido a tu tío que cuidaría de ti y eso voy a hacer —se quitó su cazadora y la colocó sobre mis hombros. Se quedó en mangas de camisa. Fue un gesto muy galante. Esos pequeños detalles me hacían sentir especial.

—No, de verdad, no es necesario. Ahora te dará frío a ti —me pasó un brazo por los hombros y anduvimos más deprisa hacia el coche.

—No vamos a discutir, vamos —me ordenó protector.

En el coche puso la calefacción. En seguida un calor agradable nos envolvió, pero yo seguía teniendo puesta su chaqueta. Olía a él, no quería dejarla. Disimuladamente la olía, quería retener ese olor para siempre, quería parar el tiempo, quería estar siempre con él, quería...

Cuando llegamos a mi coche, aparcó el suyo junto al mío y apagó el motor. Seguía sonando una suave música. Se giró en su asiento hacia mí. Vi una sombra en sus ojos, pensé que algo ocurría.

—Mañana no puedo venir a recogerte —dijo con tristeza. Sus palabras fueron como si me clavaran alfileres en el pecho, no podía respirar—. Mis padres dan mañana una cena muy importante en casa. Nos han pedido a mi hermano y a mí que asistamos. Vienen varios médicos del hospital donde trabajan; creen que será bueno para nuestras carreras que nos conozcan.

—Está bien. No te preocupes. Estaré bien —mentí.

—Yo no estaré bien. Pensar que no te veré hasta el viernes es casi insoportable —noté un tono de desesperación en su voz.

—Piensa que es bueno para tu carrera, verás como el tiempo pasa volando.

El jueves fue un día terrible. No me centraba; estaba de mal humor. Para colmo cuando fui a casa a comer estaba mi padre, hacía días que no le veía. Ni siquiera le había preguntado a mi madre por él. Comimos en silencio ignorándonos mutuamente. Mientras recogía la cocina oí la puerta, ni siquiera se despidió. Desde que discutimos nuestra relación había empeorado, pero yo

no pensaba ceder.

Antes de salir para el taller llamé a Alice. Tenía que contarle lo del viernes y seguro que me preguntaría por Dani.

—¡Hola, perdida! ¿Cómo estás? —contestó con la alegría de siempre.

—Bien, muy bien —ella rió al otro lado del auricular.

—Sí, sí, ya lo noto. Hasta tu voz suena diferente. ¿Cómo os va? —sabía que su interés era sincero.

—Bien, muyyy bien —tenía ganas de contarle todo a Alice.

—¿Sabes? Esta tarde puedo pasarme por el taller y me cuentas, ¿qué te parece?

—Eso sería fantástico. Te cuento todo lo que quieras y el plan del viernes —dije abreviando.

—Vale. Nos vemos en un rato. Un beso fuerte amiga —otro para ti, amiga. —Siempre nos despedíamos así, era como un ritual. Alice siempre había estado a mi lado cuando las cosas iban mal. Ahora que estaba feliz quería que también formara parte de ello.

Cuando Alice llegó acababa de abrir la tienda. Vino cargada con unos cafés y pastas para merendar.

En cuanto entró por la puerta empezó a acribillarme con preguntas, parecía la policía. Yo, divertida, le fui contando todo con calma, cosa que a ella la ponía más nerviosa. Pasada una hora desde que llegó Alice, llamaron al timbre. Las dos nos miramos sorprendidas.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Alice. Yo negué mientras me dirigía hacia la parte de la tienda.

—¡Rose! —dije. Para mi sorpresa mis dos amigas favoritas iban a pasar la tarde conmigo.

—¡Hola! He ido ha hacer un recado aquí cerca y he pensado en venir a verte, ver si necesitas algo —dijo mientras levantaba unos cafés.

—¡Tú qué haces aquí! —gritó Alice sonriendo, saliendo del taller.

—¡Prima! ¡Qué sorpresa! No esperaba verte aquí —dijo Rose feliz.

—¿Seguro que no habíais hablado entre vosotras para venir? —dije pensando que habían quedado las dos.

—¡¡Noo!! —gritaron las dos al mismo tiempo, divertidas con la reunión inesperada. Directamente pasamos al tema que más les interesaba... Dani

—Conozco a Dani de pasada desde hace tiempo, pero te digo que lo que está haciendo contigo no lo ha hecho con ninguna chica. Le tienes que haber

entrado fuerte amiga —dijo Rose con una sonrisa.

—Sí, eso me dijo Sara —en mi cara tenía dibujada una sonrisa bobalicona.

—¿Y cómo la viste a ella? —pude notar como cambiaba el tono de Alice.

—Muy bien, muy empalagosos. No se habían visto en toda la semana. Paul había tenido que estudiar. Imagínatelo, a veces me sentía violenta delante de ellos.

—¿Paul tenía que estudiar? ¿Y Dani? —una arruga de preocupación cruzaba la frente de Alice.

—Dani me dijo que no tenía que estudiar. Tenía prácticas solo por las mañanas.

—Qué extraño... —empezaba a intrigarme—. Los dos van juntos al mismo curso. Mira, de momento no le vamos a decir nada a Sara —dijo Rose.

—¿Decirle qué? —no entendía nada.

—Gabi, no me fío de Paul —dijo Alice preocupada por su amiga.

—Ni tú ni nadie. Pero es lo que Sara ha elegido y tenemos que estar con ella —dijo Rose muy seria.

—¿Quieres que le pregunte a Dani, a ver si él sabe algo?

—¡No, no! Ni se te ocurra. Es mejor que estos temas los tengáis al margen. Ya veremos cómo van yendo las cosas —me advirtió Alice. Seguía sin entender mucho, pero le hice caso. Lo dejé pasar.

—Vale, otra cosa. Paul nos propuso quedar el viernes todos juntos. Vendrá Hugo, el hermano de Dani. ¿Qué os parece?

—¡Bien! Por fin conoceré formalmente a Hugo. Le he visto de lejos alguna vez y la verdad es que es muy guapo. Parece buena gente —Alice estaba encantada, daba palmaditas y sus ojos brillaban. Me sorprendió esa reacción.

—¿¡Te gusta Hugo!?! —dije sorprendida.

—¿Que si le gusta? Está loquita por él y eso que nunca han hablado —me informó Rose.

—Bueno. No he hablado nunca con él y mira sí, me gusta Hugo. Es un bombón —su sonrisa iluminaba su cara.

—La otra noche me pareció que te gustaba Víctor —seguía siendo una inexperta en amores y no entendía muy bien las señales.

—No. Es simpático, me gusta su compañía. A Víctor le gusta Sara, pero como no ocurra un milagro, lo tiene crudo —me sorprendió la revelación de

Alice.

—Pobre chico. A mí también me gusta su compañía; es agradable hablar con él —dijo Rose. Sentí pena por él. Sara estaba muy colada por Paul.

La tarde pasó entre cotilleos y risas. Me ayudaron a cerrar. Fue menos duro estando ellas conmigo. Me propusieron ir a tomar algo pero estaba demasiado cansada. Llevaba toda la semana durmiendo muy poco y quería pasar un rato con mi madre. Nos despedimos con un fuerte abrazo y quedamos en vernos al día siguiente en el local de los quesos y los vinos.

7

Los amigos

Estaba agotada y todavía tenía que llegar a casa y lidiar con su marido. ¿Qué excusa pondría esta vez para discutir? Nunca estaba contento con nada, todo le parecía mal. Marisa podía aguantar todas sus humillaciones, insultos, incluso alguna bofetada o empujón. Pensaba que se lo merecía. Era una mujer maltratada pero ella no lo veía así. Siempre creyó que aquello era su penitencia. Pero no soportaba que se metiera con su hija. Gabi era inocente en toda aquella historia... Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no lo había visto paseando.

—¡Marisa! —llamó con respeto. Ella levantó la cabeza.

—¿Luis? ¿Qué haces aquí? —dijo sorprendida.

—Bueno. Quería hablar contigo —hacía tiempo que no hablaban. No sabía cómo reaccionaría ella.

—¿Ocurre algo? ¿Gabi está bien? —preguntó alarmada.

—Todo está bien. Vamos a tomar un café y te explico —ella dudó, si Manuel, su marido se enteraba que había hablado con Luis iba a tener bronca y gorda—. Será un momento. No te entretendré mucho... por favor, Marisa —ella asintió y entraron en una cafetería cercana.

—¿Cómo estás? Pareces cansada —preguntó preocupado.

—Como siempre... A ti te veo bien —seguía como siempre, tan elegante. Su pelo empezaba a blanquear pero le hacía más interesante.

—Marisa, deja que os ayude. Sabes que todo lo mío es vuestro. Gabi y tú sois lo más importante para mí. Mi hermano no tiene por qué enterarse —a Luis le dolía verla así; cuando la conoció era preciosa, estaba llena de vida. Ahora parecía que se arrastraba por la vida llena de amargura y él tenía la culpa.

—Luis, lo hemos hablado muchas veces, sabes cuál es mi respuesta —habían tenido esa conversación un millón de veces y siempre terminaban igual, hablando de Gabi—. ¿De qué quieres hablar?

—Gabi me ha presentado a un chico como su novio. ¿Tú lo sabías?

—Sí. Está feliz, nunca la había visto así. Me alegro mucho por ella —dijo orgullosa de su hija.

—Yo también me alegro. Parece un buen chico, muy educado y con las ideas claras.

—Solo espero que no le hagan daño —dijo Marisa con tristeza.

—Eso es algo que no vamos a poder evitar. Tiene que empezar a vivir. La has educado muy bien. Estoy muy orgulloso de ella.

Marisa bajó la mirada a sus manos envejecidas por el trabajo. Hacía mucho que no lloraba. Se había hecho dura ante las adversidades, pero aquellas palabras hicieron que se le formara un nudo en la garganta.

Cuando llegué a casa, por suerte, mi madre estaba sola. Me alegré de no tener que encontrarme con mi padre; así podríamos hablar tranquilas. Mientras tomábamos una cena ligera, le fui contando los detalles de los días anteriores. Ella estaba feliz por mí. Cuando le conté que mi tío Luis había conocido a Dani, para mi sorpresa dijo que ya lo sabía. Se había encontrado al tío Luis saliendo de trabajar. Fueron a tomar un café y estuvieron hablando de mí. Lo vi extraño pero no le di más vueltas. Mi padre y él se habían peleado hacía tiempo, no sé muy bien por qué, pero no se hablaban, por lo que teníamos que ver al pobre tío Luis a escondidas.

—¿Qué te contó el tío de Dani? ¿Le gustó? ¿Te contó algo? —acribillé a mi madre a preguntas. Para mí ellos dos eran las personas más importantes en mi vida y quería saber su opinión.

—A tu tío le encantó —solté un suspiro de alivio—. Tranquila o te va a dar algo. Me dijo que había visto a un chico muy sensato y muy enamorado.

—Para mí es muy importante vuestra opinión —dije a mi madre con sinceridad mirándola a los ojos.

—Sí, pero aquí lo que importa es lo que tú sientas, tesoro —me acarició la cara y me dedicó una tierna sonrisa. Emocionada la abracé con todas mis fuerzas—. Tú le quieres, eso está claro, solo te pido que seas feliz.

—Gracias mamá.

Cuando estaba a punto de meterme en la cama sonó mi móvil; era Dani.

—¡Hola! —tenía mil mariposas en el estómago.

—¡Hola, Princesa! Perdona que te llame tan tarde, pero no he podido escabullirme antes y no quería acostarme sin darte las buenas noches —dijo disculpándose.

—No te preocupes, todavía no me había acostado. ¿Qué tal la cena? —estaba encantada de poder hablar con él.

—Bien, creo que bastante provechosa. Te he echado mucho de menos —dijo con tristeza.

—Yo también a ti. Hoy no daba pie con bola, menos mal que esta tarde Alice y Rose me han hecho compañía.

—Me alegro; son muy buenas chicas. ¿Les has hablado del plan de mañana?

—Sí, están encantadas, bueno, que les parece bien... —no quería contarle nuestra conversación sobre Hugo.

—No sé por qué... pero me parece que puede salir otra pareja más —dijo risueño.

—No te entiendo —no iba a decirle que Alice estaba interesada en su hermano.

—Quiero que Alice y mi hermano se conozcan, creo que pueden congeniar.

—Pero, ¿él te ha dicho algo sobre Alice? —quería averiguar algo más.

—Bueno, le dije a Hugo que tenías una amiga que le podía gustar. El vio una vez a Alice, le gustó pero no se atrevió a acercarse a hablar con ella. Mañana no tendrá disculpa —tenía una risa de niño malo.

—¿Vas a hacer de celestino? —me parecía una situación muy divertida.

—No Princesa, vamos a hacer de celestinos; porque tú se lo has dicho a Alice, y no me extrañaría que le contaras esta conversación en cuanto dejemos de hablar; cosa que me encantaría que hicieras.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí! —estaba sorprendida.

—No, es broma, no te enfades —no contesté—. Gabi, por favor, era broma. ¿¡Gabi!?

—¡Ahora te he engañado yo! ¿Pensabas que te había colgado, eh? —dijo risueño.

—¡Veo que tienes buen humor! Sí, por un momento pensé que te habías enfadado y no soporto pensar que pueda pasar.

—¿Crees que nunca nos enfadaremos? —¿cómo podía pensar que todo iba a ser siempre de color de rosa? Yo no tenía experiencia en relaciones amorosas, pero sabía que siempre había enfrentamientos.

—Sé que no siempre vamos a estar de acuerdo, que alguna vez tendremos discrepancias. No sería normal que siempre estuviéramos de acuerdo, pero no soporto pensar que nos pase —su tono era de pena.

—Pues no lo pienses, yo no lo hago. Tú mismo me lo has dicho, vamos paso a paso, así que no tenemos que adelantar acontecimientos. Además veo absurdo amargarse por algo que no ha pasado todavía ¿no?

—Tienes razón. Oye, ¿puedes cerrar mañana un poco antes el taller?

Quiero estar contigo a solas un rato antes de ver a los demás.

—Sí, podría cerrar una hora antes, ¿te parece bien? —estaba ilusionada con poder verle. Me pareció maravilloso que quisiera pasar un rato conmigo a solas.

—¡Fantástico! Me muero por verte.

—Yo también tengo ganas de verte —los dos nos quedamos en silencio, ninguno quería colgar. Fui yo quién hablé primero.

—Buenas noches Dani.

—Buenas noches Gabi.

El día también se me hizo eterno, pero pude llevarlo bien. Sonreía cada vez que miraba el reloj, me recordaba que faltaba menos para que Dani llegara. Como siempre llegó media hora antes. Cuando le abrí me cogió por la cintura, me acercó a él dándome dos besos en las mejillas, demorándose en cada uno; pude notar como aspiraba mi olor.

—Me encanta como hueles. Te he echado tanto de menos que me duele —sus ojos brillaban de felicidad.

—Tú también hueles muy bien. A mí también me duele no poder verte —dije mientras me seguía sujetando por la cintura; era perturbador estar tan cerca de él. Noté que me ruborizaba.

—Espero que siempre sea así —dijo con una sonrisa de niño malo.

Mis sentidos empezaban a nublarse y no sabía de qué sería capaz. Me separé un poco de él. No me había dado cuenta de que tenía una mano en la espalda ocultando algo.

—Toma, cuando veo una rosa roja me recuerda el color de tus labios —noté como me ruborizaba más de lo que ya estaba. Acarició mis mejillas, mi cuerpo respondía a aquella caricia, quería besarle...

—Gracias —intenté aclararme la garganta—. Es preciosa, pero me estás mal criando —quería calmar un poco la tensión que se había creado entre nosotros. Era el momento para que me besara, pero no lo hizo, empezaba a pensar que no quería besarme. ¿Tenía algún rollo raro con los besos?

—Esta no la voy a dejar aquí, me la llevo a casa —quería que fuera lo último en ver, cuando por la noche apagara la luz—. Recojo dentro y nos vamos.

—Los sábados no abres ¿verdad? —preguntó mientras me seguía al fondo del taller, con las manos en los bolsillos, como si no supiera qué hacer

con ellas.

—No, lo que hacía hasta ahora era llevarme trabajo a casa para el fin de semana, por tener algo que hacer, pero ahora estoy muy ocupada. Hay un chico muy guapo que lleva toda la semana detrás de mí y creo que para el fin de semana quiere quedar conmigo. ¿Tú qué opinas? —dije juguetona, intencionadamente inocente.

—Creo que puedes quedar con él; me ha dicho que el sábado tenéis una cita. Te quiere llevar a un lugar muy especial para él, luego cenar en su rincón favorito y luego... —se quedó callado, pero sus ojos lo decían todo, no hacían falta las palabras. Nos miramos en silencio, pero ¿por qué esperar al sábado?

—¿Crees que el sitio será muy elegante? Solo por tener una idea —sonreí inocente.

—Sí, creo que es elegante, pero tú estás elegante con lo que te pongas. Tienes un... —se volvió a contener, pero me imaginé lo que quería decir. Sus ojos se fueron parando en cada curva de mi cuerpo. El aire estaba cargado de electricidad, podía ver en sus ojos el deseo.

—Estás ya, será mejor que nos vayamos —dijo apretando los labios.

—Dame un segundo, voy al baño —necesitaba estar un minuto a solas. ¿Qué había pasado? Me enfurecía conmigo misma porque no entendía todas aquellas sensaciones. Mi cuerpo ardía por estar junto al suyo, pero no sabía por qué no se lanzaba; no entendía qué estaba haciendo mal.

—¡Lista! vámonos —parecía que nos habíamos calmado los dos, todo estaba en orden.

Dimos un paseo por las calles del casco antiguo, Dani siempre me llevaba cogida de la mano. Si nos parábamos a mirar un escaparate me rodeaba la cintura y me atraía hacia él. Aspiraba mi olor o me besaba el pelo; con cada gesto mi corazón se disparaba. Descubrimos muchas tiendas de antigüedades, cosa que a los dos nos encantó, otra cosa más en común que añadir a la lista. También encontré algunas tiendas de género que podían ser interesantes para el taller. El tiempo se nos pasó volando, para cuando llegamos al local de vinos ya estaban todos. Se habían hecho las presentaciones. Parecía que todos lo estaban pasando bien, solo faltábamos nosotros.

—¡¡Hey!! Por fin llegáis —nos saludó Paul.

—Sentimos el retraso. Nos hemos entretenido viendo unas cosas —se disculpó Dani.

—Sí. ¿¡A saber que estaríais viendo hermanito!?! —dijo Hugo con

sentido burlón dándole una palmada en la espalda.

—¡Hola Gabi! Tenía ganas de conocerte formalmente —me cogió por la cintura y me dio dos besos; esto de coger así a las chicas debía de ser de familia.

—¡Hola! yo también tenía ganas de conocerte. El otro día saliste corriendo, no me dio tiempo ni de darte las gracias —los dos reíamos recordando el momento en que me entregó el ramo.

—¿Pero te dio tiempo de pensar en algo? Yo creo que no. —tenía la misma sonrisa encantadora que Dani.

—Tienes razón, me quedé en blanco —me cayó bien; era divertido, tenía sentido del humor y una complicidad con Dani que admiraba.

Vi que todos estaban ya sentados. Un chico alto, desgarrado, tenía el pelo castaño oscuro, recogido en una pequeña coleta, y unos ojos azules enmarcados por una cara alargada, un poco hippy, saludaba a Dani con camaradería.

—Ven, te presento a Roberto o Robert como le llamamos todos, es amigo de Hugo.

—¡Hola! Encantado de conocerte.

—Igualmente —le contesté. Me dio dos besos. Parecía tímido. Intercambió unas bromas con Dani y Hugo, y volvió a sentarse entre Laura y Rose. Las dos me saludaron con un fuerte abrazo.

—Vamos, sentaros por aquí —nos invitó Hugo, él ya estaba sentado junto a Alice. Saludé a Sara y Paul y nos sentamos, tenía a mi lado a Alice y Dani a su lado a Paul, Sara tenía al otro lado a Laura, no estaba mal el reparto de sitios, la noche prometía.

Todos charlamos animadamente, Hugo estaba muy pendiente de Alice. Esta, en un momento de la noche me hizo un guiño de ojos; se la veía feliz.

—¡Oye Gabi! —Hugo me llamó la atención—. ¿Qué le has hecho a mi hermano? Desde hace unos días no es el mismo; llega pronto a casa, apenas come y duerme, y está todo el día con una sonrisa tonta en la cara —tenía la misma sonrisa picarona de Dani.

—¡Oyeee! No te metas con mi novio... —dije sin pensar, todas las conversaciones se pararon y todos los ojos me miraban abiertos como platos. Quería desaparecer.

—¡Cómo que novio! —dijo Paul entre sorprendido y enfadado.

—Claro, si lo que yo decía, esta chica no es buena para mi hermano —dijo Hugo simulando estar apenado.

—Basta chicos, es cierto que es mi novia y no hay más que decir — aclaró Dani.

Todos al unísono nos vitorearon. Alguien empezó como en las bodas pidiendo un beso; yo palidecí, no sabía cómo íbamos a salir de aquello.

—Venga, no seáis tan malos, estamos en un sitio público, nos pueden llamar la atención —Dani supo esquivar muy bien el problema.

La reunión transcurrió tranquila. Los chicos contaron alguna batallita de la que todos pudimos reír. Hablaron de lo que pensaban hacer cuando terminaran el curso, de los viajes que querían hacer en verano... Algunos querían trabajar los meses estivales para sacarse un extra para el invierno. Cuando nos dimos cuenta estábamos casi solos en el local y decidimos que era hora de retirarse. Todos nos despedimos fuera, y vi como Sara y Paul desaparecían rápido; debían tener prisa. Sentí un poco de envidia. Rose y Robert seguían hablando, buena pareja; Laura le metía prisa, se quería ir a casa. A Hugo y Alice se les veía muy a gusto, Hugo le estaba diciendo que podía quedarse un poco más y que luego la acercaba a casa. Vi como ella asentía. Dani también se dio cuenta; le oí decir por lo bajito: ¡Aleluya!; le miré...

—Te lo dije, hacen una pareja perfecta —si que la hacían, me alegré por Alice.

Nos despedimos y nos metimos en el coche. Pensé que a partir de esa noche se lo iban a rifar.

—¿Te has parado a pensar que ahora tu hermano también necesitará el coche?

—Bueno, ya lo solucionaremos. ¿Cómo te lo has pasado? —me cogió de la mano y me la besó, me había quedado sin aliento y él era consciente de ello.

—Me he divertido mucho, son todos fantásticos. Se me olvidaba que no he cogido el coche, me tienes que llevar a casa —sorprendido me miró.

—¿Cómo has ido al taller esta tarde?

—En bus, lo cojo en la puerta de casa y me deja muy cerca de la tienda.

—Mejor, así no tengo que seguirte hasta tu casa para ver que llegas bien.

—¿Me has seguido todas las noches? —estaba muy sorprendida y molesta.

—Claro, es lo normal. Quería asegurarme de que llegabas bien, esperaba a que entraras en el portal y entonces me iba —cómo podía molestarme que fuera un caballero—. Sabes, a Hugo te lo has metido en el bolsillo enseguida.

—Tenía miedo de no caerle bien; todos son buena gente y te quieren — es imposible no quererte, pensé.

Cuando llegamos a casa aparcó y salió del coche para abrirme la puerta. Me costaba acostumbrarme a estas atenciones.

—Bueno, hemos llegado. Vamos, te acompaño hasta el portal.

—No hace falta Dani —era demasiado protector, además tenía miedo de que en ese momento pudiera llegar mi padre.

—Anda vamos, me voy más tranquilo —me cogió por la cintura y empezamos a andar. Saqué la llave para abrir la puerta. Cuando levanté la cabeza para despedirme, su mirada era fuego, me seguía cogiendo por la cintura.

—Pasaré a recogerte a las seis —con delicadeza y disimulo se iba acercando más a mí.

—¿A las seis? ¿A dónde vamos? —mi pulso se fue acelerando.

—Ya lo verás, tenemos que hacer un pequeño viaje de menos de una hora y quiero llegar antes de que caiga el sol.

—Pues entonces hasta mañana a las seis —nos mirábamos a los ojos, ninguno de los dos bajamos la mirada, podíamos decirnos tantas cosas así...

—Cada día se me hace más difícil separarme de ti —su voz era un susurró, me dio un beso en la mejilla pero no se apartó. Retiró mi pelo del cuello—. Quisiera poder emborracharme con tu aroma.

Pude notar su aliento en mi cuello, noté sus labios suaves dándome un beso en el cuello, todo mi cuerpo vibró. Pero algo podía estropear el momento... mi padre. Mi cuerpo se puso rígido.

—¿Qué?

—Nada, pero si mi padre apareciera ahora tendría problemas —con brusquedad se separó de mí.

—No había pensado en ello, perdona. Mejor me voy. Hasta mañana Princesa.

—Hasta mañana Dani.

8

Las citas

Me despertó la luz que entraba por la ventana de mi habitación. Era un día claro. Salí de la cama entusiasmada, pensaba en las horas que faltaban para ver a Dani; iba a ser una noche especial, nuestra primera cita en serio. Repasé mentalmente la lista de cosas que tenía que hacer esa mañana; darle un repaso a la casa como todos los sábados y después dedicarme a mí el resto del día; arreglarme el pelo bien con calma, preparar la ropa... ¡La ropa! Pero no tenía nada elegante que ponerme, el pánico empezó a apoderarse de mí. ¿Cómo una modista que confecciona unos vestidos que quitan el hipo no tenía nada elegante que ponerse? Claro tonta, nunca has tenido que ir a un sitio elegante. ¡Alice! Tenía que hablar con ella, tendríamos que salir a comprar ropa corriendo; cosa que no me gustaba.

—¡Hola Gabi! —contestó todavía dormida.

—¡Alice! Despierta, escúchame bien —mi tono histérico la sacó del sueño de golpe.

—¿Qué pasa? Me estás asustando.

—Alice, Dani me ha dicho que me ponga algo elegante esta noche pero no tengo nada. ¿Qué voy a hacer? —estaba a punto de echarme a llorar.

—Espera, me estás diciendo... ¿que no tienes nada elegante que ponerte? Una modista como tú.

—Alice por favor ayúdame, tendremos que ir de compras.

—Espera un momento, déjame pensar. Dame unos minutos, voy a llamar a Rose y vamos para tu casa.

Media hora después llegaban las dos a mi casa. Venían con un vestido colgado en una percha y cubierto por una funda. Lo recordaba perfectamente; era un vestido de un color rojo intenso, precioso, escote asimétrico (con un hombro descubierto), entallado y un corte detrás para poder andar bien. Se lo había cosido a Rose la primavera pasada para una boda. Recordé que se había comprado unos zapatos con los tacones de vértigo y una cartera a juego, pero no estaba segura de que me fuera a quedar bien.

—¿El vestido rojo? —me quedé clavada en el suelo—. Pero ese vestido es muy ajustado. Además está hecho a tu medida, no me quedará bien.

—Tonterías, te quedará genial, tal vez un poco más corto —dijo Alice

risueña.

—Venga, pruébatelo. Te va a quedar de muerte —dijo Rose mientras sacaba el vestido de la funda—. Tienes un cuerpo perfecto; eres un poco más alta que yo, pero seguro que te queda bien, y además gastamos el mismo número de pie. Venga, pónelo y a desfilar, que yo ya estoy agotada solo de traértelo —se tiró en mi cama y Alice la imitó. Aunque Rose parecía realmente cansada todo aquello era como un juego para ellas; pero yo había empezado a ponerme de mal humor.

Me miraban de arriba abajo con la boca abierta. Me iba a echar a llorar. Cuando me giré y me vi en el espejo, también me quedé con la boca abierta.

—¡Pero dónde tenías guardado ese cuerpo! Estás perfecta. No me lo puedo creer... mírate. Ponte los zapatos, ¡vamos! —me apremió Rose entusiasmada.

Me quedaba genial, la imagen que veía en el espejo no podía ser yo. Tenían razón, me quedaba muy bien. El largo unos dedos por encima de la rodilla, y el color me favorecía. Era perfecto... o tal vez era demasiado provocativo. No estaba segura de ponerme aquel vestido.

—¿No es muy atrevido para una primera cita? No sé, me queda muy pegado, me marca todas las curvas; sin hablar de los tacones que me hacen unas piernas... no sabría cómo describirlas.

—Te hacen unas piernas divinas, largas y muy, muy sensuales. Bueno, toda tú vas diciendo: “aquí estoy yo”. Nadie va a poder contigo y si Dani no te come esta noche es un idiota, porque estas buenísima; pero dudo que no lo haga —dijo Rose y las dos rieron cómplices.

—¿Por qué dices eso? —quería saber si ellas sabían algo que yo no sabía.

—Anoche cuando os vi entrar, el chico que iba contigo no era el Dani que yo conocía: solo tenía ojos para ti, te miraba y no había nadie más. Era como si estuvierais los dos solos en el mundo. Ese chico te quiere Gabi y lo mejor es que tú también le quieres, y no me lo niegues porque es verdad; solo hacía falta miraros a los dos —si Alice se había dado cuenta... ¿los demás también?

—Es muy pronto, nos estamos conociendo, no sé...

—¿No sabes? ¿Qué no sabes? Está coladito por ti. Esta noche te vas a poner este vestido y te vamos a arreglar ese precioso pelo; un poco de maquillaje y estarás perfecta, amiga —dijo Rose con firmeza, quería darme seguridad.

—Gracias chicas. ¿Oye? Y hablando de ojitos. ¿Qué tal Hugo? —quería que me contara cómo le había ido.

—Bien —estaba esquivando el tema para que yo insistiera, nos conocíamos las dos muy bien.

—Solo bien, ¿no? ¿qué más? Vamos, habla o te torturo —dijo Rose tirándose encima de ella.

—¡Bueno, bueno! ¡Hemos quedado esta noche para cenar! —dijo gritando eufórica.

—¡Lo sabía! Me alegro por ti; me cae bien, parece majito —dijo Rose abrazándola.

—¿A que sí? —las tres reímos como tontas.

Alice me había rizado el pelo y luego me lo había recogido dejándome unos rizos sueltos, dándole naturalidad. Rose me maquilló con colores muy suaves.

A las seis en punto sonó el móvil. Estaba con mi madre. Por suerte para mí, mi padre se había ido después de comer; solo pensar que pudiera estar dando vueltas por la casa me ponía más nerviosa.

—Soy yo, estoy debajo de tu casa. ¿Estás sola con tu madre? —me preguntó muy enigmático.

—Sí... —no podía pensar. ¿Por qué me preguntaba eso?

—¿Te importa que suba a saludarla? —me quedé en silencio unos segundos, no sabía qué decirle.

—¿Quieres conocer a mi madre? —ella se levantó de un salto del sillón y se acercó a mí, con gestos me decía que sí—. Está bien, sube —colgué y me giré lentamente hacia mi madre—. Quiere conocerte —con rapidez mis ojos recorrieron toda la sala asegurándome que todo estuviera en orden.

—Estupendo, qué nervios, ¿te ha dicho por qué? —me encogí de hombros—. ¿Cómo estoy hija? ¿Me cambio de ropa? —mi madre no paraba de alisarse la falda. Se pasaba la mano por el pelo, intentando arreglárselo, se estiraba de la camisa; se había puesto muy nerviosa.

—No, estás bien así mamá —intenté tranquilizarla, pero yo estaba más nerviosa que ella.

Sonó el timbre de la puerta, temblaba como un flan, no sabía si le iba a gustar, y además conocer a mi madre. Cuando abrí la puerta los dos nos miramos de arriba abajo.

—Hola —estaba guapísimo con un traje de chaqueta azul marino, camisa blanca abierta, sin corbata, su pelo dorado bien cortado; parecía un

modelo de pasarela.

—¡Gabi!... Decirte que estás preciosa es quedarme corto. No tengo palabras para describir lo preciosa que estás —sus ojos pardos recorrieron todo mi cuerpo con una sonrisa de asombro.

—Gracias, tú también estás muy guapo —me besó en la mejilla. Pude ver en sus ojos la sonrisa que dibujaba su boca. Estaba radiante, le veía feliz e ilusionado. No parecía nervioso, pero lo estaba; controlaba la situación.

—Vamos, pasa —cuando me di la vuelta vi cómo bajaba su mirada. Me sentía incómoda, pensaba que me estaba viendo por detrás. Intenté no contonearme al andar pero el vestido era demasiado ajustado y al andar el corte dejaba ver mi pierna hasta mitad del muslo.

—Dani: te presento a Marisa, mi madre. Mamá: él es Dani. —mis manos temblaban, estaba muy nerviosa pensando que mi padre podría llegar en cualquier momento, aunque no era normal que volviera pronto a casa.

—Hola Dani —dijo mi madre, ella también estaba nerviosa. Él se acercó y le dio dos besos, seguro de sí mismo con su maravillosa sonrisa.

—Me perdonará el atrevimiento pero tenía muchas ganas de conocerla.

—No tienes por qué disculparte. Me gusta mucho que hayas subido; pero siéntate... —mi madre se embelesó mirándole como si viera un dios griego, Dani la tenía en su poder.

—No, es mejor que nos marchemos, solo quería saludarla y decirle que cuidaré bien de Gabi —le dedicó a mi madre su encantadora sonrisa.

—Gracias, te lo agradezco. Me alegro que Gabi haya encontrado alguien que la cuide —me dedicó una dulce sonrisa. Nos despedimos de mi madre y salimos a disfrutar de nuestra primera cita.

—¿No me dices a dónde vamos? —estaba impaciente por saberlo.

—Mis padres tienen una casa en la playa. Es un lugar muy pintoresco, allí hay un sitio especial que te quiero enseñar. Luego iremos a cenar a uno de mis lugares favoritos, es un lugar precioso, espero que te guste.

Dejamos la ciudad atrás, cogió la carretera hacia el sur. El paisaje era precioso, la carretera iba bordeando la costa, circulábamos entre el bosque y el mar. Pasamos por un pequeño faro en la cima de unos acantilados; la vista cortaba el aliento, en el horizonte se podía divisar la ciudad. En el coche sonaba la música de “La Traviata”. Ese viaje fue mágico, apenas hablamos pero no hacía falta. Empezamos a ver edificios de apartamentos pero no muy masificados, todos pegados a la playa. Tras una curva apareció un pueblo costero precioso rodeado de montañas, diseminadas en ellas algunas casas,

otras cerca de la playa.

—¿Dónde está la casa de tus padres? —sentía curiosidad, se veían casas con mucho señorío.

—La acabamos de pasar, en la curva que hemos pasado, justo encima. Tiene unas vistas preciosas. Un día te traeré...

Cruzamos el pueblo y cogió un desvío, empezamos a subir por una carretera cada vez más empinada, con muchas curvas, llegó un momento en que no había más casas y la carretera seguía serpenteando por la montaña. Las vistas eran cada vez mejores, íbamos viendo el pueblo, las urbanizaciones y el mar cada vez más abajo. La carretera seguía hacia un mirador pero Dani se desvió por un camino por donde solo cabía un coche. Estaba mal asfaltado, no tenía salida, al final terminaba en una pequeña rotonda. Paró el coche y bajamos. No podía creer lo que veía: a nuestros pies estaba el pueblo, coronado por una ermita; hacia la izquierda las casas y urbanizaciones; a la derecha desembocaba un gran río por el que entraban algunos barcos al puerto. El mar se unía en el horizonte con el cielo azul.

—¿Qué te parece? —estaba detrás de mí, los dos mirábamos el horizonte.

—Esto es precioso, ahora entiendo por qué querías llegar antes de anochecer —dije asombrada.

—Sabía que te gustaría. Este es mi escondite, nadie lo conoce salvo tú ahora. Lo encontré hace años mientras daba un paseo, no suele venir nadie. Cuando necesito estar solo y pensar vengó aquí. Estaba deseando enseñártelo.

—Es el lugar perfecto, aquí puedes ver lo insignificantes que somos ante lo grandioso que es el mar —se acercó a mí por detrás.

—Sí, sí que impone. Mira toda esta zona de la derecha al lado del río, esta es la parte más antigua del pueblo. Sus calles son estrechas y empinadas con las casas pintadas de blanco, con los balcones y ventanas llenos de flores. La zona de la izquierda es la más nueva, donde empieza también la zona de los veraneantes.

—¿Dónde está tu casa? —lo podía sentir muy cerca de mí, en mi estómago empezaba a formarse un nudo. Me puso su mano en la cintura para hacerme girar un poco, lo hicimos los dos al unísono, no apartó su mano si no que la deslizó rodeando mi cintura. Con un ligero movimiento nuestros cuerpos quedaron pegados.

—Mira a la izquierda ¿Ves donde la montaña se mete en el mar, y se empieza a ver la playa? Es la casa que está en ese pico, la de las dos

chimeneas. —Se veía la rampa de entrada flanqueada por naranjos. Los balcones del piso de arriba debían de pertenecer a las habitaciones. En la planta baja había varias terrazas cubiertas por soportales. Una escalera de piedra oscura, con arbustos a los lados, bajaba al extenso jardín cubierto de césped, salpicado de flores, palmeras y junto a una pequeña cascada, un olivo. La piscina estaba en la esquina más baja del jardín, con vistas a la playa.

—Es preciosa, los colores son muy acordes con el paisaje.

—A mis padres no les gusta que la casa sobresalga del paisaje, por eso la hicieron pintar de colores naturales —Percibí en su tono de voz que le gustaba la casa. Sentía su respiración en mi hombro desnudo. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Cada poro de mi piel deseaba que me besara.

—¿Tienes frío? ¿Quieres tu chaqueta? —se acercó más a mí. Era su cercanía lo que hacía que mi cuerpo temblara.

—No. Estoy bien. Esta vista impone —nos quedamos en silencio uno pegado al otro, sin movernos—. Me siento como si toda mi vida hubiera estado sentada mirando por una ventana viendo como la gente vivía su vida; pensando cómo sería tener una familia normal, tener alguien especial en mi vida... vivir, sentirme libre. Pero cuando llegaste tú, esa ventana se convirtió en una puerta. La voy a atravesar contigo y voy a empezar a vivir mi propia vida.

Crucé los brazos alrededor de mi cintura, sujetando su brazo, no quería que me soltara. Suspiré, ladeé mi cabeza y la eché hacia atrás apoyándome en su hombro. Su respiración se aceleraba. Con su mano libre empezó acariciándome el brazo. Fue subiendo hasta mi hombro desnudo. Sus dedos rozaron con suavidad mi cuello. Inclino su cabeza y empezó a recorrerlo con besos suaves. Todo mi cuerpo fue sacudido por una descarga eléctrica. Me hizo girar, nos miramos a los ojos... su mirada era profunda y ardiente. Los temblores se hicieron más intensos. Cogió mi cara entre sus manos; me quedé sin respiración. Sin dejar de mirarme, como si me pidiera permiso, se fue acercando a mí. Posó sus labios en los míos con suavidad y ternura. No fue un beso fogoso, pero la sangre me hervía. Inclino mi cabeza hacia atrás para que mi beso fuera más profundo. Con torpeza entreabrí mis labios, no sabía que hacer. Dani deslizó su lengua entre ellos, me provocaba. Empecé a sentirme más segura repitiendo sus movimientos. No sé cuánto duró nuestro primer beso... pero cuando nos separamos los dos estábamos sin aliento, jadeando. Estaba en una nube, y era maravilloso.

—¿Estás bien? —asentí—. Me desmontas Gabi —nuestros labios se

volvieron a unir en un beso ardiente. Estábamos sedientos el uno del otro. No quería que dejara de besarme. Me gustaba su sabor dulce, su olor, notar su cuerpo tan cerca del mío... Mi cuerpo tenía los sentidos a flor de piel. Cuando nos separamos el sol empezaba a desaparecer, una luz anaranjada cubría todo el paisaje; era mágico. No sabía el tiempo que llevamos besándonos pero no importaba, nada importaba.

—Eres una diosa, ¿cómo puedes besar así? —su respiración era agitada —. Espera. Dame un segundo para recuperarme o no seré dueño de mis actos.

—Tranquilo, todo está bien. Has hecho que sea maravilloso. Lo tenías bien planeado, gracias —dije feliz de estar en sus brazos. Nos miramos a los ojos y pude ver que algo había cambiado. Teníamos una complicidad; la ilusión de que algo nuevo empezaba entre nosotros.

—Para mí también ha sido especial. Nadie me había llenado como me llenas tú... pero al mismo tiempo me dejas vacío. Me vuelves loco. Ven aquí preciosa —sin decir nada más nos fundimos en otro largo y sensual beso.

Hugo miraba el reloj nervioso. No dejaba de andar dando vueltas por la acera. No paraba de estirarse la chaqueta, pasarse la mano por el pelo. ¿Cómo podía estar tan nervioso? No era la primera vez que quedaba con una chica, pero esta era especial. Hacía tiempo que la había visto con sus amigos, aunque nunca había hablado con ella hasta el viernes cuando se reunieron todos; gracias a las nuevas parejas. Sonrió pensando en su hermano Dani; deseó que la noche fuera como la había planeado. Al oír unos tacones se giró y allí estaba Alice: siempre sonriente.

—¡Hola! Siento llegar tarde. No encontraba taxi —hablaba casi sin aliento. Había tenido que andar un trozo desde donde la dejó el taxi. Estaban en una zona peatonal.

—No te preocupes... La espera ha valido la pena —dijo Hugo—. ¿Qué te parece este sitio para cenar? Luego nos podemos mover por aquí para tomar algo.

—Sí, me gusta la idea. Vamos, este sitio es perfecto —se la veía tranquila, sonriente, contagiaba alegría.

Durante la cena, la conversación fue relajada. Hugo también estudiaba medicina. Tenían muchas cosas en común: les gustaban las motos; la misma música... Habían estado en los mismos locales casi al mismo tiempo. De un tema pasaban a otro. Cuando terminaron de cenar dieron un paseo por las

animadas calles.

—¿Sabes de qué me arrepiento? —dijo Hugo con tono desenfadado.

—¿De qué? —preguntó Alice.

—Tenía que haberme acercado antes a hablar contigo... —dijo Hugo parándose y mirándola a los ojos.

—¿Por qué no lo hiciste? Me hubiera gustado que lo hicieras —dijo Alice apoyándose en una pared. Sincera y sin rodeos, eso le gustaba. Pensó Hugo.

—Tendremos que solucionarlo —dijo Hugo mientras le apartaba un mechón de pelo de la cara.

—Sí, creo que tendremos que ponernos al día —dijo Alice mientras se mordía el labio inferior. Mirándole con desafiante picardía.

—Por favor no te muerdas el labio —dijo Hugo casi en un susurro apoyando sus brazos en la pared, dejando a Alice atrapada entre ellos.

—¿Qué me vas a hacer? —preguntó ella provocándole. Hugo acarició con suavidad los labios de Alice; ella los entreabrió un poco.

—Tendré que tenerlos ocupados para que no te los muerdas —susurraba mientras se inclinaba lentamente sobre ella. Sus labios se unieron en un beso suave, que se fue transformando en fuego. Sus bocas ardían. ¿Cómo se podía besar así? Pensó Alice. Había tenido otras relaciones, no muchas, las suficientes para tener experiencia en besar. Pero nunca un beso la había descolocado tanto. Su cuerpo ardía, lo deseaba con desesperación. Ella le abrazó por la cintura, apretándose contra él. No quería que pasara ni el aire entre ellos. Hugo se perdió en el sabor de su boca. Hacía tanto que quería besarla, tenerla en sus brazos... quería disfrutar del momento. No podía dejar de besarla, se estaba perdiendo; él también ardía con aquel beso. Cuando recuperaron el control sus respiraciones eran agitadas, sus ojos ardían.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alice sin aliento.

—No sé a ti, pero para mí ha sido maravilloso. Nunca había sentido una sensación tan fuerte con un beso —dijo Hugo asombrado.

—Sí, nunca había sentido tanta pasión con un beso. Ha sido alucinante —sus cuerpos se iban calmando.

—Mira, tus amigas y mis amigos han quedado en el mismo sitio de ayer. Tenemos dos opciones: podemos acercarnos o podemos apagar el fuego... Yo prefiero la primera; te deseo con todas mis fuerzas, pero no quiero ser el rollo de una noche... quiero ser algo más... —Hugo le habló claro.

—Sí, estoy de acuerdo. Tampoco quiero ser un polvo rápido y adiós. No

soy de esas chicas.

Cuando llegaron al local de reunión estaban todos; Sara con Paul, a su rollo. Laura y Rose reían con Robert, el amigo de Hugo. Todos se alegraron de verles. Sí, la decisión había sido buena. No querían un rollo de una noche. Los dos querían conocerse mejor, dejar salir lo que sentían el uno por el otro y, por qué no... consolidar la relación. Los gestos de complicidad y amor fueron mutuos. Hugo la hacía sentirse bien.

Fuimos paseando en silencio cogidos de la mano. La cena había sido perfecta y el restaurante un sueño. Ubicado en la montaña, con unas vistas asombrosas sobre el pueblo, la playa y el mar, no me cansaba de mirar el paisaje... y a él.

—¿Estás bien? Pareces muy callada —me preguntó con el ceño fruncido.

—Estoy de maravilla, no podía estar mejor. Ha sido perfecto —dije feliz.

—Me alegro de que te haya gustado. La noche que te conocí llevabas una blusa roja y hoy también vas de rojo. Es un color que te sienta bien, estás preciosa con este vestido. Soy afortunado de tener una mujer tan bella a mi lado. Desde que te he visto esta tarde no he podido dejar de mirar tu cuerpo perfecto.

—Pues me lo ha tenido que dejar Rose; no tenía nada elegante que ponerme. Este se lo hice el año pasado. Soy un desastre, nuestra primera cita y llevo un vestido prestado.

—Eso no importa. Pero te aviso, tendrás que hacerte algunos vestidos elegantes y uno de fiesta, largo.

—¿De fiesta? ¿Dónde piensas llevarme para necesitar un vestido largo? —pregunté sorprendida.

—Verás, cuando termine la carrera mis padres quieren dar una fiesta por todo lo alto: con la familia, amigos y compañeros de trabajo. Hay que ir de etiqueta; los señores de esmoquin y las señoras de largo. Quiero que vengas conmigo —dijo sonriendo con orgullo.

—¿Quieres que te acompañe a una fiesta donde estarán tus padres? —dije notando como el pánico se apoderaba de mí.

—Sí, quiero que seas mi pareja. Conocerás a mi familia. Como tendrán que atender a los invitados no te agobiarán mucho —mi cara debía de ser un poema—. Anda ven, que no te van a comer —me atrajo hacia él. Mis brazos

rodearon su cuello. Más segura de mí misma me entregué a un beso apasionado. Estábamos perdidos el uno en el otro. Sus dedos se deslizaron con suavidad por mi espalda. Todo mi cuerpo se tensó como una cuerda. Sus caricias llegaron a la parte baja de mi espalda. Con pasión me presionó contra su cuerpo. Podía notar su urgencia por mí. Un gemido se escapó entre mis labios, yo también le necesitaba.

Cuando llegué a casa vi el resplandor de una pequeña luz que salía del salón. Pensé que mamá me la había dejado encendida; tal vez ella se había quedado dormida en el sofá esperándome. El corazón me dio un vuelco. Al llegar al salón descubrí que era mi padre quien me estaba esperando.

—¡Vaya! Mira quien aparece —me dijo con sorna. Como siempre, llevaba una copa de más.

Quise pasar de largo y meterme en mi habitación. Pero no me dejó.

—¡Eh! ¿Dónde te crees que vas? ¡Ven aquí! —dijo con chulería. No tenía ganas de hablar con él; me iba a estropear la noche.

—¿Qué quieres? —pregunté impaciente

—Saber de dónde vienes —se levantó del sillón y empezó a andar hacia mí.

—Nunca te ha importado lo que hacía con mi vida. Ahora no te voy a dar explicaciones —dijo. Me di la vuelta para marcharme. Mis piernas temblaban. El miedo se iba apoderando de mí. Sabía que no me dejaría salir sin más.

—¡Oh, sí! Me vas a dar explicaciones. ¿De dónde vienes? Pareces una putilla. ¿Te has parado a mirarte en el espejo? Solo te falta la esquina —dijo con desprecio. Me recorría con la mirada de arriba abajo. Me estaba haciendo sentir sucia. ¿Tenía razón...?

—Déjame en paz. Quiero que te olvides de mí como lo has hecho siempre —no había hecho nada malo, y el vestido me quedaba muy bien. No iba a dejar que me manipulara.

—Vergüenza me da ver cómo vas. Si te vieran tus primas no te volverían a mirar a la cara —se estaba empezando a poner morado. Se iba a liar bien.

—¡Mis primas! ¡Lo que piensen me importa una mierda! ¿Te enteras? —le grité. Tenía los puños apretados. No iba a consentir que me humillara más.

—¡Tendrás poca vergüenza! ¡Ya no tienes respeto por tu padre! —parecía que le salía espuma por la boca.

—¿¡Qué pasa!?! Bajar la voz; os van a oír los vecinos —habíamos

despertado a mi madre. Apareció sofocada por nuestros gritos.

—¡Qué se enteren! Aquí tienen una golfa para el que quiera pasar un buen rato —gritó mi padre con los ojos desorbitados.

—¡Basta! Eso no te lo consiento —dijo mi madre autoritaria.

—Déjalo mamá, que diga lo que quiera, está borracho —me temblaba voz, igual que mi cuerpo.

—¡Sí, eso! Defiéndela, sois iguales. ¿Qué me dices del chulo con el que venía? ¿Te crees que no te he visto? Se ve que tiene pasta... con ese coche ¿Qué te ha prometido? ¿Sabes lo que busca un tipo así de un fante como tú? En dos días no se acordará de ti. Ese es otro golfo, un putero —dijo con una sonrisa de desprecio hacia mí. Pero no iba a consentir que se metiera con Dani. Sentí una sacudida de furia por todo mi cuerpo. Mis ojos se abrieron como platos; fue como si me transformara en una loba. ¿Cómo se atrevía a hablar así de Dani, si ni siquiera le conocía? Me lancé sobre él, sin pensar que me podía pegar. Era mucho más fuerte y corpulento que yo.

—¡Ni se te ocurra decir ni una palabra más de él!! ¡Me oyes borracho de mierda! Como digas una palabra más, te juro que será la última vez que nos veas a las dos —dije gritándole. Le había cogido de la camisa y de un empujón lo tiré en el sillón.

Me miraba con miedo. Por primera vez en mi vida yo estaba por encima de él. Hasta a mí me sorprendió cómo reaccioné. Mi madre me cogió por el brazo y me llevó a mi habitación. Me sentía como si hubiera despertado de una pesadilla. Ya en mi cuarto, sobre mi cama, abrazada a mi madre, empecé a llorar desconsolada. Ella me estuvo acunando como cuando era niña, hasta que agotada de llorar, me dormí.

Malas noticias

Los días fueron pasando. No podíamos vernos tan a menudo. Dani tenía que terminar las prácticas y preparar los últimos exámenes. Hablábamos por teléfono, alguna tarde se pasaba un rato por el taller... Le robaba tiempo a los estudios y al descanso para verme unos minutos. Cuando venía, mis nublados desaparecían y salía el sol. Nunca le conté aquella discusión. Mi padre me había arruinado una noche maravillosa; no era necesario arruinársela a Dani también. Además, ya estaba bastante preocupado con los exámenes, como para que yo le fuera con mis historias.

Tenía un sillón en la parte de atrás del taller. Quería que el tío Luis estuviera cómodo cuando venía a verme. Ahora era Dani el que allí se sentaba y me miraba trabajar. Decía que era fascinante mirarme mientras cortaba o cosía. Una tarde le estaba contando una anécdota con una clienta. Cuando le miré se había dormido. Sentí ternura por la persona maravillosa que estaba allí sentada. Pude mirarle fijamente sin que sus ojos me perturbaran. Tenía una expresión relajada, debía de estar agotado. Quería tocar su pelo castaño con reflejos dorados; acariciar sus perfilados labios; besar las sombras oscuras que tenía debajo de sus ojos. Pero debía dejarlo dormir. Lo arrojé con mi chaqueta y seguí trabajando; vigilando su sueño. Cuando se hizo la hora de cerrar, ya tenía todo recogido. Me acerqué a él... muy despacio, mis labios rozaron los suyos. Su reacción fue inesperada. Respondió a mi beso con dulzura. Cogiéndome por la cintura y obligándome a sentarme en sus rodillas. Sus manos sujetaban mi cabeza, apartando mi pelo de la cara, haciendo el beso más profundo.

—Siento haberme dormido. Pero no me importa que me despiertes así —dijo con una mirada maliciosa.

—Me ha gustado verte dormir, debes de estar agotado —dije mientras mis brazos rodeaban su cuello.

—Te prometo que cuando termine te compensaré —me acariciaba la mejilla, mientras miraba con ojos ardientes mi boca.

—No tienes que compensarme por nada —le di un beso rápido y me

incorporé—. Vamos, tenemos que cerrar y tú tienes que ir a descansar. ¿Cuándo terminas?

—La semana que viene tengo el último examen, y luego a esperar unos días —se levantó perezosamente del sillón.

—Estás agotado. ¿Cuántas horas duermes al día? —estaba preocupada por él, se le veía muy cansado.

—Hace días que no duermo una noche entera —me dijo con una sonrisa de lado, pero sin alegría.

No queríamos separarnos, pero hasta que no terminara tendríamos que vernos poco. Luego sería mío...

El fin de semana se presentaba tranquilo. Dani me dijo que me llamaría cada vez que hiciera un descanso.

Me llevé trabajo a casa, así podría adelantar piezas para la semana siguiente. Las chicas me llamaron el sábado para que me fuera con ellas; Sara y Alice tampoco tenían a sus chicos, pero no me apetecía. Salir sin él era extraño... cuando se lo conté a Dani me animó a que me fuera.

—Pero salir sin ti... no sé —sentía que era como salir sin una parte de mí. En tan poco tiempo que llevábamos juntos se había convertido en alguien esencial en mi vida.

—Vamos Princesa ¿por qué no?, seguro que te lo pasas bien. Podréis hablar de nosotros tranquilamente —me dijo riendo con sarcasmo.

—Si lo hiciera solo serían cosas buenas —no me había gustado el comentario—. Sabes, tienes razón, me voy con las chicas.

—Así me gusta, diviértete Princesa.

Mientras las tres nos dirigíamos al restaurante, donde habíamos quedado con las chicas, Alice nos fue contando cómo iba su relación con Hugo. Se la veía muy ilusionada, hacía tiempo que no la veía tan feliz. Sería divertido que al final fuéramos a convertirnos en familia... pensé. Rose me preguntó por Dani, cómo se portaba conmigo. Solo tenía palabras de admiración y cariño para describir lo que Dani hacía por mí. Me hacía sentir especial, alguien importante. Estaba segura a su lado. Cuando no estaba con él era como si no enajara en ningún sitio, me sentía diferente de los demás. Dani me hacía sentir parte de todo lo que me rodeaba. Para mí era el centro de mi vida, todo giraba en torno a él. No quería depender tanto de una persona, pero era mágico

sentir que formaba parte de algo junto a alguien tan especial. Teníamos una complicidad; empezaba a entenderlo, a saber cuál era su estado de ánimo; lo que le apetecía hacer; lo que quería... solo con mirarle. Era magnífico tener a alguien en mi vida tan especial. Me había dado cuenta de que, en más de una ocasión, sonreía sola pensando en las cosas que hacía o decía. Les conté que Dani quería que le acompañara en la fiesta que iban a dar sus padres. Sentí un alivio enorme porque Hugo también quería que fuera Alice acompañándole. Las dos nos apoyaríamos a la hora de conocer a sus padres, no sería lo mismo que ir sola.

—A mí también me han invitado —dijo por sorpresa Rose.

—¿Quién te ha invitado? —preguntó Alice sorprendida.

—Robert... —no dijo más. Alice y yo nos mirábamos sorprendidas.

—¿Pero Robert y tú...? —pregunté con delicadeza.

—No, no estamos saliendo todavía... somos amigos, nos gusta estar juntos. Como es amigo de Hugo y Dani, también le han invitado a la fiesta.

—Vale, pero eso no nos aclara la situación. ¿A ti te gusta? —preguntó Alice. Queríamos que nos diera detalles, porque ella no había hecho ningún comentario sobre el tema.

—Me gusta y me parece que también le gusto... pero no se decide. Es como si tuviera miedo a dar el paso.

—Pues lánzate tú —dijo Alice.

—Bueno. Lo importante es que vamos a ir las tres juntas a esa fiesta —dije feliz. El cambio que había dado todo, de ir sola con Dani, ahora iría con mis mejores amigas.

—Escucha, tenemos que ver qué vestidos nos ponemos —dijo Alice, estaba muy emocionada con la idea del traje largo.

—¿Pero tú tienes alguno? Que yo sepa no —preguntó Rose con sarcasmo.

—Por eso hay que ir mirándolos ya. ¿Cómo tenéis el lunes? Nos juntamos en el taller y vamos mirando figurines —dijo Alice decidida

—Vale, pasar a media tarde, antes tengo algunas clientas citadas. Pero yo ya sé cómo lo quiero —dije como una niña que guarda un secreto.

—Cuenta, cuenta —Rose estaba intrigada. Pero en ese momento llegamos al restaurante. Las demás chicas nos esperaban en la puerta y dejamos la conversación para el lunes.

Durante la cena hablamos de todo: de los chicos, de ropa, de locales nuevos, de películas de estreno. Pero en ningún momento salió el tema de la

fiesta de Dani. No quería ser yo quien sacara el tema. Pensaba que Paul invitaría a Sara, pero esta no dijo nada, así que decidí que era mejor callar.

Cuando salíamos de cenar, Dani me llamó. Quería darme las buenas noches y desearme que me lo pasara bien. Era un cielo; él iba a seguir estudiando un rato más y luego se acostaría para seguir por la mañana. Le noté agobiado, me dijo que no pasaba nada, que era la presión de lo que se jugaba en estos exámenes.

Nos fuimos a un bar de copas. Cuando llegamos estaba lleno, no había sitio para sentarse, así que nos quedamos de pie en la barra junto a la puerta.

—Me gusta este sitio —Laura sonreía a unos chicos que entraban—. Hay buena vista.

—Laura, no puedes ser tan descarada, un día te meterás en un lío —dijo Alice regañándola como una madre cariñosa.

—¡Vamos! Es divertido conocer gente, hablar, relacionarse —dijo Laura sonriendo con picardía—. Además Rose y yo no tenemos rollo como vosotras, así que tenemos que conocer a chicos.

—¡Para, amiga! A mí no me líes, que yo ya me buscaré la vida. Además puede que alguien ya... —dijo Rose provocando la curiosidad de Laura y Sara.

—¿Quién, cuándo, cómo? Detalles pequeña —la interrogaba Laura, quería saberlo todo.

—No hay mucho que contar. Me gusta un chico y creo que también le gustó a él. Pero hasta ahora solo ha habido pequeñas señales... parece indeciso —Alice y yo sonreíamos cómplices del secreto de Rose.

—¿Pero quién es!? ¿¡Vosotras dos lo sabéis!?! —gritó Sara histérica riendo. Nosotras nos encogimos de hombros queriendo poner cara seria.

—Robert, el amigo de Hugo —confesó Rose un poco avergonzada.

—Pues sí que va a ser un hueso duro de roer —dijo Sara con tono de fastidio.

—¿Por qué? ¿Sabes algo? —preguntó Rose expectante.

—Me ha contado Paul: que hace unos meses Robert dejó a una chica con la que estaba saliendo, hacía casi un año; la pilló con otro dándose el lote.

—¡Qué fuerte! —exclamó Laura ante la sorpresa de todas.

—Pues sí que me lo voy a tener que currar —dijo Rose desconsolada. Me fijé en que Rose estaba muy pálida. Pensé que le había afectado más de lo que parecía la noticia—. Al menos ahora sé por dónde tengo que tirar.

—¡Eh! ¡Pero mira quién aparece! —exclamó Laura con alegría.

Todas nos giramos y vimos entrar a Carlos con Víctor. Los dos se alegraron de vernos.

—¡Qué casualidad! ¿Cómo estáis? —dijeron casi al unísono. Nosotras les saludamos con cariño, eran encantadores y divertidos.

—¿Dónde os habéis metido? Hace semanas que no nos vemos —decía Carlos eufórico, acercándose a Laura.

—Digamos que algunas chicas han estado ocupadas —dijo Laura risueña.

—¡Uuumm! Cotilleos... cuenta, cuenta —la apremió Carlos.

Empecé a sentirme incómoda. No quería que se hablara de mi relación con frivolidad.

—Bueno, a Sara ya la visteis cómo estaba con Paul. El tema de Gabi es algo extraño... por lo lanzado que siempre ha sido Dani, pero ahí están. Lo inesperado fue lo Alice y Hugo, el hermano de Dani. Por cierto ¿Habéis pensado que podéis ser cuñadas? ¡Qué divertido! Y solo nos faltaba lo de Rose con Robert —Laura cotorreaba por los codos. Hasta que no terminó nadie pudo meter baza.

Víctor estaba a mi lado, empezó a reírse él solo.

—¿Qué es tan gracioso? Cuéntalo y nos reiremos todos —dije algo molesta.

—¡Lo sabía! Cuando os fuisteis la noche de la fiesta, Dani no paró de hacerme preguntas sobre ti.

—¿Fuiste tú el que le dio mis datos para encontrarme!? —pregunte casi gritando. Por fin había resuelto el misterio.

—Ahora sí que no entendemos nada —dijo Laura torciendo la boca y frunciendo el ceño.

—No quise darle mi teléfono a Dani, porque no me fiaba de él. Me dijo que si me encontraba sin darle ningún dato mío le debía una cita —estaba eufórica.

—¿Entonces soy el culpable de que salgas con Dani? Mira... le he visto actuar con las chicas. Además tengo amigas que han estado con él; todas coinciden en lo directo y rápido que es.

—Pues aunque no te lo creas, se lo está tomando con muuucha calma. Tienes que ver lo colado que está por nuestra amiga —dijo Laura, me estaba empezando a poner de los nervios.

—Ya, bueno... —me sentía incómoda hablando de esto con alguien, y más con Víctor.

—No quiero meterme en tu relación. Sé que en el fondo es un tío guay. Ninguna de ellas ha hablado nunca mal de él. Solo que... bueno, no me gustaría que te hicieran daño —dijo muy serio. Me pareció una actitud muy tierna, como si fuera mi hermano mayor.

—No te preocupes, todo va bien —estaba abochornada, no quería ser el centro de la conversación—. ¿Tú cómo estás?

—Bien, todo igual —dijo Víctor. Acercándose más me preguntó casi al oído, estaba claro que no quería que nadie oyera nuestra conversación—. ¿Cómo va Sara con Paul? —la pregunta me dejó pasmada.

—¿Te gusta Sara? —contesté, intentado parecer sorprendida—. No me había dado cuenta.

—No he querido que se notara. Cuando la vi con él... Bueno vi que no tenía nada que hacer y decidí apartarme. Pero no dejo de pensar en ella —los ojos Víctor estaban llenos de tristeza.

—Mira. No soy la más adecuada para dar consejos del corazón. No tengo mucha experiencia en amores, pero sí soy observadora y a veces hay sutiles gestos; detalles que me hacen pensar, y te puedo decir que hay algo que no me cuadra en esa relación. También hace poco que conozco a Sara y menos aún a Paul.

—¿Crees que las cosas no les van bien? —me preguntó con un pequeño brillo de esperanza en sus ojos.

—No lo sé. Solo que hay varios detalles que no veo lógicos. Pero no me hagas mucho caso, ya te he dicho que en el tema de las relaciones soy inexperta —No quería darle esperanzas.

—El tiempo dirá. ¿Me mantendrás al tanto si hay algún cambio? —dijo Víctor. Casi era una súplica, se veía que estaba bien pillado por Sara, aunque lo disimulaba muy bien ante todos.

—No te preocupes, lo haré —me dio un poco de pena, era un buen chico.

Pasamos un rato charlando entre bromas. Pero Rose empezó a decir que se encontraba mal. Decidimos que era mejor volver a casa.

—¿Te encuentras mejor? —pregunté a Rose, mientras íbamos en el coche con las ventanillas abiertas.

—¿Tal vez el local estaba muy cargado? Últimamente estás muy cansada. Deberías ir al médico —aconsejó Alice preocupada.

—No os preocupéis, se me pasará. En cuanto llegue a casa me acuesto y mañana como nueva —nos tranquilizó Rose.

La mañana del lunes pasó tan lenta como el domingo. Aunque Dani me llamó unas cuantas veces, no era suficiente; quería estar con él.

Cuando Alice y Rose llegaron al taller, comenzamos a mirar modelos para nuestros vestidos. Fuimos sacando ideas y Rose empezó a dibujar los bocetos. Pronto tuvimos claro los tres vestidos.

—¡Me encanta! Van a quedar divinos —dijo Alice ilusionada.

—¡Son preciosos! Vamos a estar muy elegantes —dijo Rose. Pero su tono de voz parecía apagado, arrastraba las palabras—. Vamos a ver el muestrario de telas, aunque ya sé cuál es la mejor para cada una.

—Pero una cosa que no hemos pensado: ¿Te va a dar tiempo de hacer los tres vestidos, más los trabajos que ya tengas? —me preguntó Alice preocupada.

—Sí, llevo tiempo pensando en coger a una persona que me ayude. Mañana voy a hablar con la directora de la academia donde estudié. Si tiene alguna chica de confianza, que vea preparada, que me la envíe para entrevistarla.

—¿Puedes permitirte tener una empleada? —Alice siempre pendiente de todo, no se le escapaba ni una.

—El negocio va bastante bien. Me veo un poco agobiada con los encargos. He estado hablando con mi gestor y sí puedo permitirme tranquilamente tener una ayudante —dije orgullosa.

—¡Eres una luchadora! Me alegro por ti. Que el taller funcione es estupendo —dijo Rose emocionada dándome un abrazo... noté como sus brazos se aflojaban.

—¡¡Rose!! —grité asustada. Estaba pálida, los ojos cerrados, era como tener en mis brazos una muñeca de trapo.

—¡Pero qué le pasa! ¡Rose! —gritó Alice nerviosa.

Rose había perdido el conocimiento. La tumbamos en el suelo. Alice le sujetaba los pies en alto, mientras yo llamaba a emergencias. La ambulancia tardó pocos minutos en llegar, pero nos parecieron eternos. Mientras le dábamos aire y palmadas en la cara la llamábamos, pero no respondía.

Ya en el hospital, Alice llamó a su madre para que esta fuera a buscar a la madre de Rose... que seguía inconsciente cuando llegamos al hospital.

—Gabi, en este hospital es donde trabajan los padres de Dani y Hugo.

Deberíamos llamarlos —dijo Alice mientras esperábamos saber algo.

—Sí, tienes razón. Voy a llamar a Dani... pero estará estudiando —dudé mirando a Alice. Pude ver el miedo reflejado en su cara. No lo pensé más y llamé.

—¡Hola Princesa! No esperaba que me llamaras —contestó Dani alegre.

—Dani, estoy con Alice en el hospital Universitario. Rose ha perdido el conocimiento —le solté a bocajarro.

—¿Qué le ha ocurrido? —su actitud cambió en un abrir y cerrar de ojos.

—Estábamos las tres en el taller y se desmayó, se desplomó sin más. No respondía, Dani, no sabíamos qué hacer, estaba tan... —no pude seguir hablando, un nudo se formó en mi garganta.

—Cálmate, mi madre está ahí. La voy avisar para ver qué puede hacer. ¿Alice está contigo?

—Sí, estamos las dos. Su madre y la de Rose llegarán enseguida.

—Vale, aviso a Hugo y en unos minutos estamos con vosotras. Tranquila, todo irá bien.

—Dani, tienes que estudiar. Si tu madre está aquí no hace falta que vengas —le quedaba un examen y no quería que sacara mala nota por mi culpa.

—No te preocupes, nos vemos ahora —y me colgó. Al mismo tiempo llegaban Alicia, la madre de Alice, y Carmina, la madre de Rose. Las dos vinieron corriendo hacia nosotras.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo está? —preguntó angustiada Carmina, la madre de Rose.

—No lo sé tía, estábamos en el taller de Gabi hablando. No dijo que se encontrara mal... solo se desplomó. No sabíamos qué hacer. No recuperaba el conocimiento. Estábamos muy asustadas y llamamos a emergencias... —Alice se abrazó a su madre llorando. Era su prima, su única familia. Solo se tenían ellas cuatro y estaban muy unidas. Por un momento me sentí como una intrusa. Pero Carmina me abrazó; dándome un beso me dijo que me sentara. Cogidas de la mano, lágrimas silenciosas corrían por nuestras mejillas.

Hugo y Dani entraron en la sala de espera como dos dioses salvadores. Se dirigieron hacia nosotras con paso firme.

—Hola, ¿sabéis algo? —me preguntó Dani dándome un beso suave en los labios. Noté como me sonrojaba porque estaban las madres de mis amigas delante.

—No, todavía no —contestó Alice—. Mamá, tía, os presento a Dani y

Hugo.

—Siento mucho tener que conocerlas en esta situación —dijo Hugo muy serio, mientras se saludaban.

—Vamos a entrar. Veremos cómo está y qué nos dicen. Saldremos en cuanto sepamos algo. Mi madre ya estará con ella —dijo Dani.

Desaparecieron detrás de unas puertas blancas y nos volvimos a sentar desoladas. Hablamos de los días que llevaba diciendo que no se encontraba bien. Tal vez fuera cansancio o un poco de anemia... Intentábamos calmarnos, darnos ánimos. Una hora después salieron acompañados por una mujer con bata blanca.

—¿Cómo está mi hija? —preguntó nerviosa Carmina.

—Tranquila, todo está bien. Soy Lara, la madre de estos dos chicos —dijo con dulzura. No esperaba conocer a la madre de Dani. Pensaba que no saldría, que serían ellos los que nos dijeran cómo iba Rose. No me di cuenta de que Dani estaba haciendo las presentaciones hasta que llegó a mí.

—... Y ella es Gabi; Gabi, te presento a mi madre.

—Mucho gusto... doctora —no sabía cómo llamarla. No esperaba conocerla allí. Ella muy segura se acercó a mí dándome dos besos.

—Hola Gabi. Tenía muchas ganas de conoceros a las dos. Y por favor, nada de formalismos, con Lara basta —dijo sonriente—. Vamos dentro y hablamos.

Todos echaron a andar detrás de ella. Me quedé mirándolos con tristeza, y me di la vuelta para ir a sentarme y esperar. Pensé que era la familia quien debía entrar, pero Carmina me cogió del brazo para que las siguiera. Entramos en una sala de espera con sillones mucho más cómodos que los de la otra sala. Lara nos indicó que nos sentáramos.

—Aquí estaremos más tranquilos para hablar. En primer lugar, Rose ya está consciente y responde muy bien a los estímulos. Recuerda dónde estaba, a simple vista está bien. Nos ha comentado que últimamente está muy cansada, por lo que hemos pensado en ingresarla y hacerle unas pruebas.

—¿Pero le han visto algo? —preguntó Carmina angustiada.

—No, pero queremos estar seguros de que está bien antes de mandarla a casa. Ha estado mucho rato inconsciente, por eso queremos dejarla en observación. Así todos estaremos más tranquilos.

—De acuerdo, ¿podemos verla? —quiso saber la madre de Alice.

—Sí, podéis pasar dos y quedaros con ella. No tardaran mucho en asignarle la habitación, mientras tanto le hacéis compañía. Vamos, os

acompañó a la sala donde está —dijo Lara con una sonrisa que transmitía tranquilidad.

Alice y yo nos quedamos en la sala de espera con Dani y Hugo. Los dos estaban muy serios pero pensé que era la situación, los exámenes...

—Vamos a la cafetería y tomamos algo —dijo Hugo tirando de Alice.

—No tengo hambre, pero algo caliente me sentará bien —Alice tenía razón. A mi no me apetecía tomar nada, pero pensé que una infusión me quitaría el frío que llevaba en el cuerpo. También haríamos tiempo hasta que Rose estuviera instalada en la habitación.

Cuando regresamos, Lara estaba en la sala de espera mirando unos papeles.

—Hola mamá, venimos de la cafetería, ¿tienes los análisis? —preguntó Dani cogiendo la carpeta que su madre le entregaba.

—Sí, son las últimas pruebas... —dijo Lara muy seria, algo no iba bien.

—¿Estás segura? —la expresión de Dani se ensombreció. Hugo no levantaba la mirada de la carpeta.

—Sí, es la segunda vez que se las hago, y han salido igual que la primera —Lara parecía preocupada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alice preocupada.

—Bueno, no deberíamos decirlo antes de hablar con ella y con su madre; pero pienso que le vendrá bien tenerlos cerca cuando se lo digamos —Lara miró a Dani haciendo una pausa.

—Rose tiene leucemia... —dijo Lara. No dijo nada más, estaba todo dicho con esa palabra. Todos nos quedamos en silencio. Alice y yo estábamos cogidas de la mano. No podía ser, estaba empezando a vivir; no era justo que le pasara algo así. Las lágrimas comenzaron a surcar mi cara. Miré a Alice, estaba paralizada; Hugo se acercó a ella y la abrazó. Me soltó de la mano y un vacío enorme me invadió el corazón, me ahogaba. Toda la tensión de las últimas horas estalló en un torrente de lágrimas. No era consciente de lo que pasaba a mi alrededor; necesitaba algo pero no sabía qué... no entendía nada... ¿Por qué? Cada vez me costaba más respirar, me ahogaba con mi llanto. Los brazos de Dani me rodearon; me hablaba bajito al oído, me daba aliento, me calmaba... era mi tabla de salvación. Poco a poco fui respirando con más serenidad. Me abrazaba a él con todas mis fuerzas, no quería que me soltara.

—Cálmate Princesa, serénate, si no te vamos a tener que dar algo. Estás muy nerviosa, vamos respira hondo, muy bien, así, tranquila, ¿mejor?

—Sí —levanté la cara, quería mirarle a los ojos, mientras las lágrimas corrían por mi mejilla. Dani puso sus manos a los lados de mi cara y me dio un beso suave.

—Si quieres ver a Rose tienes que calmarte —dijo con tono severo. Afirmé con la cabeza, quería estar con ella.

Cuando todos nos tranquilizamos un poco, nos dirigimos a la habitación de Rose. Subimos en el ascensor, anduvimos por interminables pasillos, siempre cogida de la mano de Dani. Pensaba en cómo se puede dar una noticia así... cómo miras a tu amiga a la cara y finges que todo va bien cuando sabes que le espera un calvario, que su vida va a dar un giro de ciento ochenta grados. Una amiga solo necesita que estés con ella, no hace falta hablar, solo que le cojas de la mano y le digas lo importante que es en tu vida.

10

No puede ser

Cuando llegamos a la puerta de la habitación de Rose todos nos paramos. Lara nos miró a todos de uno en uno.

—Vamos a entrar. No quiero lloros —ordenó mirándonos a nosotras—. Solo quiero que estéis con ella, que se sienta arropada. Va a ser duro, seguramente no va a reaccionar. No le digáis nada, ella es la primera que tiene que asimilarlo. Le voy a explicar el tratamiento, todas las fases por las que va a pasar y las pruebas que le vamos a hacer. Pero repito: Hay que apoyarla y nada de lágrimas. ¿Entendido? —con lo dulce que había sido unos minutos antes, en ese momento se había transformado en una mujer autoritaria, segura de sí misma y preocupada por nuestra amiga.

Tumbada en la cama, Rose pensaba en el cansancio, agotamiento y la pérdida de peso que llevaba notando hacía un tiempo. Su madre se había dado cuenta de que algo le pasaba. Cuando le preguntaba si se encontraba bien Rose siempre le decía que era el estrés. Se preocupaba de que comiera sano, que descansara...

Llamaron a la puerta, cuando se abrió pudo ver a una de las doctoras que la atendió en urgencias. Recordó la vergüenza que le dio cuando se enteró de que era la madre de Hugo y Dani.

—¡Mira a quién me he encontrado vagando por los pasillos! —dijo risueña Lara.

—¡Hola! —dijo Rose tumbada en la cama—. Siento el susto que os he dado.

—No pasa nada. Estamos bien —contestó Alice, pero Rose notó algo extraño en el tono de voz de su prima.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Gabi.

—Me han hecho muchas pruebas y estamos esperando el resultado. Todo por un mareo, nada más —Lara carraspeó y pudo notar como sus amigos se ponían rígidos, Alice y Gabi estaban al lado de su cama

—Rose, las pruebas ya están... —dijo Lara.

—¿Cómo han salido? ¿Todo bien? —preguntó Carmina nerviosa.

—Mirar, he repetido las pruebas dos veces y todos los exámenes oculares que te hemos hecho nos indicaban lo mismo —Alice estiró su mano para coger la de Rose—. Las pruebas de sangre nos lo han confirmado... — todos estaban en silencio, Rose miraba a Lara con la cara desencajada, como si ya supiera lo que le iba a decir—. Siento tener que decirte esto pero... tienes leucemia.

Un frío invernal entró en la habitación. Rose, su madre y su tía parecieron estar congeladas. Nadie dijo nada, todos esperaban que alguna de ellas dijera algo. Rose tenía la mirada perdida en el vacío, en su cabeza resonaba una y otra vez: “Cáncer, cáncer, cáncer...” “No puede ser, se han tenido que equivocar, no puede ser...”. Por sus mejillas comenzaron a caer las lágrimas. Todo pasaba a cámara lenta; oía a su madre llorar; notaba que nadie se movía; aquello tenía que ser una pesadilla. Su cabeza dejó de dar vueltas y todas las piezas encajaron como un puzzle... tenía que reaccionar.

—Vale. Está ahí. Eso es seguro y ahora tengo que deshacerme del problema. ¿Qué hacemos? —dijo levantando la cabeza y mirando con firmeza a Lara.

—Ese es el primer paso para deshacerte del problema, ser positiva, eres joven, vamos a poder con ello. No te voy a engañar, vas a pasar momentos difíciles y pruebas duras. Primero te tenemos que hacer una biopsia de médula ósea. Se toma del hueso de la cadera. Se hace con anestesia, pero lo cierto es que cuando llegamos al hueso se experimenta algo de dolor y esta prueba la repetiremos a lo largo del tratamiento.

—¿Quimioterapia? —preguntó Carmina con la voz temblorosa.

—Seguramente sí, lo veremos todo, vamos a ir paso a paso. También está la opción del trasplante, pero ya te digo, vamos a ver cómo vas evolucionando y entonces tomaremos decisiones. También vendrá el psicólogo para ayudaros a asumirlo y estará siempre pendiente de ti y tu familia. ¿Alguna duda?

—Por ahora no, gracias Lara —todos pensaban que Rose se desmoronaría, que sería un drama, pero transmitía serenidad a todos.

Al día siguiente, cuando cerré la tienda a la hora de comer, fui al hospital. Había quedado allí con Alice; pasaríamos un rato con Rose y veríamos los muestrarios de telas que me había pedido que le llevara. Decía que podía estar enferma pero que no era una inútil. Seguía con la moral muy alta.

—¡Hola! —saludamos las dos al entrar.

—¡Hola! —se le iluminó la cara al vernos. De un salto se incorporó en la cama cruzando las piernas y dio unos golpecitos en ella para que nos sentáramos a su lado—. Cómo me alegro veros. Las horas aquí se hacen eternas.

—¿Te han hecho algo hoy? —pregunté, sentándome a los pies de la cama.

—No, mañana Lara me hará la biopsia a primera hora —dijo con resignación, jugueteando con el pico de la sábana.

—Bueno. Pues vamos a aprovechar. Venga las telas —dijo animada Alice, pero yo sabía que era para entretener a Rose y que no estaba nada animada. Teníamos que ser fuertes por ella.

En un momento ya teníamos escogidas las telas, Rose tenía buen gusto. Los vestidos iban a ser como los de alta costura. Tenía futuro en el mundo del diseño...

Alice comenzó a contar anécdotas divertidas que Hugo le había relatado, algunas travesuras con su hermano. Pero en un momento de la conversación Rose se puso seria.

—Gabi, no quiero que te molestes con lo que te voy a preguntar pero... ¿Crees que llegarás a intimar más con Dani? —no me sorprendió la pregunta, sabía que tarde o temprano hablaríamos del tema.

—Sabes que no es molestia; es un tema delicado, me conocéis mejor que nadie y sabes que yo no... —dije bajando la cabeza. Aunque fueran mis mejores amigas, era muy difícil hablar de ese tema.

—Por eso te lo pregunto. Creo que si tienes intención de hacerlo con Dani debías de empezar a tomar precauciones —me aconsejó Rose.

—No lo había pensado y claro, con él no ha salido el tema. Sería un corte hablar de esto—pero es algo que deberíamos hacer. Pensé.

—Mira, sabes que yo sí tomo precauciones, ¿quieres que te dé el teléfono de mi ginecóloga y la llamas? —pregunto Alice.

—Las dos vamos a la misma doctora, es muy buena y tiene mucho tacto para tratar estos temas —ya lo sabía. Ellas habían hablado de ello alguna vez.

—Sí, será lo mejor. Por mucha vergüenza que me cause, debería hablar con un profesional que me aconseje —era un trago que no quería pasar sola, pero no era el momento para que me acompañaran.

Alice cogió el móvil y empezó a llamar. Cuando le contestaron saludó con alegría a la otra persona, como si se conocieran de siempre. Alice era así.

—¿Me dices que la doctora la puede ver en una hora? —Alice me

miraba esperando mi asentimiento, pero yo dudaba. No había asimilado que tenía que ir al ginecólogo cuando ya tenía que salir para la consulta... Pero asentí, cuanto antes mejor—. Vale, en una hora nos espera en la consulta.

—¿Vas a venir conmigo? —cómo me conocía mi Alice.

—Claro, no voy a dejarte sola, además mi prima va a estar ocupada esta tarde —dijo con una sonrisa enigmática cruzándose de brazos.

—¿Qué tramas Alice? —quiso saber Rose, a mí también me había dejado intrigada.

—¡Ah! Ya lo verás —dijo Alice riendo mientras Rose se tiraba encima de ella haciéndole cosquillas.

—¡Vamos!, Dímelo —le exigía que se lo contara entre risas, era bueno que Rose tuviera ganas de reír y bromear con lo que tenía encima. En ese momento alguien llamó a la puerta.

—¡Pase! —gritó Rose mientras se arreglaba un poco el pelo y se estiraba del pijama.

Nos quedamos sin palabras cuando vimos entrar un ramo de flores variadas y detrás a Robert. No parecía el chico tímido y desgarrado de siempre. Se había cortado el pelo y llevaba ropa más formal. Algo había cambiado en él, no supe distinguir qué...

—Hola, ¿puedo pasar? —preguntó muy tímido.

—Sí, sí, pasa. Perdona pero no te esperaba, me he sorprendido un poco —dijo Rose sonriendo, de reojo pude ver como le daba un golpecito en la pierna a Alice.

—Esto es para ti, Hugo me ha contado lo que te pasa y bueno, quería ver cómo estás —dijo Robert entregándole el ramo.

—Gracias, me gustan las flores —Rose parecía encantada con el detalle y la visita.

—Bueno, nosotras tenemos cosas que hacer. Nos vamos —dijo Alice y entre las dos empezamos a recoger las telas. Nos despedimos y salimos corriendo de la habitación. La madre de Rose no volvería al hospital hasta la hora de la cena. Tenían toda la tarde para estar solos. Y nosotras teníamos una cita con el ginecólogo.

—Bueno, ¿cómo te encuentras? —se interesó Robert.

—Bien, cansada, pero bien. Mañana será peor... me hacen la biopsia — los ojos de Rose se inundaron de lágrimas. Robert se acercó a ella y la abrazó con fuerza. Todo el miedo, angustia y rabia que Rose había ocultado a los demás salió de golpe. Sus manos se agarraban al pecho de la camisa de él; no

quería que la soltara; necesitaba desahogarse y con él sabía que podía hacerlo.

—Tranquila, esto pasará y yo estaré a tu lado. Te lo prometo, voy a luchar contigo —Robert la tenía entre sus brazos y la acariciaba, hacía que ella se relajara, poco a poco se fue calmando.

—Gracias, quería ser fuerte pero contigo no he podido —dijo en un susurro Rose.

—No tienes que fingir, la gente que está contigo te quiere y yo... —Rose levantó la cabeza, sus ojos se encontraron, sus caras estaban muy juntas y él se fue acercando poco a poco, sus labios se unieron con dulzura. Fue un beso con sabor a lágrimas, a tristeza, pero también con esperanza. Porque Rose tenía una razón más para luchar.

—Pensaba que nunca te ibas a lanzar, que iba a ser yo la que diera el paso —dijo Rose, feliz entre sus brazos.

—Bueno, digamos que la situación lo ha precipitado todo un poco. Me gustas mucho pero necesitaba tiempo —Rose sabía por dónde iba, le dejó hablar—. Hace un tiempo estaba saliendo con una chica, los dos estudiábamos medicina, yo creía que todo iba bien. Ella parecía feliz, salíamos con sus amigos o con los míos, algunas veces ella salía con sus amigas sin mí. Con el tiempo empezó a ponerme disculpas para salir. Me decía que tenía que estudiar, que iba retrasada con los trabajos, que si habían quedado las amigas y le apetecía ir... Un día me dijo que iba a estudiar a la biblioteca para preparar un examen. Pensé en darle una sorpresa, pasarme por la biblioteca y tomarnos un café; estar unos minutos con ella... Cuando llegué no estaba. Pregunté a la gente que la conocía y me dijeron que no la habían visto. La llamé al móvil y me dijo que estaba en la biblioteca... no le dije que me estaba mintiendo, quería saber qué me ocultaba. La seguí al salir de clase, se montó en una moto con un chico. Otro día la esperé con mi moto en su casa, escondido. Se volvió a ir con el de la moto, pero esta vez los seguí, se fueron a la playa; desde lejos pude ver como se besaban... no eran solo amigos. Mi primera intención fue acercarme y pedirle explicaciones, pero tampoco quería montar un escándalo en público. Quedé con ella al día siguiente; me puso un montón de excusas pero la convencí. Fui a buscarla a su casa y la llevé a la playa donde había estado con el otro. Cuando llegamos le dije que era un sitio muy romántico para las parejas, ella me siguió la corriente, como si no pasara nada. Le pregunté que si lo conocía y me dijo que no. Le dije que la había visto la tarde anterior en el mismo sitio con otro... me lo negó. Encima me tomaba por tonto. Sabía que ella no había ido a la biblioteca, pero yo si... al

final me lo admitió, llevaban unas semanas saliendo. Lo único que quería saber era que si ya no le interesaba por qué no cortó conmigo. ¿Sabes que me respondió? Era divertido tenernos a los dos... Me monté en la moto y me fui.

Robert habló todo el tiempo sin levantar la mirada. Cuando terminó la miró a los ojos, los ojos de Robert estaban llenos de tristeza. Rose quería abrazarle, curar sus heridas, acunarlo entre sus brazos.

—Lo siento... Tú también me gustas mucho, te demostraré que puedes confiar en mí —estaban cogidos de la mano, pero Rose se las apretaba con fuerza. Iba a demostrarle que ella era diferente.

11

Las decisiones

Ya en casa, cuando me iba a acostar, después de haber hablado con Dani, pensé en la visita al médico. Todo había salido mejor de lo que pensaba, aunque iba muy nerviosa. La doctora se había portado muy bien conmigo, me habló con sencillez de todo sin hacerme sentir incómoda. Además de felicitarme por tomar la decisión de empezar a tomar anticonceptivos antes de tener relaciones. Le demostraba ser sensata y madura. ¿Qué pensaría Dani de todo esto?

Cuando llegó el miércoles, un Dani feliz apareció en el taller. Se le veía relajado. Por fin había terminado. Esperaba que todos los exámenes hubieran salido bien.

—Vamos, salgamos a cenar. Quiero estar un rato contigo sin pensar en nada más que en nosotros —dijo abrazándome y besándome juguetón.

—¡Uuumm!... ¿Seguro que quieres pasar un rato conmigo? ¿No prefieres salir con los chicos a celebrarlo? —anhelaba con locura estar con él, pero también quería darle opción de poder elegir, que no se sintiera obligado a estar conmigo.

—¿Estás loca? Solo quiero estar contigo —me cogió la cara entre sus manos sin dejar de mirarme a los ojos—. Gabi estos días han sido un infierno sin ti. Me costaba concentrarme. No podía dejar de pensar en tu sonrisa, en tu dulzura, en tu boca, en tu sabor; en ti con ese vestido rojo... Me muero por hacerte mía, pero ya te dije que tú serías quien pusiera el ritmo a la relación. Quiero que estés preparada, que lo desees tanto como yo —dijo dándome un beso apasionado.

—También quiero estar contigo —dije con un susurro, noté como mi cara enrojecía. Aquel era el mejor momento para contarle la visita al médico—. Quiero contarte algo...

No sé qué pensaría pero su cara tenía una expresión de pánico; frunció el ceño.

—¿Ocurre algo? —preguntó alarmado.

—Verás, esto es muy embarazoso para mí, pero creo que tenemos que hablarlo —sus manos apretaban las mías, estábamos los dos muy nerviosos—.

Verás... yo... El lunes fui al ginecólogo. Rose y Alice me aconsejaron que sería mejor que empezara a tomar anticonceptivos... si pensaba que podía llegar el momento en que nosotros... bueno de que tú y yo... en fin que me hicieron una revisión y me recetaron unas pastillas —noté como me fue soltando las manos, la tensión en él se fue relajando—. No quiero que pienses que soy una fresca, pero bueno quería estar preparada para... cuando... —dije mirando a cualquier parte menos a su cara; era una situación muy bochornosa para mí.

—Nunca dejas de sorprenderme. ¿Eso quiere decir que estás preparada para el siguiente paso? —tenía una gran sonrisa que iluminaba sus ojos.

—Sí... Supongo que sí. Contigo he tenido muchas primeras veces, la primera vez que me mandaron flores, la primera vez que monté en moto, la primera vez que me sentí libre, el primer beso... También en esto quiero que seas el primero, lo deseo tanto como tú.

—Voy a hacer que sea muy especial, será perfecto te lo prometo —seguro que sí, pensé que conociéndolo, haría que fuera maravilloso, pero estaba aterrada.

Después de cerrar dimos una vuelta por la zona de copas, Dani en todo momento estuvo muy cariñoso conmigo, me apartaba el pelo de la cara, me acariciaba la espalda cuando nos sentábamos, me cogía de la mano. Necesitaba tocarme, sentirme cerca. Cada vez que lo hacía mi cuerpo se derretía como el hielo. Cuando nos dirigíamos hacia el coche, una risa llamó mi atención, un grupo de chicas y chicos salían del local de enfrente. Me quedé clavada en la acera cuando reconocí la risa. Paul salía abrazado a una de las chicas. Dani también lo vio pero siguió andando.

—¿Tú has visto lo mismo que yo? —dije irritada porque Dani no decía nada.

—Gabi, no es cosa nuestra —contestó secamente.

—Pero Sara es mi amiga. Cómo voy a mirarla a la cara después de lo que he visto —estaba desconcertada con la actitud de Dani—. Entiendo que es tu amigo, pero no es honesto.

—Mira, no veo bien lo que hace, pero cada uno vive la vida como quiere. Sara ya sabía como era Paul cuando empezaron a salir.

—¿Me estás diciendo que es su forma de ser? —cada vez entendía menos.

—Paul es un buen amigo para las fiestas, para conocer gente. Sabe pasárselo bien, pero nunca me gustó como actúa con las chicas. No lo voy a

encubrir pero tampoco lo voy a delatar, es mi amigo y es su vida. Tú haz lo que quieras —dijo dando el tema por zanjado. Pero yo no sabía qué hacer, tal vez debería hablarlo con Alice. ¡Qué indecisión! ¿Cuando Alice me dijo que nos mantuviéramos al margen se refería a esto...?

Sara no podía entenderlo. ¿Por qué Paul no le había dicho nada? Alice le comentó que Gabi les estaba cosiendo unos vestidos para la fiesta que daban los padres de Dani, por su graduación. Sara se quedó sin palabras, no sabía nada. Paul estaba invitado, seguro, era muy amigo de Dani desde hacía años. ¿No quería llevarla a la fiesta? ¿Se avergonzaba de ella? Tenía que hablar con él, aclararlo. Cuando le llamó parecía esquivo, le puso varias excusas para no quedar con ella. Pudo convencerlo para verse esa noche. Sara tuvo que insinuarle, sabía que él no se resistiría a pasar un buen rato con ella... o con cualquier otra que se pusiera a tiro. Tenía que reconocerlo, él era así... pero ella le quería...

Sara le esperaba nerviosa en la puerta del local de siempre, los demás estaban dentro, pero ella quería esperarlo fuera, necesitaba una explicación.

—¡Hola Preciosa! —le saludó muy cariñoso cuando llegó.

—¡Hola! ¿Cómo estás? —no quería entrar a saco con el tema. Ella le siguió la corriente

—Encantado de verte —se lo demostró con un fugaz beso en los labios. Con un beso así no parecía estarlo, pensó Sara.

—¿Entramos? —preguntó Paul mientras se dirigía a la puerta del local.

—Estas semanas nos hemos visto poco. ¿Qué te parece si pasamos un rato los dos solos? —dijo en tono suave y Paul picó, su actitud cambió.

—Claro, ¿qué habías pensado? —dijo como ronroneando.

—Podemos dar una vuelta con el coche y hablar tranquilamente. ¿Qué me dices? —Sara le sonrió juguetona.

—Perfecto, sé de un lugar ideal para... hablar tranquilamente —te vas a enterar, pensaba Sara. Él desde el principio había querido llevarla a “ese lugar tranquilo” pero ella quería tomarse las cosas con más calma. Ahora no se arrepentía de haberlo hecho.

Se dirigieron hacia la playa. Cuando llegaron se desvió de la carretera, entrando en un camino. Aparcó el coche escondiéndolo entre unos árboles y matorrales, pero encarado hacia el camino, se podía ver quién entraba.

—No te puedes hacer idea de las ganas que tenía de traerte aquí —se

fue acercando a Sara, como un felino de caza. Empezó a besarle el cuello, con suavidad, mientras una mano la posaba sobre la rodilla de ella. En ese momento se dio cuenta que llevaba falda. Cómo no se había dado cuenta antes, era una provocación. Paul parecía un pulpo, sus manos aparecían por todas partes. La besaba con voracidad, su respiración era agitada. Sara intentaba mantenerle a raya, quería hablar con él; no quería dejar que le metiera mano; tampoco quería echar un polvo allí en el coche, escondidos en mitad del campo. La mano de él sujetaba su cabeza, dándole un beso apasionado y profundo, la otra mano se deslizaba por debajo de su falda.

—¡Para, para! ¡Paul! —apenas podía hablar, tenía su boca aprisionada con la de Paul, él estaba embalado, no podía parar. Ella intentó separarse de él. Cuando le empujó un poco él reaccionó irritado.

—¿¡Qué ocurre!?! —dijo sin aliento.

—Escucha, tenemos que hablar —dijo Sara apartándose de él un poco más.

—¿¡Hablar!?! ¿¡Cómo que hablar!?! —confundido, no entendía nada—. Pero ¿de qué quieres hablar ahora? pensaba que querías que estuviéramos juntos, te gusto ¿no?

—¡Claro que me gustas! Más de lo que tú te crees, pero que esté loca por ti no quiere decir que me tire a tus brazos sin pensar. Las relaciones no funcionan solo alrededor del sexo.

—Si ni siquiera nos hemos acostado una sola vez, no te entiendo. ¿Tienes idea de la cantidad de chicas que están deseando poder estar conmigo? —Paul se estaba cabreando.

—¿Me estás diciendo que si quiero seguir contigo, tenemos que echar un polvo ahora? Desde que empezamos a salir estás presionándome para que lo hagamos. ¡Por favor! ¿¡Para ti todo es solo sexo!?!

—Vamos, si lo estás deseando. Si tanto me quieres qué problema tienes, no lo entiendo —se pasó las manos por el pelo furioso, la boca que hacía un momento la devoraba se había convertido en una línea.

—Claro que me gustaría tener una relación contigo, pero no soy de usar y tirar, sabes. Y esa es la impresión que me das. No te intereso en absoluto. Solo soy una más en tu larga lista de conquistas —hablaba muy rápido, no quería que él la distrajera. Quería decirle todo en lo que había estado pensando esa tarde.

—No sé por qué dices eso —dijo frunciendo el ceño intentando parecer ofendido.

—Me refiero a la fiesta de Dani. ¿Por qué no me habías dicho nada? Sabías que me iba a enterar, Gabi, Alice y Rose van a ir —Sara lo soltó todo sin respirar.

—¡Joder! No sabía que las habían invitado —dijo con brusquedad.

—Pero que ellas vayan o no a la fiesta no tiene nada que ver con que tú quisieras llevarme como acompañante. Lo que me molesta es que ni tan siquiera me comentaras que había una fiesta —dijo Sara, estaba muy dolida.

—¡Vale, y qué si no te lo dije! no es tan importante —dijo Paul con acritud.

—Para mí era importante que me llevaras. Era como una demostración de que realmente te importo, de que formo parte de tu vida. Así me has demostrado que no quieres que forme parte de ella, soy una más, ¿verdad?

—Déjalo ya Sara —él miraba por la ventanilla del coche con la mano en la barbilla. No tenía valor para mirarla a la cara.

—Sí, sí que lo dejo ya —tenía un nudo en la garganta. Las lágrimas luchaban por salir pero ella tenía su orgullo y no iba a llorar delante de él.

Como todos los días, Alice pasaba por la tienda a la hora de cerrar y comíamos algo ligero dentro, en el taller y nos íbamos al hospital a pasar un rato con Rose. Hacía unos días que le habían hecho la biopsia confirmando el resultado. Robert había estado con ella en el quirófano, apenas se separaba de ella y Carmina estaba encantada con él. Cuando entramos en la habitación nos encontramos con Lara acompañada de Dani, para mi sorpresa y alegría.

—¡Hola Princesa! —me saludó Dani muy cariñoso, dándome un beso. Seguía ruborizándome cuando lo hacía en público, y más delante de su madre.

—Hola —dije casi en un susurro. Lara nos saludó con cariño a los dos, a ella parecía no incomodarle la situación.

—¿Cómo estáis, chicas? —nos preguntó muy cariñosa.

—Muy bien. Deseando que llegue el día de la fiesta —intervino Alice con su amplia sonrisa.

—Ya queda menos. Le estaba diciendo a Rose que, si ella lo decide, vamos a empezar el tratamiento después de la fiesta.

—¿Lo puede decidir ella? —pregunté, no lo entendía.

—Sería mejor comenzar cuanto antes, pero hay cosas que tiene que pensar y decidir... Bueno, me marchó. Nos vemos chicas. Mañana hablamos, Rose.

—Gracias Lara —dijo Rose.

—¿Qué tienes que decidir? —preguntó Alice con el ceño fruncido, preocupada.

—Lara me ha explicado que con la quimioterapia es posible que pueda quedarme estéril. Soy joven para pensar en ello, pero tengo que decidir: si aplazo la quimioterapia y me someto a un tratamiento para congelar mis óvulos o si empezamos ya la lucha.

—¿Sabes ya lo que vas hacer? —pregunté, era una decisión difícil.

—No lo sé. Esto me sobrepasa. Nunca he pensado en si quería o no tener hijos y ahora tengo que decidirlo en unas horas. —Rose estaba agotada, por primera vez la vimos flaquear.

—Piensa en lo que te ha dicho mi madre. Si decides esperar quince días, que es lo que dura más o menos el tratamiento para la extracción y congelación de óvulos; luego puede ser que necesites más sesiones de quimioterapia, si no lo haces y empiezas ya puede ser que necesites menos sesiones, pero tienes un porcentaje alto de quedar estéril.

—¿Cuántas sesiones de quimioterapia necesita en cada caso? —quise saber.

—Hasta que no empiece no se sabe. También está la opción del trasplante, hay que ir paso a paso —contestó Dani.

Cuando salimos los tres de la habitación dejando solos a Robert y Rose, nos encontramos en el pasillo a Lara hablando con otros médicos. Nos acercamos a despedirnos de ella. Alice aprovechó la oportunidad para hablar con ella.

—¿Realmente, cómo la ves? Con tu experiencia ¿qué debería hacer mi prima?

—Alice, eso es muy personal, tiene que ser ella quien decida. Estas enfermedades cuanto antes se controlen mejor. Además siempre está la opción del trasplante —Lara no contestó la pregunta de Alice, seguía con dudas.

—¿Sí, pero crees que necesitará el trasplante? —insistió Alice.

—Vamos a mi despacho y hablamos —nos pidió Lara.

Era un despacho muy luminoso, moderno. La mesa de escritorio era de cristal, los muebles auxiliares eran claros, tenía algunas plantas; de las paredes colgaban librerías repletas de libros, premios, títulos y fotos. Tenía un aire a fresco, relajado, me encontraba cómoda dentro.

—Le hemos hecho las pruebas que nos faltaban para tener una confirmación más segura y ver lo avanzado que estaba... —su semblante se endureció, una arruga surcaba su frente.

—¿Tan mal está? —pregunté, no hacía falta decir mucho más.

—Sí, pero por mi experiencia, tenemos que pensar en hacerle un trasplante de médula ósea. Sería conveniente que la familia se hiciera las pruebas para ver si alguien es compatible.

—No hay mucha familia a la que hacer las pruebas, estamos las cuatro solas —dijo Alice bajando la cabeza con tristeza, al borde del llanto. Estiré mi mano para coger la suya, no estaba sola, estaba con ella.

—¿Y su padre? —preguntó Lara afectada.

—Mi tía nunca dijo a la familia quién era el padre. Su madre la ha criado sola. Solo se tienen la una a la otra, además de a mi madre y a mí —dijo Alice con la voz rota.

—¡Joder! —exclamó Dani, me sobresalté y su madre lo miró severa—. Perdona mamá, pero es tan injusto, es una chica joven, es fantástica, ¿por qué pasan estas cosas?

—Es la vida hijo —respondió con resignación, pude ver un dolor oculto.

—¿Cómo se busca un donante? —pregunté. Una idea me rondaba la cabeza y Lara se dio cuenta.

—Si tuviera más familiares directos sería más fácil encontrar un donante, le haremos la prueba a la familia. Si son compatibles perfecto, si no tendremos que buscar un donante a través del “Registro nacional de donantes de médula ósea (REDMO)” y esperar.

—¿Cualquiera puede ser donante?

—Sí, si es una persona sana y mayor de edad —Lara estaba esperando mi ofrecimiento.

—¿En qué consiste la prueba para saber si eres compatible? —quería saber todo el proceso y quién mejor que Lara para informarme.

—Solo con un análisis de sangre —contestó Dani, me miraba asombrado—. ¿Quieres hacerte la prueba?

—Sí. ¿Tú no? —respondí con firmeza. Alice levantó la cabeza y me miró sorprendida.

—Yo, bueno nosotros, Hugo y yo, desde que cumplimos la mayoría de edad somos donantes de médula, de órganos, bueno casi de todo. Si por casualidad fueras compatible con Rose, ¿le darías tu médula?

—Por supuesto, sería muy doloroso ver marcharse a una amiga y no haber hecho nada para ayudarla —respondí sin dudar.

—Mira, la extracción es sencilla, se te administraría anestesia general o

la epidural. La médula tenemos que sacarla de dentro del hueso, de la parte de atrás de la cadera para ser más específicos, veinticuatro horas en observación y luego unos días de reposo en casa. Para Rose sería como una transfusión de sangre, en dos semanas veríamos si el trasplante funciona.

—¿Yo correría algún riesgo? —quería toda la información.

—No, es bastante segura —Lara despejó todas mis dudas, explicándome todo con mucha claridad y sinceridad.

—Bueno, ¿dónde tengo que firmar? —quería hacerlo ya.

—Vamos a ver primero si su familia es compatible —Dani parecía nervioso por mí.

—Pero si esperamos y no es compatible luego tenemos que volver a esperar otra vez. Estaríamos perdiendo el tiempo —Lara me miraba fijamente. Su cabeza funcionaba a mil por hora.

—¡Está bien! Vamos a rellenar los papeles —descolgó el teléfono y en unos minutos entraba en el despacho una enfermera con toda la documentación, y el material necesario para sacarnos sangre a las dos.

12

Celos

Me sobresalté cuando sonó el timbre de la puerta insistentemente. ¿Quién tenía tanta prisa? Salí con la decisión de decirle a quien fuera que esas no eran formas de llamar. Me iba a quemar el timbre. Cuando salí de la trastienda vi que era Dani quien llamaba como un loco.

—¡¡Vamos, abre!! ¡¡Date prisa!! —me gritaba desde fuera muy alegre.

—¿Pero...? —no me dejó terminar. En cuanto abrí se abalanzó sobre mí levantándome en brazos.

—¡¡He aprobado!! ¡¡Princesa he aprobado!! —di un grito que silenció besándome como solo él sabía hacerlo.

—Me alegro por ti, doctor —estaba feliz. Se lo merecía, había trabajado mucho.

—Gracias, ahora eres la novia de un médico, ¿lo sabes? —me fue dejando con suavidad en el suelo, pero sin soltarme, nos unimos en un beso sin fin.

—Estoy muy orgullosa de ti —dije con amor, no podía apartar su mirada de la mía.

—Te quiero Gabi, eres lo mejor que me ha pasado —sus ojos brillaban de felicidad y pude ver la sinceridad de las palabras que acababa de decir.

—Te quiero Dani —mis ojos se llenaron de lágrimas, siempre pensé que nadie me diría esas palabras tan maravillosas. Sus manos sujetaron mi cara mientras me daba otro beso apasionado, las lágrimas empezaron a rodar por mi cara, era feliz.

—¿Qué te parece si salimos a celebrarlo? Quiero que todo el mundo sepa lo feliz que soy y la suerte que tengo de tenerte conmigo.

Cuando llegamos al local de los quesos y vinos —se había convertido en el lugar de encuentro de la panda—, estaban esperándonos Alice y Hugo. No hizo falta decirles nada, los dos hermanos se fundieron en un abrazo interminable. Alice aplaudía dando saltitos, me acerque a ella y por lo bajito le dije al oído:

—Me quiere Alice.

—¿Te lo ha dicho? —susurró.

—Sí —respondí llena de emoción.

—Felicidades amiga, me alegro mucho por ti —me cogió entre sus brazos y empezamos a llorar.

—¡Eh! ¿Qué hacéis llorando las dos? Esto hay que celebrarlo —en el rostro de Hugo se veía lo orgulloso y feliz que estaba por su hermano.

—¿Qué hay que celebrar? —nos giramos y vimos a Rose con Robert que acababan de llegar. Hacía unos días que había salido del hospital, decidió congelar sus óvulos.

—¡Vamos a celebrar que he aprobado! ¡Y que estoy enamorado de esta preciosa mujer! —gritó eufórico. Por fin teníamos algo importante que celebrar... Dani pidió cava, todo el mundo estaba feliz, pero eché en falta a Sara y Laura. Sara lo estaba pasando muy mal por su ruptura con Paul y Laura pasaba mucho tiempo con ella consolándola.

—¡Hola Dani! —esa voz... no podía ser...

—¡Hola Patricia! ¿Qué haces por aquí? —le preguntó Dani mientras ella saludaba a Hugo.

—Dando una vuelta, estáis de celebración... ¡Has aprobado! —se abalanzó sobre Dani dándole dos besos en las mejillas y parándose más tiempo del necesario. La sangre comenzó a hervirme. Quería que se separase de él, pero cada vez se le pegaba más. Ella le rodeó con su brazo la cintura. Cómo podía ser tan fresca... deslizó su mano por la espalda de Dani; él no hacía ningún movimiento para deshacerse del abrazo de ella, parecía estar a gusto. Hablaban de la fiesta, pude entender que ella y su familia también estaban invitados; era lo que me faltaba. Me levanté y me acerqué a ellos.

—Hola... ¿Gabi? —ahora se hacía la loca como si no se acordara de mi nombre. Sus ojos felinos me miraban de arriba abajo. Mi reacción fue acercarme y pegarme mucho a Dani.

—¿¡Verdad que es fantástico!?! Mi novio es médico —sin pensar le di un beso, fugaz pero intenso, quería que tuviera claro que era mío.

—Sí, le estaba dando la enhorabuena —dijo con un tono de aspereza. Pero parecía que Dani se divertía con la conversación.

—¿Vas a asistir a la fiesta? —le pregunté. Dani me había cogido por la cintura. Sorprendido por mi reacción sonreía mirándome.

—Sí claro, mi familia y la de ellos se conocen hace mucho tiempo, por lo que todos estamos invitados. Tú también vas, me imagino.

—Sí que va —contesto Hugo— y también irá esta preciosidad —dijo dándole la mano a Alice para que se acercara—. Te presento a Alice, mi chica.

—Hola, encantada, soy Patricia —dijo muy educada, pero fría como el hielo. Alice le obsequió con una de sus mejores sonrisas.

—¿Te sientas con nosotros y te tomas una copa? —le preguntó Dani. No me gustó que lo hiciera, me sentí molesta con él. Es que no veía el comportamiento de Patricia, coqueteaba con él en mis narices.

—No puedo, me están esperando. Pasarlos bien —se despidió dándole dos besos y otra vez acercándose demasiado; mirándome desafiante—. Adiós a todos, nos vemos chicas.

—Adiós —contestamos Alice y yo a la vez.

Cuando ya se había marchado el mal humor se apoderó de mí. Intenté disimularlo, pero Dani se dio cuenta y me preguntó varias veces qué me pasaba. Yo le decía que no pasaba nada... estaba dejando que Patricia nos arruinara la noche. ¿Esto eran los celos...? nunca había sentido algo así, me dolía solo pensar que ella se pudiera acercar a Dani. Cuando nos quedamos solos en el coche, antes de arrancar, se giró en su asiento. Con el ceño fruncido me preguntó otra vez qué me pasaba.

—Y no me digas que nada, porque se te ve de lejos que algo te pasa.

—¡Patricia!, eso es lo que me pasa — ya lo había dicho.

—¿Qué le pasa? —dijo desconcertado.

—¿¡Qué le pasa!? Le pasa que te come con los ojos. En cuanto tiene oportunidad se pega a ti como una lapa, no te quita la mano de encima, te provoca —dije muy irritada.

—¿Estas celosa? —dijo arqueando una ceja divertido.

—¡Sí, lo estoy! No me digas que no te has dado cuenta de que te tira los tejos —dije con desesperación.

—¿Que me tira los tejos? Somos amigos desde niños. Es normal cierta familiaridad. No hay nada, de verdad.

—Pero... ¿no te das cuenta de cómo te mira? Dani, te come con los ojos y no son imaginaciones mías, Alice también se ha dado cuenta —un nudo apretaba mi garganta de nuevo.

—Gabi, te lo repito, te quiero, te quiero a ti. No hay nadie más. Me da igual si Patricia se interesa por mí. Yo la veré siempre como a una hermana, alguien con la que compartí juegos en mi niñez; nada más, te lo prometo —se acercó a mí, sus labios dejaron un beso tierno en los míos—. ¿Vale?

—Vale, pero sigo sin fiarme de ella. Prométeme que cuando la veas prestarás atención a sus señales. Quiero que te des cuenta de sus intenciones y que tú le dejes claro las tuyas.

—Te lo prometo, Princesa. Ahora quiero proponerte algo... puedes decirme que no... no quiero presionarte —se frotaba las palmas de las manos en los pantalones, estaba nervioso. En seguida me di cuenta de lo que me iba a proponer. Un nudo se hizo en mi estómago—. El viernes cuando termines podía pasar a recogerte. Me gustaría pasar el fin de semana contigo en la casa de la playa... los dos solos.

Bajé los ojos a mis manos cruzadas en el regazo, mi cuerpo empezó a temblar.

—No quiero presionarte, pero he pensado que sería un buen momento. Quiero que sea especial para los dos. Nunca he llevado a ninguna chica a la casa de la playa, será mi primera vez también. —le sonreí tímidamente.

—Sí, quiero ir contigo el fin de semana a la casa de la playa —dije con timidez. Dani me dedicó una sonrisa llena de amor.

—Todo saldrá bien, te lo prometo —cogió mi mano y la besó con suavidad—. Te quiero, Gabi.

Por la mañana llamé a Alice. Quería contarle el plan del fin de semana. Necesitaba consejo, que me guiara un poco. Pero su respuesta fue decirme que teníamos que ir de compras.

—Alice, necesito ayuda, no ir de compras —dije desesperada.

—Que sí; pero también necesitas ir de compras. Dime una cosa ¿cómo es tu ropa interior? — me quedé sin palabras. No lo había pensado. Tenía que comprarme algo bonito.

—Vale, tienes razón. ¿Quedamos esta tarde?

—¿Puedes dejar a tu ayudante sola en el taller?

—¿A María? Sí, es muy responsable, se desenvuelve bien en el taller. Se puede quedar un rato ella sola e incluso puede cerrar ella, y así nosotras podemos ir más tranquilas —días después de ingresar Rose en el hospital, contraté a María. Me la recomendó la directora de la academia donde yo había ido, y fue un acierto, formábamos un buen equipo.

—Pues entonces pasaremos por la esteticista, tienes que estar perfecta.

La tarde con Alice fue divertida. Las dos nos compramos unos conjuntos bonitos y sensuales. Alice no paraba de decir que Dani se volvería loco cuando me viera con ellos... solo de pensarlo se me ponía un nudo en el estómago. La esteticista no fue tan divertida, pero había que estar guapas. Después de las compras quedamos con los chicos en el centro comercial.

—¡Hola Princesa! —me dio un beso dulce en los labios—, veo que habéis hecho buenas compras las dos —sonreía con picardía. Se había dado cuenta de qué era lo que teníamos en las bolsas; me sonrojé—. Eh, que no pasa nada. Me gusta que me sorprendas y sueles hacerlo muy a menudo. Tienes que llevarte algo elegante. El viernes cuando lleguemos te tengo preparada una sorpresa.

—¿Me vas a llevar a un sitio elegante? —quería desviar el tema, estaba muy nerviosa.

—Uuumm... sí, se puede decir que sí. Es un sitio muy bonito, te gustará —cogió mi mano y la besó

—Tú también te has comprado algo por lo que veo —dijo Hugo. Alice le sonrió y le siguió el juego.

—Sí, no es nada. Unas cositas que me hacían falta, nada más —parecía una gata ronroneando.

—Te propongo un trato... Mi hermano se va y mis padres tampoco van a estar el fin de semana. Tengo la casa para mí solo... Te invito a venir, pero a cambio te traes lo que llevas en las bolsas —le dijo muy despacio, en un susurro. Alice sonreía como una niña mala.

—Trato hecho —dijo Alice y sellaron el pacto con un beso apasionado.

Una primera vez para todo

Mientras preparaba la maleta para el fin de semana, recordaba cuando se lo dije a mi madre. Esta se quedó muy callada, pero al final me dijo que era mi decisión. Me preguntó si quería ir, le contesté que sí pero que tenía miedo; me besó y me dijo que era normal.

—Dani parece un buen chico, seguro que te va a tratar bien. Tú solo tienes que relajarte, no te obsesiones, déjate llevar y verás como todo sale bien —era violento hablar de ese tema con mi madre, pero quién mejor que ella para aconsejarme.

Gracias a María la tarde había sido más llevadera. Era una chica muy sencilla, con las ideas claras, trabajadora y tenía muy buenas ideas a la hora de diseñar un vestido. Estaba encantada con ella. Cuando empezamos a recoger llegó Dani. Nos ayudó a cerrar y nos despedimos de María. Cogió mi maleta y la metió en el coche. Estaba muy nerviosa, no sabía qué decir ni qué hacer. Dani se dio cuenta.

—¿Estás lista? Sabes que lo podemos aplazar —me dijo ya dentro del coche.

—No, vamos.

—Tranquila, todo va a salir bien —dijo sonriéndome. Me besó con dulzura y arrancó el coche.

Cuando llegamos a la casa de la playa estaba anocheciendo. Dani abrió la verja electrónica y subimos por un camino empinado. Al llegar arriba me fijé en que las luces de la fachada y del jardín estaban encendidas.

—¿Por qué están todas las luces encendidas? —pregunté curiosa.

—Tenemos unas personas de confianza que de vez en cuando pasan a ver cómo está todo. Mantienen el jardín, preparan la casa si vamos a venir. Así que les avisé de nuestra visita y ellos se han encargado de casi todo...

Cuando salí del coche me quedé sin aliento, la vista era extraordinaria, se veía todo el pueblo, la playa, la montaña... el olor a mar se fundía con el del monte.

—Impresiona ¿verdad? —dijo feliz de poder compartir aquella vista conmigo—. Vamos, te enseñaré la casa —había cogido nuestras maletas y me

esperaba en la puerta. La abrió: pude ver un gran recibidor, por el que se accedía a la cocina, a una de las terrazas y un gran salón con unos sofás blancos puestos alrededor de la enorme televisión. En las paredes colgaban estanterías llenas de libros, fotos familiares, premios y recuerdos. Desde allí se podía salir a otra terraza; también llena de sofás y cojines grandes distribuidos alrededor de una mesa de centro de cristal. Al fondo del jardín estaba la piscina con tumbonas y sombrillas. Al lado del salón estaba el comedor con una mesa larga enorme. La madera tenía un brillo espectacular, parecía un espejo. Estaba rodeada de unas sillas con el respaldo alto a juego con la mesa, un gran aparador y una vitrina. Todo de estilo antiguo pero con un toque actual. Las paredes estaban llenas de cuadros, todo rodeado por grandes ventanales que daban a la terraza. En el centro del recibidor una escalera de mármol con la barandilla de forja subía al piso de arriba. Dani empezó a subir la escalera y yo le seguí, temía perderme en esa casa tan grande. Llegamos a un descansillo del que salían dos pasillos: uno a la derecha y otro a la izquierda. Cogimos el pasillo de la derecha. Dani me dijo que en el otro pasillo estaban las habitaciones de los invitados. Nos paramos delante de una puerta, Dani dejó las maletas en el suelo y la abrió.

—Esta es mi habitación... eres la primera chica en entrar aquí. ¿Qué te parece? —entré con cautela. Era amplia, tenía una zona de estudio, estanterías llenas de libros y premios; fotos de Dani siendo niño y adolescente, solo, con Hugo, con sus padres. Cuadros marineros colgaban de las paredes. La habitación tenía dos puertas, cuando las abrió vi que una daba a un vestidor enorme y otra a su propio baño. También tenía su propia terraza con dos hamacas y una mesa en un rincón. Desde allí se podía ver la playa. Cuando mis ojos se fijaron en la cama palidecí, era de matrimonio, no era del tamaño normal para una persona, a los lados tenía unas mesitas. Cuando me fijé un poco más me di cuenta de que la cama estaba llena de pétalos de rosas, y que en el centro había una rosa de tallo largo. Me quedé sin aliento.

—¿Te encuentras bien? —Dani me cogió las manos por las muñecas, en su cara había preocupación.

—Sí, estoy bien. Todo esto es precioso, estoy abrumada —dije temblando como una hoja.

—¿Quieres refrescarte un poco? Darte una ducha te sentará bien, ayudará a relajarte.

—Sí, creo que me iría bien —dije sin poder mirarle a los ojos.

—Te dejo que te duches y te arregles para la cena. Yo estaré en la

habitación de al lado o abajo por si necesitas algo —me dio un beso sin apenas rozar mis labios, salió y cerró la puerta con suavidad.

Durante unos minutos estuve allí de pie con la mirada perdida. Cuando reaccioné me dije a mí misma que tenía que ser valiente. Todo iba a salir bien, me lo repetía una y otra vez. Abrí mi maleta, saqué el vestido que había elegido para esa noche. Un vestido negro ajustado con escote en forma de corazón y unos tirantes anchos que me quedaban al borde de los hombros. Lo estiré encima de la cama al lado de la rosa. Me quede mirándolo. Era elegante y provocador a la vez. Apropiado para la ocasión. También me había comprado unos zapatos de tacón negro, sencillos, con una cartera a juego. Saqué la ropa interior negra que me había comprado con Alice. Me escandalizaba solo verla, no estaba acostumbrada a las transparencias y encajes, pero era bonito... Me dirigí al enorme baño, abrí la ducha y dejé que me cayera el agua caliente, intentando relajarme, quería dejar mi mente en blanco, pero era difícil...

Casi una hora después de que Dani me dejara en la habitación estaba bajando las escaleras. Con mi vestido nuevo, el pelo recogido en una coleta alta y un poco un de maquillaje. Cuando me miré en el espejo, antes de salir de la habitación, me gustó el resultado... Había cogido la rosa que estaba encima de la cama. Una música suave venía de la terraza, donde vi a Dani. Cuando me oyó llegar se giró hacia mí. Sus ojos me recorrían de arriba abajo una y otra vez. La cara de sorpresa y deleite lo decían todo.

—¡Gabi! ¡Joder...! Perdona, no quería ser grosero, pero ese vestido marca cada curva de tu cuerpo perfecto. Estás... no tengo palabras para describir lo atractiva que estás... —tenía una botella de vino en la mano, la dejó en la mesa pero no se movió.

—¿Te gusta? ¿En serio? —dije acercándome a él despacio, solo se oía la música y el mar. Él parecía tan nervioso como yo—. Tú también estás muy guapo con ese traje —un traje negro con camisa blanca que le quedaba muy bien, parecía un modelo.

—No puedo dejar de mirarte. Será mejor que nos sentemos a cenar —dijo señalando la mesa, había puesto unas flores en el centro de la mesa y encendido unas velas por toda la terraza.

—¿No salimos a cenar fuera? —me senté y él destapó los platos tapados que había en la mesa. Un aroma delicioso lo inundó todo. Tenía la boca seca y el estómago se me había cerrado. No tenía hambre pero aquello parecía que iba a estar muy bueno.

—No, hoy no, quiero que estemos solos —el nudo que tenía en el estómago se hizo más fuerte.

—¿Qué es? Tiene muy buena pinta, ¿lo has hecho tú?

—No, la cocina no es lo mío, lo siento. Lo había encargado y lo han traído mientras te arreglabas.

—Está muy rico —no quise decirle que no tenía hambre por lo que hice un esfuerzo y probé un bocado de carne que se fundió en mi boca, estaba acompañada de unas verduras salteadas. Dani llenó mi copa de vino.

Cuando terminamos de cenar estaba relajada, tal vez por el vino, las vistas, la compañía... Dani abrió una botella de cava.

—Por nosotros Princesa —bebí un sorbo, no quería que se me subiera a la cabeza. Me cogió de la mano y me invitó a bailar. Durante toda la cena estuvo sonando una música muy relajante, ahora sonaba una bonita balada.

—Pero no soy muy buena bailando.

—Déjate llevar, es fácil —me atrajo hacia él. Fui siguiendo el ritmo que él marcaba, sí que fue fácil.

—Eres preciosa, me tienes loco. Te prometí que todo saldría bien y así será, solo déjate llevar.

La música suave nos fue envolviendo, nos movíamos con suavidad. Solo oíamos el murmullo suave de las olas del mar junto con la música. Era como estar los dos solos en el mundo, no importaba nada más. Nos fuimos relajando más, notaba como mis músculos se fueron soltando. Estaba feliz de poder abrazar a mi príncipe.

—Gabi... —susurró— te amo por lo que eres y por lo que soy estando contigo, en la persona que me has convertido —se inclinó y nos unimos en un beso suave.

—Te quiero Dani. Nunca pensé que pudiera conocer a alguien como tú. Me haces sentir especial. Has puesto mi mundo del revés y te quiero por ello.

Pude ver en sus ojos deseo, un deseo que no podía contener más. Nunca me había besado con tanta pasión. Entreabrí mis labios como una invitación a pasar. Deslizó su lengua entre ellos, provocándome, comiéndome. Mi cuerpo le pedía a gritos que siguiera, no quería que parase. Mis manos se enredaban en su pelo con pasión, haciendo que mis besos fueran más profundos y excitantes. Habíamos llegado al punto de no retorno—. ¿Qué quieres Gabi? —me dijo en un susurro mientras me besaba el cuello y volvía a mis labios—. Dímelo, necesito que me lo digas, por favor.

—Te quiero a ti, solo a ti —no podía oír mi voz, solo un susurro—. Te

necesito Dani.

—Quiero tenerte ahora, quiero que seas mía. No lo soporto más.

Me cogió en brazos y sin dejar de besarme subimos las escaleras hasta su habitación.

—¿Estás segura? —estaba segura, era el momento, no tenía dudas. Le respondí con un profundo beso. Me dejó de pie junto a la cama. Volvió a recorrer mi cuello, mi boca, sus manos recorrían mi espalda; con torpeza le quité la chaqueta dejándola caer al suelo, fui desabrochando los botones de la camisa. Mientras Dani me bajaba la cremallera del vestido, lo dejó caer a mis pies. Se separó unos pasos de mí sin soltarme de la mano, aparté el vestido con el pie. Se quedó parado mirándome; me moría de vergüenza.

—Tienes un cuerpo provocador.

—¿Qué quieres que haga? No sé qué hacer —dije avergonzada.

—No te preocupes Princesa yo lo haré y te enseñaré. Tienes un cuerpo excitante... —dijo con voz temblorosa—. Yo también estoy nervioso, es como si fuera mi primera vez.

Se acercó a mí quitándose la camisa, me cogió en brazos y me tumbó en la cama, se quitó los pantalones y se colocó a mi lado.

—Tengo miedo, ¿me va a doler? —mi voz temblaba.

—Un poco, pero verás como las demás sensaciones lo superan —me besó con dulzura. Recorrí sus labios con la punta de mi lengua. Poco a poco me fui dejando llevar, mis músculos se fueron soltando. Dani sin dejar de besarme y con suavidad se puso encima de mí, me gustó sentir su peso encima. Con timidez deslicé la punta de mis dedos sin apenas rozarle, recorriendo sus brazos, su espalda, seguí bajando con timidez... Dani emitió un jadeo ahogado por mi boca, sedienta de él. Pude notar lo preparado que estaba. Provocó que mis piernas se cerraran tensas como reflejo de protección—. Tranquila, todo irá bien, tienes que relajarte... Y me deje llevar...

—¿Cómo estás? —me preguntó sin aliento.

—No puedo explicar con palabras lo que siento... ha sido increíble —mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Te quiero Gabi, para mí también ha sido increíble —besaba las lágrimas que recorrían mi cara—. Si el primero ha sido así. No me puedo ni imaginar cómo serán cuando cojas confianza... sin el miedo al dolor.

—Vamos a ser insaciables —reímos los dos, nos besamos una vez más, nunca me cansaba de él.

Lo primero que oí al despertar esa mañana fue el murmullo de las olas. Fui tomando conciencia de lo que me rodeaba. Las imágenes y sensaciones de la noche anterior se repetían en mi mente. Estaba feliz. Había dormido en los brazos de Dani... ¿Dónde estaba? Cuando me incorporé para salir de la cama la puerta se abrió, Dani entraba con una bandeja.

—¡Buenos días, Princesa! ¿Has dormido bien? —dejó la bandeja en la mesa de la terraza.

—He dormido muy bien. ¿Y tú? —estaba un poco incómoda. El chico que tenía delante de mí la noche anterior me había tenido desnuda entre sus brazos. Me había hecho sentir mujer.

—Mejor que nunca —se sentó al borde de la cama a mi lado dándome un beso lleno de amor—. ¿Te encuentras bien?

—Sí... extraña con la situación —dije avergonzada. No podía mirarle a la cara.

—Gabi, anoche fue fascinante. Nunca había sentido nada parecido —me cogió por la barbilla obligándome a mirarle a los ojos—. No tienes que avergonzarte, no hiciste nada malo o es que... ¿no te gustó? —una sombra cruzó su cara.

—¡No! Me gustó mucho. Me hiciste sentir diferente. Nunca imaginé que pudiera hacer o sentir algo parecido. Pero piensa que fue mi primera vez. No sé si pude parecer atrevida o todo lo contrario.

—Estuviste fantástica, no tienes que preocuparte. Ven, vamos a desayunar —dijo tirando de mi mano para sacarme de la cama pero yo me resistí. Me cubrí un poco más con la sábana—. Vale, ya lo he pillado. Tienes un cuerpo precioso y no tienes porque esconderlo.

—¿Me podrías acercar la bata que está en mi maleta? —le pedí. Había entendido mi incomodidad. Él llevaba puesto solo sus bóxer. Me gustaba mirarle, se le marcaba cada músculo de su cuerpo, pero yo prefería cubrirme con mi bata corta, también nueva.

Desayunamos en la terraza contemplando el mar, relajados. Dani no dejó de dedicarme gestos de cariño y atención. Mientras desayunábamos pensé lo que podíamos hacer después... no quería ser lanzada pero quería volver a sentir su cuerpo desnudo encima del mío, que me acariciara, volver a sentirme viva.

—¿Qué estás pensando? —se había dado cuenta, tenía una sonrisa sensual. En sus ojos pude ver el deseo que yo estaba sintiendo. No terminamos

de desayunar...

14

No es no

Rose había decidido someterse al tratamiento de estimulación ovárica. Después de la fiesta empezaría la quimioterapia. Acordamos con Lara que nadie le diría que la familia y yo nos habíamos hecho el análisis de compatibilidad de médula. Rose estaba decidida a disfrutar esas dos semanas antes de volver al hospital.

Rose y Laura se presentaron en casa de Sara, no estaban dispuestas a dejar sola a su amiga. Sabían lo mal que lo estaba pasando. Sara llevaba mucho tiempo enamorada de Paul. Sabían que esto pasaría, conocían a Paul, era muy simpático y divertido; pero con las chicas que salía era un cara dura. Sara estaba tan loca por él que no lo veía.

Todos habían recibido la invitación a la fiesta de Dani, incluso Víctor y Carlos. Sara sabía que si iba se encontraría con Paul, y no estaba preparada para verlo...

—Vamos a ir todos a la fiesta. ¡Tú vas a venir! ¡Vamos a ir al taller de Gabi! ¡Rose te va a diseñar un vestido impresionante! ¡Vas hacer que ese imbécil se arrepienta! ¿¡Entendido!?! —cuando Laura se ponía así no había quien le llevara la contraria.

—Y ahora vamos a salir y vamos a divertirnos. Tengo que aprovechar, no sé cuándo volveré a salir de fiesta —dijo Rose muy marchosa. Las otras dos la miraron muy serias.

—Rose, ¿eres consciente de la enfermedad que tienes? —Sara la miraba como si Rose no entendiera lo que significaba tener leucemia. Con el ceño fruncido Laura no se pudo callar.

—¿¡Cómo puedes hablar así!?! ¿¡Quieres que se quede en casa amargada, llorando!?! ¡No le va a pasar nada, te enteras! Todo va a salir bien, tú tenías que aprender de ella... —a Laura se le quebró la voz.

—Vamos, estoy bien, no quiero que discutáis por mí... la verdad es que estoy aterrada. Tengo mis momentos de desesperación, de llanto incontrolado, de preguntarme por qué... Pero eso no me va a ayudar a luchar con la enfermedad. Me va ayudar que mis amigas me apoyen, que estén conmigo en mis momentos bajos... necesito que estéis a mi lado —Rose las tenía cogidas de las manos y no hizo falta decir nada más, las tres se fundieron en un abrazo.

—Lo siento, soy una egoísta. Me he regodeado en mi tristeza sin pensar en que tú me necesitabas. ¿Vamos a salir las tres solas? ¿Dónde están Alice y Gabi? —preguntó Sara, limpiándose las lágrimas.

—Tienen un fin de semana especial con... —Rose no quiso continuar, no quería decirle a Sara que sus amigas tenían un fin de semana especial con sus chicos. Era profundizar más en la herida—. Bueno, que tienen planes.

Sara se fue animando con el transcurso de la noche. Fueron a un par de locales de copas y en todos encontraban conocidos de Laura que les invitaban a tomar algo. En el tercer sitio que entraron se encontraron con Robert acompañado por Víctor y Carlos.

—¡¡Eh!! Hola. Te he echado de menos —saludó Robert besando con timidez a su chica. La noche había sido aburrida sin Rose, pero con ella todo cambiaba.

—¿Qué hacéis las tres por aquí? —preguntó Víctor feliz de ver a Sara. Alguien le había contado que ya no salía con Paul.

—¡¡Hola!! Estamos de fiesta. Tenemos que animar a Sara —dijo Laura. No se podía callar, pensó Sara.

—¿Qué te pasa? —preguntó Víctor aparentando estar preocupado.

—Ha roto con Paul —dijo Laura, Sara le dio un pequeño empujón.

—¡No te callaras verdad! —Sara no quería airear su vida.

—Vaya, lo siento —dijo Carlos con pena. En el fondo estaba feliz porque sabía lo que su amigo sentía por Sara.

—¿Queréis tomar algo? —preguntó Robert, tan atento como siempre, pensó Rose.

—Yo un refresco. Tengo que controlar a estas dos —dijo Rose riendo. Todos sabían que tenía que cuidar su alimentación y nada de beber alcohol.

—¿Te traigo un zumo? —Rose asintió—. ¿Y vosotras queréis tomar algo? —dijo Robert servicial.

—Creo que no deberían de tomar nada más, parece que ya van bien con lo que llevan —observó Carlos.

Controlador como siempre, pensó Laura, pero tenía razón, no quería beber más.

Rose estaba acurrucada con Robert, Víctor consolaba a Sara y a Laura no le apetecía estar con Carlos. Fue mirando por el local buscando alguna cara conocida. Por fin vio que alguien la saludaba. Era un chico mucho mayor que

ella. Tenía el pelo negro peinado hacia atrás; barba poblada de unos días; ojos negros con una mirada maliciosa. Llevaba una cazadora de motero, pantalón de piel negro y botas de militar. Estaba jugando al billar con un grupo de chicos, también mayores, todos tenían pinta de macarras. Ella no le recordaba, pero si la saludaba era porque la conocía.

—Ahora vengo, voy a saludar a un amigo —dijo Laura. Carlos la seguía con la mirada. Cuando ella llegó a la altura del tipo y lo saludó, le desagradó que él la abrazara... tenía las manos muy largas, pensó. Laura se dejaba llevar. Los vio salir fuera y algo se disparó dentro de él. Estaba inquieto, no le gustaba la situación. Laura iba un poco bebida, no tenía mucho control sobre sí misma. Se fijó en los gestos de los amigos del tipo...

—¡¡Joder. No!! —dijo Carlos y salió corriendo. Víctor y Robert no sabían que pasaba, pero al ver la reacción de su amigo le siguieron; las chicas salieron detrás. Cuando llegaron afuera no lo vieron, pero sí oían gritos que venían de la rampa de entrada al garaje que estaba al lado. Cuando llegaron y contemplaron lo que allí ocurría el corazón se les aceleró, la adrenalina les subió de golpe. Laura estaba tirada en el suelo sangrando por nariz, tenía varios golpes en la cara y la camisa desgarrada. Parecía desorientada. No entendía lo que estaba pasando a su alrededor. Carlos sujetaba por el cuello al tipo contra la pared con la cara ensangrentada y casi sin conocimiento.

—¡¡Para, Carlos, para!! Lo vas a matar. ¡¡Para!! —gritaban Víctor y Robert. Se tiraron a separarlo pero apenas podían con él. Carlos estaba enloquecido, nunca se había puesto así.

—¡¡Dios mío, Laura!! —dijo Rose. Sara y ella corrieron hacia Laura. Manteniendo la calma intentaron limpiarle la cara de sangre, querían verle los daños que pudiera tener. Laura las apartó e intentó ponerse de pie.

—¡¡Basta!! ¡¡Basta!! ¡¡No!! ¡¡Para por favor Carlos!! —gritó Laura mientras sus amigas la ayudaban a levantarse del suelo. Su grito hizo que Carlos reaccionara. Dejó caer al tipo, parecía un trapo en el suelo. Salió gente del local al oír los gritos, incluidos los amigos del macarra. Encarándose con los tres chicos, empezaron a increparlos. Uno de ellos empezó a empujar a Carlos en plan gallito. Se iban a liar a golpes y los otros eran más. En el momento más oportuno alguien gritó que venía la policía. En una fracción de segundo los “colegas” del tipo salieron corriendo dejándolo allí tirado.

—¿Estás bien? —preguntó Carlos a Laura. Solo quería saber si ella estaba bien. Sus puños cubiertos de sangre no le importaban, ni los problemas que pudiera tener con la policía. Solo le importaba ella.

Junto con la policía llegaron varias ambulancias. Los médicos de una de las ambulancias salieron corriendo a atender al tipo. No se movía del suelo. Cuando valoraron su estado y recuperó el conocimiento, lo metieron en una ambulancia y se lo llevaron al hospital. No parecía grave. Era más escandaloso por la sangre que los daños que pudiera tener, pero al perder el conocimiento decidieron llevarlo al hospital. Mientras, la policía comenzó a interrogar a Carlos y a los demás.

—Cuando salí la oí gritar pidiendo ayuda, corrí hacia aquí, la estaba pegando. Quería escapar de él, pero la tenía arrinconada, en el forcejeo le desgarró la camisa. Me acerqué corriendo para intentar separarlo de ella. Me gritó que no me metiera y me propinó un puñetazo, yo le devolví el golpe —explicó Carlos mientras hablaba con los policías, sin dejar de mirar a Laura dentro de la ambulancia.

—Chaval, no pareces un tipo camorrista, lo mejor que puedes hacer es ir al hospital que te vean el golpe que tienes en el ojo y en la cara, y luego pasar por comisaria y ponerle una denuncia al agresor. Si la chica también le denuncia por intento de agresión sexual, no creo que él otro te denuncie —le dijo el policía. Carlos tuvo la sensación de que le hablaba como hombre y no como policía. Estaba de su parte, y entendía perfectamente la situación —. ¿Lo tienes claro?

—Sí, señor —contesto Carlos agradecido. La rabia y furia que había sentido hacía unos minutos, empezaba a desaparecer. En ese momento fue consciente del dolor de su cuerpo por la pelea. Le dolían las manos, notaba como un hilo de sangre corría por su mejilla, las piernas le temblaban... Pero él solo quería saber cómo estaba Laura.

Se acercaron los tres a la ambulancia donde estaban atendiendo a Laura. Junto a ella estaban sus amigas.

—¿Estás bien? —preguntó Carlos. Solo le importaba ella.

—Sí, gracias —dijo Laura llorando desconsolada. No tenía palabras para agradecerle que la hubiera salvado.

—La llevamos al Hospital General. Tienen que hacerle un reconocimiento. Tú también puedes venir con nosotros. Esas heridas te las tienen que curar —dijo el médico de la ambulancia.

—Sí. Voy —dijo Carlos. No se quería separar de ella. Cuando se sentó a su lado en la ambulancia ella se abrazó a él.

—Siento haberte metido en esto, lo siento... —dijo Laura llorando.

—Cálmate, todo está bien, cálmate —le decía mientras la sujetaba entre

sus brazos. No quería soltarla.

Abrazada a Hugo en la moto, mientras la llevaba a casa. Se acordó de Gabi, quería hablar cuanto antes con ella, preguntarle cómo estaba, y contarle lo maravilloso que era el jinete que la devolvía a casa. Cuando llegaron él aparcó y la acompañó al portal. No quería que terminara el fin de semana, había sido explosivo. Alice estaba en una nube.

—Alice, te voy a echar de menos. Lo he pasado muy bien —dijo Hugo, apoyando su frente en la de ella.

—También te voy a echar de menos, ha sido fascinante. Nunca nadie me había tratado así.

—Ven aquí bruja —la abrazó con fuerza contra su cuerpo besándola con ímpetu. Él tampoco quería dejarla ir. Por sus mentes pasaban los momentos que habían compartido. Para Alice hacer el amor con él fue como descubrir un mundo nuevo. Nunca había sentido nada igual. Hugo sabía cómo tratarla. Quería hacer el amor con él una y mil veces más, rozar su piel, su aroma, notar su calor, su pasión. Hugo deseaba tenerla en sus brazos. Lo preparada que estaba siempre para él. Cuando se unían eran uno, estaban sincronizados. La deseaba cada vez más. No podía dejar de pensar en volver hacer el amor con ella. La necesitaba, necesitaba sentir su calor, la voracidad de su boca—. No puedo dejarte ir Alice, no puedo.

—Tengo que irme, pero yo tampoco quiero marcharme. ¿Te veo mañana? —preguntó Alice. Sabía la respuesta.

—Eso no lo dudes. No sé cómo voy a poder esperar hasta mañana.

—Yo tampoco —se unieron en un beso voraz, lujurioso, él la abrazaba contra su cuerpo con todas sus fuerzas y ella se perdía entre sus brazos.

Había hablado con Alice el domingo por la noche. Quería saber cómo me encontraba, si todo había ido bien. Ella me contó lo fascinante que había sido para ella, para mí había sido mágico.

El lunes antes de cerrar el taller al mediodía, me volvió a llamar Alice para contarme lo sucedido con Carlos y Laura. Tuve que sentarme porque me temblaba todo. Cuando Dani me recogió por la tarde, me contó lo que él sabía. Fue terrible pensar que algo tan maravilloso, se pudiera convertir en algo tan sucio. Me daba escalofríos. Por suerte Carlos se dio cuenta de las intenciones

del sinvergüenza. Además el tipo no había denunciado a Carlos, pero él y Laura sí y no iban a quitar la denuncia.

Carlos se pasó por casa de Laura para ver cómo estaba. Habían pasado unos días desde el incidente. Hablaban por teléfono todos los días, pero quería verla, saber realmente cómo estaba.

—Gracias por venir. Veo que tu cara va cambiando de color, ya no es negra —bromeó Laura.

—Sí. Veo que tú has recuperado el sentido del humor —él le siguió el juego.

—Carlos, no sé por qué saliste, pero me salvaste... Aquel tipo, no sé... me lió para que saliéramos a tomar el aire. Fuera quiso besarme, me negué. Se enfureció y cogiéndome de un brazo me empujó hacia el garaje. Le grité que me soltara. Empezó a tocarme. Le decía que me dejara, pero no lo hacía. Cuando le empujé fue cuando empezó a pegarme —dijo Laura sollozando, estaban con las manos entrelazadas.

—Vamos tranquila, todo está bien, tranquila —Carlos la abrazó dándole un beso en el pelo—. ¿Te apetece que vayamos a ver a la panda? Seguro que están donde siempre, nos sentará bien a los dos.

—Sí, puede estar bien, pero luego me tienes que acompañar a casa — Laura tenía miedo de quedarse sola.

—¡No problem! —él feliz de poder estar con ella.

Cuando llegaron todos se alegraron de verlos. Los abrazos, muestras de afecto y apoyo les levantaron el ánimo. Nadie preguntó nada. Ninguno quiso hacerles revivir lo sucedido. Sabían que llegado el momento ellos lo contarían. Con los amigos es así, saben cuándo tienen que hablar y cuándo callar.

Familia y amores

Tener a María en la tienda se notaba mucho. Era eficiente, aprendía rápido. Había acertado contratándola. Ya había terminado en la academia. Se notaba. Sabía trabajar bastante bien y además era una perfeccionista, como yo. Hacíamos un buen equipo. Se iba acercando el día de la fiesta. Las chicas nos habíamos reunido en el taller. Todas tenían más o menos una idea de lo que querían, pero Rose, María y yo las orientábamos o disuadíamos. Teníamos que estar elegantes, guapas, no estrafalarias. Teníamos que ser princesas.

El tío Luis seguía pasándose por el taller. Ahora salíamos fuera a tomar un café. Nos gustaba tener nuestros momentos de confidencias. Luego volvíamos al taller y él se quedaba un rato con nosotras charlando.

—Es bastante evidente, pero te lo voy a preguntar. ¿Cómo estás, Princesa?

—Tanto se nota lo feliz que soy, tío.

—Para mí eres como un libro abierto, pero tu eterna sonrisa, el brillo de los ojos; estás envuelta en un aura, estás enamorada de él, ¿pero y él? —me preguntó mi tío con el ceño fruncido, siempre preocupado por mí.

—Luego lo verás. Le he dicho que venías y quiere saludarte —dije mientras me tomaba el café. Feliz de que uno de los hombres más importantes en mi vida se interesase por el otro hombre importante para mí.

—Me gustará volver a verle. Quisiera conocerle mejor. Estoy pensando... que si no tenéis plan para después de cerrar podemos irnos los tres a cenar, ¿qué te parece?

—Seguro que le gusta la idea, espera que le llamo —cuando hablé con Dani le pareció una idea fantástica. Para mi sorpresa me dijo que podíamos llevar a mi madre también.

—Quiere que se lo diga a mamá... que venga ella también a cenar. Le gustaría conoceros mejor a los dos —era maravilloso poder ir los cuatro a cenar... como una familia.

—Pues no se hable más. Llama a tu madre, que nos vamos de fiesta — los dos estábamos felices. Era una reunión inesperada pero podía estar bien. Yo también quería que Dani los conociera.

Cuando llamé a mi madre se puso muy nerviosa y me dijo que no. Todo

eran excusas, pero insistí hasta que la convencí. Le dije lo que se tenía que poner y que la esperábamos en el taller.

Dani llegó como siempre media hora antes de cerrar y mi madre poco después. Se saludaron con cariño. Dani los tenía en el bolsillo. No se le veía nervioso, se notaba que disfrutaba de la compañía y eso me hacía feliz.

Fuimos a un restaurante donde solía ir el tío Luis, un lugar muy familiar y agradable. La cena fue muy placentera. Dani y mi tío parecían congeniar bien. Mi madre estaba abrumada con tantas atenciones por parte de ellos dos. Eso era pasar un rato en familia; sin discusiones, reproches, humillaciones...

—¿Qué vas a hacer ahora que ya has terminado? —preguntó mi tío curioso.

—Bueno, mis padres tienen una consulta privada, voy a trabajar con ellos mientras me preparo para la especialidad —dijo Dani.

—¿Quieres más? Eso me gusta. Que quieras prosperar es bueno. ¿Qué vas a escoger?

—Cirugía pediátrica —dijo Dani. Lo había visto dudar por una milésima de segundo. Había visto a un Dani débil, me sorprendió, él siempre tan seguro... Cuando salía el tema de la especialidad Dani cambiaba, parecía como si no le gustara tratar el tema.

—Te tienen que gustar los niños, si quieres trabajar con ellos —le dijo mi madre, pero yo la conocía y sabía que esa pregunta tenía doble intención.

—Me encantan. Son unas personitas maravillosas. Siempre te sorprenden —dijo Dani. Por si había alguna duda, acababa de conquistar a mi madre.

Llevamos al tío Luis a casa y luego Dani nos llevó a nosotras. Mi madre salió del coche y nos dijo que nos dejaba un rato para nosotros. Se despidió de Dani con un beso en la mejilla y se fue a casa.

—Gracias —dije cuando nos quedamos solos.

—¿Por qué? —me dijo sorprendido.

—Por una cena familiar. Ha sido un detalle que te acordaras de mi madre. He fantaseado muchas veces con cómo sería tener una familia normal y esta noche ha sido como tenerla. Muchas veces pienso cómo hubiera sido todo si mamá y el tío Luis...

—Dime una cosa... ¿seguro que tu madre y tu tío no han tenido una relación? —dijo con cautela. Me dejó sin habla.

—¡No!... Bueno, no que yo sepa. Mi madre es muy reservada en esos temas —me dejó pensativa—. ¿Por qué se te ha ocurrido esa idea?

—Pues porque... no sé cómo explicarlo, hay algo, una complicidad entre ellos. Esta noche ha habido varios momentos en los que los he visto mirarse y no sé...

—¡Anda! dame un beso que tú tienes alucinaciones —quería que me besara. Mi reparo para todo había desaparecido. Desde el maravilloso fin de semana me sentía más segura de mí misma y de nuestra relación.

—Eso me gusta —dijo juguetón

—¿Qué? —dije haciéndome la tonta.

—Tu descaro Princesa —me besó con ternura—. Con un simple beso me descolocas —susurraba casi con la voz entrecortada—. Escucha, he estado hablando con mi hermano y Robert; hemos pensado que podíamos pasar el fin de semana los seis en la casa de la playa. Seguro que a Rose le sienta bien pasar un fin de semana al sol.

—¿Pasar el fin de semana? —una sonrisa iluminó mi cara.

—Veo que te encanta la idea —dijo dándome otro beso suave.

—Pero será extraño tener a alguien en la habitación de al lado —me daba vergüenza pensar que no estaríamos solos.

—Las paredes están insonorizadas. Puedes gritar como una loca que no te oirán —un destello de lujuria apareció en sus ojos.

—¡Dani! —los dos nos reímos. Sabía que el fin de semana sería perfecto. Nos fundimos en un beso profundo, sin prisa.

—Tengo que irme —dije con un hilo de voz—. Un segundo —me contestó Dani dándome otro beso sin fin.

Cuando llegué a casa, mi padre no había llegado, por suerte, no tendríamos que darle explicaciones. Antes de meterme en la cama, llamé a Alice. Estaba como loca con la idea de pasar el fin de semana juntos. Iba a hablar con Rose para ir al día siguiente a comprarnos bikinis.

—¡Vamos! Hace calor. Podemos tomar el sol e incluso darnos un chapuzón. ¡Venga! —suplicaba Alice.

—Bueno, quedamos mañana por la tarde, ¿te parece bien?

—Sí, estupendo. Voy a decírselo a Rose y luego llamo a Hugo.

—¿Se lo vas a decir a Hugo!? —estaba perpleja. Si se lo decía a los chicos, seguro que se apuntaban.

—¡Claro! te dejo, un besazo.

—¡Alice! —lo había vuelto a hacer, me había colgado dejándome con la palabra en la boca.

Como me suponía, se vinieron de compras con nosotras. Por lo visto ellos también tenían que comprar bañadores...

Cuando llegamos a los grandes almacenes fuimos directos a la sección de baño. Primero los chicos. Me incomodaba un poco la situación. No estaba acostumbrada a ir de compras con mi novio, su hermano y el amigo. Dani fue pidiendo mi opinión. Me notaba tensa. Cogió varios modelos para probarse. Después pasamos a la sección de chicas. No me decidía por ninguno, todos eran muy pequeños. Dani cogió algunos que le gustaban y nos fuimos al probador, Alice y Hugo siguieron mirando. Rose y Robert ya estaban en el probador.

—¿Vamos a entrar los dos juntos? —pregunté escandalizada.

—Por supuesto. Quiero ver cómo te quedan. Además tienes que darme el visto bueno a los míos —dijo mientras entraba al probador—. ¡Vamos!

Entré en el probador con desconfianza. Me tenía que quitar la ropa delante de Dani. Aunque ya había visto y recorrido cada centímetro de mi cuerpo. Pero estábamos en un lugar público...

—Yo primero. Esto es un poco estrecho —se quitó la ropa con naturalidad y se probó los bañadores. Todos le quedaban bien. Tenía un cuerpo perfecto, ancho de hombros y estrecho de cadera, con los músculos marcados. Ya lo había visto desnudo, pero seguía fascinándome su cuerpo—. Venga, ahora tú. Vamos, no va a pasar nada, ¿quieres que salga? —no podía moverme, era muy estrecho.

—No, sujétame el bolso por favor —empecé a desnudarme despacio. Dani desvió la mirada, me sorprendió. Me puse el primer bikini, muy mini para mi gusto. Cuando le miré reflejado en el espejo su mirada lo decía todo, me deseaba en ese momento.

—Veo que este te gusta —sonreía juguetona.

—No me gusta el bikini, me gustas tú. Tienes un cuerpo precioso, me vuelves loco —dijo acariciándome la espalda con suavidad. Apenas un pequeño roce y mi cuerpo se disparó. Todos los poros de mi piel le deseaban. Me giré hacia él, buscando su boca desesperada.

—Espera, espera, no sigas por favor o te lo haré aquí mismo. Gabi, para...

—Perdona, no sé qué me ha pasado... —nuestras respiraciones estaban aceleradas. Podía oír mi corazón latir desbocado. Dani me miraba evaluando la situación. Le di la espalda y empecé a vestirme.

—¡Joder, a la mierda! —tiró de mí hacia él. Me besaba con

desesperación. Una pasión desbordante nos unía. Oí como se bajaba la cremallera del pantalón. Me cogió en brazos, puse mis piernas alrededor de él, en un segundo estaba dentro de mí. No podía creerlo, lo estábamos haciendo en un probador, en un lugar público. Aquello me excitó más. Estaba al borde del precipicio, en cualquier momento podía caer y también él. Nos miramos en toda aquella vorágine de deseo.

—Vamos Princesa —nuestros cuerpos estallaron en una emoción de placer. Había sido rápido, intenso y silencioso sobre todo. Dani me fue dejando con suavidad en el suelo.

—Lo siento, debí controlarme más —se disculpó avergonzado.

—No te disculpes, yo también lo deseaba, no es el sitio adecuado; pero los dos nos estábamos quemando. Espero no haber hecho mucho ruido —los dos reímos desenfadados

—Esto es muy fuerte. Nunca pensé que pudiera hacerlo en un sitio público. Entonces ¿te ha gustado?

—Ha sido inesperado, pero sí, me ha gustado. Ha sido como un desahogo, pero quiero más y más cómoda —no podía creer lo que había dicho. Dani abrió unos ojos como platos. Me tapé la boca acallando una carcajada.

—Señorita, se está usted volviendo muy descarada. Voy a tener que castigarla —dijo con una sonrisa de granuja mientras me agarraba por la cintura.

—¡Gabi! ¿Estáis bien? —¡Alice! Nos habíamos olvidado de ellos.

—¡Un segundo! ¡Ya salimos! —me dio la risa tonta. Nos pareció una situación cómica. Nos sentíamos como unos niños que casi los pillan haciendo una trastada. Cuando salimos los dos sonreíamos como tontos.

—¿Estáis bien? —preguntó Hugo

—Sí, muy bien —contestó Dani con sonrisa de bobalicón.

—¿¡Cómo no van a estar bien!?! —dijo Rose riendo.

—No lo pillas, este Hugo está en la parra —bromeó Robert.

—Déjalo cielo, están los dos genial —Alice se había dado cuenta. Me miraba con sonrisa traviesa al mismo tiempo que se mordía el labio inferior.

—No te muerdas que sabes que me vuelves loco —le susurró Hugo al oído.

—Tenía que haberlo hecho antes —Hugo desconcertado la miraba a ella y luego a los demás—. No te preocupes cielo, luego te lo explico —los demás rompimos en una gran carcajada a la que se unió Alice.

Cuando nos reunimos con los demás, en el sitio de siempre, Víctor estaba charlando animadamente con Sara. Laura y Carlos llegaron después. Desde el incidente Carlos iba con Laura a todas partes y ella no quería ir a ningún sitio sin él. Tal vez con el tiempo llegaran a algo, se les veía bien juntos. El tiempo diría...

El viernes cuando llegué a casa para comer, me sorprendió ver que mi padre estaba en casa. Desde la última pelea apenas le había visto, los dos nos evitábamos. Comimos en un silencio incómodo. Recogí la cocina y me fui a mi habitación, tenía que terminar de hacer la maleta para el fin de semana. Ya había metido lo principal, me faltaban algunas cosas de última hora. Sonreí para mí cuando vi los bikinis que me había comprado sin probármelos. Cuando iba a salir de mi habitación me di cuenta de que no había oído la puerta, pensé que ya se habría ido. Siempre salía antes que yo. Cogí mi maleta y me dispuse a salir hacia el taller, me recogerían allí cuando cerrara. Para mi sorpresa lo vi esperándome en la puerta. No podía salir de casa. El corazón se me paró. Seguí andando hacia él, tenía que dejarme salir.

—¿Dónde te crees que vas con esa maleta? —dijo con tono serio. No me iba a dejar salir sin tener problemas.

—Déjame salir, tengo que ir al taller —le hablé con firmeza, aunque me temblaba todo el cuerpo.

—¿Qué, ya te has convertido en su putilla? —mi padre tenía los puños apretados. El pánico se estaba apoderando de mí.

—Lo que haga con mi vida es cosa mía. Ahora no quieras hacer el papel de padre cuando nunca lo has hecho. Déjame salir. ¡Ahora! Llego tarde. Tengo un negocio que atender. Un negocio que funciona bien. No te necesito para nada —todavía no sé cómo pude hablarle con tanta serenidad. Para mi sorpresa no me contestó, se apartó y salí con la cabeza bien alta, orgullosa de mí misma.

—¿Por qué no vamos al karaoke? Hace tiempo que no vamos, será divertido —decía Laura entusiasmada.

—No me apetece mucho, pero si queréis, por mí bien —dijo Sara. No levantaba cabeza desde que lo había dejado con Paul.

—Venga vamos, nos irá bien a todos, nos reímos un rato y descargamos adrenalina —insistía Víctor.

—Ahí fue donde nos conocimos —Dijo Carlos. Guiñándole un ojo a Laura. Esta contestó con una sonrisa traviesa.

Los cuatro se pusieron en marcha. La noche prometía. Sería divertido. Se lo merecían. Habían pasado unos días difíciles. Necesitaban pasar página; seguir adelante, apoyándose unos en los otros.

Hicieron parejas para cantar; rieron, tuvieron complicidades, nacieron pequeñas ilusiones que se debían dejar crecer; necesitaban tiempo, esperar el momento en que esas ilusiones se convirtieran en unas luces cegadoras que envolvieran los corazones rotos, heridos, inseguros, corazones que deseaban ser amados...

16

Las parejas

María ya se había ido y yo estaba cerrando. Todavía no habían llegado a buscarme. Dani siempre llegaba con tiempo para ayudarme a cerrar. Tal vez Rose no se encontraba bien y llegaban tarde... Cuando fui a buscar mi móvil en el bolso algo llamó mi atención... Apoyado en un deportivo rojo, con los brazos cruzados, estaba Dani. Vestía un pantalón vaquero ajustado; una camiseta blanca que marcaba sus pectorales; una americana oscura; zapatillas casual; unas gafas de sol oscuras y su encantadora sonrisa. Me quedé sin aliento... ¿Cómo podía tener un novio tan atractivo?

—¿Dani? ¿Qué ocurre? ¿Te...? —cuando me fijé dentro del coche, en la parte de atrás, estaba Rose con Robert riendo como locos y Alice con Hugo en la moto junto al coche. No entendía nada.

—Princesa, su carruaje está listo —me dijo mientras me abría la puerta del deportivo rojo precioso y carísimo.

—¿De quién es este coche? —cuando me acerqué pude notar el olor a nuevo.

—Mío —sonriendo de satisfacción.

—¡Tuyo! Pero ya tienes uno —dije atónita.

—No, el otro era compartido, este es mío —dijo sonriendo orgulloso. Estaba desconcertada. Podía oír a Rose animándome a entrar, tenía prisa por emprender el viaje.

—Me lo han regalado mis padres por mi graduación —aclaró Dani. Me quedé sin palabras ¿Cómo podían hacer un regalo tan ostentoso? Me sentía fuera de lugar.

—Venga vamos —dijo Dani cogiéndome de la mano para que entrara en el coche. Cuando arrancó apenas se oía el motor, era espacioso, con la tapicería de piel en color crema, había indicadores por todas partes. Me acomodé en mi asiento y me dejé llevar. Teníamos por delante un fin de semana fantástico...

Alice y Rose no paraban de dar saltitos mientras Hugo les iba enseñando la casa. Parecían niñas pequeñas. Cuando subíamos las escaleras Alice se acercó a mí.

—¿Todo esto fue para vosotros dos solos? Este chico te adora. No me habías contado lo divina que es la casa.

—Espera a ver las habitaciones, y la cama ni te cuento, además todas tienen baño propio —dije guiñándole un ojo.

—¡No! Tú te has espabilado mucho, amiga —me encantaba poder sorprender a Alice. Era divertido verla disfrutar así. Le sonreí con picardía—. Este chico te está influyendo muy... bien —reímos mientras llegábamos a las habitaciones. Hugo le abrió la puerta de su habitación, Alice se quedó sin palabras. Robert y Rose estaban a la otra parte del pasillo, en las habitaciones de invitados. Dani abrió la nuestra, entré y le oí decir a su hermano que se iban a dar un baño en la piscina. Bajar sin prisas, le dijo Hugo. Entre risas, los dos chocaron las manos como gesto de complicidad. Me gustaba verlos juntos, tenían una relación bonita, se entendían con la mirada. Hugo me caía bien, era como el hermano que siempre quise, era ideal para Alice, hacían buena pareja.

—Bueno, creo que el otro día tuviste un problema y no te pudiste probar los bikinis —dijo Dani, pude ver su mirada provocativa y su sonrisa de niño malo, quería jugar, mientras se frotaba las manos.

—Sí, tuve algún problema, un pequeño incidente, alguien que perdió el control no me dejó probarme ninguno —yo también iba a jugar, podía hacerlo—. Estoy pensando que ahora sería un buen momento para ver cómo me quedan.

—Pienso en lo mismo. ¿Qué tal un pase de modelos? —sus ojos brillaban, íbamos a jugar.

—Sí, dame un segundo —dije cogiendo mi maleta y entré en el baño cerrando la puerta, no quería que estropeará mi idea. Cuando me puse el primero y me miré en el espejo no podía creer que hubiera comprado aquella miniatura, apenas me tapaba nada. Me até a la cadera el pareo estampado en tonos azules a juego con el bikini en azul eléctrico, y salí con los tacones puestos. Dani estaba sentado al borde de la cama, cuando me vio se dejó caer al suelo con la boca abierta. Me contoneé delante de él sin dejar que me tocara, me quité el pareo y se lo tiré. Me fui acercando a la puerta del baño mientras me quitaba la parte de arriba. Cuando ya la tenía desabrochada entré en el baño y sin salir saqué el brazo y se la lancé; pude oír una risita. Cuando salí con el siguiente era igual de pequeño que el anterior, de un color rojo fuego, como el coche. Pensé que el rojo estaba siendo nuestro color. Me había descalzado y al salir Dani no estaba en el mismo sitio, se había quitado la ropa, metido en la cama y me hacía señas para que me acercara...

—¿Qué quieres hacer ahora? —le preguntaba Hugo con suspicacia.

—¿Mmm? No sé, ¿tú qué dices?, ¿qué me ofreces? —contestó Alice sensual y provocadora.

—Podemos salir a dar un paseo —dijo Hugo mientras le iba desabrochando poco a poco la camisa—. Podemos bajar a la playa —empezó a darle unos pequeños besos en el cuello dejando caer la camisa, estaba toda entregada a aquella sensación de ser deseada—. Podemos bajar a la piscina y darnos un baño —recorría con besos su mandíbula mientras sus dedos le desabrochaban el pantalón.

—¿No hay más opciones? —Alice dejó caer los pantalones, él negó divertido con el juego—. ¿Y por qué no nos quedamos aquí? Puedo ser muy mala si no me gusta el plan —dijo mientras le quitaba la camiseta a él.

—¿Me estás desafiando? —tenía una sonrisa de niño malo.

—No, solo digo que tus planes no me gustan, el mío es mejor.

—Nena, en eso te equivocas —sin esperar lo Hugo la cargó como un saco y salió de la habitación, bajando las escaleras hacia la piscina.

—¡Bájame! ¡Vamos! Me portaré bien, lo prometo —suplicaba con risas mientras bajaba la escalera con ella a cuestas.

—Eres muy mala y ahora vas a la piscina de cabeza —Hugo fingía estar enfadado.

Cuando llegaron a la piscina entre risas y súplicas la tiró al agua pero ella pudo cogerle de la mano en el momento de caer, por lo que él también cayó en la piscina. El agua estaba algo fría pero se estaba bien, un baño refrescante.

—¿Y ahora me tiras a la piscina? No te estás portando nada bien —dijo Hugo acercándose a ella, veía lo que quería.

—¡No! ¡Hugo, ni se te ocurra! Aquí no —Alice intentaba alejarse de él.

—No sé a qué te refieres —la había cogido en una esquina de la piscina, la tenía acorralada dentro del agua. La besó con deseo, la tenía entre las cuerdas, no podía moverse, sus manos acariciaban todo su cuerpo.

—Hugo, no estamos solos —su respiración agitada era la respuesta a sus caricias.

—No van a venir, ellos también están ocupados —dijo mientras seguía besándola.

—Pero si... —Alice se estaba perdiendo en sus brazos.

—Calla, tranquila, no vendrán —las manos de él se deslizaban por su cadera, tirando de su ropa interior hacia abajo.

—Lo tenías planeado —dijo con pasión desbordada, Hugo rió entre dientes, su boca buscaba la de ella como un sediento busca una fuente de agua fresca.

—Te deseo tanto —respondió Hugo con un beso voraz, los dos se dejaron ir hasta caer por el adorado precipicio.

—Rose, que estemos solos en la misma habitación y vayamos a dormir en la misma cama, no quiere decir que tú y yo... —Robert se sentía angustiado, quería tenerla en sus brazos, sentir su piel desnuda con la de él, hacerla suya. Pero aunque ella no se quejaba sabía que no se encontraba bien.

—Escucha, estoy enferma, me van a someter a un tratamiento duro, me hincharé, se me caerá el pelo, no tendré fuerzas para nada y tal vez no funcione... —Rose tenía entre sus manos la cara de Robert, no quería que él apartara la mirada.

—No digas eso, no dejaré que lo digas —Robert se separó de ella unos pasos, no soportaba pensar que podía perderla.

—No podemos darle la espalda y pensar que no puede suceder, tenemos que pensar que esa posibilidad existe. Quiero hacerlo ahora contigo, mientras me quedan fuerzas, mientras sigo siendo yo... —se le quebró la voz, él se acercó a ella cogiéndola entre sus brazos y besándola como si aquel fuera su último beso. La tumbó en la cama y los dos se dejaron llevar por la pasión que sentían. Cada caricia, cada beso hacía que el uno quisiera más del otro. No sabían cuánto tiempo les quedaba, en realidad nadie sabe el tiempo que le queda, pero ellos iban a aprovechar cada segundo juntos.

La cena fue divertida, habíamos cocinado entre los seis, bromeando unos con otros. El ambiente era relajado, cuando terminamos Hugo encendió unas velas en la piscina. Nos tumbamos en las hamacas arropadas por los brazos de nuestros príncipes, tomando un poco de vino.

—No nos caía bien, pero mamá nos obligaba a ir a visitarla, y nos vengamos.

—Sí, cogimos un lagarto y se lo pusimos en la alfombra de la puerta, tocamos al timbre y salimos corriendo —todos empezamos a reír como locos mientras Dani contaba una de las miles de trastadas que habían hecho de niños.

—¡Imaginar a la mujer cuando abrió la puerta y se encontró al lagarto

allí! Empezó a gritar como una loca ¡Pensó que era de verdad! no se dio cuenta de que era de goma —las risas iban en aumento, era maravilloso poder estar así, relajados, con personas adorables.

—¡Ay! Qué bueno, me duele la barriga de reír —dijo Alice limpiándose las lágrimas—. No puedo más.

—Vamos, seguro que vosotras también haríais alguna de pequeñas —preguntó Dani curioso.

—¿Nosotras? No, éramos buenas chicas —afirmé con cara seria.

—Sí, muy buenas —confirmó Alice risueña.

—¿Damos un paseo por la playa? —dijo Robert estirando las piernas.

—Vale, venga vamos —contestó Rose cogiendo de la mano a Robert. Parecía que el aire del mar le sentaba bien, tenía mejor cara.

—Ir vosotros, es más romántico solos —dijo Alice guiñándole un ojo a Rose. A todos nos pareció bien que se fueran solos, queríamos que fuera un fin de semana especial para ellos.

Dani se levantó a rellenar las copas. Desde mi posición cuando le miré a la cara, por detrás de él veía la fachada de la casa, me di cuenta que en la parte de arriba había una luz muy tenue.

—Oye, ¿por qué hay una luz encendida casi en el tejado? —una sombra cruzó la cara de Dani, Hugo bajó la mirada, se hizo un silencio incómodo—. No quería ser indiscreta, lo siento —no sabía en que había metido la pata, pero me sentía mal.

—Dani, tienen que saberlo —Hugo parecía pedirle permiso a su hermano.

—No, esta noche, no —ordenó Dani, sus labios estaban apretados en una línea blanca, su cuerpo se tensó.

—Están en nuestras vidas, tienen que saberlo, ahora es buen momento, tienen que conocer a Marta —dijo Hugo, no lo iba a dejar pasar—. Marta era nuestra hermana pequeña.

—¿Era? —preguntó Alice por las dos.

—Marta, murió —dijo secamente Dani. Quería abrazarlo, veía dolor en su cara. Ninguna nos atrevimos a preguntar, estábamos estupefactas.

—Cuando éramos pequeños, los tres estábamos jugando en la playa, mamá nos vigilaba desde aquí. Marta llevaba su cubo, quería coger conchas, nosotros jugábamos con la pelota. No sabemos en qué momento ella se subió a las rocas del espigón, resbaló... Cuando oímos el grito de mamá fuimos corriendo... se había dado en la cabeza, no se pudo hacer nada —relató Hugo

sin levantar la vista del suelo. Nos quedamos atónitas, no sabíamos que decir.

—¿Cuántos años teníais? —Alice rompió el silencio.

—Yo tenía trece años, Hugo once y Marta seis. Yo era el mayor, debí vigilarla mejor.

—¡Vamos Dani! Éramos unos críos, fue un accidente. No puedes seguir culpándote —recreminó Hugo.

—Tú no sabes lo que es mirar a mamá a la cara y seguir viendo su expresión de reproche, sus palabras cuando tenía a Marta en sus brazos diciéndome por qué no la había vigilado, por qué tenía que estar jugando con la maldita pelota —mis lágrimas rodaban por mi mejilla por el niño desvalido y el hombre con una profunda herida en el corazón. No podía curar su dolor pero sí estar a su lado.

—Dani, mamá te adora. Pasamos un tiempo en que mi madre era como un fantasma. Mi padre se refugió en su trabajo y nosotros nos teníamos el uno al otro, hasta que la abuela vino a pasar una temporada con nosotros. Hizo reaccionar a mamá, la ayudó a volver, los obligó a irse unos días de vacaciones los dos solos. La abuela decía que aunque se había ido nos estaba buscando. Decidimos dejar siempre una luz encendida para que nos encontrara. Cuando volvieron papá y mamá del viaje todo cambió, papá cambió sus prioridades, mamá volvió a preocuparse por nosotros y retomó su carrera. Desde entonces siempre han estado a nuestro lado, nos han apoyado en todo.

Nos quedamos en silencio, no había palabras, no había nada que poder decir ante algo tan doloroso. Hugo cogió a Alice de la mano, nos dieron las buenas noches y se marcharon a su habitación, nosotros nos quedamos en silencio con el sonido de las olas de fondo.

—Como ves, todas las familias tienen dramas —después de un largo silencio habló con un tono de amargura—. Por eso quiero curar a los niños, no pude hacer nada por Marta pero sí podré hacerlo por otros niños.

—No te puedes seguir torturando por eso, tienes que superarlo. ¿No has hablado con tu madre sobre este tema?

—No. Nunca se ha vuelto a hablar de Marta en casa, mi hermano y yo sí la recordamos, pero nunca hablamos de ella con mis padres... Siento que se haya estropeado el fin de semana —¿cómo podía calmar tanto dolor?

—No se ha estropeado, se ha mejorado —me miró extrañado—. Dani, esto me ha hecho quererte más, eres una persona sensible, dulce y honesta. Cuando amas lo das todo, no tienes que sentirte mal, te lo prohíbo. Te quiero

Dani.

—Eres fantástica, tú me has hecho cambiar, con tu inocencia me has hecho ser mejor persona, no sé qué haría si me dejaras —un escalofrío recorrió mi espalda.

—Eso ni lo pienses —le besé con dulzura, lentamente, sin prisa, teníamos mucho tiempo. Cogiéndolo de la mano y tirando de él nos dirigimos a nuestra habitación, por primera vez fui yo quien le hizo el amor, Dani se dejó llevar.

La mañana del sábado amaneció soleada, todos nos levantamos tarde. Cuando bajamos a desayunar Alice y Hugo estaban terminando de preparar el desayuno en la terraza principal.

—¿Qué habéis hecho? Esto huele muy bien, me muero de hambre —dijo Dani. Parecía de mejor humor, había intentado que así fuera y parecía que lo había conseguido.

—Menudo desayuno —dijo Rose sorprendida de la cantidad de comida que había en la mesa—. Lo cierto es que tengo hambre.

—Claro querida, después del ejercicio hay que reponer fuerzas, yo también estoy hambrienta —veía la doble intención de Alice.

—¿Qué os parece si bajamos a la playa a tomar el sol? ¿Darnos un baño, recuperar fuerzas...? y luego pedimos algo para comer —el plan de Hugo nos gustó a todos.

—Por la noche podemos ponernos guapos y salir a cenar, al restaurante de la montaña, por ejemplo. Gabi ya lo conoce pero seguro que a vosotras también os gusta —esa idea de Dani también nos gustó, a mí me trajo recuerdos de nuestra primera cita, me quedé ausente—. ¡Eh! ¿Qué te parece Princesa?

—Sí, me encanta el plan, se cena muy bien y las vistas te dejan sin aliento —les conté.

—Perfecto, pero después de comer ¿podemos hacer la siesta? —propuso Alice, todos bromeamos con la idea de la siesta, pero era la mejor idea...

Ya en la playa decidimos que debíamos desatarnos la parte de arriba de nuestros bikinis. Nos podían quedar marcas de los tirantes, si se veían por los escotes de los vestidos de fiesta no harían bonito. Con mucha vergüenza me desaté los tirantes, con cuidado de que no se me quedara nada más al descubierto.

—¿¡Pero qué hacéis!/? —exclamó sorprendido Dani—. ¿Vais a hacer top-less?

—¡Qué más quisierais!, no queremos que nos queden marcas —contestó Alice divertida con la situación.

—No quedarían bien con los vestidos —dijo Rose, quería disculpar nuestra acción, no quería que pareciera una provocación.

—Oye, que yo no tengo problemas, que por mí podéis ponerlos como queráis —decía Robert tumbado de lado junto a Rose mientras le acariciaba el brazo.

—Quieto, que luego no te vas a poder levantar —todos reímos por el consejo que le daba Rose.

—¿Ya tenéis los vestidos? No me lo has contado. ¿Cómo es el tuyo? Me gustaría verlo —dijo Dani curioso.

—¡Ah! Es una sorpresa. Hemos pensado que las tres nos vestiremos en casa de Alice y de allí saldremos juntas, cogeremos un taxi.

—¡Ni hablar! Nosotros iremos a buscarlos, como unos príncipes a por sus princesas —Dani se fue acercando y unimos nuestros labios en un beso profundo y húmedo. Pero algo nos interrumpió... se acabó la diversión.

—¡Vaya! ¿Pero quién está aquí? Mis chicos preferidos —no podía ser, ella no.

—¡Hola Patricia! —contestaron los dos hermanos juntos. Junto con Robert se levantaron a saludarla. Nosotras no nos movimos, no teníamos ningún interés en saludarla; no me iba a levantar.

—Hola chicas —nos saludó con desgana.

—¿Qué tal Patricia? —saludamos; nuestra indiferencia era comparable a la de ella.

Cuando besó a Dani se quedó pegada a él, llevaba un diminuto bikini azul oscuro con rayas y pareo, estilo marinero. Ver que su torso se rozaba con el de Dani me estaba poniendo de muy mal humor. Dani pareció hacer algún movimiento para separarse, pero no lo consiguió.

—¿Has venido a pasar el fin de semana? —le preguntó Hugo.

—No, solo el día. Estoy con unos amigos, hemos venido a tomar el sol un rato, hay que coger un poco de color para lucir el vestido para tu fiesta.

—Estupendo —Dani me echó una mirada rápida y pudo ver en mi cara lo desagradable que era para mí esa chica—. Bueno, pues nada, nos vemos la semana que viene en la fiesta.

—¿Vas con alguien? —quiso saber Robert ajeno a la tensión que había

en el aire.

—No, nadie en especial, voy con la familia —decía esto mientras miraba a Dani, este dio un paso atrás, por primera vez le vi reaccionar, ¿se había dado cuenta que ella estaba por él?

—Pues lo dicho, nos vemos la semana que viene —Dani le dio dos besos rápidos, ella esperaba poder demorarse más en el roce de sus caras, pero Dani se apartó rápido. Cuando se hubo marchado Hugo recriminó a Dani y a nosotras por su frialdad con Patricia.

—Hugo, déjalo, luego hablamos —fue la respuesta cortante de Dani.

Dani pasó el resto de la mañana pendiente de mí pero yo no tenía ganas de hablar de nada, el plan del día seguía en pie, después de comer todos desaparecieron.

—¿No quieres que subamos? —dijo con cautela.

—Como quieras —dije distante.

—Vamos Gabi, ¿qué querías que hiciera? Intenté esquivarla, tampoco quería ser descortés.

—Pues como no le des un descaró, esa no se entera —estaba que me subía por las paredes.

—¿Quieres que corte toda relación con ella? Si es eso lo que quieres lo haré.

—No —empezaba a estar avergonzada por mi actitud—. Lo siento, no debería haberme puesto así. No quiero apartarte de tus amistades, pero quiero que tengas claro lo que ella quiere. Mira, todo esto sabes que es nuevo para mí. No quiero ser una novia histérica, no quiero tenerte controlado, quiero que mantengas tus amigos, quiero que seas feliz.

—Solo con tenerte a mi lado ya me lo das todo, con respecto a Patricia ya verás como con el tiempo se da cuenta de que no tiene nada que hacer conmigo.

—Eso espero, bueno y ¿ahora qué? —pregunté con sonrisa infantil. Dani se levantó, me cogió de la mano y nos dirigimos a la habitación.

—Echaremos la siesta —me dijo con su sonrisa de niño malo.

El resto del fin de semana se pasó volando. La cena del sábado fue estupenda. Cuando terminamos de cenar volvimos a la casa, Hugo puso música suave para bailar en la terraza, Dani abrió una botella de cava bien frío. Una noche perfecta, con la compañía perfecta.

El domingo fuimos nosotros los que preparamos el desayuno, era divertido cocinar con Dani a mi lado, hacíamos un buen equipo. Tomamos el sol en la piscina, volvimos a pedir la comida y después de la siesta empezamos a recoger, llegamos a casa a última hora de la tarde. Dejamos primero a Rose y Alice, cuando llegamos a mi casa me bajé del coche, Dani insistía en acompañarme al portal. Yo tenía miedo porque podía aparecer mi padre en cualquier momento y montar un escándalo.

—Te veo nerviosa. ¿Qué ocurre? ¿Algo va mal? —estaba preocupado.

—Puede aparecer mi padre.

—Bueno, tarde o temprano tendré que conocerle.

—Sí, pero preferiría que fuera tarde antes que temprano, tengo que subir —nuestros labios apenas se rozaron.

—Te veo mañana a primera hora en el hospital —asentí—. Te quiero.

—Y yo a ti, hasta mañana.

Los preparativos

Lara llamó a Dani por teléfono el fin de semana. Nos pidió que acudiéramos a su despacho el lunes a primera hora, los dos solos. No quería preocuparme, pero era extraño... Cuando llegamos Lara nos estaba esperando. Nos saludó con cariño pero pude notar que algo pasaba; ¿y si me habían encontrado algo? Mi cabeza comenzó a funcionar a mil por hora, pensé muchas cosas y ninguna buena. Lara debió ver la preocupación en mi cara.

—Tranquila, todo ha salido bien —solté todo el aire que había retenido en los pulmones sin darme cuenta.

—Entonces, ¿por qué nos has hecho venir con tanto secreto? ¿Cómo han salido las pruebas? —Dani tampoco entendía nada.

—Tengo los resultados, los tuyos y los de su familia. Ellas no son compatibles, pero tú sí... —no me gustaba el tono de Lara.

—¡Bien!, eso está bien. ¿No? ¿Hay algo más? —seguía pensando que me habían encontrado algo.

—Cuando compararon tu muestra con la de Rose, vieron...

—Lara, me estás poniendo nerviosa, por dios dilo de una vez.

—¿Qué ocurre mamá? —Dani también se dio cuenta que algo pasaba.

—Los resultados son positivos porque sois familia —Lara me miraba a los ojos buscando mi reacción.

—¿Qué? ¿Cómo que familia? ¿Tenemos algún antepasado en común? No lo entiendo.

—No, más cercano, como si fuerais primas... Nos quedamos en silencio, mi respiración era agitada. Dani me cogió de la mano, pensaba que en cualquier momento me podía desmayar.

—¿Necesitas algo?, ¿te traigo un poco de agua? —negué con la cabeza. Me levanté y empecé a dar vueltas por la habitación.

—¿Me quieres decir que son primas? Pero, ¿por parte de quién? —Dani estaba tan atónito como yo.

—No lo sé. Veréis, cuando tuve el resultado de la prueba me llamó la atención. Tenía muestras de sangre de las dos e hice las pruebas de ADN.

—¡Pero ella es prima de Alice! Yo solo hace unos años que la conozco, se trasladaron de un pueblo a vivir aquí, no entiendo nada —estaba confusa, la

cabeza me daba vueltas.

—Lo que ahora nos interesa es que puedes darle médula a Rose, le vamos a dar unas sesiones de quimioterapia antes del trasplante.

—Tienes razón, pero de momento será mejor no decir nada a nadie sobre por qué puedo darle mi médula. Se acerca la fiesta y quiero que Rose se divierta —dije con decisión. Los dos estaban de acuerdo en que era lo mejor, esperar un poco, ver cómo se iban desarrollando los acontecimientos. Pero yo pensaba empezar a investigar...

Ya en casa, a solas con mi madre pensé que era buen momento para sacar el tema, pero de una forma sutil, no quería que ella empezara a hacer preguntas. Por suerte fue ella quien me dio pie.

—Gabi, ¿cómo está Rose? —Carmina, Alicia y mi madre eran muy amigas, sé que se contaban las penas y alegrías. Solían quedar alguna tarde para tomar café, Cuando volvía se la veía contenta y relajada. Tal vez ella sabía algo del padre de Rose.

—Bien, bueno, dentro de lo que es la enfermedad, cansada, pero bien. ¿Sabes que a la familia les han hecho una prueba para ver si son compatibles con Rose? —empecé por ahí.

—Sí, me lo ha dicho Carmina, y que tú también te la has hecho —dijo mi madre en un tono de reproche.

—Sí, bueno... es mi amiga, sé que te lo debía haber contado... lo siento —ahora tenía que decirle que era yo la elegida.

—Veo bien lo que has hecho, pero teníamos que haberlo hablado.

—Si no fuéramos compatibles, tendrían que avisar al padre de Rose —ya había lanzado el anzuelo.

—No creo que Carmina sepa dónde está. Solo una vez dijo que no estaban casados y cuando se enteró de que estaba embarazada se fue —me quedé igual que estaba, pero no iba a dejarlo pasar, quería saber la verdad —esperemos que alguna de ellas pueda darle médula.

—Ellas no pueden... yo sí —no sabía cómo podía reaccionar mi madre. Pero se quedó callada mirándome con una sonrisa de orgullo.

—¿Seguro que no quieres quedar con los demás? —le preguntó de nuevo Carlos.

—Que no, me apetece pasar la tarde contigo, ¿qué te parece si vamos al cine? Y luego ya veremos...

Laura se había puesto una camisa blanca y una falda entallada negra que le marcaba las caderas. Sabía sacarle partido al cuerpo perfecto que tenía. Quería estar guapa para él.

—Vale. ¿Tienes idea de lo que quieres ver? —Carlos estaba ilusionado con la idea de poder estar solo con ella y ella quería estar con él. Desde el incidente no se habían separado, pasaban horas charlando tranquilamente.

—Cuando llegemos vemos qué hay y decidimos —dijo Laura como siempre improvisando.

Cuando llegaron al cine escogieron una película romántica. Era como su primera cita, los dos estaban nerviosos. Cuando se apagó la luz Carlos empezó a pensar si sería buena idea cogerla de la mano. Ella puso su mano sobre el reposa brazos de su asiento, él la imitó poniendo su mano en el suyo, casi se rozaban. Carlos cogió aire y sin soltarlo puso con suavidad su mano encima de la de ella. Laura entrelazó sus dedos con los de él. Carlos soltó aire al tiempo que Laura sonreía. Estuvieron toda la película cogidos de la mano sin apenas moverse. Cuando salieron del cine seguían sin soltarse.

—¿Qué te apetece hacer ahora? —preguntó Carlos mientras entraban en el coche. Le daba igual donde fueran mientras pudiera volver a cogerla de la mano.

—Ahora quiero solo una cosa —le sorprendió el tono de Laura, esta se había inclinado hacia él. Quería besarle, quería estar en sus brazos y él no la defraudó. Se besaron dándole todo, un beso largo y profundo. Carlos no podía creerlo, la tenía en sus brazos, la besaba una y otra vez, no quería dejar de hacerlo. Laura sentía como sus entrañas ardían en un arrebató de pasión, no quería que dejara de besarle.

—Desde que te conocí he soñado con este momento —dijo Carlos radiante.

—Pues lo disimulabas muy bien —su mirada tenía un destello de picardía.

—Ven aquí, quiero más —él la atrajo hacia su cuerpo, se unieron en un beso más profundo y apasionado.

La semana paso rápido, terminamos los vestidos y las chicas los fueron recogiendo. Habíamos terminado agotadas. El jueves Alice vino a por el suyo. Le hice la última prueba, estaba impresionante, todas iban como princesas.

—Gabi, las chicas y yo hemos pensado una cosa: los vestidos ya están

listos y han quedado preciosos, ahora falta relajarnos... mañana queremos invitaros a María y a ti a un *spa* —¿un *spa*? Estaba asombrada.

—Nunca he estado en uno —dije casi en un susurro.

—Ya lo sé, por eso. Haremos un recorrido por las piscinas y nos darán unos masajes que nos dejarán como nuevas para el baile. Será divertido todas juntas —Alice tenía esa sonrisa que le iluminaba la cara, cómo sabía acertar con las cosas.

—¡María! —llamé para que saliera al probador—. Sabes, nos acaban de invitar a un *spa*. ¿Qué te parece? —dije sonriendo echándole el brazo por el hombro, señalando a Alice—. Las chicas y Alice.

—¡No puede ser! —me abrazaba de alegría—. ¡Me encanta!

—Pues decidido, nos lo hemos ganado, así que mañana nos tomamos la tarde libre y nos vamos de *spa* —dije decidida, era la dueña y podía hacerlo.

—Gabi, podemos ir cuando cerremos por la tarde —dijo María

—Ni hablar, vamos a llamar a las chicas, nos vamos todas a comer y luego al *spa*, como hacen las amigas y vamos ha pasarlo muy bien —dije con rotundidad

—Tú no eres mi Gabi, eres una mandona. ¿Qué has hecho con mi amiga? —reímos las tres.

La idea de comer todas fue fantástica pero lo del *spa* fue mucho mejor. Las miraba reír en el agua y hablar de todo sin complejos, entre risas, contando secretos, hablando sobre el baile. Pensaba lo que había cambiado mi vida en tan poco tiempo, el grupo de amigas que ahora tenía. Me sentía integrada, querida; ahora el hilo invisible que las unía me unía a mí también con ellas... era una más.

—¡Eh! ¿Qué piensas? —Rose me sacó de mis pensamientos.

—La suerte que tengo de teneros como amigas, sois geniales —dije con admiración.

—Tú también eres genial, desde que apareciste la primera vez supe que eras una gran persona, y no me he equivocado, me alegro de haberte conocido Gabriela —tú sí que eres grande y yo tenía suerte de tener una prima tan maravillosa, pensé.

—Gracias Rose—dije abrazándola.

—Anda vamos, que nos quedamos atrás y nos perdemos el cotilleo —la seguí hasta llegar a donde estaban las demás.

—A ver Laura, rebobina que estas dos que llegan no se han enterado y yo quiero volverlo a oír —dijo Alice divertida con lo que Laura les había contado.

—Bueno, otra vez, lo vais a ver pero os aviso. El otro día cuando fui con Carlos al cine nos besamos, por lo que estamos saliendo juntos. Luego vendrá a buscarme y no quiero que os pille de sorpresa.

—¡Eso es fantástico! Te lo mereces —Rose la abrazaba dándole dos besos sonoros en la mejilla. Todas nos alegramos por Laura ya que lo había pasado mal, pero con la ayuda de Carlos había podido salir adelante.

—Vale, ahora solo nos queda Sara —rió Alice

—No, no, a mí déjame tranquila —replicó Sara—. Yo ya he tenido bastante, además no sé cómo me va afectar verlo mañana en la fiesta.

—Todas vamos a estar contigo, lo sabes ¿verdad? —dije con sinceridad.

—Sí, lo sé. Gracias chicas —Sara estaba triste, no era la misma chica decidida que era antes

—Además está Víctor, es un buen hombre en el que llorar —dijo Laura riendo.

—Es un buen chico, me está ayudando mucho, pero no me veo con él. No sé, tal vez con el tiempo...

—Sara, mira, está coladito por ti —Alice directa sin rodeos.

—¡Alice! ¿Cómo puedes ser tan indiscreta? —la recriminé.

—Es la verdad, Carlos me lo ha dicho, además se le nota —remató Laura. Volvía a ser la misma indiscreta.

—No le des motivos para que te tenga lástima —María había estado pendiente de toda la conversación—. Por experiencia lo mejor es que mañana no te sueltes del brazo de Víctor. No quiero decir que le des celos, pero que vea que no le necesitas, que no te vea en ningún momento abatida. ¿Entiendes? —María habló con suavidad, todas nos quedamos esperando que contara algo más—. A mí me funcionó, volví de rodillas pidiéndome perdón, pero me di cuenta de que el chico con el que me cogía del brazo era más importante que él. Llevamos casi un año saliendo juntos —sonreía enamorada.

—Buen consejo —Laura fue la primera en hablar—. Así que te aplicas el cuento bonita. ¡Venga!, vámonos a los masajes que nos vamos a arrugar como pasas con tanta agua.

Todas reímos y nos dirigimos a las salas de masajes. Cuando terminamos estaba como nueva; entre las risas, el agua y los masajes salí

renovada. Lo habíamos pasado bien. Al llegar a la puerta nos sorprendieron los chicos, estaban esperándonos en la salida, incluido el chico de María, me gustó la sorpresa.

—¿Qué hacéis aquí? —¿qué pregunta más tonta me dije! Dani estaba arrebatador con pantalón chino verde oliva y camisa azul oscuro. No podía dejar de mirarle y pensar que era solo mío.

—Esperar a nuestras chicas —Dani me dedicaba una de sus sonrisas de niño malo. Me cogió entre sus brazos, juntó nuestros labios con dulzura—. ¿Qué te parece si nos vamos todos a dar una vuelta por los chiringuitos de la playa?

—Me gusta la idea —esta vez fui yo la que le dio un beso suave y lánguido.

18

La fiesta

La mañana del sábado se pasó en un abrir y cerrar de ojos. Me levanté tarde; la noche había sido larga, lo habíamos pasado bien todos juntos. Pero ahora tenía que repasar mi vestido, debía de recoger un poco la casa y quería darme un baño relajante.

Después de comer me fui a casa de Alice, con el vestido y los complementos. Rose también estaba allí con su madre, nos fuimos corriendo a la peluquería, no queríamos llegar tarde. Cuando salimos íbamos peinadas y maquilladas como las modelos, miré la hora, estaba poniéndome nerviosa.

—Me gusta tu recogido, estás impresionante. ¿Has mirado la hora? — me preguntó Alice nerviosa al salir de la peluquería.

—Vosotras también estáis muy guapas, nos han dejado perfectas. Sí, tenemos tiempo para vestiros tranquilamente. Estoy nerviosa, ¿vosotras no? —pregunté con una sonrisa nerviosa en la cara.

—Un poco. ¡Es emocionante! —dijo Rose. Los ojos le brillaban. Las tres estábamos radiantes.

Para mi sorpresa cuando llegamos a casa de Alice mi madre estaba allí, nuestras madres eran tan amigas como nosotras.

—¡Mamá! Qué alegría verte aquí, no te esperaba —dije mientras la abrazaba.

—¿Pensabas que me iba a perder ver a mi hija vestida de largo para una fiesta tan importante? Siento que para evitar problemas con tu padre, tengas que salir a escondidas.

—Mamá, no voy a escondidas, simplemente no quiero verle ni que me vea.

—¡Venga, vamos a vestiros! —Alice me dio un pequeño empujón hacia su habitación donde habíamos dejado los vestidos colgados—. Vosotras tenéis que ayudarnos. ¡Vamos! —riendo tiró de ellas.

Cuando terminamos de vestiros nos mirábamos con admiración. Alice estaba preciosa con su vestido de gasa negro; el escote palabra de honor; el cuerpo drapado con pedrería formando flores en un lado; la falda larga llevaba varias capas de gasa con una abertura frontal que dejaba ver su pierna al andar, muy vaporoso y sexy. El pelo recogido en un moño alto, resaltaba la

línea de su cuello con la unión de la espalda; Hugo se iba a volver loco.

Rose llevaba un vestido color turquesa en degradación hacia la falda estampada en gasa, corte imperio y escote en V con unos tirantes anchos al cuello, el pelo se lo habían dejado suelto pero cogido hacia atrás con finas trenzas, tenía un ligero toque hippy.

—Parecéis princesas —nos dijo Alicia, la madre de Alice.

Me miraba en el espejo, no conocía a la chica que se reflejaba en él, no podía creer que esa belleza fuera yo. Estaba perfecta con mi vestido de satén rojo, corte sirena, el cuerpo muy entallado y escote en forma de corazón pero los bordes con forma de pétalos. Me puse unos guantes hasta los codos, del mismo rojo fuego que el vestido y el pelo me lo habían recogido en un moño bajo. Me gustaba el efecto final pero estaba nerviosa por lo que Dani me pudiera decir.

—Gabi, si tu tío pudiera verte... Estás... bueno, estáis preciosas —dijo mi madre.

—Gracias, mamá —dije emocionada.

—¡Vamos chicas! Una foto —dijo Carmina, se la veía emocionada. Divertidas nos colocamos como modelos.

Sonó el móvil de Alice. Era Hugo, ya estaban esperándonos en el portal. Estábamos muy nerviosas. En el ascensor nos cogimos de las manos e intentamos calmarnos, pero cada vez estábamos más nerviosas. Nuestras madres bajaron detrás de nosotras, decían que querían ver a los chicos. Cuando nos abrieron la puerta del edificio para salir, el sol del atardecer nos iluminó como un foco. Las tres nos quedamos sin aliento, clavadas en el suelo. Pude oír a mi madre exclamar algo, pero no era consciente de lo que había a mi alrededor; solo tenía ojos para el chico de ojos pardos y sonrisa seductora que me esperaba con un esmoquin negro, pajarita negra y camisa blanca; llevaba una rosa en la mano. Estaba junto a una limusina negra. Se dirigió hacia mí, noté un movimiento a su lado, eran Hugo y Robert; había olvidado que también estaban allí, elegantes, con esmoquin, ellos también llevaban una rosa. Cuando llegaron a nuestra altura se inclinaron haciéndonos una reverencia; extendieron su mano pidiéndonos la nuestra. Estupefactas se la dimos, nos dieron un beso en ella y nos entregaron la rosa. Entonces Dani me abrazó por la cintura dándome un beso ligero como el aire.

—Estás preciosa, ahora mismo te secuestraría, no podía imaginar lo perfecta que estás —sus ojos brillaban de admiración.

—Tú también estás muy guapo, ese esmoquin te queda muy bien. No

pienso soltarte en toda la noche —dije sonriendo mirándolo con amor.

—No, perdona, el que no te va a dejar ni un momento soy yo. Puedes ser un problema entre los hombres si te ven sola —oímos unos susurros a nuestras espaldas, fue Dani el primero en levantar la vista, sonriendo se acercó a mi madre.

—Marisa, me alegro de verte —la abrazó y le dio dos besos.

Oímos una algarabía tremenda. Me asusté cuando me giré y vi que por el techo de la enorme limusina asomaban Sara, Víctor, Laura y Carlos, y nos gritaban dándonos prisa para que subiéramos al coche. Nos despedimos corriendo entre risas, abrazos y con los deseos de que nos lo pasáramos bien.

Cuando nos acercamos al coche el chófer nos esperaba con la puerta abierta. Alice entró primero, soltando un grito escandaloso. Cuando entré entendí el grito de Alice; era enorme, todos se habían sentado y nos sobraba sitio. El coche se puso en marcha, apenas se oía nada de fuera. Hugo estaba abriendo una botella de cava, me fijé en que había un mini bar y estaban repartiendo las copas para brindar. Parecía un sueño, me recordaba a las películas americanas, todos estaban muy guapos y dispuestos a pasarlo bien.

Para la fiesta los padres de Dani habían elegido una masía a una media hora en coche de la ciudad. Cuando llegamos el chófer nos abrió la puerta y fuimos saliendo entre risas y bromas, los invitados comenzaban a llegar. Por un momento me había olvidado de que iba a conocer al resto de familiares de mi novio.

—Alice, me estoy poniendo muy nerviosa. ¿Y si no les gusto?

—¡Y si te relajas! Vamos, ya conocemos a Lara y es fantástica. Estamos en la misma situación, solo tenemos que ser nosotras mismas, nada más, nos van adorar te lo garantizo —si les sonreía de esa manera ya los tenía en el bolsillo, pensé.

—¿Listas chicas? —nos preguntó Hugo ofreciendo su brazo a Alice.

—¡Listas! —habló por las dos, pero yo no estaba tan segura—. ¿Vamos, Princesa? —mi adorado príncipe me ofrecía su brazo.

—Dani, ¿y si no les gusto? —Dani sonrió—. Vamos, no te rías ahora —cogiéndome las manos, me miraba a los ojos, sonreía con dulzura.

—Gabi, estás preciosa. Eres preciosa por dentro y por fuera, solo tienes que dejar que te conozcan y... tutéalos, ¿vale? —me dio un beso y nos unimos a los demás que ya entraban por parejas del brazo.

Víctor con su esmoquin negro y Sara con un precioso vestido de seda;

color vino tinto con corte imperio; el busto drapeado recogido en un solo tirante; la falda larga fruncida ceñida a la cintura por un cinturón de pedrería; parecía una diosa griega. Su pelo rebelde lo llevaba peinado en ondas hacia atrás. Les seguían Rose y Robert, siempre desgarbado, estaba muy guapo con el esmoquin de chaqueta y la camisa blancos; la pajarita y el pantalón negros. Detrás Carlos y Laura con un vestido de shantung fucsia con escote palabra de honor, entallado hasta la cadera y falda de capa larga con una pequeña cola; estaba preciosa, se la veía radiante del brazo de un chico tan estupendo como Carlos, muy elegante con su esmoquin negro, su héroe como ella le llamaba. Verlas andar con los diseños de Rose tan esbeltas y cogidas del brazo de sus príncipes, me hizo sentir orgullosa de ser amiga de todos ellos. Alice con su príncipe, se habían parado, querían que entráramos los cuatro juntos.

—Estás preciosa, todo va a salir bien, además yo estoy a tu lado —dijo Dani, me guiñó un ojo ladeando la cabeza—. Vamos.

—¿Lista, amiga? —preguntó Alice cogiendo aire al pie de la escalera de entrada. Suspiré—. Lista.

Empezamos a subir la escalera los cuatro a la vez con nosotras en el centro. Cuando casi estábamos arriba alguien nos llamó por detrás.

—Por favor, señores Cifuentes, señoritas... ¿una foto?

—Por supuesto, chicas sonreír —dijo Hugo. No sé si la foto saldría bien, pero la pose era perfecta, las dos de lado en el centro con unos galanes de película a los lados que nos sujetaban por la cintura a las dos.

—Gracias, muy amables —dijo el fotógrafo.

—Mañana estaréis en la sección de sociedad de los periódicos y revistas, ¿lo sabéis? —dijo alegre Hugo.

—¿¡No es verdad!?! —a Alice parecía que le hacía ilusión, pero para mí era demasiado, íbamos a parecer *celebritis*.

Cuando traspasamos la puerta entramos en una estancia enorme, donde a los lados había unos camareros que nos indicaban que siguiéramos recto. Nos dirigimos hacia una terraza que daba al jardín. Al fondo habían colocado una carpa para servir la cena. A un lado del jardín estaba la zona de baile donde estaba tocando la orquesta; todo rodeado de antorchas y luces diminutas colgaban de los árboles, era un lugar precioso. Empezamos a bajar la escalera. Cuando llegamos los cuatro abajo me di cuenta de que los padres de Dani nos esperaban al pie de ella.

—¡Hola preciosas! —nos saludó el padre de Dani muy cariñosamente—. Tú debes de ser Alice —le cogió la mano y se la besó, luego le dio dos

besos en las mejillas. Ya sabía de dónde venía la galantería de nuestros chicos.

—Sí señor, encantada de conocerle —dijo Alice con su cautivadora sonrisa.

—Encantada de verte querida —dijo su madre muy amable, que también le dio dos besos.

—Gracias Lara —contestó Alice.

—¡A ti, sí tenía ganas de conocerte! —dijo su padre. Esperaba el beso en la mano pero me dio dos besos en las mejillas directamente—. Me han contado maravillas de ti, Dani no habla de otra cosa que no seas tú.

—¡Vamos, Juan! La vas a asustar a la pobre. Bienvenida, estáis deslumbrantes.

—Gracias Lara, tú también estás muy elegante —dije abrumada, no esperaba un recibimiento así. Miré a Alice, estaba feliz, me guiñó un ojo.

—¡Vaya! ¡Ya están aquí mis chicos! Con unos bellezones del brazo — cuando me giré vi a una mujer mayor con el pelo canoso, con unos ojos verdes vivarachos y una sonrisa cautivadora, mi sonrisa, ya sabía de dónde provenía, la sonrisa que me cautivaba. Llevaba un vestido muy elegante acorde con su edad, pero muy alegre.

—¡Abuela! Estás guapísima —Hugo fue el primero en tirarse a sus brazos.

—¡Vamos, presentarme a esta monada! —mirando de arriba abajo a Alice.

—Alice, mi abuela; abuela, mi Alice —a Hugo la sonrisa se le salía de la cara.

—Encantada de conocerla —la abuela le dio dos besos.

—Eres un bombón para este goloso, ten cuidado —las dos rieron cómplices.

—¿Tú eres su Gabi? ¿Verdad? —preguntó con una penetrante mirada.

—Sí señora —me temblaba la voz. Dani se dio cuenta y me cogió de la mano dando un ligero apretón para darme seguridad.

—No querida, por favor llámame abuela —me dio dos besos y se quedó mirándome a los ojos como si buscara algo en ellos—. Eres un tesoro por descubrir y ni tú misma sabes lo que vales —suspiró—. Gracias a las dos por escoger a estos chicos tan adorables, cuidarlos mucho, son mis joyas. Y ahora tenéis que divertirlos, luego nos vemos.

Los dos besaron a su abuela, nos despedimos de sus padres y fuimos en

busca
amigos.

de

nuestros

Los encontramos con unas copas en las manos. Enseguida se acercó un camarero con una bandeja; Dani cogió dos copas de vino blanco.

—Por nosotros, Princesa —brindamos sonriendo enamorados, me rodeaba con su brazo por la cintura—. No me canso de mirarte, estás preciosa —se fue acercando a mí para besarme, no le importaba dónde estábamos, sus labios apenas habían rozado los míos...

—¡Hola Doctor! —no podía ser, lo hacía a propósito.

—Patricia... ¿Qué tal? Estás preciosa —Dani me soltó mientras se giraba hacia Patricia y le daba dos besos.

—Hola Gabi, bonito... vestido —habló con un tono de desprecio.

—Gracias Patricia, el tuyo tampoco está mal —yo también sé ser impertinente, rica, pensé. Me sonrió como si quisiera aplastarme con el tacón.

—¿Y tu familia? —preguntó muy educado Dani.

—Están saludando a tus padres, yo quería saludarte a ti primero y volver a darte la enhorabuena —había que ser descarada, en toda mi cara y bien clarito. Me puse rígida y Dani me miró de reojo.

—Bueno pues... gracias de nuevo, nos vemos luego —dijo Dani muy educado.

—De acuerdo, tenemos que bailar juntos, eres el único bailarín decente que conozco —decía Patricia mientras le volvía a dar dos besos.

—Ok. Luego hablamos —cuando se marchó Dani soltó todo el aire que tenía en los pulmones—. Lo siento, creo que ha sido un poco desagradable contigo, luego hablaré con ella —dijo abochornado.

—No te preocupes, tú eres mío y ella no importa —dije, cogí su mano y la pasé por mi cintura, me atrajo hacia él—. No pienso montar una escenita de celos en una noche tan maravillosa. ¿Por dónde íbamos cuando nos interrumpieron?

—Esta es mi Princesa —nos fundimos en un beso ligero pero intenso—. Te quiero.

—Y yo a ti mi Príncipe.

Empezaron a anunciar la cena y todos nos dirigimos a la carpa. Dani iba saludando a la gente y presentando a su novia muy orgulloso; estaba radiante y yo intentaba estar a su altura. Creo que lo conseguí, en una de las ocasiones mientras nos dirigimos hacia nuestra mesa, Dani se paró a saludar a una pareja. Noté como Dani se ponía tenso, debían de ser importantes para él; me

los presentó y fui lo más educada y cordial que pude. Cuando levanté la cabeza mi mirada se cruzó con la de Lara, esta me dedicó una leve sonrisa y asintió con la cabeza.

—Es preciosa Dani, me alegro por ti —dijo el caballero, tenía una voz profunda, de mando.

Cuando nos despedimos, Dani me cogió del codo para guiarnos a nuestro sitio con toda la panda.

—Les has encantado —me susurró al oído.

—Me alegro, pero ¿quién es? —pregunté intrigada.

—El jefe de cirugía pediátrica del hospital universitario —contestó Dani. Me quedé petrificada.

—¿¡Me lo podías haber dicho!?! Hubiera sido más amable.

—No, has sido tú misma, perfecta —me besó en mi hombro desnudo mientras me apartaba la silla y me sentaba, estaba orgulloso de mí, su brillo en los ojos lo delataba.

La cena fue distendida, todos hablamos y reímos sin parar. En un momento de la cena pude ver la mirada de tigresa de Patricia, si las miradas mataran yo ya estaba fulminada. Me fijé en el vestido verde botella que llevaba con escote de vértigo en uve delante y detrás y su melena pelirroja recogida en un moño desenfadado. Lo cierto es que era preciosa pero tenía que aprender que Dani era mío. Me acerqué a él y le di un beso en los labios, me lo devolvió sorprendido. Sabía que nos seguía mirando, yo me sentía triunfadora.

Juan, el padre de Dani, pidió la atención de todos en los postres. Dio un breve discurso agradeciendo la asistencia de todos, felicitando a su hijo y declarando lo orgulloso que estaba de los dos hijos que tenía, animándoles a seguir por ese camino, deseándoles suerte y apoyo en todo lo que decidiesen emprender. Todos aplaudimos cuando pareció que había terminado. Hizo ademán de ir a sentarse pero se volvió a incorporar.

—¡Ah! Se me olvidaba, si alguno de los dos deja escapar a las preciosidades que tienen por novias, creo que no se lo perdonaré, además serán unos tontos —todo el mundo rió y aplaudió divertido.

Cuando comenzó el baile, la gente se fue dispersando por el jardín, charlando animadamente con copas en la mano, bailando, riendo... Era fantástico ver a todo el mundo pasárselo bien.

Abrir los ojos

Toda la panda estaba en la pista bailando y riendo, la fiesta estaba saliendo perfecta. Poco a poco nos fuimos separando, unos seguían bailando y otros como Rose y Robert fueron a sentarse un rato.

—¡Uuff! Estoy molida, mis pies no están acostumbrados a los tacones, me duelen mucho las piernas —dijo Rose cogida del brazo de Robert.

—¿Quieres que busquemos un rincón, nos sentamos un rato y te los quitas?

—Sí, pero lo podemos acompañar con una copa —sugirió Rose.

Así lo hicieron, después de pedir unas copas se sentaron en un rincón tranquilo del jardín.

—Este sitio está genial ¿verdad? —dijo Rose. El maquillaje no conseguía cubrir las sombras negras que había bajo sus ojos.

—Sí, ¿estás bien? —Robert siempre atento.

—Estoy bien, no te preocupes. No podría pedir más, estoy acompañada de un chico muy guapo —dijo Rose riendo.

—Tú si que estás guapa, cuando te he visto aparecer esta tarde he pensado que tenía suerte de tener una chica tan maravillosa en mi vida y en mi corazón —Rose se inclinó hacia delante dejando un dulce beso en sus labios —. Te quiero Rose.

—Yo también te quiero Robert —Rose estaba emocionada, se unieron en un beso tierno.

La vida es sorprendente cuando estás pasando por el peor momento. Cuando lo ves todo casi negro, te da un rayo luz, algo a lo que agarrarse y seguir luchando.

En la pista de baile seguían Sara y Víctor, pero ella no estaba centrada, miraba a todas partes buscándolo, le extrañaba no haberlo visto ya. Cuanto más tiempo pasaba más nerviosa se iba poniendo. Con los nervios apenas había cenado, tenía un nudo en el estómago. Aunque Víctor estaba pendiente de ella en todo momento sin agobiarla, no conseguía calmarse. En las últimas semanas se habían hecho inseparables, habían hablado de casi todo, menos de él...

—Sara, ¿estás bien? Pareces ausente —Víctor sabía muy bien lo que le

pasaba. Estaban bailando una canción lenta, por primera vez la tenía entre sus brazos. Quería besarla, decirle lo importante que era para él desde el primer momento que la vio, pero también sabía que tenía que darle tiempo, tener paciencia con ella. Todavía le sangraba la herida del corazón. Y esa no era la mejor noche...

—Sí, estoy bien —dijo Sara intentando sonreír.

—¿Seguro? —preguntó Víctor, con expresión de incredulidad. Quería que fuera ella quien lo dijera.

—Lo sabes, contigo no tengo secretos, no le hemos visto en la cena. Sé que está invitado, me extraña que no ande por aquí.

—¿Tal vez no se atreve a venir? —pero en ese momento lo vio bajar las escaleras de entrada al jardín, se paró a saludar a los padres de Dani y se dirigió directamente a ellos—. O sí... Ahí está —ella se giró con rapidez hacia donde Víctor le había indicado con un ligero movimiento de cabeza. Su corazón empezó a latir más deprisa, las piernas le temblaban. Paul estaba guapísimo con el esmoquin y además iba derecho hacia ella, mirándola de arriba abajo. Muy serio llegó a donde estaban.

—Hola Sara, estás preciosa —dijo Paul. Seguía tan adulator como siempre, ella esperaba oír otra cosa cuando se volvieran a ver.

—Hola Paul —saludó ella con un hilo de voz. Víctor, detrás de Sara, la seguía cogiendo de la cintura, podía notar como se le iba acelerando la respiración, no quería soltarla, no quería perderla...

—Me gustaría hablar contigo, por favor, necesito que hablemos —Paul le suplicó, parecía cansado, tenía ojeras, estaba demacrado. A Sara le dio pena verle así.

—Sí, tenemos que hablar, vamos —se giró y dándole un beso a Víctor en la mejilla le pidió que no se fuera.

—Aquí estaré, no me voy sin ti... ¿a dónde iba a ir? —dijo Víctor torciendo la boca hacia un lado intentando que pareciera una sonrisa, pero la tristeza le inundó el corazón. Se dirigió al bar, dándoles la espalda a Sara y Paul, no soportaba ver cómo se alejaban los dos juntos.

—¿Dónde quieres ir? Para hablar no hace falta buscar tanto. ¿Nos sentamos en ese banco? —Paul quería tener más privacidad, buscaba un rincón donde pudieran estar solos. Sara le veía las intenciones, le conocía muy bien y no pensaba picar tan fácilmente.

—Está bien, si te gusta aquí —se sentaron los dos en silencio viendo pasar a la gente y los grupos cercanos hablar alegremente. No era lo que Paul quería.

—Y bien, aquí estamos. Tú dirás —Sara rompió el hielo, quería oír lo que tuviera que decirle.

—Sara, sé que no me he portado bien contigo: he sido un cerdo, pero me he dado cuenta del error que he cometido dejándote ir. Eres muy importante en mi vida, sé que tú todavía sientes algo por mí —en ese momento algo se encendió dentro de Sara—. Siempre has estado por mí. Hacemos buena pareja juntos, quiero que volvamos a intentarlo de nuevo, sigo queriendo que seas mi enfermera —había empezado a acariciar su brazo con la punta del dedo, le recorrió un escalofrió pero no era porque la tocara sino por lo que decía, esa no era la disculpa que ella quería—. ¿Qué me dices? —sonreía como si ya hubiera triunfado.

—No... No —contestó con tranquilidad, notaba como su cuerpo y su mente se libraban de las ataduras que sentía hacia Paul—. ¡No! —cuanto más lo decía mejor se sentía.

—¿Cómo? No te entiendo. Si tú estás coladita por mí. Mira, si es por la chica con la que me vieron Dani y Gabi, no era nadie...

—¿¡Cómo!? ¿¡Qué Dani y Gabi te vieron con alguien!? —Sara no podía creérselo, no le habían dicho nada.

—Sí, bueno no sé si me vieron —Paul se dio cuenta de que había metido la pata—. Había salido a tomar algo, ella se acercó a mí, pero te repito que no fue nada.

—Mira Paul, me importa una mierda quién era o lo que hiciste con ella. Te crees que todas vamos a caer rendidas a tus pies con un movimiento tuyo. Pues te equivocas, yo ya estoy curada de ti —empezaba a ver las cosas con claridad—. No me importas, eso es. ¡No me importas! Me da igual si te vas con la primera que pase, no quiero volver a verte. Me acabo de dar cuenta de que en mi vida no hay sitio para ti —estaba feliz, su cara la inundaba una gran sonrisa, nunca había sentido algo así—. Ahora tengo que hacer una cosa muy importante, bueno dos, bueno la segunda casi me da igual, ¿por qué te doy explicaciones? Adiós Paul —se levantó dejándole con la boca abierta.

Sara salió corriendo, estaba deseando encontrarlo. ¿Dónde estaba? ¿Se había ido? Vio a Carlos y Rose sentados.

—¿Habéis visto a Víctor? —les preguntó con ansiedad, temía que se hubiera ido.

—Sí, mírale, está en la barra —Sara le vio bebiendo solo, su corazón dio un vuelco, ¿cómo no se había dado cuenta antes?

Víctor la vio acercarse, la veía feliz, radiante. Una sombra de tristeza cruzó su cara, la había perdido. Sin decirle nada ella se acercó a él, cogió su cara entre sus manos dándole un beso intenso. Víctor respondió con la misma intensidad abrazándola, saboreándola. Le había sorprendido, era algo que no esperaba, pero estaba feliz de que ocurriera.

—¿Qué ha pasado? —preguntó cuando sus labios se separaron y pudo volver a pensar.

—Cuando hemos empezado a hablar, bueno él ha empezado, me he dado cuenta de que no me importaba nada lo que me quisiera decir; me importabas tú, lo que tú pensaras, lo que sentías por mí. Ha sido como una revelación. Quiero estar contigo, no me importa nadie más que tú —se volvieron a unir en un profundo beso. Los demás nos fuimos reuniendo. Cuando se dieron cuenta de que todos estábamos mirándoles con sonrisa tonta se acercaron a nosotros.

—¿Puedes acompañarme al baño? —me dijo cogiéndome del brazo y con cara de pocos amigos—. ¿Nos disculpáis un minuto? —sin soltarme del brazo nos dirigimos a los baños. Miré sorprendida a Alice y esta echó a andar detrás de nosotras, Rose y Laura la siguieron.

No paramos a esperarlas, Sara iba como una bala, me había soltado del brazo pero sabía que algo malo pasaba. Las demás echaron a correr para alcanzarnos, cuando llegamos al baño Sara se encaró conmigo.

—¿Por qué no me dijiste que habías visto a Paul con otra? —no estaba alterada pero sí enfadada. No supe qué contestarle, tenía razón de estarlo, se lo tenía que haber contado.

—¿Viste a Paul con otra? —Alice me miraba atónita, me sentía avergonzada.

—Sí, una noche lo vimos salir de un local con un grupo de chicas, él iba abrazado a una de ellas —sentía que había traicionado a mi amiga.

—¿Dani iba contigo? —me preguntó Rose

—Sí, yo quería contártelo, pero era su amigo, me dijo que él se mantendría al margen, que hiciera lo que yo quisiera. No sabía qué hacer... Lo siento Sara.

—Sara, no le eches la culpa, ponte en su lugar, su novio es amigo de Paul —me defendió Rose.

—Además, ya sabías cómo era Paul antes de conocer a Gabi —replicó Laura.

—Tenéis razón. Lo siento pero cuando me estaba diciendo que quería volver, que lo de esa chica con la que le habíais visto no era nada, me ha sentado mal que no me lo hubieras dicho, aunque me da igual con quién entre o salga, ahora solo importa Víctor. Lo siento Gabi —Nos unimos en un abrazo y las demás también se unieron a nosotras. Al salir del baño los chicos nos esperaban en la puerta. No entendían qué había pasado, pero se alegraron de ver que todas salíamos de buen humor.

—¿Qué ha ocurrido? —me preguntó Dani preocupado.

—Nada, no te preocupes, todo está bien —le di un rápido beso—. ¿Bailamos? —sonaba una música suave, lenta, perfecta para bailar muy pegados...

—Vengo a por mi baile... —¡otra vez no! Esta chica buscaba los momentos para interrumpirnos.

—¿Patricia? —Dani estaba indeciso, lo vi titubear.

—Está bien cariño —volví a besarle—. No te preocupes, me voy a sentar con Rose y Robert.

—De verdad ¿no te molesta? —me dijo al oído en un susurro.

—No, confío en ti —cuando me alejaba de la zona de baile, alguien me llamó, me giré y vi al padre de Dani acercándose.

—Como veo que por fin mi hijo te ha dejado, ¿quieres bailar conmigo? —no podía negarme a bailar con él, era su padre.

—Será un placer —me ofreció su brazo y nos volvimos a la zona de baile.

—¿Lo estás pasando bien? —me preguntó muy educado mientras empezábamos a bailar.

—Sí, gracias, esto es precioso y Dani está feliz, eso es lo que más me importa.

—Tenemos los mismos deseos, que Dani sea feliz —había algo más en sus palabras—. No sé si Dani te habrá contado una etapa de nuestras vidas muy difícil —Marta, pensé.

—Sí, lo sé —contesté. No sabía a dónde quería llegar.

—Todos lo pasamos mal, pero a Dani le afectó mucho más. Durante una época solo quería estar con Hugo, se aisló de nosotros —pensé que eso no era lo que Hugo y Dani nos habían contado. A esta familia les hacía falta sentarse a hablar del tema—. Con el tiempo las heridas se fueron cerrando y todos seguimos juntos hacia delante, pero siempre ha tenido un halo de tristeza a su alrededor; hasta que te conoció. Nunca lo había visto tan ilusionado con

alguien. En fin, solo quiero que sepas que estamos muy contentos de que te haya conocido y nos gustaría que con el tiempo las dos formarais parte de la familia.

—Le agradezco su sinceridad. Llevamos muy poco tiempo saliendo pero quiero mucho a Dani. A mí también me gustaría formar parte de la familia — dije sonriendo. Me dio un beso en la mejilla...

—¡Eh! Cuidado, que ya está cogida viejete —le alertó Dani, sonriente. No me había dado cuenta que estaban bailando a nuestro lado.

—¿Mmm? ¿Patricia? —lo dijo tan bajito, que fue como si pensara en voz alta—. Cariño es hora de que vuelvas con tu Príncipe, ¿te parece bien?

—Si no le importa... —estaba a gusto hablando con él pero quería que Patricia dejara de tocarle.

—Patricia, ¿bailamos? —dijo Juan; ella no se podía negar, quedaría en evidencia.

—Por supuesto Juan, es un honor bailar contigo —dijo Patricia siguiéndole el juego, pero yo noté que no le hizo ilusión dejar a Dani.

—¡Hola, Princesa! Te he echado de menos. ¿Te he dicho que eres la mujer más hermosa del baile? —me dijo Dani cogiéndome entre sus brazos.

—Sí, unas cuantas veces, pero eso seguro que se lo dices a todas las mujeres —le contesté juguetona.

—¿Mujeres? ¿Qué mujeres? Yo no he visto a ninguna que no seas tú. Ven, quiero enseñarte algo —dijo saliendo de la pista de baile, me condujo hacia el fondo de los jardines.

—Tú eres el invitado de honor, no deberíamos desaparecer así —dije, pero tenía curiosidad de ver a dónde me llevaba.

—Será solo un momento, ya llegamos —dijo Dani muy misterioso.

Me condujo por un camino estrecho que serpenteaba entre los setos y árboles, pasamos un largo túnel formado por arcos de forja cubiertos de enredaderas. Al final del camino los arcos rodeaban un espacio con bancos y en el centro había una fuente con nenúfares. Era un rincón muy apartado.

—Es como... —no tenía palabras.

—Sí, como la noche en que te conocí, en la fuente de la universidad. Aquel día me robaste el corazón, bruja.

—Estaba muy asustada, no entendía por qué un chico tan guapo perdía su tiempo conmigo —me tenía entre sus brazos, me di cuenta de que en toda la noche no habíamos pasado un segundo a solas.

—Yo solo pensaba en tenerte en mis brazos y besarte —nuestras bocas

se fueron acercando hasta unirse en un beso apasionado. Cuando nos separamos estábamos sin aliento, nuestras miradas llenas de deseo. Nos lanzamos en otro beso con desesperación, nuestras respiraciones eran aceleradas. Dani me acariciaba la espalda, posando sus manos sobre mis glúteos empujándome hacia él, notaba lo dispuesto que estaba; yo estaba perdida, le deseaba tanto como él a mí. Tiró de mi vestido un poco hacia abajo dejando a la vista el encaje de mi corpiño rojo. Se volvió loco de pasión, hundiendo su cara entre mis pechos, besándolos. Me fue bajando la cremallera del vestido hasta poder ver todo el conjunto.

—Esto no me lo habías dicho, llevas sorpresa —hablaba en susurros entrecortados.

—No era sorpresa, era solo por si acaso, seguro que la parte de abajo también te gusta —dije entre jadeos mientras besaba mis pechos por encima del encaje.

—Quiero verlo —terminó de bajarme el vestido y lo dejó con cuidado encima de un banco.

—Puede venir alguien —dije casi sin aliento, pero no me importaba.

—Tranquila, Hugo no deja que nadie se acerque —dijo mientras me miraba con admiración y deseo. Junto con el corpiño llevaba un ligero rojo, con un tanga a juego—. Me vuelves loco, quiero tenerte ahora. ¡Ya! —me cogió en brazos poniendo sus manos en mis glúteos, mis piernas le rodeaban, se sentó en el banco y yo me quede a horcajadas encima de él, le bajé la cremallera...

—¿Qué quieres Dani? Dímelo —le ordené con pasión, los dos estábamos al borde del precipicio.

—A ti, solo a ti, ahora —los dos nos entregamos a la vez, nuestros cuerpos temblaban de placer, no quería que esa sensación terminara.

Permanecimos así unos minutos, abrazados, en silencio, exhaustos y felices.

—Tenemos que volver —dijo relajado.

—Sí, pero me quedaría aquí eternamente —nos besamos con suavidad.

Cuando regresamos a la fiesta nadie nos había echado en falta. Dani me había ayudado con el vestido y nos habíamos fijado en que los dos estuviéramos presentables.

—¿Te ha gustado mi regalo? —le dije con sensualidad.

—Me ha vuelto loco, creo que se me ha notado un poco —nos miramos con sonrisa de complicidad—. Venías preparada.

—Soy una chica prevenida —los dos reímos con complicidad mientras nos dirigíamos junto a nuestros amigos.

El desengaño

Todos estaban sentados junto a Rose y Robert, ella parecía no encontrarse bien, habían pasado toda la noche sentados charlando. Laura y Carlos fueron los que más rato estuvieron con ellos. Durante la noche los demás íbamos y veníamos de la fiesta; sobre todo nosotros, Dani tenía que atender a los invitados.

—Bueno, creo que será mejor que nos marchemos, Rose está cansada — anunció Robert.

—Sí, nosotros también nos vamos —dijo Sara. Ella y Víctor también habían tenido una noche intensa.

—Nos vamos todos juntos, así el coche no tiene que dar varios viajes — todos apoyamos la idea de Carlos.

—Te acompaño y luego vuelvo, quedan invitados —dijo Dani muy caballeroso.

—No, no te preocupes, quédate, voy con ellos. Que me dejen a mí de las primeras. Cuando llegue a casa te llamo.

—¿No te importa? No me gusta que te vayas sin mí —una arruga de preocupación surcaba la frente de Dani.

—No te preocupes, la acompañaremos hasta la puerta de casa, no te la van a secuestrar —bromeó Robert.

—Tú tampoco hace falta que me acompañes, quédate con tu hermano — dijo Alice, también veía una tontería que Hugo la acompañara y luego tuvieran que volver.

—Bueno, si no te importa... Cuidar de ellas, ¿vale? —Hugo también se preocupaba.

Nos estábamos despidiendo de los padres y la abuela de Hugo y Dani cuando oí un grito a mi lado. Volví la cabeza y vi que Rose estaba en los brazos de Robert, inconsciente; él la llamaba con desesperación. Lara y Juan se hicieron con la situación enseguida, todos estábamos atónitos. Dani se acercó a su padre, este le dijo algo y salió corriendo; en unos segundos volvió sin aliento y con un maletín, lo abrió y le fue dando a sus padres lo que le pedían. Rose fue recobrando el conocimiento poco a poco, pero no dejaron que se moviera.

—No es nada, ya estoy mejor, solo necesito descansar —dijo Rose arrastrando las palabras.

—Mira cielo, es mejor que vayas al hospital —Juan le habló con dulzura. ¿Cómo podía parecerse tanto Dani a él?

—Hemos pedido una ambulancia, te voy a dejar ingresada, yo iré contigo, ¿vale? —dijo Lara muy maternal.

—Es mejor ir ahora, Rose —dijo Robert desencajado, veía la preocupación en su rostro.

—Puedes venir en la ambulancia con nosotras. Cuando llegemos llama a Carmina —le ordenó Lara a Robert.

—Yo la llamaré. Me voy a casa, me cambio, recojo a mi tía y vamos al hospital —dijo Alice nerviosa.

—Bueno, no se puede decir que no tengo el don de la oportunidad, me desmayo en una fiesta rodeada de médicos —nos hizo sonreír a todos.

Cuando llegó la ambulancia enseguida sacaron la camilla y colocaron a Rose en ella, Lara y Robert montaron con ella. Nos despedimos con deseos de que fuera todo bien, pero todos sabíamos que no iba bien...

Hugo y Dani nos acompañaron hasta la limusina, la despedida fue rápida, tenían que volver con los invitados.

—Ahora sí que no me puedo ir. Llámame cuando llegues a casa —Dani me tenía entre sus brazos.

—Lo haré, no te preocupes, te veo mañana. Si sabes algo de Rose ¿me llamarás? —me hizo un leve movimiento de cabeza afirmativo, un último beso suave y entramos en la limusina.

Estábamos agotados, todos pensábamos en Rose. El viaje de regreso se me hizo más largo. Dejamos primero a Alice, se despidió de todos con un beso y luego me dejaron a mí; Víctor y Carlos me acompañaron hasta el portal, aunque les dije que no hacía falta insistieron en acompañarme, cuando abrí el portal me despedí.

Mientras subía a casa un escalofrío recorrió mi cuerpo... que tontería pensé, Rose estará bien... Cuando abrí la puerta de casa algo me alarmó, todas las luces estaban encendidas y podía oír a mi padre discutir con mi madre. El estómago me dio un vuelco.

—¿Qué está pasando? —pregunté alarmada cuando entré en el salón. Mi

madre estaba sentada en el sillón, tenía los ojos hinchados de llorar, y mi padre se paseaba por el salón como un poseso soltando un montón de barbaridades.

—¡¡Por fin!! Llega la princesa de las furcias —gritó mi padre. Empezamos mal, lo ignore.

—Mamá. ¿Qué pasa? —me dirigí a mi madre, necesitaba una explicación, nunca había visto a mi madre así.

—¡Gabi! Lo siento. Parece que haya enloquecido, lleva horas así preguntándome dónde estabas, con quién ibas, no lo entiendo —mi madre lloraba desconsolada.

—¿Te ha pegado? —si lo había hecho, sería la última. Nos íbamos en ese momento.

—No, de verdad, no lo ha hecho, pero está como una fiera enjaulada.

—¡¡Dejar el cuchicheo!! ¿¡Dónde has estado!?! —me preguntó mi padre con violencia.

—Eso a ti no te importa —dije desafiante, no iba a dejar que se metiera en mi vida.

—¡¡Qué me lo digas!! ¡¡Joder!! —me gritó, tenía los puños cerrados.

—Y si no te lo digo. ¿¡Qué!?! ¿Me vas a pegar? ¿Qué me vas a hacer, papá? —dije desafiante y sabía lo que podía ocurrir.

—Tengo mis motivos y quiero que me lo digas —tenía los labios apretados—. Mírate, pareces una payasa, ¿te has divertido con tu chulo? —sus palabras me hicieron enfurecer, perdí el control.

—¡¡Borracho de mierda!! Te dije que no lo nombraras. ¿Sabes qué? nos vamos y te quedas solo —cogí a mi madre del brazo para que se levantara, las dos teníamos que salir de casa rápido.

—Te equivocas, vosotras no vais a ninguna parte —mi padre se puso delante de nosotras, nos impedía el paso—. ¿¡Quiero saber con quién ibas esta noche!?! —gritó desquiciado, le salía espuma por la boca, los ojos se le salían de las cuencas inundados de sangre. Por un momento me asusté, sería mejor seguirle la corriente si las dos queríamos salir bien de allí.

—No entiendo ¿por qué quieres saber con quién he ido? Papá por favor explícamelo —le hablé lo más tranquila que pude, pero estaba temblando de la cabeza a los pies.

—Vaya, ahora soy papá, estoy harto de esta mierda. Estoy cansado de fingir, de vivir en una mentira durante casi veintidós años —ahora sí que no entendía nada, ¿de qué me estaba hablando?

—No, por favor Manuel no. Haré lo que tú me digas, pero por favor no, déjalo —mi madre le había cogido del brazo y le suplicaba. Yo la miraba incrédula, ver a mi madre implorando así; no podía soportarlo más.

—¿De qué estáis hablando? No entiendo nada —mi cabeza empezaba a dar vueltas. Los dos permanecían en silencio mirándose, retándose con la mirada—. ¡Quiero saber que está pasando! ¡¡Ahora!!

—¡Tiene que saberlo! Estoy harto de ser yo el malo, me amargaste la vida, yo te quería y tú me traicionaste. ¿Por qué no le cuentas la verdad? ¡Vamos!, tienes miedo de que cuando se entere tu niñita te desprecie y no solo a ti... también a él —hablaba con rencor mirando a mi madre con desprecio.

—Mamá, ¿de qué está hablando? —mi madre lloraba pidiendo que no siguiera—. ¿Mamá?

—No tiene valor, sois una mierda en esta vida de mierda. Es una cobarde, no tiene valor...

—¡¡Basta ya!! ¿¡De qué me estás hablando!?! ¡Quiero saber qué pasa! —me estaba poniendo histérica.

—¡Niña de las narices! ¿¡No te enteras, verdad!?! Eres tan estúpida, tan simple que no ves más allá de tus narices, ¿nunca has sacado la cuenta? —dijo mi padre con acritud.

—¿Qué cuenta? —mi cabeza se disparó.

—La fecha de nuestra boda y tu fecha de nacimiento —una luz se me encendió, conté los meses mentalmente una y otra vez—. No naciste de siete meses, un bebe prematuro no sale con casi tres kilos y medio —palidecí, tuve que sentarme. Mi madre se sentó junto a mí cogiéndome una mano, llorando sin decir nada—. Sí, mi cara se quedó así cuando me di cuenta. Tu madre estaba embarazada de dos meses cuando nos casamos, pero lo divertido es que en esa época yo trabajaba con tu tío en Alemania, volví un mes antes de la boda —miraba a mi madre como entre niebla. Aquello era una pesadilla, no podía ser.

—Mamá, ¿de quién está hablando? —necesitaba oír la respuesta aunque mi cabeza gritaba el nombre. Mi madre me seguía cogiendo de la mano, no podía mirarme a los ojos.

—¿Quieres que te lo diga yo? Pero ya lo sabes verdad... tu “adorado tío” tuvo que venir por negocios a España unos meses antes que yo. Le dije que le diera un beso a mi novia pero él le dio algo más que un beso... —no podía ser mi tío Luis...

Aquello era una locura, se lo estaba inventando. Miré a mi madre, no me dijo nada, su silencio lo confirmaba. Necesitaba salir de allí, me ahogaba, solo pensaba en correr. Dani, Dani, Dani... Tenía que ir con él, necesitaba verle, necesitaba que me estrechara entre sus brazos. Me puse en pie como sonámbula, mi madre tiró de mí pero yo seguí andando, no quería oír nada más, solo quería huir. Cogí mi coche, conduje de forma automática, no sé cómo llegué a la masía donde se había celebrado la fiesta, no me daba cuenta de lo que ocurría a mi alrededor. Cuando llegué a la terraza que daba al jardín no era consciente de quién estaba a mi alrededor, solo quería ver a Dani.

—¿Gabi? ¿Qué te pasa? ¿Gabi, a dónde vas? —no sabía quién me hablaba. Cuando me giré pude ver que era Hugo, me miraba como si viera a un fantasma.

Le ignoré y seguí buscando a Dani desde lo alto de la escalera, tenía que encontrarle. Veía caras que me miraban pero no le veía a él, ¿dónde estaba? Algo llamó mi atención, una pareja muy abrazada, besándose. ¿¡Patricia!?! Cuando ella levantó la vista para mirarme pude ver quién la tenía en sus brazos... ¡Dani! No podía ser. ¿Qué hacía besando a Patricia?, ahora lo veía todo claro, ¿cómo podía haberme creído todo lo que me decía? ¿Cómo había podido hacerme ilusiones? ¿Cómo pude pensar que un chico como Dani se podía enamorar de mí? Me sentía humillada por todas las personas en las que había confiado, todos se habían reído de mí. Veía pasar todas sus caras riéndose de mí, no podía seguir allí, tenía que desaparecer. No le importaba a nadie. Dani fue acercándose a mí, recuerdo que fui retrocediendo.

—¿Gabi? ¿Qué haces aquí? ¿Qué ha pasado? —yo no quería ni verle, ya se había reído bastante de mí.

—¡Ni se te ocurra acercarte! ¡Dime!, ¿os habéis divertido bien a mi costa? —estaba furiosa, dolida, no quería que se acercara más a mí. No reconocía ni mi voz.

—No, espera ¿a dónde vas? Tenemos que hablar...

Me di la vuelta y salí corriendo, podía oír como corría detrás de mí. Le gritó a Hugo que me detuviera, pero fui más rápida, pude esquivarlo, Los dos corrían detrás de mí, Hugo me alcanzó cuando llegué al coche.

—¡Para! Gabi. Por favor, para, habla con él. Si has vuelto es porque ocurre algo, no te vayas. Si no quieres hablar con él habla conmigo —me suplicaba Hugo mientras me cogía del brazo. Pensé que él también se lo había pasado bien a mi costa... ¿y Alice?...

—Por favor, déjame, no puedo, tengo que irme. Hugo déjame ir —

intentaba que me soltara.

—¡No dejes que se vaya! —Dani le gritaba, estaba a dos pasos de nosotros. Hugo levantó la vista y en un segundo entré en mi coche. Dani me gritaba que parara, golpeaba el coche. Necesitaba alejarme de él, todo mi mundo se había derrumbado, no tenía nada, toda mi vida había sido una mentira.

Cuando se apartó de Patricia, su mirada se cruzó con la de Gabi. Supo que algo no iba bien, en su cara pudo ver el dolor, algo había pasado... ¿Por qué había vuelto? ¿Cómo había podido esquivarnos así?

—¿¡Por qué no la has detenido Hugo!?

—Dani, lo siento pero no he podido, ha sido muy rápida. Algo ha debido de pasar para que volviera, estaba desencajada.

—Voy a llamar a su madre —Dani daba vueltas desesperado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Patricia acercándose a ellos.

—¿¡Qué ha pasado!?! ¿¡Tú me preguntas qué ha pasado!?! Gabi me advirtió sobre ti y no has parado hasta que lo has conseguido.

—No te entiendo Dani —Patricia dio un paso acercándose a Dani, quería calmar su rabia, quería abrazarlo.

—¡Ni se te ocurra acercarte! —gritó Dani—. ¡No te quiero cerca de mí!

—¿Chicos, qué pasa aquí? —preguntó Juan cuando llegó al lado de sus hijos.

—Papá, Gabi a vuelto a la fiesta. No sabemos por qué... vio a Patricia en los brazos de Dani, se le estaba insinuando —Juan miraba a Patricia sorprendido.

—¡¡Más vale que Gabi aparezca y sin un rasguño!! ¡¡Te juro que si le pasa algo la culpa será tuya y créeme que te arrepentirás de esto!! —Dani le gritaba furioso a Patricia.

—¿Por esa te pones así? —dijo Patricia sonriendo. Dani con la mandíbula apretada se encaró con Patricia.

—Hijo cálmate —Juan cogió a Dani del brazo separándole de ella, nunca había visto a su hijo tan furioso.

—Tengo que ir a buscarla —dijo Dani soltándose de su padre. Hugo llamó por teléfono a Alice, ella tampoco sabía nada de Gabi

—Hugo, vete con él, toma las llaves de mi coche. Conduce tú, Dani esta muy alterado.

Mal entendido

—¡Para, para! Ahí está. Sabía que estaría aquí —Dani estaba desquiciado. Cuando salieron de la fiesta fueron a casa de Gabi. Marisa les contó que habían tenido un problema en casa. Gabi había salido corriendo, su padre también se había marchado. La mujer estaba muy alterada, desconocía dónde pudieran estar. Solo le pedía a Dani entre lágrimas que la encontrara, necesitaba hablar con ella. El único sitio donde se le ocurrió que podía estar era su lugar preferido...

Cuando salió del coche, Hugo todavía no lo había parado. La encontró tirada en el suelo temblando, hablaba incoherencias, no entendía lo que decía. Su corazón se partió en dos, le dolió verla así; hacía unas horas estaba preciosa y ahora... despeinada, el maquillaje corrido, su vestido tenía desgarrones. Necesitaba una ducha caliente. La cogió en brazos y ella se dejó llevar.

—Vamos a la casa de la playa, no puede volver a su casa así —le ordenó a Hugo con voz firme, este arrancó el coche y se dirigieron a la casa.

Cuando salí huyendo de la masía no sabía a donde ir... recordé nuestro rincón, cuando me dijo que aquel era un buen sitio para pensar. La primera vez que me besó fue allí, me dolía hasta el respirar solo de recordarlo. Estaba amaneciendo. No podía pensar, lo ocurrido en las últimas horas me venía a la mente como *flashes*. Mis padres; mi tío; Dani; todo dolía demasiado, quería desaparecer, mis ojos se fueron cerrando, me dejé llevar, no despertar...

Recuerdo oír el motor de un coche, alguien se bajó y corrió hacia mí. Cuando se agachó junto a mí pude ver su cara, parecía estar desesperado, no creo que fuera por mí. Me cogió en brazos, no tenía fuerzas para negarme, le decía que no me tocara, pero me ignoró. Yo solo quería irme, desaparecer, que todo el mundo me olvidara... Entramos en el coche, pude ver que quien conducía era Hugo, su hermano fiel. Cuando bajamos del coche estábamos en la casa de la playa. En todo el trayecto no me había soltado, seguía en sus brazos, me acunaba como si fuera una niña. Podía oler su aroma a limpio, a fresco, ese aroma que me había vuelto loca. Me dolía demasiado estar con él

así, quería que me soltara, pero me tenía cogida con fuerza. Sin dejarme en el suelo me subió a su habitación; solo cuando estuvimos en el baño me dejó en el suelo, abrió la ducha, empezó a desnudarme y algo dentro de mí se despertó con furia.

—¡Ni se te ocurra tocar Daniel! —grité retrocediendo unos pasos, parecía una fiera a punto de saltar.

—Está bien, cálmate, no te voy a tocar —dijo levantando las manos—. Cálmate, date una ducha caliente, te sentará bien. Te voy a dejar ropa limpia encima de la cama, es de mi madre, te espero abajo —dijo con tristeza, pude ver las profundas ojeras y lo demacrado que estaba. No le contesté, cuando oí cerrarse la puerta de la habitación me desnudé y me metí en la ducha. El agua estaba caliente, noté como mi cuerpo comenzó a entrar en calor, a reaccionar. Empecé a llorar. Las lágrimas querían salir todas juntas, era incapaz de parar, entre las lágrimas se me escapaba un lamento... por qué a mí, por qué yo... Intenté recuperar el control, pensé que tenía que salir de aquella casa, tenía demasiados recuerdos; no podía quedarme por más tiempo. Cuando salí del baño vi que encima de la cama había unos vaqueros, una camiseta y unas zapatillas deportivas. No sabía cuándo Dani las había dejado allí, debió entrar cuando yo estaba en la ducha. La rabia me inundó, pensar que había entrado y que me podía haber oído llorar en la ducha me enfurecía.

Cuando bajé las escaleras llevaba puesta la ropa de Lara. Por suerte todo me quedaba bien, mi orgullo no aguantaría parecer un payaso... Pude ver a Dani con unas tazas en la terraza.

—¿Me puedes llevar a casa? —dije con frialdad sin mirarle a los ojos, pero yo no había hecho nada. Levanté con orgullo la cabeza y le miré.

—Será mejor que te tomes esto —dijo mientras me ofrecía una de las tazas—, son una variedad de infusiones, te sentarán bien, siéntate un momento.

—¿Dónde está Hugo? —no es que me importara mucho, pero me extrañaba que no estuviera por allí.

—Está hablando por teléfono con Alice, ella está con tu madre, anoche estaba muy nerviosa; Alice y su madre se quedaron con ella, todos estábamos preocupados por ti.

—No creo que nadie se preocupe por mí, soy una mierda —dije con amargura—. Soy la tonta ingenua de la que todo el mundo se ha reído. Todo el mundo se lo ha pasado bien a mi costa y yo creyendo que estaba rodeada de gente que me quería. Por mí podéis desaparecer todos, quiero que me dejéis sola.

—Gabi, no digas eso. Mira, no sé qué pasaría en tu casa, pero lo que viste en la fiesta quiero que lo hablemos —había desesperación en sus palabras pero yo no quise verla.

—No, no hace falta. Te tienes que haber divertido mucho a mi costa. ¡La tonta de la modistilla!, me la camelo con unas rosas, un par de paseos, cuatro palabras tontas y me la tiro cuándo y dónde quiera, ¿Verdad, Daniel? El encantador niño de papá que lo ha tenido todo en la vida, te crees con derecho a pisotear los sentimientos de la gente. ¿Algo de lo que me contaste era verdad?

—Gabi, ¿puedes escucharme un momento? Por favor —no levanté mis ojos de la taza, no quería oírle, pero no tenía otra opción—. Cuando os fuisteis estuve atendiendo a los invitados. Casi todos se habían ido cuando Patricia se acercó a mí, su familia ya se había ido hacía rato. Ella no había querido irse con ellos, había bebido demasiado, no podía dejarla sola. Dio un traspié y la cogí. Intentó besarme varias veces, yo mantenía la distancia, cuando llegaste intentaba que no se cayera; ella quería algo más... No me importa lo que hagas o digas, siempre te seré fiel. Te quiero Gabi, por favor créeme.

—No puedo, mi vida se ha venido abajo. Fui porque te necesitaba con desesperación, eras mi salvavidas ante el naufragio en que se había convertido todo lo que me rodeaba. Todos me dejasteis que me hundiera, pero soy fuerte y saldré a flote yo sola, no me hacéis falta ninguno — mi firmeza me sorprendió.

—¿Quieres decir que no quieres seguir conmigo? —no le contesté, tenía un nudo en la garganta, mis lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas—. Gabi, por un mal entendido no podemos dejar lo nuestro. Tenemos algo muy importante para dejarlo escapar, yo no quiero dejarte —se había levantado y arrodillado ante mí limpiando mis lágrimas.

—Siento interrumpir —Hugo pareció preocupado—. Cuando estaba hablando con Alice la policía ha llegado a tu casa... tu padre ha tenido un accidente —me quedé petrificada.

—¿No te ha dicho nada más? —preguntó Dani poniéndose de pie.

—Alice y su madre se han ido con Marisa al hospital, no les han dicho nada más. Cuando averigüe algo algo me llamará —no fui capaz de decir nada.

—Será mejor que nos vayamos —Dani tomó la decisión por mí.

Todo el trayecto hasta el hospital lo hicimos en silencio. Dani conducía, Hugo quiso cederme el asiento del copiloto pero yo me senté detrás, no quería estar cerca de Dani. Pensé que los hermanos me dejarían en la puerta del

hospital y desaparecerían para siempre de mi vida. Solo pensarlo me dolía, el corazón se me partía. Aparté el pensamiento para cuando estuviera sola, sola como siempre... más que nunca. Tenía que pensar en mi familia. ¿Qué iba a pasar ahora? ¿Cómo iba a mirar a mi madre y a mi tío? Tal vez no debiera juzgarlos hasta que no oyera sus versiones. Sí, era lo más sensato, dejar que se explicaran, tenían que poner las cartas sobre la mesa.

Para mi sorpresa cuando llegamos al hospital los dos hermanos siguieron conmigo, me guiaron por los interminables pasillos; iba en medio de los dos como si fuera escoltada. Dani quiso cogermelo de la mano pero yo la aparté, fue una reacción, tenía que pensar en todo. Llegamos a una sala de espera medio vacía donde pude ver a Alice y a su madre sentadas al lado de mi madre. Cuando entramos, mi madre levantó la vista al verme y empezó a llorar. Me acerqué a ella y le di un abrazo.

—Estaba muy preocupada por ti. No sabía qué podías haber hecho. Mi cabeza no paraba de dar vueltas, no sabía...

—Tranquila mamá, todo está bien, ya hablaremos —parecía que había menguado en una noche, tenía la cara hinchada de llorar—. ¿Se sabe algo? —pregunté mirando a Alice.

—Sí, Juan le está operando en este momento. La policía dice que había bebido mucho. Se salió de la carretera, por suerte no se llevó a nadie por delante. Nos han dicho que tiene una pierna y varias costillas rotas, pero lo peor es que se dio un golpe fuerte en la cabeza —contó Alice entre los sollozos de mi madre.

Pensé con sarcasmo que de algo me iba a servir el haber sido el juguete del niño rico. El mejor cirujano estaba operando al borrachín, que no era mi padre... ¿Cómo podía pensar así? Fácil, me habían jodido la vida entre todos.

—Voy a entrar al quirófano y preguntar cómo va todo —dijo Dani muy dispuesto.

—¡Ni se te ocurra! ya saldrán a decirnos algo, vosotros ya podéis iros —dije con amargura y desprecio. Todos me miraron sorprendidos, Dani bajó la cabeza. Alice se acercó a mí enojada, tirando de mi brazo.

—¡Gabi! ¿Qué te pasa? —Alice me miraba como si no me conociera.

—Nada, absolutamente “nada” —le dije con retintín.

—Hija, por favor —se lamentó mi madre, no podía ver a mi madre suplicarme así. Me tragué mi orgullo.

—Lo siento, no quería ser mal educada, te lo agradezco Dani —dije sin mirarle a la cara. La boca se me llenó de bilis, quería que desapareciera. ¿Por qué tenía que involucrarse en esto? No quería su ayuda, no quería que se preocupara por mi familia o por mí, solo quería que se fuera y seguir mi vida sin él. Estar con él en la misma habitación hacía crecer la ira que sentía dentro. Necesitaba salir corriendo y olvidarme de todo y de todos. Sentía como si mis entrañas se secaran por la amargura. Hugo hablaba con Alice y Dani en susurros y por fin los dos hermanos se marcharon a ver qué averiguaban. Alice se acercó a mí con el semblante muy serio; me extrañaba que Hugo no la hubiera puesto al día de lo divertido que había sido engañar a la tonta de la modistilla.

—Vamos a tomar algo —dijo Alice muy autoritaria. Me levanté con desgana y la seguí en silencio a la cafetería, nos sentamos en una mesa las dos en silencio.

—Empiezas tú o empiezo yo, Gabi —dijo enfurecida pero sin levantar la voz, me encogí de hombros—. Mira, sé que estás dolida, pero esta noche ha sido un infierno para todos, no sabíamos dónde buscarte. ¿Por un momento te paraste a pensar en tu madre, en lo que podía estar sufriendo sin saber nada de ti? Has montado un numerito a lo grande delante de mucha gente, lo sabes, verdad. ¿Por qué no me llamaste? Soy tu amiga, siempre nos lo hemos contado todo, hemos hablado durante horas por teléfono cuando hemos tenido un problema. ¿Qué ha cambiado? ¿Ya no confías en mí?... —no respondí, no quería oír más lo que Alice tuviera que decirme.

—Tengo que volver con mi madre —dije levantándome de la mesa sin mirar a Alice a la cara. Nadie tenía derecho a echarme un sermón.

—¿¡Dónde te crees que vas!?! —Alice me cogió con fuerza del brazo obligándome a sentarme de nuevo. Las pocas mesas que estaban ocupadas en la cafetería se quedaron mirándonos, noté como me ruborizaba. ¿Cuánto más tendría que aguantar? ¿Por qué la gente no se metía en su vida y me dejaba en paz? Incluida Alice—. ¿Pero qué narices te pasa? Tú no eres así, tú eres dulce, te conmueves con el dolor de los demás, eres una persona íntegra, fiel, educada. Pero a la persona que tengo delante no la conozco —podía notar la pena en la voz de Alice, ella no parecía estar contaminada por el niño rico de papá—. No sé lo que pasó anoche en tú casa, pero lo que sí vi anoche fue a Dani enloquecido, desesperado buscándote. Cuando saliste corriendo Patricia se acercó a él y le dijo que te olvidara, que no eras nadie. Dani montó en cólera, si su padre no le para la hubiera pegado, le dijo de todo.

—Ya, dime, ¿quién te lo ha contado? ¿Los hermanitos? Porque de esos dos no me creo nada —dije con una sonrisa irónica.

—No. Me lo contó Patricia —vaya, ahora mi amiga está con el enemigo—. Cuando Hugo me llamó desde la masía de la fiesta contándome por encima lo ocurrido, te llamé al móvil y a tu casa. Tu madre estaba histérica, no sabía nada de ti. Cogí el coche, dejé a mi madre con la tuya y salí corriendo hacia la masía. Cuando llegué Dani ya se había ido a tu casa, tu madre le contó que habíais discutido y que tú saliste corriendo de casa. Cuando Hugo me contó lo que habías visto entre Patricia y Dani me fui hacia ella enfurecida, quería cruzarle la cara. La encontré sentada en un rincón llorando, recuerdo que le grité pero no recuerdo lo que le dije, entonces ella entre sollozos me lo explicó todo pidiendo perdón. Quería separaros a los dos, pero cuando vio a Dani enloquecido, gritándole, se dio cuenta del daño que había hecho y lo enamorado que él está de ti. Contra eso no podía hacer nada.

Mientras Alice hablaba se fue formando un nudo en mi garganta, ¿y si lo que ella me contaba era verdad? Me había comportado como una niña mal criada. Volví a llorar con amargura, tenía que contarle mi historia.

—Alice, le necesitaba, cuando llegué y los vi abrazados, no vi nada más. Cuando salí de mi casa estaba muy mal. Alice, mi vida se ha derrumbado, ya no tengo nada, no sé quién soy, no sé cómo voy a seguir caminando —no podía parar de llorar, Alice me cogió de la mano y me apretó con fuerza.

—Vamos amiga, todo tiene arreglo, no puede ser tan malo para no tener arreglo —que ingenua pensé.

—Alice... El que está en el quirófano... no es mi padre —ya lo había dicho en voz alta, fue como soltar una gran carga que llevaba sobre los hombros, parecía suavizarse mi dolor. Alice me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué tonterías dices? ¿Cómo que no es tu padre? —dijo en un susurro de sorpresa, no se lo podía creer—. No puede ser, tiene que haber una explicación lógica, eso es de locos... No lo entiendo.

—Me lo dijo él, decía que estaba harto de vivir en una mentira. Cuando se casaron mi madre ya estaba embarazada, pero él no estaba aquí para esa época. Así que no era de él.

—¿Te dijo quién era tu padre? —preguntó después de un largo silencio.

—Sí... mi tío Luis —se quedó con la boca abierta.

—Mira, no los juzgues. Deja pasar unos días, reúnelos y habla con ellos. No puedes darles la espalda, son las dos personas que más te quieren y

siempre han estado a tu lado.

—Sí, eso he pensado —mi respiración se iba acompasando, me sentía mejor después de hablar con ella.

—¿Se lo has contado a Dani? —negué con la cabeza—. Debes contárselo, tiene que saber por qué volviste a la fiesta; el vio que estabas muy alterada, pensó que tu padre... te había pegado. Por su cabeza pasaron barbaridades, estaba desquiciado, nunca había visto a alguien como estaba él, parecía un loco. Su padre tuvo que llevárselo un momento, no sé que hablaron pero volvió más sereno, controlando la situación. Además piensa un poco, si intentara engañarte con Patricia o con otra, ¿lo haría delante de sus padres? ¿Delante de un montón de gente que le había visto contigo?

—Tienes razón, no podía pensar, solo quería verle y cuando los vi no pude analizar lo que veía, estaba en shock. Le debo una explicación y una disculpa.

22

Confesiones

Cuando llegamos a la sala de espera Dani aún no había salido, mi madre estaba sentada en el mismo sitio acompañada por Alicia, la madre de Alice. Le ofrecí la infusión que había comprado, le sentaría bien, en principio no le apetecía pero insistí y empezó a tomársela a sorbos pequeños. Después de unos minutos apareció Dani acompañado de Hugo y su padre. Me sorprendió ver a Dani junto a su padre vestidos de verde, venían los dos del quirófano. Mi madre se levantó dirigiéndose hacia ellos nerviosa, con la cara desencajada.

—Tranquila, le hemos operado la pierna y aliviado la presión en la cabeza, tiene cuatro costillas rotas que por suerte no han tocado ningún órgano interno, ahora hay que esperar. No vamos a engañaros, está en estado muy crítico, el golpe fue muy fuerte —nos explicó Juan.

—¿Podemos verle? —preguntó mi madre, casi implorando.

—Está en observación, no podéis pasar. Mi consejo es que os marchéis a casa a descansar, que lleváis muchas horas con los nervios a flor de piel —me miraba directamente a mí, me sentí avergonzada, bajé la vista—. Veniros mañana, si hay alguna novedad las enfermeras tienen orden de avisarme; os mantendré informadas de todo, no le va a faltar nada, va a estar bien atendido.

—Gracias Juan —dijo mi madre apoyando su mano sobre el brazo de Juan. Él se la cogió con un gesto de cariño.

—No te preocupes, vamos a esperar —Juan levantó la mirada y la cara se le iluminó. Me giré para ver a quién miraba. Lara, la madre de Dani se acercaba a nosotros, se notaba el amor que había entre ellos.

—Siento no haber podido bajar antes, estaba pendiente de unas pruebas de Rose. ¿Cómo está?

—Crítico, Lara. ¿Conoces a Marisa? Es la madre de Gabi —Lara le dedicó una sonrisa llena de cariño a mi madre, le dio un fuerte abrazo, parecía reconfortarla.

—Siento que nos conozcamos en una situación tan difícil para vosotras.

—Yo también, le estaba dando las gracias a Juan por su atención con mi marido y con nosotras —mi madre estaba al borde del llanto.

—No te preocupes, es normal que ahora estéis angustiadas, pero tenéis

que relajarnos, tomar las cosas con calma. Nunca se sabe cuánto pueden durar estas situaciones —la consolaba Lara.

—Mamá, ¿cómo esta Rose? —preguntó Hugo. Me había olvidado por completo de ella.

—Estas son las últimas pruebas —Lara les enseñó unos papeles que llevaba en la mano.

—¿Estás segura? —la expresión de Dani se ensombreció, Hugo y su padre no levantaban la mirada de los papeles.

—Sí, no hay duda —Lara parecía preocupada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alice preocupada.

—Está peor. Esta tarde le vamos a poner la primera sesión de quimioterapia —dijo Lara.

—¿Podemos ir a verla? —pregunté con timidez, seguro que ya sabía lo de mi numerito.

—Sí, además cuando empecemos con la quimioterapia será mejor que no tenga muchas visitas.

—No lo entiendo, pero no puede pasar por esto sola... —dijo Alice ausente.

—La quimioterapia deja al paciente sin defensas, tiene más riesgo de infecciones, un simple constipado puede ser nefasto para ella. Podréis verla con mascarillas y desde la puerta como mucho.

—Entonces es mejor que estemos un rato con ella antes de empezar el tratamiento. ¿Y la prueba para donarle médula? ¿cómo ha salido? —preguntó Alice. Lara no les había dicho nada pero ahora era el momento... Me miró y yo asentí, tarde o temprano tenían que saber que yo era compatible.

—Bien, una de vosotras puede donarle médula ósea... Iremos viendo cómo funciona la quimioterapia y el siguiente paso es el trasplante —Lara parecía no querer decir quién era la candidata—. Si queréis podéis pasar a verla ahora.

Los cuatro acompañados de Alicia y mi madre entramos en la habitación, pero antes acordamos no decirle nada sobre el accidente de mi padre. Con ella estaban Carmina y Robert, Rose seguía sonriendo pero esta vez no se movió de la cama, estaba pálida, parecía no tener fuerzas ni para mover un dedo...

—A ver madres, vamos a tomar un café y dejamos a la juventud un rato solos —dijo Alicia, haciendo levantar a Carmina que llevaba toda la noche y todo el día sin separarse de su hija. Así ellas podrían hablar tranquilas.

Cuando salieron las tres, todos nos quedamos en silencio, el aire se podía cortar.

—¿Qué ocurre? ¿Pasa algo? Estáis muy callados —Rose nos miraba a todos con el semblante de preocupación.

—No pasa nada, todo está bien. Hay buenas noticias, Lara nos ha dicho que una de nosotras te puede donar médula —Alice quería desviar el tema.

—¿Quién? —preguntó Rose.

—Pues no ha dicho quién... —Alice se dio cuenta que no había preguntado quién era. Hugo la cogió de la mano mientras me dirigía la mirada.

—Soy yo —dije con un hilo de voz. Dani quiso cogerme la mano pero yo la aparté, seguía muy dolida. Me miraron extrañados. Fue como si soltara una bomba.

—¿Tú me vas a dar médula? ¿Te han explicado cómo es la extracción? —Rose hablaba sorprendida.

—Claro, si soy compatible ¿por qué no? Eres mi amiga —dije queriendo poner una sonrisa pero apareció una mueca.

—Pero no lo entiendo, nosotras que somos familia directa no somos compatibles y tú sí... —Alice no lo entendía.

—Eso pasa, además podemos decir que has tenido suerte de tener un donante tan cerca —sonrió Dani—. Bueno, ¿cómo lo pasasteis en la fiesta? hasta la hora de irnos, claro —Dani quiso desviar el tema de conversación y lo consiguió, todos empezaron a comentar la fiesta.

Dani se ofreció a llevarnos a casa pero Alice tenía su coche en el aparcamiento del hospital. Ella nos dejaría en casa, pero insistieron en acompañarnos hasta el coche.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Dani, me estaba frotando las sienes, empezaba a notar un dolor de cabeza tremendo. Necesitábamos descansar, todos lo necesitábamos, ya era media tarde del domingo.

—Creo que tengo jaqueca, necesito descansar. Dani, necesito que hablemos, tengo que contarte algo; quiero darte una explicación —miraba al suelo avergonzada.

—Gabi, no tienes que explicarme nada, todo está bien —siempre tan comprensivo conmigo.

—No, quiero... necesito contarte por qué volví a la fiesta —mi voz empezaba a quebrarse, no podía ponerme a llorar otra vez, ahora no, no quería que me viera llorar más.

—Bueno, hoy descansa y mañana hablamos. No te preocupes, cualquier cambio te llamo —ya estábamos junto al coche, se despidieron de nuestras madres, ellas se sentaron en la parte de atrás.

Hugo se despidió de Alice con un ligero beso en los labios, un dolor punzante atravesó mi pecho. Dani no se acercó a mí, había rechazado su mano varias veces, no podía esperar que me diera un beso de despedida. Lo echaba tanto de menos... pero no podía apartar la imagen de verlo con Patricia en sus brazos, esos brazos que sabían darme consuelo, seguridad...

Ya en casa, mi madre y yo solas, ninguna dijo nada, estábamos demasiado cansadas para mantener una conversación. Nos fuimos directamente cada una a su habitación. Me puse el pijama, bajé la persiana, la cabeza me iba a explotar, necesitaba total oscuridad. Cuando me metí en la cama mi cabeza divagaba con lo acontecido en las últimas veinticuatro horas, pero pudo más mi cansancio y poco a poco me fui durmiendo.

Me desperté sobresaltada, estaba desorientada, mi cabeza parecía que fuera a explotar en cualquier momento. Miré el reloj de mi mesita, era casi medianoche. ¿Cómo había dormido tanto? Me incorporé sujetándome la cabeza. Fui a la cocina con la idea de tomarme una pastilla para el dolor de cabeza. La casa estaba a oscuras, me extrañó que mi madre siguiera durmiendo. Intenté no hacer ruido, mi estómago no paraba de rugir y fue entonces cuando me di cuenta; la última vez que comí algo sólido había sido en la fiesta. La fiesta, parecía que hubieran pasado siglos y solo había pasado un día. Me preparé un vaso de leche con unas tostadas, era como un desayuno; mientras me lo tomaba sentada en la mesa de la cocina fui pensando en lo ocurrido, en mis padres, en mi tío, Rose y cómo explicarle todo a Dani. Me sobresalté cuando oí abrirse la puerta de la casa, pero enseguida pude oír la voz de mi madre. Venía con alguien.

—Hola Gabi, te has despertado —pude ver detrás de ella a mi tío Luis, en silencio. Mi boca se secó de golpe, no podía tragar nada—. Venimos del hospital —dijo mi madre.

—¿Pero han llamado? —pregunté preocupada.

—No cielo, pero después de descansar un poco pensé que el tío Luis no sabía nada, tenía que contárselo, además necesitaba hablar con él sobre...

—Sí, eso después. ¿Cómo está? ¿Lo habéis podido ver? —respondí un poco impertinente.

—Sigue igual, me han dejado verle unos segundos, está todo entubado,

es desagradable verle así —mi madre parecía desolada.

—Gabi... quisiéramos hablar contigo, no queremos dejarlo para otro momento, si es ahora mejor, son muchos años en silencio. Es mejor que conozcas nuestra versión de la historia y así puedas sacar tus conclusiones —mi tío me hablaba con tristeza, tenía los ojos hundidos y llenos de pena.

—Sí, ya es hora de hablar con franqueza, sin dejaros ningún detalle —contesté con frialdad—. Vamos mejor al salón —nos dirigimos al salón y me senté en el sillón enfrente de ellos. Mi madre no paraba de moverse, estaba nerviosa. Mi tío se puso de pie, se acercó a la ventana y comenzó a hablar mirando al infinito.

—Estaba trabajando en Alemania con mi hermano en una empresa de alimentación. Con mucho esfuerzo y trabajo fui subiendo de categoría en la empresa. Me propusieron que viniera a España a sondear el mercado, querían empezar a expandirse y de hecho hoy es una de las cadenas alimentarias más importantes del mundo. Aproveché el viaje para ver a la familia, un día quedé con Marisa para tomar un café; Manuel le mandaba unos regalos. Nos habíamos tratado poco, cuando mi hermano y ella se hicieron novios yo estaba a punto de irme a Alemania, por primera vez iba a salir de España, no sabía qué me iba a encontrar. Me compré un diccionario de alemán para poder practicar, no me sirvió de mucho la verdad —una sonrisa de tristeza asomó sus labios—. Quedamos en una cafetería del centro, cuando la vi entrar me quedé sin palabras, no me había fijado en lo preciosa que era. Ella se acercó con su sonrisa, andaba con una elegancia que hacía que te parases para verla pasar. Con cualquier cosa estaba perfecta. Tú has heredado eso. Empezamos a vernos para tomar café, ir al cine, pasear; algo muy fuerte fue creciendo entre nosotros, los dos sabíamos que no estaba bien pero no lo podíamos evitar. Le dije que rompiera el compromiso, quería casarme con ella.

—Yo no podía dejar a Manuel, no podía hacerle eso, él se había ido para poder dárme todo. Quería que tuviera una boda de cuento; me quería con toda su alma y yo también le quería. Pero lo que sentía por Luis sobrepasaba lo humano. Se me desgarró el alma cuando me dijo que no se quedaba a la boda, no podía verme de blanco ante el altar con otro que no fuera él. Y se marchó. Cuando regresó Manuel faltaba poco para la boda, él me adoraba, en ningún momento se dio cuenta de mi tristeza; supe disimular muy bien. La noche antes a la boda me la pasé llorando, pero al día siguiente fui la novia perfecta, en una boda perfecta, pero el novio no era el escogido por mi corazón... Me llevó de viaje de novios; compramos el piso, lo

amueblamos con todo lo que yo quería. Todo le parecía poco para mí, me decía que se había sacrificado mucho y quería dármelo todo. Me enteré de que estaba embarazada poco después de la boda. Cuando fui al médico me confirmó que estaba de dos meses, no podía ser de Manuel, no sabía qué hacer. Luis estaba en Alemania y yo estaba casada, esperé un mes más para decírselo, por suerte no se me notaba mucho. Él estaba feliz, era lo que más ilusión le hacía en la vida, tener un hijo. Cuanto más cerca del parto estaba mayor era mi angustia, rezaba para que fueras pequeña, que parecieras prematura, pero naciste tan preciosa... Cuando te pusieron en mis brazos vi la cara de Luis. El corazón se me salía del pecho de lo orgullosa que estaba de mi hija, me daba igual todo. Cuando los médicos le dijeron a Manuel que estabas perfecta, que no eras una niña prematura, desapareció del hospital. Nos dieron el alta unos días después y salí sola contigo en brazos del hospital. Él apareció una semana después, borracho. No me dijo nada, solo se acercó a mí y... fue la primera vez que me pegó... le había engañado, ahí empezó mi purgatorio —su cara estaba inundada por las lágrimas. Mi tío se acercó a ella y con dulzura sacó un pañuelo y se las limpió. Fue un gesto tan entrañable, tan dulce. Me pude dar cuenta de que aunque los años habían pasado, ellos seguían queriéndose como el primer día.

—No tenía mucho contacto con la familia, solo con mi hermano. Cuando dejó de escribirme, me alarmé. Me puse en contacto con el resto de mis hermanos y me contaron que Marisa había tenido una niña, pero que las cuentas no les cuadraban. Aunque no les habían dicho nada, algo pasaba porque Manuel había empezado a beber. En cuanto tuve el dinero suficiente para montar un negocio, regresé. Estaba deseando volver a ver a Marisa y que me confirmara mi sospecha, que la niña era mía. Pero cuando vine a veros mi hermano me echó de casa, no me dejó veros. Desde entonces siempre que he querido verte ha sido a escondidas. De más está decir que entre nosotros nunca volvió a pasar nada, nunca volvimos a hablar de nosotros, siempre era de ti.

—¿Y ahora qué? —dije. Me puse en el lugar de mi padre... pensando en cómo me había sentido cuando creí que Dani me había engañado, me dolía hasta el alma solo de pensarlo. Ellos me miraron sin entender lo que les preguntaba—. Sí, ¿qué vais a hacer ahora que ya lo sé? y lo que no entiendo: ¿Por qué no te separaste de papá?

—Seguir como hasta ahora... supongo, no lo sé. No me separé porque este era mi castigo por engañar a un hombre tan maravilloso como era antes.

—¡Ya! ¿Y no se te ocurrió que el borracho en el que se había convertido estaba arruinando mi vida también!? ¿Sabes el miedo que pasaba cada noche oyendo como te pegaba, tus lamentos, tus súplicas!? ¿Tienes idea de las noches que me he dormido llorando, asustada, pensando si estarías viva por la mañana? Sabes, uno de los recuerdos más nítidos que tengo de mi infancia fue una vez que te dio en la cara con una botella y empezaste a sangrar, yo tenía cinco años. Y la vez que te cogió del cuello y con diez años me tiré encima de él pegándole para que te soltara porque te estabas poniendo azul... Yo era inocente y me hiciste cargar a mí también con tu penitencia.

—Gabi, lo siento, por favor perdóname —dijo mi madre arrodillada a mis pies suplicándome. No podía verla así, por mis mejillas comenzaron a rodar las lágrimas que había estado reteniendo.

—Por favor mamá, levanta, no quiero verte así, ya has implorado bastante. Te quiero, eres mi madre —las dos nos fundimos en un abrazo, lloramos, nos besamos, no podía reprocharle nada, era mi madre...

Cuando nos serenamos las dos, me acerqué a mi tío, nos había mirado emocionado en silencio, le di un fuerte abrazo, él también me pedía perdón por no ser más fuerte, por no luchar más por nosotras.

—Todo está bien, todo está bien —los tres estábamos unidos en un abrazo.

Arrepentimientos

Cuando mi tío se fue era ya de madrugada, no sabíamos cómo acabarían las cosas, pero ahora ya no había secretos y nunca más los habría.

Me acosté un rato pero no pude dormir, mi cabeza iba a mil, tenía que asimilar toda la historia. No sabía qué iba a pasar en los siguientes días. Me acercaría al hospital con mi madre a primera hora para ver cómo estaba mi padre... Era extraño no llamarlo así, no podía llamarlo de otra manera así sin más, necesitaba tiempo. Quería acercarme un momento al taller, tenía que darle unas instrucciones a María y regresaría al hospital, quería estar junto a mi madre. María tenía la llave del taller, ella podía abrir y encargarse de todo durante unos días. También tenía que ver a Rose, aunque fuera de lejos. Hablar con Dani, necesitaba hablar con él, tenía mucho que contarle, era una lista muy larga.

Me levanté temprano cansada de estar en la cama dándole vueltas a todo, poniendo mis ideas en orden. Mientras desayunaba sonó mi móvil, me sobresalté cuando vi que era Dani el que llamaba.

—Buenos días. ¿Algún cambio?

—Buenos días. No, todo igual. Mi padre se dirige hacia el hospital ahora. Relájate. ¿Habéis descansado? —¿cómo le digo que hemos tenido una reunión familiar?

—Bueno, he dormido hasta media noche... después me he desvelado.

—¿Qué piensas hacer esta mañana? ¿Vas a pasar por el hospital?

—Sí, estoy terminando de desayunar, me doy una ducha y me acerco. He pensado que María puede hacerse cargo del taller, además tenemos que hablar.

—Vale. ¿Qué te parece si te veo en el hospital? ¿Podemos comer juntos? —propuso Dani.

—Perfecto —fue todo lo que pude decirle. Podía notar la tristeza en su voz, me hacía sentir culpable, pero yo también estaba dolida.

—Te echo mucho de menos. Te quiero —dijo Dani casi con devoción.

—Dani yo también te quiero, pero tenemos que hablar —dije con voz temblorosa, pude oír un suspiro al otro lado del teléfono.

—Pensaba que te había perdido —dijo con alivio—. Nos vemos luego Princesa.

Mi madre se venía conmigo al hospital, mi tío acudiría allí, luego se la llevaría un rato. Ellos también tenían que hablar, tomar decisiones.

—¡Mamá, voy a por el coche! Te espero abajo —se nos estaba haciendo tarde, estaba impaciente por ver a Dani.

—Bajo enseguida, ya estoy terminando de arreglarme —contestó mi madre.

—Vale, no te preocupes —cogí el bolso y salí de casa. Mientras bajaba pensaba dónde tenía el coche aparcado; el corazón me dio un vuelco, no podía ser, la última vez que lo había conducido fue el sábado cuando salí corriendo de la fiesta. Me había olvidado por completo del coche. Recordé cuando Dani y Hugo me encontraron, mi coche se quedó en la montaña, en nuestro rincón. ¿Cómo se me había pasado esto por alto? Siempre tengo todo controlado. Me iba regañando a mí misma cuando abría la puerta del portal.

—¡Hola! ¿Necesita la señorita un coche? —no me lo podía creer, mi Príncipe, allí estaba con mi adorada sonrisa y con las llaves de mi coche en la mano... y una preciosa rosa.

—Vaya. Gracias —dije sonriendo con timidez—. Hasta ahora no me había dado cuenta de que no tenía el coche. ¿Cuándo lo has ido a recoger? Me imagino que Hugo iría contigo —no esperaba que estuviera esperándome, fue una sorpresa que hacía que mi corazón latiera desbocado.

—No, te equivocas, ayer después de dejaros Alice llamó a Hugo y se fueron los dos a por el coche... han regresado hace un rato —me dijo con una sonrisa traviesa—, me parece que nuestro rincón ya no es tan secreto.

—Tendré que darles las gracias por el sacrificio —dije sarcástica entre risas.

—Buenos días, Dani —dijo mi madre, no la había oído llegar.

—Buenos días, Marisa —se saludaron con dos besos en la mejilla, mi madre lo adoraba—. ¿Has descansado bien?

—Bueno... a ratos, pero bien. Creía que nos veríamos en el hospital.

—Pero quería darle una sorpresa a Gabi, vamos tengo el coche allí.

Ya en el Hospital Dani nos condujo a un despacho, nos dijo que era el de su padre.

—Buenos días, Claudia —saludó con dos besos a la enfermera que estaba en su mesa al lado de la puerta del despacho de Juan. Me saludó con cariño, la recordé de la fiesta, podía tener la edad de mi madre. El día de la fiesta me llamó la atención lo elegante que iba. Recordé que Dani me había

contado que llevaba trabajando con su padre desde antes de nacer él y también trabajaba en la clínica.

—Encantada de veros, chicos la fiesta fue maravillosa, lo pasamos muy bien, gracias por todo —tenía una voz suave, relajada.

—Gracias, Claudia te presento a mi futura suegra —le guiñó un ojo a mi madre.

Las dos se saludaron, Claudia nos ofreció un café, se lo agradecemos pero en ese momento no queríamos nada.

—¿Tienes idea de dónde puede estar mi padre? —preguntó Dani.

—Sí, Juan ha salido a pasar consulta, lo encontrarás en la planta de intensivos. Me ha dicho que al primero al que iba a ver era a tu padre —le sonreí agradecida por la información.

—Voy a ver si lo encuentro, esperar aquí —Dani nos abrió la puerta del despacho.

—Dani, podemos esperar en la sala de espera —dijo mi madre abrumada por las atenciones.

—El doctor no me lo perdonaría, aquí vais a estar más cómodas y si necesitáis algo solo tenéis que pedírmelo —Claudia se ofreció muy amablemente.

—¿Pero y si viene tu tío? —me preguntó mi madre.

—Dani, mi tío también iba a venir esta mañana, aquí no nos va a encontrar.

—Por eso no os preocupéis, lo llamaremos por megafonía —ya entendía por qué Claudia llevaba tantos años con Juan, estaba pendiente de todo.

Dani nos dejó en el despacho y cerró la puerta, nos sentamos en unos amplios sillones cohibidas por tanta atención. El despacho era amplio, tenía las paredes forradas de estanterías con libros, fotos, títulos y muchos premios. Estaba presidido por un escritorio de madera muy tallado, parecía antiguo pero muy bien cuidado, sobre la mesa un montón de carpetas; debían de ser historiales de pacientes. Había fotos de Lara muy sonriente, de Dani y Hugo de niños... La foto que más me llamó la atención fue la de una niña rubia, con la sonrisa que yo conocía. Tenía una mirada dulce, serena, debía de ser Marta, era la primera foto que veía de ella, en la casa de la playa no había ninguna.

—Hija, no hemos podido hablar a solas, ¿estás bien? —mi madre me sacó de mis pensamientos.

—Sí, no te preocupes, estoy bien. Solo necesito tiempo, son muchas las cosas que tengo que asimilar —dije con una sonrisa sincera cogiéndole las

manos que tenía en su regazo.

La puerta se abrió dando paso a Juan seguido de Dani y mi tío Luis. Cuando miré a los ojos de Dani, un escalofrío recorrió mi cuerpo. Su mirada me decía más de lo que pudiera imaginar.

Su padre nos saludó muy cariñosamente, pero con el rostro muy serio. Dani se sentó junto a mí en el sofá.

—Nos hemos encontrado a Luis en el pasillo —dijo Juan cogiendo una silla que estaba junto al escritorio y colocándola cerca de mi madre y del tío Luis.

—¿Qué ocurre? ¿No va bien? —pudo preguntar mi madre. También se había dado cuenta de que algo no iba bien.

—No, ha empeorado. Mirad, llevo muchos años trabajando con accidentados como Manuel, lo que me sorprendió fue que llegara con vida al hospital... no podemos hacer nada más... solo nos queda esperar. Procuraremos que esté lo más cómodo posible, hemos pensado en llevarlo a una habitación, así podréis estar con él en la intimidad.

A mi madre se le escapó un suspiro, parecía aliviada. Era una situación muy extraña ver a las dos personas que habían sido un pilar en mi vida; me habían engañado y habían destruido la vida del que parecía que había sido un gran hombre, aunque conmigo fue un tirano. Tenía sentimientos contradictorios, tal vez fuera lo mejor... si mi padre desaparecía se acabó el miedo, el salir a escondidas, el dormir con un ojo abierto por lo que le pudiera hacer a mi madre; se acabaron los insultos, las humillaciones, se acabaron los malos tratos. Pero qué triste que nadie le vaya a echar de menos, se había destruido él mismo y casi nos destruye a nosotras. Cuando salimos del despacho de Juan, decidimos que mientras lo trasladaban a la habitación mi madre y mi tío se irían a tomar algo a la cafetería, mientras Dani me acercaba al taller.

Cuando llegamos me dejó en la puerta y fue a buscar aparcamiento.

—Hola María —saludé al entrar.

—Gabi. ¿Cómo esta tu padre?

—Bueno, no muy bien, ya no pueden hacer nada más por él —dije con tristeza, encogiéndome de hombros.

—Lo siento mucho, no tenías que haber venido, todo está controlado —me dijo con sinceridad.

—Lo sé, pero quería decirte un par de cosas sobre las pruebas de esta semana... —sonó el timbre, pensé que era Dani pero cuando miré hacia la puerta allí estaba ella...

—Patricia. ¿Qué demonios haces aquí? —quería gritarle, quería que pasara el dolor que me había hecho pasar.

—Quería hablar contigo, será solo un momento —su voz era una súplica.

—¿Que quieres? —dije con desdén.

—Quería pedirte perdón, lo de la noche del sábado fue despreciable, siento todo el daño que te he hecho —una Patricia abatida estaba en frente de mí.

—¡Perdón! Quieres mi perdón, puedo perdonar pero no olvidar, no tienes ni idea del daño que has hecho.

—Escucha, quiero disculparme, siempre he estado enamorada de Dani. Lo veía salir con todas aquellas chicas y siempre pensé que cuando terminara la carrera se centraría, que tarde o temprano se fijaría en mí. Teníamos los mismos gustos; nos conocíamos desde niños; nuestras familias también se conocían. Yo era perfecta para él o eso pensaba hasta que apareciste y te presentó como su novia. Aquel día creía que me moría, Dani era mío y tú te estabas metiendo en medio. El día de la fiesta cuando ya te habías ido me lancé sobre él. Aparenté estar con unas copas de más, fingí tropezar y me dejé caer sobre él. Me rodeó con sus brazos y quise besarle pero él se apartó y entonces llegaste tú... Yo quería demostrarle que era mejor que tú, pero me equivoqué —pensé que para hacer una confesión así tenía que tragarse todo su orgullo y estar realmente arrepentida.

La insistencia del timbre y los golpes en la puerta nos sobresaltaron a las dos. Cuando abrí Dani entró como un energúmeno encarándose con Patricia.

—¿¡Qué estás haciendo aquí!?! —le gritó—. ¡No te quiero cerca de ella, me entiendes!

—Dani cálmate, por favor —le pedí.

—Solo quería disculparme, Dani... —dijo con dolor, las lágrimas corrían por su cara, sentí piedad por ella.

—Quiero a Gabi. ¡Casi la pierdo por tu culpa! ¿¡Pero quién te crees que eres!?! No le llegas ni a la suela del zapato. Cuando intentaste besarme me di cuenta de lo ciego que había estado contigo, no eres más que una niña mimada y egoísta. Siempre fuiste como una hermana, nunca te di esperanzas de que tú y yo tuviéramos un futuro juntos. Escúchame bien, no quiero volver a verte, ¿lo tienes claro? —nunca imaginé que Dani pudiera hablar con tanto odio.

—Dani cálmate, no puedes cortar una relación de tantos años así —

suplicaba Patricia.

—¿¡Que no puedo!? Haberlo pensado antes y sí, sí puedo cortar la relación. Nos has hecho mucho daño y ahora por favor sal de nuestras vidas —Dani le abrió la puerta para que saliera, Patricia bajando la cabeza salió de nuestras vidas.

—¿Estás bien? —me preguntó cuando desapareció Patricia.

—Sí, me da pena, esta enamorada de ti —no quise disculparla.

—Ya, pero eso no le da derecho a hacer lo que ha hecho. Me gustaría seguir donde estábamos el sábado, cuando te dejé en la limusina —se fue acercando a mí despacio, esperando mi reacción. Le había dado varios desplantes y temía que le diera otro, pero esta vez le dejé acercarse...

Dani me llevó a un restaurante cerca del hospital. Por el camino fuimos en silencio. La tensión entre nosotros había desaparecido, pero yo no sabía cómo sacar el tema. El sitio era acogedor, nos sentaron en una mesa al fondo del local. Necesitaba contárselo, no podía dejarlo para después de comer. Pero, ¿cómo empezar? Llegamos al postre y todavía no le había podido decir nada, no sabía cómo comenzar... me quedé mirando a Dani.

—Dani, no sé cómo confesarte por qué volví... —estiró el brazo y cogió mi mano—. La noche de la fiesta cuando llegué a casa mis padres estaban discutiendo. Él empezó a preguntarme con quién había ido, yo le contestaba que no tenía que darle explicaciones. En un momento de la discusión... —Dani me miraba expectante—, dijo que él no era mi padre... —Dani se quedó pálido, callado, tardó en reaccionar.

—¿Qué no es tu padre? ¿Te lo dijo para cabrearte más?

—No, mi madre me lo confirmó, estaba embarazada cuando se casaron.

—¿Te dijo quién era? —me dio la impresión de que ya lo sabía.

—Sí... mi tío Luis.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —dijo Dani satisfecho porque sus sospechas eran ciertas—. Perdona, sigue.

—Cuando me lo dijeron, no podía respirar, me ahogaba, estaba en shock. Tenía que salir de la casa, tenía que verte, necesitaba contártelo, por eso me presenté en la fiesta. No era consciente de lo que sucedía a mi alrededor. Cuando vi cómo cogías a Patricia mi mente se nubló más, mi familia me había mentado y luego tú, no podía pensar.

—Lo siento Gabi, no sé cómo podré compensarte por el daño que te hice. Pero ya te lo expliqué, no paso nada, ella fue la que se me echó encima.

—No tienes por qué disculparte, tú no hiciste nada. Además Alice me contó lo sucedido después de irme.

—Sí. Me necesitabas en el peor momento de tu vida y yo no estuve contigo, da igual el motivo.

—Bueno ya pasó, necesitaba contártelo... Sabes, me hizo la vida imposible, pero en el fondo me da pena que se muera —dije con tristeza.

—Todo irá bien, esta vez no te voy a dejar salir corriendo —apareció mi adorada sonrisa.

Antes de pasar por la habitación de Rose, decidimos pasar primero a saludar a Lara. La encontramos hablando con otros médicos que saludaron a Dani, dándole la enhorabuena por su graduación e interesándose por su futuro. Me presentó a todos como su novia. Pude ver en los ojos de Lara un destello de orgullo, era para estarlo, tenía un hijo maravilloso.

—Tenemos que hablar un momento, ahora si puede ser —nos pidió Lara cuando nos despedimos de los demás médicos.

—He hablado con Juan hace un momento y me ha contado lo de tu padre, lo siento de verdad, siento que no se pueda hacer nada; llega un momento en que nos sentimos inútiles. Tenemos muchos medios a nuestro alcance pero hay veces que no nos sirven de nada y eso es bastante frustrante.

—Gracias, Lara —no estaba cohibida pero no supe que más decir.

—¿Has visto a Rose? —preguntó Dani, su madre afirmó—. ¿Qué ocurre?

—Va a necesitar el trasplante —dijo con seguridad.

—¿Tan mal está? —pregunté, no hacía falta decir mucho más.

—La quimioterapia no es suficiente, aunque aún es pronto, pero estoy segura de que habrá que hacerlo —dijo con tristeza.

Estábamos en una habitación para nosotros solos, nos habían colocado unos sillones muy cómodos, una pequeña mesa en un rincón con una cafetera eléctrica. El padre de Dani había dado orden de que intentaran que estuviéramos cómodos. Mi padre estaba lleno de tubos, enchufado a varias máquinas. Tenía la cabeza vendada, la cara hinchada, un ojo morado; parecía tan indefenso allí tumbado... una tristeza nacía en mi corazón. Mi madre se había sentado a su lado, le tenía cogida una mano y le hablaba en susurros, con cariño y sin rencor. Mi tío y yo los mirábamos en silencio.

Salí con Dani unos minutos a tomar el aire, la espera era muy dura. Cuando volvimos a la habitación noté que algo había cambiado, pero no sabía decir qué era. Dani caminó con paso decidido hacia los monitores, apretó varios botones, él había visto algo.

—Será mejor que esta noche no os vayáis a casa —dijo Dani a mi madre.

—¿Tan cerca lo ves? —mi madre estaba angustiada.

—Sí, me quedaré con vosotros, si no os importa.

—Eres un cielo hijo, gracias —mi madre estaba angustiada por la situación, las atenciones; los cambios que había dado su vida en pocas horas, la incertidumbre del mañana...

Dani y yo estábamos acurrucados en un sillón. Mi madre y mi tío estaban junto a la cama de mi padre uno a cada lado. Llamaron a la puerta con suavidad, Dani se levantó a abrir, las enfermeras y médicos no llamaban.

—¿Puedo pasar? —me incorporé de un salto al oír la voz de Carmina.

—Sí, pasa —venía ella sola, era mejor que Rose no saliera de la habitación, de momento.

—Quería ver cómo estabais. Lara nos ha contado que el desenlace es inminente —me fijé en lo demacrada que estaba Carmina.

—No tenías que haber venido, tienes que descansar —la recriminé.

—Gabi, tenía que venir, no podía dejaros solas en estos momentos; además quería darte las gracias.

—Vamos, no seas tonta. Eso sí, dile a Rose que tenemos que pedir una habitación para las dos, la recuperación será más divertida —cuando el tío Luis se acercó a nosotros nadie se esperaba la reacción que tuvieron.

—¿¡Carmina!? ¿¡Eres tú, Carmina!? —dijo mi tío. Estaba asombrado, no se lo podía creer.

—¡Dios mío Luis! —se fundieron en un fuerte abrazo.

—No has cambiado nada Carmina, estas igual —dijo mi tío halagando a Carmina.

—Tú estás más interesante que antes —los dos rieron.

—Cuántos años sin verte. Cuando volví de mi viaje te habías ido de la empresa y no supe más de ti. Carmina trabajó con nosotros en Alemania, salíamos los tres juntos después del trabajo, ella estaba sola y formamos nuestra pequeña familia, ella, Manuel y yo. Y mira, ahora nos encontramos después de tantos años en una situación tan triste.

—¡Dios mío! ¿Es Manuel? —dijo Carmina. Dani me miró incrédulo de

lo que estaba pasando delante de nosotros.

—Misterio resuelto —susurré.

—¡No puede ser! —Carmina se acercó a la cama de mi padre desconsolada.

Mi madre y mi tío estaban extrañados por su reacción, pero Dani y yo no. ¿Cómo abordar el tema? Dani me leyó el pensamiento y me hizo un ligero gesto negativo. Tenía razón, ya tendríamos tiempo.

Cuando se marchó, mi tío le prometió que la avisaría cuando todo terminara. La noche fue larga, veíamos como se iba apagando poco a poco, en un momento de la noche me acerqué a él.

—Papá, perdóname por las veces que te contesté, que te reté... por mi parte te perdono. Todo podía haber sido muy diferente... Papá, lo siento, ahora puedes descansar. Puedes irte en paz —le susurré al oído y con un beso me despedí de él. De madrugada todo se había acabado, se quedó relajado y sereno.

La pena afloró, los malos momentos parecieron tan lejanos, todo lo malo se quedó encerrado en una caja y los buenos recuerdos afloraron. De golpe, recuerdos olvidados, enterrados por el miedo, la ira y el rencor se hicieron paso en mi mente. Todos esos momentos buenos que había tenido con él, siempre a escondidas de mi madre. Me acerqué a su cabecera mientras Dani acompañado de un médico de planta certificaban la hora de la muerte junto con una enfermera que le iba desconectando de las máquinas y quitándole los tubos. Vi como Dani se detuvo un momento, parando a la enfermera. Le di un beso suave en la mejilla susurrándole: Adiós papá.

Los dos días siguientes pasaron en una nube, recordaba muy remotamente a la familia de mi padre muy apenada, a los pendones de mis primas, que más que para un entierro parecía que venían de fiesta, a los amigos. Mi tío Luis y Dani se ocuparon de todo, porque yo no tenía ni idea de por dónde empezar, mi madre estaba serena pero con una gran tristeza. Cuando todo acabó, ya las dos solas en casa, parecíamos dos zombis, teníamos que seguir adelante.

Hacía días que no iba por el taller y era momento de seguir nuestras vidas. Cuando llegué pude comprobar que María lo tenía todo bajo control, estuve un rato con ella y luego me fui al hospital a ver a Rose; en unos días me harían la extracción. Dani me quería llevar el fin de semana antes a la casa de la playa,

queríamos estar los dos solos, lo necesitábamos como el respirar.

Me ingresaron el día antes de la extracción, Lara lo había dispuesto todo para que las dos estuviéramos en la misma habitación. Esa noche cuando nos quedamos solas fue como nuestra particular fiesta de pijamas.

—Llevo aquí muchos días, ya he perdido la cuenta, así que me tienes que contar muchas cosas —dijo Rose. Habíamos juntado las dos camas y apagado la luz, solo nos iluminaba la luz que entraba por la ventana, pero podía ver el perfil de su cara hinchada y su cabeza rasurada. Durante el día llevaba un pañuelo pero esa noche cuando se lo quitó me impactó verla sin pelo. Me decía a mí misma que todo iba a salir bien y que en unos meses volvería a tener su melena. No podía pararme a pensar que podía perder a mi amiga.

—¿Qué quieres que te cuente? Yo no he estado de juerga precisamente.

—Es verdad, lo siento, han tenido que ser días muy duros —dijo Rose ofreciéndome su mano.

—Sí, no te lo puedes imaginar, pero ya pasó, además Dani me ha ayudado mucho —dije cogida de su mano, con sonrisa melancólica.

—¿Y qué tal el fin de semana en la playa?

—Bien... —dije con sonrisa juguetona, esperando que ella insistiera más.

—¡Solo bien! Vamos quiero detalles —las dos reímos.

—¿¡Qué quieres que te cuente!?! Sabes cómo es Dani de atento, fue muy bonito; los dos necesitábamos unos días juntos después de lo ocurrido con Patricia. Cuando me den el alta volveremos a ir a la casa de la playa para recuperarme... —dije con tono de picardía.

—Eso está muy bien y tienes que dejar que te cuide —de pronto se puso seria—. Quería darte las gracias por lo que vas a hacer.

—Vamos, eso sobra, somos amigas —no necesitaba que me diera las gracias.

—Necesito agradecértelo, no todo el mundo hace algo así. Cuando llegué del pueblo hace unos años y vi lo amigas que erais Alice y tú, sentí celos. Pensé que con lo unidas que estabais no me aceptarías y perdería a mi prima. Pero me equivoqué, me hiciste sentir una más, me ayudaste a que todo fuera más fácil.

—¡Eh! Vamos, que me vas a hacer llorar, ven dame un abrazo y esas

cosas no hace falta que las digas, aunque me gusta escucharlas —dije riendo para quitarle seriedad a la situación, pero en realidad me conmovieron sus palabras.

Al día siguiente a primera hora, ya en el quirófano, Lara fue la encargada de extraerme médula ósea. Me durmieron con anestesia epidural. Me colocaron de lado pues tenían que hacer la extracción de la parte posterior del hueso de la cadera. Con una jeringuilla me extraerían una pequeña cantidad de sangre medular. Dani se sentó en un taburete junto a mí, no me soltó de la mano en ningún momento, me daba ánimos. Por petición mía fue contándome en todo momento lo que me iban haciendo. Ya en la habitación me esperaban junto con Rose y Carmina, mi madre y mi tío, todos se desvivían porque estuviera cómoda, sobre todo Dani. La recuperación fue rápida, podía notar un poco de molestia donde tenía el pinchazo, pero me encontraba mejor de lo que esperaba. A la hora de comer, mi familia se había ido; los celadores vinieron a buscar a Rose para hacerle las últimas pruebas antes del trasplante. Me quedé a solas con Carmina.

—Carmina, quería hablar contigo a solas —fui muy directa, no sabía cuando podía volver Rose.

—¿Ocurre algo? —preguntó Carmina, pude notar su desconfianza, sabía lo que le iba a preguntar.

—Veras, para mí es un poco bochornoso decirte esto. La situación es que... soy compatible con Rose porque somos parientes... y bueno yo quisiera saber porqué —un largo silencio se hizo entre nosotras.

—Bueno, no puedo mentir en lo evidente, solo te pido que Rose no sepa nada de esto, por favor.

—Yo solo quiero saber la verdad, no te preocupes por mí que no lo sabré —prometí.

—Cuando estábamos en Alemania como contó tu tío Luis, los tres éramos una piña, una pequeña familia; pero con el roce nace el cariño... Me fui enamorando de Manuel, y él de mí...

—¿¡Mi padre es el padre de Rose!?! —se confirmaron mis sospechas. Esto parecía una novela dramática, no tenía palabras. Por supuesto que no le iba a contar la otra parte de la historia, pero ahora entendía muchos reproches y tanta amargura—. ¿En algún momento supo de la existencia de Rose?

—El nunca supo de su existencia hasta hace unos años. Cuando nos mudamos —las lágrimas se deslizaban por su cara, ella le quería como el primer día y seguro que mi padre también.

—¿Pero no crees que Rose tiene derecho a saber la verdad? ¿Qué le decías cuando preguntaba por su padre?

—De pequeña preguntaba por él, le decía que había tenido que irse muy lejos y no podía volver, de mayor dejó de preguntar, supongo que tiró la toalla. Creo que si ahora le contara la verdad no me lo perdonaría, no puedo decírselo —la desesperación en su voz era palpable.

—Creo que tiene derecho a saberlo. No puedes seguir callando esto. Ella puede que se enfade pero tú eres su madre y siempre has estado a su lado, te has desvivido por ella. Estoy segura de que lo entenderá, tiene derecho a saberlo, a saber que tiene más familia —mientras hablaba pensaba que si se lo decía Rose pensaría que somos hermanas... entonces yo también tendría que contarle la verdad. Una idea se fue formando en mi cabeza.

El día que me dieron el alta, Dani me recogió en el hospital y nos fuimos directamente a la casa de la playa unos días para recuperarme. Rose ya había recibido mi médula ósea y tenían que esperar unos días para ver si funcionaba el trasplante. A nuestro regreso teníamos una gran noticia para todos, pero antes quería ver a Rose. Junto con mi madre fui al hospital. Cuando llegamos, por suerte Rose estaba sola con su madre en la habitación.

—¡Hola, mi salvadora! —me recibió Rose dándome un fuerte abrazo.

—No digas tonterías, no me gusta que me llames así —recriminé riendo.

—Pero es verdad, yo sola no podía con esto y tú me diste el arma con la que he podido luchar y vencer —dijo Rose mirándome a los ojos llena de gratitud—. He pensando que tal vez tú y yo tengamos algún antepasado en común, tal vez seamos familia, eso estaría bien.

Yo me quedé sin saber qué decir, miraba con fijeza a Carmina. Ahora era el mejor momento. Le prometí que no le diría nada, pero no estaba segura de si iba a poder cumplir mi palabra, aunque eso conllevara tener que poner todas las cartas sobre la mesa.

—Yo quería... ahora que estamos las cuatro juntas, quería... Esto es muy difícil para mí, no sé cómo empezar... —Rose y mi madre miraban a Carmina expectantes—. Rose, es sobre tu padre...

—¿No crees que eso es mejor lo habléis solas? —dijo mi madre.

—No, las cuatro formamos parte de esto —dijo Carmina con voz temblorosa.

—¿Mamá qué pasa? Me estás asustando —dijo Rose sentándose junto a su madre.

—Por favor, dejadme seguir. Rose, nunca te he contado nada de tu padre, pero las circunstancias me llevan a tener que contártelo todo. Escucha, le conocí en Alemania, estuve trabajando unos años allí, éramos compañeros, sin buscarlo nos enamoramos, el amor es así de caprichoso, pero él tenía aquí una novia esperándole para casarse...

—¡Un momento! —exclamó mi madre.

—Mamá déjala seguir —dije cogiendo a mi madre de la mano.

—Gracias Gabi. Manuel tenía novia en España, se iban a casar. Como siempre estábamos juntos Manuel, Luis y yo, nunca pasó nada. La empresa quería abrir tiendas aquí, por lo que mandaron a Luis para que viera las posibilidades de expansión. Manuel y yo seguimos saliendo, pero solos... Nuestro amor fue creciendo. Nunca pensé que pudiera sentir algo así por nadie y a él le pasaba igual. Pero Manuel era honesto, él la quería pero no como a mí, lo nuestro era más profundo. No quería romper su promesa, y yo veía que aquello no nos llevaba a ninguna parte. Pedí la cuenta en la empresa y me marché sin decirle nada. Volví al pueblo y con los ahorros que traía monté un bar. Entonces me enteré de que estaba embarazada de Manuel. No podía ser más feliz porque una parte de él siempre estaría conmigo. Me dieron igual los cotilleos y críticas del pueblo. El día que naciste estaba orgullosa de tenerte en mis brazos, pero no era fácil criarte sola, por eso nos trasladamos aquí con mi hermana Alicia. Hace un tiempo entró en la cafetería, me quedé sin palabras cuando le vi entrar, no podía creer lo cambiado que estaba... muy desmejorado físicamente. Primero fingió sorpresa, pero siguió viniendo. Un día me confesó que había seguido a su hija cuando salió de fiesta y la vio contigo. A Manuel le llamó la atención tu parecido conmigo, para él fue como volverme a ver. Su curiosidad hizo que te siguiera hasta casa, esperó toda la noche hasta verme salir y dirigirme a la cafetería.

No me pregunto tu edad, solo si él era el padre, no le engañé. Después de tantos años debía saber la verdad, pero le hice prometer que no se acercaría a ti. Cuando me enteré del accidente y de que tú podías donarle médula a mi hija, me di cuenta, el marido de Marisa era mi Manuel. Tenía que buscar la manera de verle y despedirme de mi único amor, por eso bajé la otra noche —unas lágrimas silenciosas recorrían su mejilla.

Mi madre apretaba mi mano con fuerza, estaba pálida. Pensé que se iba

a desmayar. Rose estaba con la mirada perdida sin entender nada.

—Mamá, no sé qué pensar... esto es demasiado fuerte. Por qué nunca me contaste nada, no lo entiendo... pero ya está hecho —Rose parecía habérselo tomado mejor de lo que esperaba.

—¿No estás enfadada? —preguntó sorprendida Carmina.

—No, siempre has cuidado de mí, nunca me ha faltado nada, has sido la mejor madre. No puedo decir que no sintiera curiosidad por saber de la otra parte de mí, pero... Espera un momento, Gabi es mi hermanastra —Rose estaba feliz con la idea de que fuéramos hermanastras.

—En realidad no... —dijo mi madre, Carmina la miraba sorprendida—. Yo también tengo algo que confesar... mi hija se enteró el día en que Manuel tuvo el accidente. Gabi no es hija de Manuel...

Cuando mi madre terminó de contar su historia, las cuatro llorábamos desconsoladas, cogidas de las manos éramos una.

Las dos historias eran prácticamente iguales. Si hubieran sido más leales al corazón y no a la palabra dada, todo podía haber sido diferente. Carmina me descubrió la honestidad, bondad y sacrificio de mi padre. Ahora también entendía la obsesión de mi padre por saber con quién iba, debía de tener miedo de que todo se descubriera, pero la noche de nuestra pelea él estaba cansado de todo, le daba igual que nos enterásemos. Me reconfortaba pensar que mi padre tuvo el accidente cuando se dirigía a casa de Carmina, me imaginaba que le iba a contar la historia de mi madre y mi tío, empezar una nueva vida con ellas, ser feliz...

Epílogo

Siempre me han gustado las tardes de primavera y esta es una tarde de sábado en un mes de mayo luminoso y cálido. El olor a jazmín lo inunda todo. Es un sábado perfecto... Desde la ventana contemplo la playa, la arena blanca, el mar azul contrastando con el verde del bosque que rodea la playa como si los dos lucharan por ver quién le quita terreno al otro; tan unidos y tan diferentes. Las familias pasean a la luz del sol de la tarde. Cuando los colores se vuelven de un tono anaranjado, las parejas se cogen de la mano y pasean por la orilla compartiendo sueños, besos y abrazos. Veo cómo salen las pandillas de chicas y chicos, oigo sus bromas y risas. Todo está rodeado por una burbuja. ¿O soy yo quien flota dentro de una?

Vienen a mi cabeza los últimos meses. El día que me extrajeron médula ósea, fue como Lara me había explicado pero todos hicieron que fuera más fácil. Las confesiones que compartimos Rose y yo en la misma habitación mientras me recuperaba, su recuperación, verla cada día más fuerte, feliz con Robert a su lado. Y los amigos, todos estuvieron ahí; porque hay amigos para las fiestas, que te quieren solo por el interés, cuando te niegas a darles lo que te piden se olvidan de ti o te hacen la vida imposible, amigos de un rato y luego si te he visto no me acuerdo. Los amigos de verdad son los que están sujetándote cuando te vas a caer, sin decirte nada están siempre a tu lado, son con los que tienes esa conexión y te llaman cuando más necesitas hablar con ellos, son los que sin decir nada te dicen “te quiero”.

Cuando me dieron el alta en el hospital, Dani me llevó a la casa de la playa, fueron unos días inolvidables para los dos. Y el día de hoy no lo olvidaremos nunca...

—¡Gabi! ¿Estás lista? Tenemos que irnos, no podemos llegar con el tiempo justo.

—Sí, estoy lista, vámonos —estoy más que lista.

Y aquí estoy, en la cola de embarque con las tarjetas y el pasaporte en la mano, las maletas nuevas facturadas. Cómo cambia la vida, hace unos meses

estaba sola mirando por la ventana viendo la vida pasar, y hoy estoy viviendo un sueño. Miro la pantalla y leo: Puerta de embarque 5 destino New York. Sonríe y miro a la persona más maravillosa del mundo... mi marido. Nerviosa toco el anillo de compromiso que me regaló Dani el día que me pidió que me casara con él; estaba recuperándome de la extracción de médula. Una mañana me había preparado el desayuno en la terraza de la piscina, encima de la mesa había un enorme ramo de rosas, recordé la primera vez que me envió flores pidiéndome una cita. Abrí la tarjeta...

¿Quieres casarte conmigo, Princesa?
Dani.

Me giré buscándolo, no podía creer lo que acababa de leer. Estaba detrás de mí con la caja abierta enseñándome el anillo de compromiso.

Desde lejos veo a mi madre limpiarse las lágrimas y cómo la consuela mi tío Luis, siempre será mi tío, los dos están viviendo una segunda oportunidad. Hace unas horas mi tío me llevaba del brazo por un pasillo lleno de flores hacia el altar, con mi vestido de novia. Allí me esperaba mi Príncipe, con chaqué negro. Decidimos organizar una boda sencilla; los amigos íntimos y la familia más allegada, nada de primas del pueblo. Lo celebramos en el jardín de la casa de la playa. Una boda muy romántica.

Junto a mi madre y mi tío están los padres de Dani, Juan y Lara. Nos mandan besos con la mano y nos dicen adiós. Recuerdo el día que nos dieron el sobre con los pasajes a Nueva York, diez días en un hotel de cinco estrellas y las entradas para ir a ver el ballet "El lago de los cisnes". Mi emoción hizo sucumbir a la segura y firme Lara, las dos nos fundimos en un abrazo; ella me daba las gracias por haber reunido a su familia, por hacer que todos hablaran de Marta y que los malos entendidos se quedaran zanjados, apagando la luz del tejado. También estaban Hugo y mi Alice, mi mejor amiga, mi hermana, a su lado mi prima, mi única prima Rose con Robert, sin la ayuda de las dos no hubiera podido con todos los preparativos de la boda. Cuando me hice la

primera prueba de mi vestido de novia –no lo hubiera podido coser sin la ayuda de María–, las cuatro lloramos de emoción, mi vestido de Princesa.

Estamos sentados en primera clase, una azafata nos indica las salidas de emergencia y dónde están los chalecos salvavidas, no he montado nunca en avión y todo esto me está poniendo nerviosa. El avión se está moviendo muy despacio, empieza a coger velocidad por la pista, cojo la mano de Dani por instinto.

—Tranquila, todo va bien, confía en mí —me coge de la mano, besa mi reluciente alianza con mi adorada sonrisa y me susurra:

Te quiero, Princesa.

Fin

Agradecimientos

A mi madre, luchando siempre por tus hijos, aguantando y sobreviviendo como podías, pero también revelándote cuando no pudiste más. Tranquila que el tiempo pone todo en su lugar.

A mi hermano, nunca olvidaré cuando me dijiste “Tú has hecho de padre para mí”.

A mi hijo, por aguantar mis ausencias mentales mientras escribía. Te quiero.

A Alicia y Rosa, por ese fantástico viaje donde celebramos estar vivas. De regreso algo había cambiado entre nosotras... para mejor.

A Mercedes, Cristina y Mara por su sincera opinión y apoyo. Gracias a Amparo por las charlas interminables. Al resto de mis chicas por leer mi obra y darme ánimos para abrir la ventana y que otros lectores puedan asomarse por ella.

Gracias a ti, que has decidido leer esta obra y entrar en mi mundo para conocer a Gabi y Dani. Mil gracias.